



Cuando  
todo  
acabó

Anna García

CUANDO TODO ACABÓ

CUANDO TODO ACABÓ

Anna Garcia

Título: Cuando todo acabó

© 2018 Anna García

Primera Edición: Marzo 2018

ISBN-13: 978-1986512633

ISBN-10: 1986512630

Licencia: Todos los derechos reservados

Diseño de portada César Gil

Queda prohibido reproducir el contenido de este texto, total o parcialmente, por cualquier medio analógico y digital, sin permiso expreso de la autora con la Ley de Derechos de Autor.

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

“Nunca es tarde para ser  
quién siempre has querido ser”

## CAPÍTULO 1

### *Y así fue como, cuando todo acabó, me convertí en un mujeriego*

—¡Oh, joder...! ¡Sigue! ¡Más! ¡No pares!

—No lo voy a hacer... —jadeo, apretando los dientes.

—¡Más fuerte...!

Sus uñas arañan mi espalda, seguro que dejándome marcas sobre mis tatuajes. Esta tía es una fiera insaciable. Le va el sexo duro. Lo supe desde que la vi y nuestras miradas se cruzaron. Me he acostado con suficientes mujeres como para adivinar sus gustos sexuales con tan solo una mirada.

Siguiendo sus órdenes, empujo con más brío, escuchando sus jadeos en mi oreja, que muerde con sus dientes.

—¡Ah...! ¡Joder...! —me quejo, en vano, cuando ella no cesa en su empeño.

—¡Oh, joder, Chris! ¡Sigue! —grita, exigiéndome más.

Muevo las caderas con fuerza, hundiéndome en ella, pero el jet lag empieza a hacer mella en mí. He tenido que hacer un hueco en la gira para poder asistir a la boda de Simon, el mejor amigo de mi hermano Max. Soy, de alguna manera, el regalo de su parte para los novios. Me daba mucha pereza venir, y estuve a punto de cancelarlo, pero Lexy me conoce demasiado bien y me llamó para quitármelo de la cabeza. Al final, la boda ha resultado menos peñazo de lo que imaginé. He tenido la oportunidad de compartir tiempo con mi familia, a los que hacía tiempo que no veía y echaba algo de menos, sobre todo a mi padre. También he podido compartir un rato con los Turner, una familia peculiar que me encanta, y con algunos amigos más. He bebido, he bailado y, además, conocí a un par de chicas interesantes. Me enrollé con una de ellas, y cuando parecía que iba a tener final feliz, me crucé con la otra, una morena de rasgos asiáticos y cara de mala leche, creo que amiga de la novia. ¿Cómo me dijo que se llamaba...? Por más que me esfuerce no consigo recordarlo...

—¡Joder, Kim! —Escucho que alguien grita.

—Así se llamaba. Eso es. Gracias —pienso, dibujando una sonrisa de medio lado en los labios.

—¡¿No sabes llamar antes de entrar...?! —se queja Kim, poniendo los pies en el suelo al tiempo que se baja el vestido y me aparta.

—¡Es el guardarropa, Kim! ¡No es un sitio demasiado privado ni reservado que digamos...!

La chica se acerca y rebusca entre los bolsos, chaquetas y pañuelos esparcidos por el suelo, la mayoría por nuestra culpa. Entonces, al girar la cabeza y verme, mira a su amiga de nuevo, con las cejas levantadas.

—¡¿Él?! ¡¿Tenía que ser él?! —dice, apretando los dientes.

—O era él, o me tiraba a un hombre casado. Hay un tal Aaron ahí fuera que está tremendo.

—Es mi padre —me atrevo a intervenir, ya con los pantalones en su sitio.

—¿Ves? Todo queda en casa —ríe Kim, contagiándome.

—¡A mí no me hace ni puñetera gracia! ¡Es el hermano de Max, por el amor de Dios! ¡El mejor amigo de Simon!

—¡Ya sé quién es! ¡Sé perfectamente quién es! —contesta con el mismo tono que la novia, cuyo nombre tampoco recuerdo—. ¡¿Pero tú le has visto bien, Chloe?!

—Sí le he visto, sí.

Las dos giran la cabeza a la vez y me pillan encendiéndome un cigarrillo. Levanto los ojos y, sin moverme aún, las observo con recelo. Al rato, sintiéndome totalmente devorado por su mirada, sonrío y las saludo con una mano.

—Joder, qué tremendo está... —susurra Kim, mordiéndome el labio inferior mientras me mira de arriba abajo.

Chloe resopla desesperada, bajando los brazos, justo antes de caminar hacia la salida.

—Chloe —la llama Kim. Cuando se da la vuelta, prosigue—: ¿Venías a buscar algo, o solo a ponerte cachonda mirándonos...?

—¡Joder, mierda...! Busco un *foulard* para dejárselo a Faith —susurra Chloe, dando media vuelta. Cuando pasa por mi lado, me fulmina con la mirada—. Ya puedes estar borrando esa sonrisa de superioridad de la cara, guapito. Sé que antes te has enrollado con ella.

—Eso era... Faith... —digo, chasqueando los dedos.

—Oh, mierda. Ni tan siquiera sabías su nombre. Pues que sepas que, si se entera de esto, te cortará las pelotas. Y sin pelotas, tendrás una voz de pito muy poco varonil que seguro que te hará perder miles de fans...

Empieza a rebuscar entre las piezas de ropa esparcidas por el suelo, maldiciendo mientras lo hace. Lejos de calmarse, vuelve a encararme, señalándome con un dedo amenazador.

—No voy a permitir que enfrentes a mis dos mejores amigas... ¿Me entiendes?

—No era mi intención... —contesto, alzando las palmas de las manos en señal de rendición—. Aunque, entre tú y yo, esto me suele pasar a menudo...

—¿Esto...? —me pregunta, confundida.

—Enrollarme y tirarme a varias mujeres en una noche... Y me trae sin cuidado si son amigas del alma, simples conocidas o unas completas desconocidas. Así que, como te habrás dado ya cuenta, me importa una mierda si tus amigas se tiran de los pelos a partir de esta noche.

Chloe me mira frunciendo el ceño, con la boca abierta. Segundos después, se le escapa la risa y empieza a negar con la cabeza.

—Ahora lo entiendo todo... Eres como un puñetero adoptado. No tienes nada que ver con los Taylor “de verdad”. Cuando te vea por la televisión o en las revistas del corazón, reviviré este momento para recordarme a mí misma que



eres un capullo que no se parece en nada a su padre o a sus hermanos.

Se da la vuelta de inmediato. Cuando pasa al lado de Kim, esta le tiende un pañuelo que Chloe coge sin siquiera mirarla, dando un portazo a su espalda. Poco después, Kim la sigue sin dirigirme la palabra.



—¿Nos podemos hacer una foto contigo?

—Claro... —contesto, mientras un grupo de cinco mujeres me rodean, me agarran y se frotan contra mí para sonreír frente a la cámara.

Después del flash de la cámara, todas ellas me besan. Sonrío mirándolas, escuchándolas hablar. Una de ellas llama especialmente mi atención. Es rubia y tiene el pelo corto, con el flequillo cruzando su frente. Me regala una sonrisa arrebatadora mientras me mira de reojo, con las mejillas sonrosadas. Tiene esa mezcla de timidez y belleza que tanto me gusta.

Como ella...

Así pues, cuando se están alejando, agarro su codo y tiro de ella hacia mí.

—¿Quieres bailar?

Por supuesto que quiere, aunque no me contesta. De nuevo se sonroja y mira de forma insistente hacia sus amigas, que la observan con una mezcla de envidia, felicidad y rabia. Sin soltar su mano, camino lentamente hacia la pista de baile y, una vez en el medio, rodeo su cintura con firmeza y la aprieto contra mi cuerpo. Escucho su respiración errática en mi oreja. Está nerviosa, y no puedo hacer otra cosa que sonreír satisfecho.

Me encanta esta sensación. En cuanto me hice famoso, comprobé que las mujeres me deseaban y muchas hacían cualquier cosa por acostarse conmigo. Se me insinuaban... Me tocaban... Me besaban... Durante un tiempo conseguí resistir, pero entonces la presión se hizo cada vez más difícil de sobrellevar, y los viajes eran cada vez más largos, y el tiempo sin vernos era mayor. Y sucedió... Y Jill se enteró... Es difícil ocultar las infidelidades cuando los paparazzi te persiguen a todas horas.

Y así fue como, cuando todo acabó, me convertí en un mujeriego.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto.

—April.

—Precioso nombre. Soy Chris.

—Lo sé... —sonríe, agachando la cabeza de nuevo.

Por supuesto que sabes quién soy, pienso.

—¿De parte del novio o de la novia?

—De la novia. Soy su sobrina.

—¿Sobrina? ¿Cuántos años tienes?

—Veinte.

Resoplo sin ningún disimulo al comprobar que es mayor de edad.

—Menos mal... —susurro.

La miro fijamente después de decirlo. Sus ojos, en cambio, me rehúyen. Entonces, me decido a atacar y acerco mi boca lentamente a la suya. Cuando nuestros labios se rozan, escucho un carraspeo cerca de mi oreja.

—Espero que sepas dónde te metes...

—Piérdete, Lexy...

—No puedes enrollarte con todas las mujeres de la boda...

—April, ¿tienes novio? —La chica me mira con los ojos muy abiertos, negando con la cabeza un par de veces—. Y si lo tuvieras, ¿te voy a besar en contra de tu voluntad?

Antes de que conteste, Lexy chasquea la lengua e interviene:

—Haz lo que te dé la gana, Chris, pero...

—Y eso es lo que estoy haciendo... Así que, gracias por estos sabios consejos que, para variar, nadie te ha pedido.

—Vete a la mierda, capullo.

—Yo también te quiero, hermanita. —La observo unos segundos mientras se aleja, antes de volver a centrar mi atención en April. De todos modos, su predisposición ha cambiado y, lentamente, empieza a alejarse de espaldas—. Oh, venga...

—Yo no... No quiero problemas y...

—No hay ningún problema.

—Es igual...

—¿Hablas en serio?! ¿Sabes lo que te pierdes?!

En ese momento, Harry, el hermano mayor de Simon, me agarra del brazo y me lleva a un aparte.

—Chris, te lo pido por favor... No montes un numerito de los tuyos.

—¿Un... numerito de los míos...? —pregunto, frunciendo el ceño.

—Escucha, si tienes problemas, te puedo recomendar algunas clínicas...

—¿Clínicas?

—No sé a quién pretendes engañar, pero es evidente que tienes un problema de adicción.

—¿Y se puede saber quién cojones eres tú para...?!

—Soy alguien al que le trae sin cuidado los ceros que tenga tu cuenta corriente o lo bien parecido que seas. Lo que hagas con tu vida no me incumbe, pero es la boda de mi hermano pequeño, y quiero que te quede clara una cosa, y para ello me voy a rebajar a tu nivel: deja de joder, en el sentido figurado y literal, o me veré obligado a pedirte que te vayas.

—Eso lo tendrá que decir quién me haya invitado a la boda, ¿no?

—Siento ser el portador de malas noticias, pero no te han invitado... te han contratado. Y según veo, tu trabajo aquí ha terminado, así que puedes irte.

Le miro con la boca abierta, intentando procesar sus palabras.

—Mi hermano es el que me dijo que...

—Tu hermano tiene mucha paciencia contigo, pero si sigues así, no tardará en sentirse avergonzado. Así que haznos un favor a todos, incluido a ti mismo, y lárgate antes de que pierdas la poca dignidad que te queda.

Me giro de golpe, acercándome a él hasta dejar mi cara a escasos centímetros de la suya. No tiene pinta de aguantarme más de cinco puñetazos, así que, muy cabreado y, por qué no admitirlo, envalentonado por el alcohol, le agarro de las solapas de la camisa y le enseño mi puño.

—Oh, vamos... ¿Cómo puedes ser tan pueril? ¿Así es como pretendes justificar tu comportamiento? Es un método bastante primitivo, si me permites la observación.

Aprieto la mandíbula, resoplando entre dientes. Al rato, le suelto, dándole la razón a regañadientes. Le empujo con menos fuerza de la que me gustaría y me alejo caminando de espaldas, mirándole de forma desafiante.

—¡Joder! ¡¿No te cansas nunca de ser tan pedante?!

—Nunca me canso de ser yo —me contesta con las manos en los bolsillos, encogiéndose de hombros.



Acercó la nariz a la fina línea blanca y, tapándome una de las fosas nasales, la esnifo de principio a fin. Me la froto de forma repetida. Levanto la cabeza, mirando al techo, frotándome la cara con ambas manos. Dejo ir un largo suspiro y entonces me preparo la segunda raya.

—Oh, joder... ¡Mierda, Chris!

—¿Qué? No estoy abochornándote en público...

—¿Qué?

—Que me mantengo recluido para que no tengas que disculparme frente a tus amigos.

—Sabes que no es así, Chris.

—Harry vino a pegarme la charla, Max. Sé lo que piensas de mí.

—Y parece que surtió mucho efecto... ¿Por qué te metes esa mierda?

—Si la probaras, no te atreverías a llamarla así...

—Tú eres mejor que todo esto.

—No lo soy.

—¡Claro que lo eres! —grita, con la paciencia totalmente agotada, acercándose hasta la mesa para borrar la raya de cocaína, esparciendo la mayoría por el suelo y limpiándose los restos de la mano.

Preso de una ira irracional, me abalanzo sobre él y, agarrándole de las solapas de la camisa, le empotro contra la pared. Por el camino, arrasamos con un par de sillas, formando un pequeño estruendo. Cuando su espalda choca contra la pared y mi cara se queda a escasos centímetros de la suya, le miro con los ojos inyectados en rabia, escupiendo algo de saliva al respirar. Entonces me fijo en sus ojos, aquellos que hasta hace poco me miraban con orgullo y admiración. Esos que ahora lo hacen con miedo, pena y vergüenza...

—¿Prefieres renunciar a mí antes que a esa mierda? —me pregunta, muy dolido—. ¿Tanto te controla eso?

Le suelto con brusquedad, retirándome hacia atrás rápidamente. Niego con la cabeza, justo antes de agarrarme el pelo con ambas manos y darle la espalda. Entonces vuelvo a escuchar su voz.

—Tú me salvaste, Chris. Tú me hiciste lo que soy. ¡Eras mi hermano mayor, joder! —Escucho un sollozo—. Y, aunque hace tiempo que no te reconozco, sé que detrás de todo esto, sigues siendo ese chico de quince años con el pelo revuelto y ojos vivos que me miraba sonriente mientras tocaba la guitarra.

Escucho sus pasos a mi espalda, acercándose a mí.

—Escucha, Chris... Mamá y Aaron no son ajenos a los rumores... y... empiezan a estar preocupados. Lo sé.

—No hay nada de lo que preocuparse. Lo tengo controlado.

—¿Te crees tus propias palabras? Porque sé leer... Veo lo que sale en las revistas... Veo fotos tuyas borracho en varios clubs, enrollándote con cientos de mujeres... Eso no puede hacer ningún bien a tu carrera profesional, no digamos ya a la personal...

—Es eso, ¿no? Tienes envidia de la cantidad de mujeres que me tiro...

—¡¿Qué?! ¡No! ¡Por supuesto que no! ¡Yo no...! ¡Joder, Chris! ¡Madura un poco! ¿Sabes qué? Haz lo que te dé la gana —dice con desgana, totalmente derrotado, mientras se aleja hacia la puerta.

En cuanto me quedo solo, preso por la locura, arraso con algunas sillas, tirándolas de pura rabia. En el fondo, sé que tiene razón. Mi vida se ha convertido en un caos. Me siento como si me hundiera en arenas movedizas y, por más que intento salir, cada vez que hago algo, me hundo más y más. Y lo único que me mantiene despierto, lo único que me da fuerzas para seguir adelante, para subir noche tras noche a los escenarios, es este polvo blanco.

Lanzo una silla con fuerza contra la puerta, haciéndola pedazos al instante.

—¿Chris? Me ha dicho Max que estabas aquí... ¿Estás bien...? —Nada más escuchar la voz de mi padre, me giro hacia la puerta. Con los brazos a ambos lados del cuerpo, mi pecho sube y baja con rapidez. Siento el sudor poblando mi frente, además de varias gotas resbalando por mi espalda—. ¿Hola? ¿Chris?

Me froto la cara con ambas manos, intentando acicalarme, recobrar la compostura, como si mis manos fueran mágicas y pudiera borrar cualquier rastro de mi perdición. Luego, froto las palmas de las manos contra el pantalón y empiezo a caminar hacia la puerta. Antes de abrirla, hecho un vistazo hacia atrás, para comprobar que no hay restos visibles de cocaína.

—Hola... —saludo nada más abrir.

—¿Estás... bien? —me pregunta mirándome de arriba abajo.

Ha sido policía durante muchos años, y sé que su instinto está recibiendo señales de alerta. Primero mira más allá de mi espalda, para luego volverme a mirar a mí. Me mira a los ojos, frunciendo el ceño, justo en el momento en el que agacho la cabeza, fijando la vista en el suelo.

—¿Chris? —insiste.

Trago saliva antes de mirarle a los ojos.

—Estoy bien.

Se queda callado durante unos segundos que se me antojan horas. Incapaz de sostenerle la mirada, señalo hacia el pasillo y hago el ademán de empezar a caminar.

—Iba a... Yo... ya me iba.

—Chris, ¿qué pasa?

—Nada.

—¿En serio va a ser así?

—¿Cómo...? No entiendo...

—¿Me tomas por imbécil, Chris?

—¿Qué...? No... Yo... Estoy bien...

—Es evidente que no lo estás. ¿Cuánto hace que te drogas? Y no intentes negarlo. Tampoco intentes decirme que lo tienes controlado porque es evidente que no es así. Dime qué puedo hacer. —Hago un intento de negación, aturdido y sorprendido—. Quiero ayudarte.

—No...

—Chris, mamá y yo...

—No —repito.

—Chris.

—No.

—Chris, escúchame.

—¡No! ¡No hace falta que me sermonees! ¡Ni que te preocupes por mí! ¡Ni tú ni nadie!

—Necesitas ayuda, Chris. Aunque no lo creas.

—¡Cállate! —le grito, agarrándome la cabeza con ambas manos.

—No me pienso rendir, por mucho que me grites.

—¡Que te calles!

—Estoy aquí para recordarte que puedes contar conmigo para lo que necesites. Como siempre.

Su tono de voz calmado me saca de mis casillas, a pesar de que sus palabras deberían reconfortarme.

—¿Como siempre?! ¿Estás seguro?! ¡Me parece que olvidas quince años de mi vida!

—Chris... No voy a tener en cuenta esas palabras... Pensaba que todo eso estaba... superado y...

—¡No es tan fácil borrar quince años de mi vida!

—Sabes lo mucho que me arrepiento de aquello... —se excusa, frunciendo el ceño—. Sabes que puedes contar conmigo y con tu madre para lo que...

—¡Ella no es mi madre! —grito entonces, totalmente fuera de mí, apretando los puños. Lejos de alterarse, mi padre niega con la cabeza, lentamente, y luego se da la vuelta. Su comportamiento me cabrea. Su falta de respuesta me saca de quicio. Necesito que se enfrente a mí para tener una razón para seguir enfadado—. ¡Eso es! ¡Huye! ¡Pasa de mí!

—No paso de ti, paso de la versión de ti controlada por las drogas. Necesito



que vuelvas a ser el de siempre. Hasta entonces, te quedas solo.

## CAPÍTULO 2

### *Y así fue como, cuando todo acabó, dejé de usar marcapáginas*

—¿Qué planes tienes para hoy?

—Hoy tengo clase de baile hasta las seis, pero luego me gustaría pasarme por un garito en el que...

—Ni hablar.

—Pero tocan...

—No.

—Pero...

—Cassey, no.

—¡Pero ni siquiera me dejas acabar! A lo mejor, si me dejas que te explique, no te parece tan mala idea del todo...

—Todo lo que tenga que ver contigo y con un garito un jueves por la noche, me parece mala idea.

—¡Pero tocan unos chicos del instituto que son muy buenos! ¡Todos van a ir!

—¿Me estás diciendo que todos tus compañeros de clase de dieciséis años van a ir en manada a un local en el cual no les van a dejar entrar por no tener la mayoría de edad y que los padres de todos ellos han dado su consentimiento?

—Eh... ¿Sí...? —me contesta, con una mueca dibujada en los labios.

—Pues tú no irás.

—¡Joder, mamá! —se queja, levantándose de la mesa.

—Vuelve a la mesa, Cassey —le pido, elevando el tono de voz cuando la veo perderse por el pasillo—. ¡No has acabado de desayunar!

—¡Se me ha quitado el hambre!

Me quedo un rato mirando por donde se ha marchado hasta que, resignada, empiezo a recoger los platos y vasos del desayuno. Empiezo a lavarlos mientras no dejo de darle vueltas al asunto. Es jueves, mañana tiene clase, es un concierto en un garito, de noche y, por el amor de Dios, ¡sólo tiene dieciséis años!

Nuestra relación siempre ha sido perfecta, casi de amigas más que de madre e hija. Siempre he intentado equilibrar esa balanza. ¿Dónde dejas de ser madre para ser su amiga, y viceversa? Hasta ahora, parece que me ha salido bastante bien, pero últimamente sale a menudo a relucir su carácter rebelde, heredado, sin duda, de su padre.

Lo primero fue la ropa. Se empezó a negar a vestirse con la ropa que yo le había comprado. De repente, toda le parecía demasiado infantil. Así pues, me vi obligada a llevarla de compras varias veces, provocando más de una discusión cuando me conducía a tiendas de segunda mano o, simplemente, pretendía que pagara cincuenta dólares por unos vaqueros tan rotos que parecían de tercera o cuarta mano.

Luego vino su aspecto. Me convenció para que le dejara ponerse varios pendientes en las orejas. Luego quiso ponerse uno en la nariz, y cuando me negué, se lo hizo ella misma con una aguja. Se le infectó y tuve que llevarla al hospital. Al final, acabó saliéndose con la suya y luce un pequeño aro. Quiso hacerse un tatuaje, pero de momento he conseguido que no se lo haga. Supongo que el hecho de que le exijan un consentimiento escrito por mi parte tiene mucho que ver en mi pequeña y seguro que momentánea victoria. Luego vinieron los cambios en su pelo. Se empeñó en destrozarse su rubia melena, tiñéndola de colores nada convencionales, como morado o rosa. Ahora lleva unas mechones de color azul que hacen juego con sus ojos, también heredados de su padre.

En este momento, con la mochila colgada del hombro, desfila por delante de mí, con paso decidido hacia la puerta. La sigo con la mirada. No espero que me venga a dar un beso, pero al menos tengo la esperanza de que me diga adiós.

—Cassey, ¿no te olvidas de decirme algo? —le pregunto, al verla perderse por el pasillo sin abrir la boca.

—Sí —dice, volviendo sobre sus pasos y asomando la cabeza—. Gracias por arruinarme la vida.

—Cassey... —la llamo, pero ella no me hace caso—. ¡Cassey! ¡A las siete en casa!

Escucho el portazo en mitad de mi frase, así que dudo mucho que haya oído mi amenaza. Tampoco estoy muy segura de que mi tono sea lo suficientemente autoritario como para imponer respeto.

Aún tengo algo de tiempo libre antes de ir al gimnasio, así que me siento en el sofá, cojo el libro que reposa sobre la mesita de centro y lo abro por la página doblada. Cassey odia que haga eso. Dice que maltrato los libros.

Y antes opinaba como ella, y solía soltar el mismo sermón.

*—Hola, preciosa —me saluda nada más encontrarme en el pasillo del instituto, apoyándose contra la taquilla contigua a la mía.*

*—Hola, cretino.*

*—¡Eh! ¿Se puede saber qué te he hecho?*

*Y entonces le enseño el libro que me pidió prestado para la clase de literatura, y que me devolvió con varias páginas dobladas.*

*—Odio que maltrates los libros de esta manera. Y a pesar de saberlo, lo sigues haciendo.*

*—No maltrato el libro, lo uso, lo vivo...*

*—Un día de estos te retorceré los huevos hasta hacerte gritar, pero no me podrás acusar de maltrato porque solo te estaré usando, viviéndote —aseguro, imitando su tono de voz.*

*—No es lo mismo.*

*—Porque tú lo digas.*

*—Aunque, en el fondo, me pone un poco cachondo que quieras usarme...*

*Le aparto, empujándole y estampándole contra las taquillas, justo antes de empezar a caminar hacia mi siguiente clase.*

*—¿Nos vemos luego?! —me pregunta, gritando. Le contesto sin girarme, negando con un dedo—. ¿Por qué?! —Esta vez me encojo de hombros—. ¿Acaso me estás intentando castigar por vivir con tanta intensidad tus libros?! —Muevo las manos para contestarle una especie de “más o menos” con gestos—. ¿De acuerdo! ¡Prometo no volver a hacerlo!*

Pero lejos de dejar de hacerlo, acabó por contagiarme su manía.

Y así fue como, cuando todo acabó, dejé de usar marcapáginas.



—¿Y crees que cumplirá? —me pregunta Janine.

—Más le vale —digo, mirando el móvil, que cojo del bolsillo de mi delantal—. Si en quince minutos no me ha enviado un mensaje para avisarme de que ya está en casa, estará castigada sin salir hasta que entre en la universidad.

—¿Aún le exiges que te envíe su localización para tenerla controlada?

—Por supuesto.

—¿Serás ogro...! No seas tan dura con ella. Es una chica fantástica... No se mete en líos, saca buenas notas, no frecuenta malas compañías...

—Y no quiero que se desvíe del buen camino... —contesto, mientras recojo los platos de la mesa que acaban de desocupar.

—Seguro que tú a su edad hacías lo mismo...

—Mis padres, a su edad, no me dejaban salir de noche un jueves por la noche.

Cojo los dos billetes de dólar que han dejado de propina y los meto dentro del bote situado detrás de la barra.

—Pero seguro que lo intentaste. Seguro que hubo algún tipo que te traía de

cabeza y por el cual eras capaz de cometer muchas locuras...

Conforme sus palabras calan hondo en mi cabeza, todo se ralentiza a mi alrededor, rememorando ese día en el que yo tenía dieciséis años y apareció un chico nuevo que puso mi mundo patas arriba.

—¿Vienes, Jill?

—Sí... Esperad que guarde los libros en mi taquilla y coja la carpeta...

—¡Joder! ¡Mierda...!

*Alguien patea las taquillas cercanas a la puerta del despacho de dirección, justo antes de dejarse caer de espalda contra ellas.*

—¿Quién es ese? —pregunta Amber.

—Ni idea... No le había visto nunca... Y creo que me habría fijado... — contesta Josie, sonriendo mientras le mira de arriba abajo.

*Entonces, el chico levanta la vista en nuestra dirección y nos ve. Amber le sonrío, Josie le saluda con una mano y yo agarro mi carpeta contra el pecho. Él nos saluda con un movimiento de cabeza, sonriendo de medio lado.*

—Te está mirando... —me dice Amber.

—Qué va...

—Yo creo que sí... ¿Por qué no vas y le preguntas dónde se había metido hasta hoy?

—Eso. Vamos. Atrévete.

*Josie me da un pequeño empujón, y como ya estoy a medio camino y retroceder me haría parecer tonta de remate, empiezo a acercarme a él.*

—Hola —le saludo.

—¿Qué tal?

—Esto... ¿Estudias aquí?

—Aún no.

—Eres nuevo, entonces...

—Esos son los planes, por lo que parece... —dice, señalando con el dedo hacia la puerta del despacho—. ¿No estarás planeando hacerme alguna novatada?

—Tranquilo. Soy de fiar —contesto riendo—. Soy Jill, por cierto.

—Chris —dice él.

—Y... ¿qué curso vas a hacer...?

—Décimo.

—Bien... Entonces, puede que seamos compañeros de clase.

Chris asiente mirándome de arriba abajo, sonriendo sin despegar los labios. Los ojos se le achinan y le asoman hoyuelos en ambas mejillas.

—¿Algún consejo...?

—Nada remarcable... Si te alejas de los problemas, sobrevivirás sin pasar apuros.

—Me temo que tengo un imán para los problemas —dice, levantando las cejas y encogiéndose de hombros.

Esa sola afirmación provoca que me recorra una pequeña corriente eléctrica por todo el cuerpo.

—Bueno... pues... nos vemos por aquí... —concluyo, caminando de espaldas sin poder dejar de sonreír.

—Dalo por hecho...

—Jill. ¿Hola? ¡Jill!

Cuando vuelvo en mí, veo a Frank asomando la cabeza por el hueco que da a la cocina. Apoyando las manos en la barra de madera, me mira enarcando una

ceja.

—Dejad de holgazanear, que estos platos no van a ir solos hasta las mesas... ¡Estos son para la mesa cuatro!

—¡No seas capullo, Frank! —se queja Janine.

—¡Este capullo sigue siendo vuestro jefe!

Janine le enseña el dedo corazón cuando Frank ya está de espaldas, de nuevo dentro de la cocina.

—Pues si tú no lo hacías, entonces será que tienes miedo de que haya heredado esa faceta de su padre... —insiste ella, de nuevo a mi lado, detrás de la barra.

No sé cómo cambiar el rumbo de la conversación. No quiero que siga por ahí. No quiero a hablarle de él a nadie. Entonces, como caído del cielo, Walter entra por la puerta del local.

—¡Hola, Walter! ¿Lo de siempre? —le saludo, sin poder esconder mi entusiasmo por haberme salvado el tipo.

—¡Hola, Jill! ¿Te vendrías conmigo a Kansas? —me pregunta, ilusionado tras mi recibimiento.

—No. —Él chasquea la lengua—. ¿Nunca te cansas?

—Lo de siempre, tú misma lo has dicho. Tengo la esperanza de que un día accedas a subirte conmigo a mi camión y acompañarme en alguno de mis viajes.

—Sabes que no puedo.

—Puedes traerte a Cassey contigo. ¿Cómo está, por cierto?

—Insoportable. Oye, ¿te la quieres llevar a ella sola? —le pregunto mientras le sirvo un café largo.

—¿Por qué nunca me has hablado de él? ¿Tan mal acabasteis? Porque está claro que bien no, ya que ella tampoco tiene contacto con él —vuelve a la carga



Janine.

Mi estrategia de distracción no ha funcionado e insiste en seguir preguntando, así que agoto el último cartucho, intentando hacerme la loca.

—¿Qué? ¿De quién hablas?

—Del padre de Cassey, por supuesto. Estábamos hablando de él. No me digas que en uno de esos arrebatos de locura te dejó preñada y “si te he visto, no me acuerdo”. —Me mira durante unos segundos y, al ver que yo no hago nada por responder, prosigue con sus hipótesis—. ¡Oh, Dios mío! ¡¿Murió?! ¡¿Es eso?! ¡Lo siento, lo siento, lo siento!

Miro alrededor, algo avergonzada al darme cuenta de que hemos llamado la atención de varios de los clientes, incluido Frank.

—Perdón —me contesta entre dientes, sin despegar la mandíbula.

Pongo los ojos en blanco y me acerco hasta una de las mesas de la ventana, donde se acaban de sentar un grupo de moteros ruidosos.

—¿Qué os pongo? —les pregunto.

—Nos pones cachondos... —contesta uno de inmediato.

Levanto la vista del cuaderno y le miro levantando una ceja, con una mueca de asco dibujada en la cara.

—¡Macho! ¡Te acaba de matar con la mirada! —dice uno de sus colegas.

—¡Qué carácter! —añade otro.

—Tengo más mesas que atender y cosas que hacer... ¿Sabéis ya qué vais a tomar o vuelvo dentro de un rato, cuando os lo hayáis pensado?

—Ponnos cuatro birras bien frías.

—¿Veis como no era tan difícil?

—Sí, pero de la buena.

—Esto es una cafetería de carretera, no un pub de la ciudad. Solo tenemos una marca de cerveza —digo, justo antes de darme la vuelta y dirigirme detrás de la barra de nuevo, susurrando—: Capullos...

En ese momento, me llega un mensaje al móvil.

**“La nevera está vacía. ¿Pretendes matarme de hambre?”**

El mensaje va acompañado de una foto del interior de nuestro frigorífico, y es cierto que está medio vacío. El horario criminal que hago a diario en la cafetería me deja poco tiempo libre, que normalmente tengo que dividir entre cuidar de mí misma, organizar mi casa y controlar a mi hija adolescente. Curiosamente, lo que me lleva más tiempo es mi hija, luego mi casa y finalmente, yo. Así que, si mi frigorífico está vacío, imaginaos mi vida...

**“Baja al supermercado y compra algo de cena”**

Como esperaba, su respuesta no se hace esperar. Es incapaz de no tener la última palabra.

**“Ay, lo siento... Mi madre no me deja salir de casa a estas horas... Pediré una pizza. Te cojo dinero del cajón de tu mesilla”**

Chasqueo la lengua al tiempo que guardo mi teléfono de nuevo en el bolsillo del mandil. Estoy sacando las cuatro botellas de cerveza de la nevera, soplando para apartarme un pechón de pelo que cae sobre los ojos, cuando vuelvo a escuchar la voz de Janine.

—¿Y qué pasó...?

—¿En serio crees que es el mejor momento para hablar de ello?

—Vale, ¿nos tomamos una copa luego y me cuentas?

—No puedo. Mi hija adolescente y cabreada está sola en casa cuando todos sus amigos están en un concierto. Tengo que hacer de carcelera.

—Pues entonces, teniendo en cuenta que no tendrás tiempo para mí luego, sí, ahora me parece un momento ideal para hablar de ello.

Aguanto la bandeja con una mano, llevando las cuatro cervezas. Mientras me inclino para dejarlas en la mesa, siento una mano en mi trasero. Me doy la vuelta rápidamente y la agarro, retorciéndola con un simple y fácil movimiento que Livy me enseñó una vez. Recuerdo ese momento perfectamente, a pesar de haber pasado tanto tiempo. Estábamos en su casa, preparándonos para ir a una fiesta del instituto. Aaron sermoneaba a Chris para que tuviera cuidado y cuidara de mí.

*—A pesar de lo que pensáis, podemos cuidarnos solitas —dice Livy.*

*—Está claro, pero mejor si estamos cerca cuando... —argumenta Aaron.*

*—Ven aquí, guapito —le corta ella, haciéndole señas con el dedo para que se acerque—. Tócame el culo.*

*Aaron sonrío de medio lado, mirándola de forma pícaro.*

*—Mejor esperemos a que se vayan, ¿no crees?*

*—Hazlo.*

*—De acuerdo. Si me lo pides así...*

*Antes siquiera de que la mano de Aaron llegue a rozar su trasero, con un movimiento rapidísimo y solo agarrándole de la mano, se la retuerce de tal manera que Aaron se ve obligado a arrodillarse mientras una mueca de dolor atraviesa su rostro.*

*—Así la agarras y así retuerces —me explica Livy mientras Chris y yo les observábamos con los ojos y la boca muy abiertos.*

*Aaron reacciona al rato y se retuerce para librarse del agarre. Además, consigue inmovilizarla contra el suelo, agarrándola de los brazos.*

*—Afortunadamente para ella, no todos los tipos practican “krav maga” —dice Livy cuando Aaron la ayuda a incorporarse.*

*—Y para su desgracia, ninguna será tan guapo como yo...*

*—Mejor nos vamos, que esto me lo conozco y sé cómo termina —me susurra*

*Chris al oído.*

Cuando vuelvo a la realidad, agacho la vista y veo al tipo corpulento arrodillado en el suelo, con evidentes gestos de dolor. Él tampoco practica “krav maga”, pienso sonriendo, justo antes de soltarle.

Sin decir nada, bajo la mirada atónita del grupo de moteros, doy media vuelta y camino hacia la barra, donde dejo la bandeja, y todo ello lo hago con una sonrisa de satisfacción en la cara, no sé si por haber doblegado a ese capullo o por el bonito recuerdo que me ha traído hacerlo. Entonces, me acerco a Janine y susurro en su oído:

—Se le fue de las manos...

—¿Eh?

—Al padre de Cassey, digo.

—¿Qué se le fue de las manos...?

—Todo. Lo que empezó siendo un cigarrillo de marihuana esporádico, acabó siendo consumo de cocaína a diario. La lata de cerveza que se bebía alguna noche cuando salíamos, se convirtió en una botella de whisky prácticamente a diario. Y lo que empezó siendo un tonto inocente con alguna chica, acabó siendo sexo con la primera que se abriera de piernas delante de él.

Janine me mira atenta, con la boca abierta de par en par y la jarra de café en la mano. Walter la espera, levantando la taza de café para que se la vuelva a llenar. Le miro y sonrío.

—No es que tenga mucha prisa, pero...



Antes de montarme en el coche para volver a casa, le escribo un mensaje a Cassey para avisarla de que voy de camino. Dejo el móvil fuera del bolso, sobre el asiento del copiloto, atenta a su respuesta, que no parece llegar. Supongo que es la forma que tiene de hacerme saber que sigue enfadada conmigo. Incluso en eso se parece a él. Cuando algo no le gustaba, fruncía el ceño y giraba la cabeza,

evitando incluso mirarme, y solo respondía a mis preguntas mediante ruidos, muecas o encogiéndose de hombros.

No pierdo la esperanza de que me responda. Además, tiene un margen de hora y media para hacerlo, lo que dura el trayecto hasta casa. Es el precio que tuve que pagar para conseguir el anonimato que mi vida necesitaba.

Cuando dejé a Chris, estaba tan dolida que necesitaba alejarme de él y de todo su entorno. Quería ser invisible para todo el mundo en general y para Chris y su familia en particular. Sé que no fue justo para sus padres y hermanos, pero no podía mantener la relación con ellos. Así que me largué a Florida con mi hija y solo una mochila con las pocas pertenencias que pude meter. Allí encontré trabajo de camarera y empecé a rehacer mi vida. Pero años más tarde mi madre murió de un repentino ataque al corazón. Fue tan fulminante como inesperado, y mi padre no lo asimiló. No podía dejarle solo, así que nos volvimos a Nueva York y empecé a vivir en la clandestinidad para seguir “alejada” de él y su familia. Busqué un trabajo en el que me pagaran el suelo metido en un sobre semanal, sin preguntas. Nos trasladamos al apartamento de mi padre para apoyarnos mutuamente en esos momentos difíciles. Luego, él conoció a Jackie en las reuniones que el psicólogo le recomendó para superar la pérdida de mamá y, años después, cuando se fueron a vivir juntos, nosotras buscamos algo pequeñito para las dos. Al principio, Cassey preguntaba por su padre. Mientras fue pequeña, le dije que estaba lejos, trabajando. Una verdad a medias. Le conté que se llamaba Chris, aunque nunca le dije su apellido. Cuando tuvo edad suficiente, le dije que nos abandonó cuando ella nació, que no quiso saber nada de nosotras. En el fondo, tampoco le mentí. Liándose con esas furcias, sabía perfectamente que me perdería, así que, a su manera, me demostró que no quería saber nada de nosotras. Ahí acabó su curiosidad.

Cuando aparco a dos manzanas de casa, compruebo de nuevo el teléfono. No tengo ningún mensaje suyo.

El ascensor vuelve a estar estropeado, así que subo las escaleras hacia el tercer piso arrastrando los pies. Mientras lo hago, escucho el murmullo de las conversaciones del resto de apartamentos, sobre todo el de la familia búlgara del segundo. Son algo escandalosos, aunque a su favor tienen que no se les entiende nada ya que, excepto cuatro palabras contadas, no parecen saber hablar inglés.

Cuando me planto frente a mi puerta, no escucho ruido en el interior, ni

siquiera el de la televisión. Es imposible que esté durmiendo, así que existen unas pocas posibilidades, aunque solo dos son posibles: que esté escuchando música con los auriculares puestos o que no esté en casa. Y, por su bien, espero que la correcta sea la primera opción.

Mi optimismo dura lo que tardo en recorrer el pequeño apartamento. En la mesa de delante de la tele, aún reposa la caja de la pizza, con unos cuantos trozos fríos en el interior. Su habitación está vacía y su cama permanece intacta. Cuando llego a mi dormitorio, abro el armario para cambiarme de ropa y, en cuanto cojo una sudadera, algo cae al suelo. Desde la distancia, sin agacharme, veo de qué se trata. Con tiento, agarro una esquina con dos dedos temblorosos y la recojo, arrastrando los pies hasta sentarme en la cama.

Sabía que estaba ahí. De hecho, fui yo la que decidió no tirarla, como algunas otras cosas que me regaló, pero hacía tanto que no la veía... Recuerdo perfectamente el día que se tomó... De hecho, fue su hermano Max quién la hizo hace ya casi veinte años. En ella salimos sonriendo, muy felices, porque así era como me sentía a su lado por aquel entonces: feliz. Es de poco después de que él volviera de Washington, donde se mudó cuando su padre fue guardaespaldas del presidente. Durante esa época, no solo nos distanciamos físicamente. De alguna manera, aunque entendía su marcha, quise hacérselo pagar y busqué consuelo en brazos de otro, Graham. Pero me estaba engañando a mí misma, porque Chris no era tan fácil de sustituir, así que acabé por romper con el pobre sustituto, el cual nunca se dio cuenta de que estaba siendo utilizado. Lo siento, Graham. Poco después, Aaron y Livy se convencieron de que estaban hechos el uno para el otro, y volvieron a Nueva York. En el mismo instante en el que nos vimos de nuevo, él me sonrió de medio lado, agachando la cabeza, y supe que había vuelto a caer en sus redes. No le hizo falta nada más. A ninguno de los dos nos hizo falta. Nunca comentamos nada de aquellos meses que pasamos separados. Él sabía de la existencia de Graham, así como yo sabía que él también había estado acompañado, pero, simplemente, no necesitamos contarnos nada. Esa foto fue tomada poco después de aquella sonrisa, cuando nada nos preocupaba más allá de un simple examen de química, o que mi padre me dejara salir hasta tarde. Chris se limitaba a cantar solo para mí y, de vez en cuando, para unos pocos en un pub de Hell's Kitchen en el que solía trabajar para sacarse un dinero. Hace veinte años, cuando éramos solo él y yo, y no tenía que compartirle con su grupo, su manager, su agenda, las sesiones de fotos y, sobre todo, sus millones de fans.

Llevo un rato sentada en mi cama, acariciando la fotografía con el pulgar, cuando vuelvo en mí y recuerdo el verdadero motivo por el que he entrado en mi habitación. Enseguida la ira se vuelve a apoderar de mí, guardo la foto en el cajón de la mesita de noche, saco mi teléfono del bolso e intento llamarla. Tras varios tonos, salta el contestador así que abro la aplicación que instalé para localizar el teléfono de mi hija. Sí, lo sé, es algo rastrero. Los psicólogos me sermonearían con que la confianza madre e hija es vital para una buena convivencia... y me da igual. Lidiar con una adolescente es muy jodido. Si encima está cabreada, muchísimo peor. Así que sí, pienso usar todas las herramientas a mi alcance para intentar controlarla. Segundos después, cuando la tecnología se alía conmigo, averiguo que Cassey está en un local de Brooklyn, así que cojo el bolso, salgo de casa y bajo las escaleras echando humo.



Cuando consigo entrar en el pequeño local, me abro paso entre la multitud, encogiéndome y retorciendo mi cuerpo como si fuera un contorsionista del *Cirque du Soleil* para esquivar codazos y patadas de la gente que baila y brinca a mi alrededor. La música es atronadora, y tengo que hacer verdaderos esfuerzos para no taparme los oídos con ambas manos. En un vano intento de encontrar a Cassey, doy algún salto para intentar distinguir su cabeza entre la multitud. Entonces, me acerco a la barra para intentar subirme a un taburete.

—¿Qué te...? ¿Qué le pongo, señora? —me pregunta el camarero que, al verme, hábilmente ha decidido tratarme de usted.

Le fulmino con la mirada y consigo ahuyentarlo. Entonces, me encaramo a un taburete. Está muy oscuro y me está costando distinguir nada, pero, como si se tratase de una conspiración divina, un haz de luz enfoca al público y la veo saltando con ambos brazos en alto. Me acerco a grandes zancadas mientras ella sigue brincando y cantando a pleno pulmón, ajena a mi presencia. Está rodeada de varias chicas, a alguna me parece haberla visto por casa alguna vez, y cantan a coro, con los ojos cerrados.

—¡Cassandra Harris! —grito su nombre, señalándola con el dedo, a pocos metros de llegar a ella.

—¡¿Mamá?! —contesta, pálida y con los ojos abiertos como platos. Convertida en el blanco de las miradas de todos a su alrededor, agacha la cabeza,

avergonzada—. ¿Qué haces aquí...?

—¡No, no, no! ¡La pregunta correcta es, ¿qué haces tú aquí?!

—Mamá, por favor... —insiste entre dientes, sin despegar los labios.

—¡Te prohibí salir! ¡Y me desobedeciste!

—Porque... yo... Tú... —Los ojos se le llenan de lágrimas que pugnan por salir. Se muerde el labio inferior y mira de reojo a sus amigas, las cuales se empiezan a alejar. Cassey se da cuenta, y su expresión avergonzada se esfuma, dando paso a la ira—. ¡Me estás jodiendo la vida!

—¡¿Perdona?! ¡Tú tampoco me pones las cosas muy fáciles que digamos!  
¡Marchando para casa!

—¡¿Qué?!

—¡Que nos vamos! ¡Joder, qué mierda de música! —grito, justo en el momento en el que la canción acababa, convirtiéndome en el centro de todas las miradas.

—Joder... —se queja Cassey, caminando hacia la salida, tapándose la cara con el pelo para intentar pasar desapercibida.

Corro para darle alcance y, en cuanto lo hago, agarro su codo.

—Tengo el coche por allí —digo, señalando con la cabeza en dirección contraria.

—¿Has venido en esa tartana? Genial...

—El Porsche está en el taller... —ironizo—. ¿Se puede saber por qué me has desobedecido?

—Y dale con el rollo.

—Cassey, tienes dieciséis años. No eres mayor de edad. Y mientras vivas bajo mi techo...

—A lo mejor ese es el problema, que vivo bajo tu techo.



—¿En serio? ¿Tú crees? ¿Y bajo qué techo vivirías si no es bajo el mío?

Ella frunce el ceño durante unos segundos, hasta que al rato decide cambiar de tema.

—¿Dónde narices has aparcado? ¿En New Jersey?

—¡Deja ya de quejarte por todo y responde mi pregunta! ¿Por qué me has desobedecido? —pregunto, mirándola de arriba abajo y dándome cuenta de la poca ropa que cubre su cuerpo, con una camiseta entallada de tirantes y una cortísima falda que a duras penas cubre su trasero.

—Porque todos iban a venir y... ¡son buenísimos, mamá!

—¿Buenísimos? ¿Esos que berreaban? Toma, tápate un poco con mi chaqueta.

—¡Tú flipas! —contesta, sin siquiera hacer el ademán de cogerla—. No tienes ni idea de música...

—Ya... —resoplo, justo antes de volver a la carga—. De todos modos, que sean tan... buenos, no me parece motivo suficiente como para desobedecerme.

—Después de cenar, Laurie me escribió y... me envió una foto y...

Abro la puerta del coche, que emite un fuerte chirrido. En cuanto nos metemos y nos sentamos, los muelles de los asientos se quejan y cuando lo intento arrancar, el feo sonido del motor empieza a despertar a los vecinos. Algunos perros empiezan a ladrar e incluso se enciende la luz de algún apartamento. Cassey pone los ojos en blanco y se hunde en el asiento, cuyos muelles vuelven a quejarse.

—¡Aprieta el pedal del acelerador ya, por Dios! —me apremia.

Consigo arrancarlo pocos segundos después, y circulamos sumidas en un silencio absoluto, solo roto por el ruido del tubo de escape. Cassey me ignora, con la vista fija en su ventanilla y los brazos cruzados sobre el pecho.

Podría seguir sermoneándola, advirtiéndole que me da igual que esté enfadada y que no se va a librar del castigo, pero estoy demasiado cansada para

discutir. Así pues, dejo que siga con su actitud esquiva cuando aparcamos cerca de casa, caminando varios pasos por delante de mí.

—El móvil —digo, nada más abrir la puerta de nuestro apartamento.

—¿Perdona? —me pregunta, con una mueca escéptica en la cara.

—Lo que oyes —insisto, mostrándole la palma de mi mano.

—Pero...

—¿En serio pensabas que no iba a haber ninguna represalia?

—¿En serio piensas que haber venido al garito a buscarme y haberme puesto en ridículo delante de casi todo mi instituto, no es suficiente castigo?

—El móvil.

—¡Al menos prométeme que borrarás ese... programa espía! ¡Es una clara violación de mi intimidad!

—Me lo pensaré —contesto con la boca torcida, haciéndome la dura.

En realidad, lo borraré porque hasta a mí me parece algo... rastrero, pero quizá haré que piense que no lo he hecho durante un tiempo.

—¡Te odio! —grita, alejándose hacia su habitación, dando un portazo.

## CAPÍTULO 3

### *Y así fue como, cuando todo acabó, me convertí en un adicto*

Subido a un escenario he sido siempre feliz. No por sentirme adorado, no me interesa la ropa interior que me lanzan, ni los cientos de carteles profesándome amor eterno. Lo que más me gusta es hacer algo que me encanta y que se me da bastante bien, aunque no tengo la voz más bonita del mundo. Hay miles de cantantes mucho mejores que yo, pero un periodista me dijo una vez que el secreto de mi éxito era que sabía contagiar mi felicidad. Y es cierto... Subido a un escenario, me lo paso bien, y eso se transmite al público.

Pero hoy no tengo ganas... Hoy no me siento feliz, así que no creo ser capaz de transmitir nada bueno al público. Los chicos del grupo, ajenos a mi estado de ánimo, charlan y bromean, poniéndome aún más nervioso. Me levanto y me dispongo a prepararme una raya, y entonces todos se sumen en el más absoluto silencio. Cuando soy consciente de ello, giro la cabeza y les miro desafiante.

—¿Qué?

—Creemos que... no es buena idea... —se aventura a decir Charlie, erigiéndose como portavoz improvisado.

—¿No es buena idea? ¿Crees que no es buena idea que me meta una raya? ¿Todos lo creéis? —les pregunto, retándoles, mientras empiezo a ver cabezas asintiendo con miedo. Sin hacerles caso, acerco la nariz a la mesa y esnifo la cocaína—. ¿Vosotros creéis saber qué es lo que me conviene? Corregidme si me equivoco... Vosotros pensáis que no me conviene drogarme... Creéis saber lo que es mejor para mí... ¿Es así? ¿Cómo podéis saber lo que es mejor para mí si no sabéis qué siento? ¿Cómo podéis ponerlos en mi lugar sin ser yo?

Todos me miran, aunque no directamente a los ojos. Brian incluso empieza a darse la vuelta.

—¡Contestadme! —grito—. ¡¿Quién cree saber lo que siento?! ¡¿Quién sabe qué es ser yo?! ¡¿Quién sabe lo que es ver deteriorarse a su madre hasta morir en sus brazos?! ¡¿Quién sabe lo que es crecer sin padre?! ¡¿Quién ha perdido al amor de su vida por culpa del trabajo de su vida?!

—Chris... —Charlie intenta intervenir de nuevo, carraspeando varias veces para aclararse la voz—. Todos tenemos problemas, pero hay que ser valiente y tirar para adelante...

—¿Acaso piensas que no lo soy?! —Cojo la botella de whisky que el organizador del concierto ha dejado para nosotros, la abro y doy un largo trago. Me limpio la boca con el antebrazo, justo antes de volver a hablar—. ¿Todos pensáis que soy un cobarde?!

—No es eso... Es que... Tienes que pensar que, a pesar de todo eso, eres un afortunado, Chris. Todos lo somos, por vivir de lo que amamos...

—Pero no con quién amamos —susurro, dándoles la espalda.

Yo no solía ser así. Nunca fumé más que tabaco hasta que mi padre me lo prohibió cuando me fui a vivir con él. Solía hacer deporte de forma más o menos asidua, cuidaba lo que comía y bebía lo justo. Pero entonces mi vida empezó a correr a una velocidad que fui incapaz de asimilar y se me fue de las manos.

Y así fue como, cuando todo acabó, me convertí en un adicto.



Me dirijo al escenario, aún con la botella en la mano. En cuanto salgo, a pesar de que nada estaba del todo preparado ni se nos había anunciado aún, la multitud grita de forma ensordecedora. Después del desconcierto inicial, uno de los chicos corre a poner un micrófono en el centro, en el lugar que se supone que tengo que ocupar, mientras el resto sigue colocando instrumentos y moviéndose de forma atropellada para dejarlo todo listo.

Me planto frente al micrófono y lo agarro con una mano. Miro alrededor, hacia la pista y las gradas del pabellón abarrotado. En las primeras filas, las chicas estiran los brazos para que las toque. Aunque los de seguridad me lo tienen prohibido, les desobedezco a menudo. Ellos lo saben, y en cuanto me ven acercarme, suelen bajar y quedarse cerca. Habitualmente, hay algún desmayo, cosas sin importancia que llevan de cabeza a mis guardaespaldas y gente de la organización. Esta vez, por eso, no pienso acercarme. Las observo detenidamente, viéndolas gritar, llorar, reír... Algunas de ellas son muy jóvenes, quizá de la misma edad que Cassey...

Al darme cuenta de la botella que aún sostengo en una mano, me la llevo a los labios y doy un largo sorbo. La gente empieza a gritar de nuevo, y entonces veo cómo, a mi espalda, los chicos van tomando posiciones. Intento darme la vuelta, pero el alcohol y las drogas que llevo en mi organismo empiezan a pasarme factura y todo me da vueltas. Doy un traspiés que casi me hace caer de bruces al suelo. Cuando consigo incorporarme, se me escapa la risa, acompañada de varias lágrimas. No sé por qué río, tampoco por qué lloro. Solo sé que lo siento todo con tanta intensidad que me cuesta mantenerme en pie.

Entonces, como teníamos ensayado, como cada noche que nos subimos al escenario, Brian empieza a tocar el bajo, acompañado de Charlie a la guitarra y de la batería. Tambaleante, me acerco de nuevo al micrófono, pero, en cuanto abro la boca para empezar a cantar, cuando ya todo el público está bailando, algo me impide continuar. Cierro la boca y doy otro largo trago, ante el desconcierto de mis compañeros, no así del público, que sigue bailando como si todo formara parte del show.

Intento volver a retomar el ritmo de la canción, cierro los ojos y muevo la cabeza al compás, abro la boca y entonces se me escapa un sollozo. Las lágrimas corren por mis mejillas sin control, el sudor cubre todo mi cuerpo y mi respiración errática provoca que mi pecho suba y baje sin control. Se me nubla la vista, la cabeza me da vueltas y empiezo a perder el sentido. Siento unas arcadas incontrolables y entonces me doy la vuelta rápidamente y vomito. El silencio que se forma es casi sepulcral. Incluso los chicos han dejado de tocar. Siento miles de ojos acribillándome, juzgándome, así que, con paso errático, me dirijo hacia los camerinos. Lejos de detenerme allí, empiezo a correr hacia el exterior del pabellón y, una vez fuera, corro calle abajo. El sonido estridente de un claxon me devuelve a la realidad, y me descubro con ambas manos apoyadas en el capó de un taxi, observado por los ojos asustados del conductor. El tipo saca la cabeza por la ventanilla y me pregunta algo. Las únicas palabras que sé decir en japonés son hola, adiós y gracias, así que soy incapaz de averiguar qué está diciendo. Tardo unos segundos en reaccionar, mirando alrededor. Parece que todo se ha detenido y mucha gente me mira, seguro que preguntándose qué narices le pasa a ese occidental con cara de loco. Entonces, llevado por un impulso, camino hacia la parte posterior del taxi, abro la puerta y me dejo caer en los asientos. Apoyo la espalda y echo la cabeza hacia atrás, intento recuperar el aliento.

—Solo... conduzca... —consigo decir.

El tipo parece entenderme, porque enseguida oigo el motor del coche nos movemos. Ladeo la cabeza y abro los ojos, mirando la sucesión de imágenes a través de la ventanilla. Las luces de neón de los comercios, los cientos de coches que nos rodean, los variopintos comercios, la multitud de gente que abarrota las calles... Y entonces, a pesar de estar rodeado de tanta gente, me siento más solo que nunca.



Lo peor de estar siempre viajando de un país a otro es que no tienes un lugar al que llamar hogar. Antes, eso nunca fue un problema para mí, aunque fue uno de los motivos por los que Jill y yo lo dejamos, infidelidades aparte. Yo necesitaba viajar y sentir el calor de la gente, mientras que ella necesitaba pasar más de dos noches en el mismo sitio. Yo quería ver mundo, y ella buscaba un hogar. Yo quería pasármelo bien, ella pensaba en un sitio ideal para poder criar a nuestra hija.

Así pues, cuando me abandonó y dejé el piso de alquiler que compartíamos, no sentí la necesidad de buscarme un sitio en el que vivir. Pasé una temporada en casa de mis padres, otra en casa de Max y Simon... No obstante, mi padre, preocupado por mí, me convenció para invertir parte de mi dinero en un ático con vistas al parque. Nunca he pasado más de tres noches seguidas en él, así que, aunque es mi única propiedad, nunca lo he sentido como un hogar. Por eso no entiendo qué me impulsó esa noche a pedirle al taxista que me llevara al aeropuerto, que comprara un billete de avión a Nueva York y venir aquí nada más aterrizar.

El ático está impoluto porque alguien se ocupa de limpiarlo aunque no viva nadie aquí. No sé quién lo hace. De hecho, ni siquiera sé quién les contrató, pero sé que lo hacen. También sé que alguien se ocupó de hacer algunas reformas y de decorarlo a su gusto. Tampoco sé quién les contrató, pero hicieron un buen trabajo. Totalmente impersonal, pero no está mal.

En cuanto entro, suelto la mochila al lado de la puerta principal y arrastro los pies hasta el dormitorio. Tengo que admitir que me lleva un rato dar con él, pero, tras abrir la tercera puerta, consigo dejarme caer sobre el colchón. También hicieron un buen trabajo comprándolo: grueso y firme, como a mí me gusta. Así, no me cuesta ni dos segundos caer rendido.

No sé el tiempo que llevo durmiendo cuando escucho mi teléfono sonando a lo lejos. Me tapo con la almohada para intentar amortiguar el ruido, y parece funcionar, porque al rato, me vuelvo a quedar dormido.



—¿Qué cojones...?! —grito cuando un chorro de agua impacta en mi cara. Aún descolocado, intento por todos los medios pararlo, haciendo aspavientos con las manos, un intento ridículo y en vano, por lo que parece—. ¡Joder! ¡Basta!

Respiro de forma acelerada, con el pecho subiendo y bajando a toda velocidad. Miro a un lado y a otro para descubrirme tirado dentro de la bañera. Tengo la ropa empapada y pegada al cuerpo, así como el pelo, que cubre mi frente y mis ojos. Me lo aparto con una mano torpe, encontrándome con la cara de mi padre a escasos centímetros de la mía.

—¿Mejor?

—¿Qué...?

Le veo salir de la habitación para volver con un pantalón y una camiseta, que me tira sin muchos miramientos.

—Cámbiate, que das asco.

—¿Cómo...?

Se apoya contra el lavamanos, cruzando los brazos sobre el pecho. Me mira de forma severa, frunciendo el ceño.

—Yo... —Me siento obligado a decir algo, pero, simplemente, soy incapaz—. No sé qué...

—En eso tienes razón. No sabes nada. No sabes qué estás haciendo con tu vida. No sabes que tienes a tu madre y a tus hermanos preocupados...

—Ella no es mi madre... —me atrevo a susurrar. No sé bien el motivo por el que lo hago, supongo que para cabrearle o para dármelas de tipo duro.

Mi padre se vuelve frenético y se abalanza sobre mí. A pesar de que los años pasan para todos, jugando en mi favor en este caso, no le cuesta nada levantarme del suelo y empotrarme contra la pared de baldosas blancas.

—¡Me tienes hasta los cojones con la misma historia de siempre! Como vuelvas a repetir semejante gilipollez, te meto en un centro de desintoxicación en el que lo más arriesgado que harás será punto de cruz.

Aún después de amenazarme, se queda un rato más mirándome fijamente, con su nariz a escasos centímetros de la mía. Afortunadamente, se apiada de mí y va aflojando su agarre lentamente. Empiezo a quitarme la camiseta, o al menos a intentarlo, ya que está completamente pegada a mi cuerpo. Forcejeo durante un buen rato hasta que, producto de la impotencia, acabo por estirarla con fuerza hasta romperla, y lanzarla varios metros más allá.

—¿No ves en qué te has convertido? —me pregunta.

—Déjame en paz...

—¿En serio quieres eso? No te queda nadie, Chris... Solo tu familia, e intentas alejarnos de ti continuamente.

—No os necesito —digo entre dientes, agachando la cabeza.

—¿Sabes qué te digo? Que me rindo.

Y entonces, contra todo pronóstico, da media vuelta y se aleja de mí. Me quedo muy quieto, escuchando, sin poderme creer que realmente me vaya a dejar solo. Y entonces, escucho el ruido de la puerta al cerrarse, un sonido que hace eco en mi cabeza, martilleándome.

Me doy por vencido y resbalo por la pared hasta quedar sentado en el suelo. Con el torso aún desnudo y el pantalón empapado, apoyo los codos en las rodillas y me agarro la cabeza. De repente me siento mareado, tanto que me precipito sobre el lavabo y vuelvo a vomitar. Esta vez no es producto del alcohol, lo sé. Es por culpa del miedo atroz que tengo a estar solo. Como cuando mi madre enfermó, como cuando, después de meses peleando, se le acabaron las fuerzas y me dejó.





—¡Eh! ¡Buena fiesta, Taylor! —me grita un tipo al que ni siquiera conozco.

—¡Eh, tío! —me saluda otra que pasa por delante del sofá en el que estoy tirado.

Cuando consigo enfocar la vista y hacer un repaso a toda la estancia, me doy cuenta de que no veo ninguna cara conocida a pesar de que todos parecen conocerme. Es lo que tiene ser famoso, supongo.

Todo el mundo parece estar pasándose bien. La música suena a todo volumen por todo el apartamento y hay cantidad de botellas vacías esparcidas por todas partes. Por toda la diáfana estancia sobrevuela una tenue niebla, producto del humo de varios cigarrillos, no todos de tabaco. Y entonces, me fijo en la cocaína que reposa sobre la mesa de centro frente a mí.

—Algún día me tienes que decir dónde consigues esta mierda, Taylor —dice un tipo sentado frente a mí.

Frunzo el ceño, intentando adivinar de qué le conozco, cuando una tía despampanante se sienta en mi regazo. Me obliga a echarme hacia atrás, hasta recostar por completo mi espalda en el sofá. Entonces, se da la vuelta y coge una papelina de coca y la vierte entera sobre sus pechos. Ella enreda las manos en mi pelo, y se acerca a mí, hasta que sus pechos rozan mis labios.

Alzo la vista, levantando una ceja, y ella ríe a carcajadas, justo antes de llevarse un dedo a la boca y mordérselo, simulando una inocencia que seguro que perdió hace mucho tiempo.

—¿Quieres probarla? —me pregunta.

Sonrío de forma respetuosa, puede que incluso melancólica, y aparto la mirada. Pero ella no se da por vencida y coge mi cara con ambas manos, acercando su pecho hasta que mi boca y mi nariz se hunden en ellos. Entonces, llevado por la lujuria del momento, mis manos rodean su espalda y lamo su piel. Esnifo también algún resto de polvo blanco, echando la cabeza hacia atrás.

Cuando abro los ojos, todo me da vueltas. La música retumba en mis oídos, pero el sonido me llega amortiguado, así como el de las voces y risas. De forma

patosa, aparto a la chica y me pongo en pie. Me lleva un rato mantener la verticalidad, y otro tanto enfocar la vista. Entonces, me empiezo a mover de forma patosa por todo el salón. Doy algún traspies y me topo contra algunas personas, pero a ninguno parece importarles. Al contrario, enseguida alguien pone una botella de cerveza en mi mano.

—¡Eh, Taylor! ¡Es una de las tuyas! —me grita un tipo, señalando con un dedo a su oído.

Entonces me doy cuenta que se refiere a que está sonando una de mis canciones por los altavoces. Cierro los ojos y me dejo envolver por mi propia voz. Levanto los brazos y empiezo a cantar. Escucho gritos y aplausos a mi alrededor, y entonces me doy cuenta de que mis miedos se han desvanecido por completo. Ya no estoy solo, porque estoy rodeado de gente, gente que me quiere y se preocupa por mí.

Todo lo que sucede después está algo borroso. Sé que bebo, fumo y esnifo varias veces más. Sé que intento cantar varias canciones al piano y, aunque todos me adulan, ríen y aplauden, algo me dice que no ha sido mi mejor actuación. La fiesta, lejos de acabar, está en todo su apogeo cuando mi teléfono vibra dentro de mi bolsillo. Frunzo el ceño al ver el número, el cual no reconozco.

—¿Diga? —respondo al descolgar, algo que me lleva varios intentos, ya que me cuesta enfocar la vista en algo tan pequeño.

—Señor Taylor, soy Héctor, el portero.

—¿El... portero? ¿Qué portero? ¿De qué discoteca?

—No, señor. Del bloque de apartamentos donde vive, señor.

—¿Dónde vivo...?

—En... Nueva York, señor.

—¿Qué?!

—Nueva York.

—¿Estás aquí abajo, entonces?

—Sí, señor.

—¿Y por qué me llamas? Sube a hacerme una visita... —río.

—Es que... verá... Está aquí la policía... —dice, casi susurrando—. Ellos son los que quieren subir a... hacerle una visita.

—¡Tendrás que hablar más alto! ¡Casi no te escucho!

—¡Que está aquí la policía, señor...!

—¡¿La policía?! ¡¿Por qué?!

—Verá... parece ser que un vecino les ha llamado... quejándose precisamente del ruido... —Entonces se aleja el auricular del teléfono y le escucho hablando con alguien, hasta que, al rato, me dice—: Están subiendo, señor. Yo... Lo siento, señor...

—¡Da igual! ¡Que suban!

Cuelgo, me subo sobre el piano y silbo para intentar llamar la atención de mis invitados, porque digo yo que en algún momento de mi laguna mental les habré invitado a venir. Consigo que pocos me hagan caso, y los que lo hacen, no parecen estar en condiciones de mostrarme mucha atención, así que me bajo de un salto justo en el momento en el que llaman al timbre.

—¿Chris Taylor...? —me pregunta uno de los agentes en cuanto abro la puerta, echando un vistazo por encima de mi hombro—. Una vecina nos ha llamado quejándose de ruido excesivo procedente de su apartamento...

—¿Ruido? Yo no he oído nada de ruido...

—Señor...

—Aquí, lo que suena es música... —contesto riendo, manteniéndome erguido a duras penas.

—En todo caso, señor, está a un volumen excesivo. Si no le importa moderar un poco el...

—No.

—¿Cómo dice...?

—Es una fiesta y es mi casa, así que pondré la música al volumen que me salga de los cojones.

Uno de los agentes resopla, mientras que el más mayor hace el ademán de entrar en mi casa, abriendo la boca.

—Me temo que si no obedece nos veremos obligados a denunciarle y deberá acompañarnos a... —Le agarro de la camisa del uniforme y tiro de él para impedirle entrar en casa—. Le voy a tener que pedir que me suelte o...

—¡¿O qué?!

Me acerco a él, encarándole, dejando una escasa distancia entre los dos. Solo entonces soy consciente del silencio que nos rodea y de que nadie se ha acercado a ayudarme.

—Muller a central —dice el tipo, agarrando su *walkie talkie*. Envíen refuerzos al 15 de Central Park West.

—¡Enviad a quién os dé la gana! —grito, haciendo aspavientos con ambos brazos, pero el agente parece no hacerme caso, así que, al final, le empujo.

Con un rápido movimiento, quizá también porque mis reflejos están mermados por las drogas y el alcohol, el agente me inmoviliza los brazos a mi espalda.

—Acompáñenos, señor Taylor.

—Haced lo que os dé la gana. Mi padre era del SWAT y me sacará en cuanto sepa lo que os habéis atrevido a hacer. Y a usted, Muller, le mandará a pasar el resto de sus días al archivo.

—Seguro que estará muy orgulloso de usted...



Estoy compartiendo celda con otros cinco tipos. Ninguno impone como los de las películas, esos con los que el protagonista desgraciado tiene que convivir durante unas horas, enormes, intimidantes y con los brazos llenos de tatuajes. Estos tienen pinta de haberla liado en alguna discoteca, a alguno quizá se le haya ido la mano con su mujer, incluso tengo entendido que a uno de los tipos le han detenido por su tendencia a pasearse desnudo por Central Park. Así que, ya que no corro peligro y que los excesos de la noche están haciendo mella en mí, me permito el lujo de cerrar los ojos. Apoyo la cabeza en la pared a medida que mi cuerpo se hace más y más pesado.

—¡Eh, Taylor! —grita uno de los agentes, despertándome—. ¡Largo!

Me pongo en pie lentamente y arrastro los pies hasta los barrotes. Me rasco la nuca mientras el agente hace girar la cerradura, e incluso se me escapa algún bostezo. Me tiende el teléfono móvil, lo único que llevaba encima cuando me detuvieron, y le sigo por los pasillos hasta el mostrador de entrada. Me freno en seco al ver a Max, visiblemente cabreado, con la mochila portabebés colgada de los hombros y su hija metida en ella. Aún tengo la boca abierta y las cejas levantadas cuando me apremia.

—Vamos, macho, que tengo que llevarla a la guardería —dice, señalándola—. Gracias por todo, agente. Y... disculpen por... todo.

—No hay de qué... —contesta este, con voz cansada.

Cuando Max se da la vuelta sin mirarme, caminando hacia la puerta, le sigo como un autómatas. Acciona el mando a distancia de su coche, abre una de las puertas de atrás, saca a su hija de la mochila y la empieza a sentar con cuidado en la sillita. Cuando cierra la puerta y abre la suya, yo aún estoy plantado a unos metros, totalmente descolocado.

—¿Quieres quedarte aquí? Porque de haberlo sabido, me ahorro la pasta de la fianza.

—Lo... Lo siento. Te lo devolveré...

—Por supuesto que lo harás. Pero sube ya al coche, porque como se entere Ash que Abby ha llegado tarde a la guardería por sacarte a ti de comisaría, me cruje vivo.

—Lo siento, de nuevo.

—Lo que tú digas. Entra.

En cuanto lo hago, Max arranca el motor del coche y enseguida nos adentramos en el tráfico. En la parte de atrás, Abby empieza a mover las manos y los pies, balanceándose hacia delante y hacia atrás mientras emite unos ruidos raros con la boca.

—¡Ica! ¡Ica!

—Lo sé, lo sé... —dice Max, toqueteando la radio del coche—. Vamos... ¿Dónde cojones estás...?

Abby parece que se pone nerviosa por segundos, y empieza a hacer pucheros. Al verla, Max se pone más nervioso y alarga la mano hasta la guantera, situada frente a mí, y la abre.

—¿Qué os pasa...? —pregunto, aún sin entender nada.

—Que quiere que le ponga música. Odia ir en coche y es lo único que la mantiene tranquila.

—A lo mejor lo que no soporta es tu manera de conducir.

Max gira la cabeza al instante y me fulmina con los ojos, forzando una sonrisa.

—Para ir de droga hasta las cejas, estás muy gracioso —comenta sin inmutarse—. No le gusta ir sentada, ni en el coche ni en el cochecito. Supongo que se acostumbró cuando vivíamos en Mali, que la llevábamos siempre a cuestas, pegada a nosotros. Prefiere ir en la mochila o en brazos. Así que la distraemos con música. Abby, cielo, papá no encuentra tu CD, así que tendrás que conformarte con lo que suene en la radio...

Empieza a pasar por varias emisoras al tiempo que los pucheros de Abby se convierten en llanto. Cuando empieza a berrear, abro los ojos y me tapo los oídos con ambas manos.

—¡Joder...! Menudos pulmones —me quejo.

—Es algo selectiva con la música...

—¿Qué escucha normalmente un bebé de...? ¿Cuántos años dices que tiene?

—Quince meses —contesta mirándome de reajo, enarcando una ceja.

—¿Y ya tiene un gusto musical concreto?

—Incomprensiblemente, sí. Le gusta un tal Chris Taylor. ¿Te suena de algo? —Le miro con los ojos muy abiertos, parpadeando—. Era un tipo genial, ¿sabes? Cuando cantaba, sabías que estaba disfrutando. Vivía la música, sentía lo que cantaba. Y eso se podía palpar en todas sus canciones. Era... un entusiasta. Y te contagiaba. Escucharle era meterse en su piel. ¿Y sabes qué? Que era igual en la vida real. Todo era genial con él... Te sentías bien a su lado.

—Parecía un tipo legal... —comento, melancólico.

—Lo era... Pero se dejó apartar. Se alejó de todo. Se... alienó. Dejó de ser él y eso se notó en todo... Eligió malas compañías y... —Se queda callada, suspirando.

—¿Y qué...? —me atrevo a preguntar, temiendo la respuesta.

—Se piensa que está solo, pero no lo está, ¿sabes?

Nos miramos durante unos segundos, consciente de la verdad de sus palabras. Sé que mi vida tiene que dar un giro de ciento ochenta grados. Sé que no estoy solo. Sé que soy afortunado. Pero no soy feliz...

Los berridos de Abby no cesan y nos devuelven a la realidad. Así que, movido por un impulso, me desabrocho el cinturón y me escurro hacia la parte de atrás del coche. Abby me mira de reajo, roja como un tomate, con los ojos llenos de lágrimas y la boca desencajada. En un arrebato, empiezo a cantar. Me tiembla la voz y por más que carraspeo no consigo afinar todo lo que me gustaría, pero parece ser suficiente para Abby, la cual ha dejado de llorar y me mira fijamente. Su mirada se desvía constantemente hacia mis labios, y al rato, empieza a mover manos y pies, sonriendo.

Miro a Max y nuestros ojos se encuentran a través del espejo interior. Sonríe de oreja a oreja y, como cuando era pequeño y esa era su única manera de

expresarse, le entiendo al instante. Sé que de esta manera me puedo volver a ganar su confianza. Sé que así vuelvo a ser un poco más yo...

Sigo cantando hasta la última nota. En cuanto me callo, la expresión risueña de Abby empieza a transformarse. El labio inferior empieza a temblar y parpadea sin cesar.

—¡No pares! ¡No pares! —me apremia Max, aun sonriendo de medio lado.

Con cara de agobiado, bajo presión al empezar a escuchar sus sollozos, empiezo a chasquear los dedos, marcando el ritmo. La reacción de Abby no se hace esperar, devolviendo la sonrisa a mi cara. Doy palmadas en mi pierna y empiezo a silbar, y ella extiende sus pequeños brazos para intentar alcanzarme. Sorprendido, empiezo a cantar, esta vez, poniendo toda mi alma. Como hacía antes. Como hacía siempre.

Sin pensármelo dos veces, desato el cierre de los cinturones de seguridad de la sillita y la cojo en brazos. La siento en mi regazo, de lado, apoyando su pequeña cabeza en mi pecho. Una de mis manos acaricia su espalda, mientras que los dedos de la otra tocan su espalda. Canto muy cerca de su oído, casi susurrando, mientras la mezo con delicadeza.

De repente, al cerrar los ojos, retrocedo en el tiempo. A los días en los que no podía dejar de sonreír, aquellos en los que me sentía jodidamente afortunado. Esos en los que, después de una larga jornada en el estudio, de un concierto frente a veinte mil personas, o de una entrevista para una cadena de televisión nacional, llegaba a casa y me sentaba en el sofá de nuestro pequeño apartamento, con Jill pegada a mí y mi pequeña Cassey durmiendo sobre mi pecho. Les cantaba a ambas, como ahora, susurrándoles, muy bajito, solo para ellas. Ellas eran mi público favorito.

—Hemos llegado. —La voz de mi hermano me sobresalta. Abro los ojos y le veo señalando un pequeño edificio de ladrillo rojo, al lado del cual ha aparcado —. Espérame aquí, que te llevo a casa.

Se baja del coche, abre la puerta de mi lado y, con mucho cuidado, coge a Abby. Le observo mientras la lleva hacia la guardería, besando su pequeña cabecita. Cuando abren la puerta para recibirla, ella ya se ha despertado y agarra la cara de Max con las manos, muy sonriente.



Entonces me bajo yo también. Abby me mira y le digo adiós con la mano, sin que Max se dé cuenta. Les observo durante un rato más hasta que empiezo a alejarme de ellos, en silencio.

## CAPÍTULO 4

*Y así fue como, cuando todo acabó, empezó a gustarme la  
cerveza*

—¿Sin móvil? —me pregunta Janine, persiguiéndome por el parking de la cafetería—. ¡No va a poder sobrevivir sin móvil...!

—Pues tendrá que intentarlo.

—Pero será peor para ti, porque no podrás controlarla tanto.

—Ni que antes me dejara hacerlo mucho —aseguro, abriendo la puerta—. ¡Hola, Frank!

—¡Llegáis tarde! —grita desde la cocina.

—¡Ni cinco minutos, quejica! —advierte Janine.

—Había atasco al salir de la ciudad —añado yo, atándome el mandil a la cintura.

—¡Puede que también los haya a finales de semana, cuando tenga que daros el sobre!

Ambas sabemos que es una amenaza que nunca llegará a cumplir. Frank es un buenazo que pierde toda la fuerza por la boca. A la hora de la verdad, nos adora como si fuéramos sus hijas.

Solo hay un par de clientes en el local: Roxanne, que conduce el camión de su marido desde que este murió, dejándola con una mar de deudas, y Jerry, uno de nuestros clientes más fieles. Janine coge el mando a distancia y enciende la televisión para poner su programa matinal de cotilleos, volviendo a desatar las quejas de Frank.

—¡Ah, no! ¡Quita eso!

—¡Si tú no lo ves desde la cocina!

—¡Pero mis clientes sí, y se largarán!

—¡Si se largan será por lo mal que cocinas!

Pongo los ojos en blanco mientras les escucho discutir. Entonces, cuando fijo la vista en la pantalla del televisor, se me hiela la sangre. Cojo el mando de las manos de Janine, subo el volumen y, de forma instintiva, me acerco para poder escuchar mejor.

—El cantante, de cuarenta y dos años de edad, parece estar pasando por el peor momento de su carrera y de su vida personal. Rodeado de escándalos por consumo de drogas y alcohol, se le ha relacionado también con varias mujeres...

—Tiene ese aire de tipo malo y canalla que pone mucho, ¿verdad? — Escucho la voz de Janine a mi lado—. ¿A que sí?

No me atrevo a responder. La miro con la boca abierta durante unos segundos, justo antes de volver a centrar mi atención en la pantalla. En ese momento, se ven imágenes de un concierto en el que parece que subió al escenario con claros signos de embriaguez y bastante drogado. Se le ve vomitar y luego salir corriendo.

—Su representante aseguró que se trató de un caso de intoxicación alimenticia, mientras que el resto de miembros del grupo han declinado hacer cualquier declaración. Por el momento, se han cancelado un par de conciertos más que tenían programados...

—Pues a mí no me importaría engrosar su lista de conquistas —comenta Roxanne.

—¿De ese drogata? De verdad que, quién os entienda, que os compre —interviene Jerry—. ¿Qué queréis en la vida? ¿Un tipo famoso y forrado de pasta que beba y se drogue y que se tire a toda la que se le cruce por delante o un tipo decente que os sea fiel, aunque no sea famoso, y gane algo menos de dinero?

—Pues a mí no me importaría que entrara alguna mujer a la cafetería y me lanzara algún sujetador como le hacen a ese tipo... —interviene Frank, asomado desde la cocina, apoyando los brazos en el pasaplatos.

—¿No decías que no te gustaban estos programas? —le reprocha Janine.

—Respondiendo a tu pregunta, Jerry —interviene de nuevo Roxanne—, no quiero a un tipo forrado y famoso.

—Gracias —dice Jerry.

—Quiero a ese tipo forrado y famoso.

Los dos hombres resoplan, mientras Janine y Roxanne asienten con la cabeza sin dejar de mirar la pantalla. Esta última incluso se muerde el labio inferior y se abanica con la mano.

—Vosotros no entendéis... Todo llenito de tatuajes... ¿Me pregunto si tendrá todo el cuerpo tatuado?

—Le vi en una revista sin camiseta, y te puedo asegurar que muchos se perdían más abajo de la cinturilla del pantalón...

Mientras hablan, yo no puedo despegar la mirada de sus ojos, tan diferentes a los que yo conocí hace mucho, de los que me enamoré. Su mirada está perdida, sin luz, apática, sin... vida. Su expresión tampoco es diferente. Parece como si esa persona no fuera Chris, como si alguien le hubiera robado el alma y él se limitase a ser una marioneta.

—Poco se sabe del paradero de Taylor, y tanto su representante como su discográfica mantienen el silencio. Unos apuestan por decir que está internado en una clínica de desintoxicación mientras otros opinan que puede haberse tomado unos días de descanso en su ciudad, Nueva York...

—Habrá que ir con los ojos bien abiertos por si nos lo encontramos, chicas.

—¿Te imaginas que te lo encuentras corriendo por el parque?

—Ese tipo no tiene aspecto de hacer demasiado deporte...

—Ni ella tampoco —se atreve a decir Jerry.

—Bueno, pues... que entrara ahora mismo por la puerta.

Las tres giramos la cabeza hacia la puerta al escuchar cómo se abre. Yo incluso contengo la respiración. Entra Walter, otro cliente habitual, el cual, al descubrirse el centro de todas las miradas, se queda quieto.

—¿He hecho algo...?

Roxanne y Janine ríen a carcajadas mientras el pobre Walter camina hacia la barra, mirándonos de reojo, quizá incluso con algo de miedo.

—No les haga caso —dice Jerry—. Están algo raras esta mañana.

—¿Tú qué dices, Jill? ¿Te lo tirarías o no?

De nuevo, giro la cabeza hacia Janine, que sigue a mi lado. Ella me mira divertida, moviendo las cejas arriba y abajo. Abro la boca para contestar, pero, simplemente, me he quedado muda, así que me limito a girar sobre mis talones y salir hacia el parking casi a la carrera.

—¿Estás bien? —me pregunta, extrañada, antes de salir.

—Sí... Solo necesito... tomar un poco el aire.



He estado todo el día distraída. Tanto Janine como alguno de los clientes habituales se han interesado por mi estado, a lo que yo he respondido con evasivas. Por ese motivo, esta vez, al acabar mi turno, he corrido hacia el coche, he arrancado el motor y, nada más pisar el acelerador, he dado rienda suelta a las lágrimas que llevo reteniendo para no montar una escena.

Afortunadamente, no hay mucho tráfico, porque mi cabeza no me deja centrarme en otra cosa que no sean esas imágenes que he visto antes en ese programa. Algunas eran recientes, como la de Chris vomitando sobre el escenario. Otras algo más antiguas, cuando, con evidentes signos de embriaguez, salía de un bar rodeado de un par de prostitutas. Después, retrocedieron en el tiempo, mucho, cuando la fama aún no le había corrompido... O al menos eso dijeron ellos. Para mí, ya se había convertido en el cabronazo que se tiraba a toda aquella que se abría de piernas frente a él mientras yo le esperaba en casa, criando a nuestra hija.

¿Debería alegrarme? Verle acabado, envuelto en líos, con su contrato discográfico pendiente de un hilo y la fama de su grupo en caída libre, ¿debería hacerme sentir bien? Rodeado de gente que solo quiere aprovecharse de él, alejado de su familia y sus verdaderos amigos... El karma, dirían algunos. Tan desgraciado aun teniéndolo todo... Saber que está pagando caro lo que me hizo. Lo que le hizo a su hija.

Entonces, ¿por qué estoy llorando? Es una pregunta muy fácil de responder, pienso. De hecho, llevo años sabiendo las respuestas, porque hay varias... Porque, a pesar de todo lo que me hizo, soy incapaz de ser feliz sin él. Porque cuando le recuerdo, se dibuja una sonrisa en mis labios. Porque quiero que me cante al oído como hacía cuando despertaba a su lado. Porque fue, y siempre será, el amor de mi vida.



Metó la llave en la cerradura y arrastro los pies hacia el interior del apartamento. No oigo a nadie, y tampoco hay luz en el salón. Puede que Cassey me haya desobedecido y, a pesar del castigo, esté por ahí con los amigos. Pero ahora mismo me da igual. No tengo fuerzas para discutir y lo único que me apetece es llenar la bañera con agua caliente y sumergirme dentro. ¿Soy una mala madre por ello? Puede, pero, sinceramente, no me importa.

Entro en mi dormitorio desabrochándome la blusa, dándole al interruptor de la luz con el codo.

—¡Joder! —grito sobresaltada cuando la encuentro sentada en mi cama—. ¿Se puede saber qué haces aquí dentro a oscuras?!

Camino hacia la bañera, aún dispuesta a darme ese baño. Abro el grifo del agua caliente y pongo la mano para comprobar la temperatura.

—Si estabas intentando buscar tu teléfono, siento comunicarte que no está aquí. Me subestimas un poco si piensas que sería tan tonta como para dejarlo a tu alcance...

Cuando compruebo que sale caliente, pongo el tapón, echo un poco de sales de baño y sigo desvestiéndome mientras vuelvo al dormitorio. Cassey sigue en la misma postura, ahora dándome la espalda. Es extraño verla tan quieta y, sobre

todo, tan callada, así que frunzo el ceño y me acerco extrañada. Me pongo a su lado y cuando estoy abriendo la boca para hablarle de nuevo, ella gira la cabeza para mirarme. Solo entonces veo lo que sostiene en las manos.

—¿Qué...? ¿Por qué...?

Balbucea varias palabras, intentando buscar las adecuadas para formular la pregunta.

—¿Tú sabes lo que es la intimidad?! ¿Me pongo yo a hurgar en tu habitación?! —grito, nerviosa, intentando quitarle la foto de las manos.

Ella me esquivo con agilidad y se pone en pie para encararme. Planta la foto frente a mis narices y clavo los ojos en ella. Como si no la hubiera visto veces... Como si no la hubiera mirado tanto como para sabérmela de memoria... Como si no la hubiera tocado tanto hasta casi borrarla.

—Este es Chris Taylor, mamá.

Carraspeo levemente, nerviosa.

—¿Ah sí?

—¡Sí!

—Eh... No recordaba su nombre... —contesto, dándome la vuelta para entrar en el baño.

—Pues para no recordar su nombre, te pegabas mucho a él, ¿no crees? —Cierro la puerta del baño a mi espalda, pero ella se las apaña para entrar detrás de mí—. ¿Mamá?

—¿Qué?

—Que me contestes.

—Es que no sé qué quieres que te cuente...

—Mamá, no soy idiota, ¿vale? —Al ver que sigo dándole la espalda, me agarra por los hombros y me obliga a darme la vuelta—. ¿De qué le conoces?

—Era... un amigo...

—¿Un amigo?! ¿Chris Taylor era amigo tuyo y no me lo has dicho hasta ahora?!

—No pensaba que... ¿Es...? ¿Es famoso...?

Me mira con la boca abierta y los brazos extendidos.

—¿Pero tú en qué mundo vives?! ¡Es súper famoso! ¡Es cantante! ¡Tiene un montón de discos de oro y a sus conciertos van millones de personas en todo el mundo!

—Pues no lo sabía...

—Entonces, ¿no mantienes contacto con él...?

—No —contesto sin mirarla.

—¿Cuándo lo perdisteis?

—No sé... Hace mucho...

—¿Cuántos años teníais en esta foto?

—Como tú, supongo... Y ahora, ¿me puedo dar un baño relajante?

Cassey me mira con el ceño fruncido durante unos segundos. Poco después parece desinflarse, desilusionada, pero lejos de enfadarse, comportamiento que hubiera sido el normal en nuestra relación desde que entró en la adolescencia, da media vuelta y me deja sola, cerrando la puerta lentamente a su espalda.

No la sigo, aunque sé que debería interesarme por su estado. Por el contrario, vuelvo hasta el baño y cierro la puerta a mi espalda. Me tapo la boca con ambas manos para ahogar mis sollozos y me dejo resbalar hasta sentarme en el suelo. Demasiados recuerdos en un día. Recuerdos a los que no estoy preparada a enfrentarme. Al menos, no tan pronto... Me duele mentirle de esta manera, pero es todo más sencillo así.





Cuando salgo del baño, la foto reposa sobre mi cama. Con cuidado, acariciándola con el pulgar, la cojo y luego la guardo en el cajón. Camino por el pasillo y me detengo frente a la puerta de la habitación de mi hija, por la que asoma luz. Llamo con los nudillos, sin atreverme a entrar.

—¿Qué? —me responde con frialdad.

—¿Qué te apetece cenar?

—No tengo hambre.

—Pero...

—Estoy cansada, mamá.

—Vale... Si cambias de idea...

Espero unos segundos, apoyando las palmas en la madera, hasta que me doy por vencida y me alejo hacia la cocina. Una vez allí, descubro que yo tampoco tengo hambre, así que abro la nevera y saco un botellín de cerveza. Yo nunca bebía cerveza, pero en casa siempre había. Él solía beberse una bien fresquita sentado en la escalera de incendios de nuestro edificio, disfrutando del ruido de la ciudad. Muchas de esas veces, salía también con la guitarra e improvisaba. Otras, incluso, componía alguna melodía. Y yo no bebía cerveza, pero me encantaba salir con él, sentarme en esas y escucharle.

Y así fue como, cuando todo acabó, empezó a gustarme la cerveza.

Me dejo caer en el sofá, enciendo la televisión y cambio de un canal a otro sin siquiera fijarme en la programación. Giro la cabeza hacia el pasillo, pensativa. ¿Debería ir y contárselo todo? ¿Me odiará por habérselo ocultado tanto tiempo? ¿Entenderá los motivos por los que lo hice?

Con la cabeza hecha un lío, saco el teléfono y decido escribirle un mensaje a mi padre.

**“Papá, ¿estás despierto?”**

Y como era de esperar, raudo y veloz, veo que empieza a escribir la respuesta.

Papá está escribiendo...

Papá está escribiendo...

Papá está escribiendo...

**“Sí”**

Al principio, me sacaba de quicio que me tuviera esperando un buen rato para luego contestarme con un simple monosílabo. Más adelante me di por vencida y comprendí que la tecnología avanzaba más deprisa que él.

**“¿Te puedo llamar? ¿Te va bien?”**

Papá está escribiendo...

Papá está escribiendo...

Papá está escribiendo...

**“Ok”**

Aunque no deja de ser desesperante.

—¡Hola, cielo! —contesta al primer tono.

—Hola, papá.

—Paul, ¿cierro el grifo o te duchas ya? —Escucho la voz de Jackie, la novia de papá, de fondo.

—Ciérralo, cariño, que estoy hablando con Jill.

—¡Vale! ¡Mándale muchos besos!

—Muchos besos de parte de Jackie.

—Igual para ella —contesto sonriendo—. Escucha, si es mal momento...

—¡Qué va! Acabamos de llegar de una excursión a unas ruinas mayas al lado del mar y estamos en la habitación, descansando un poco, antes de ir a cenar.

—Suena bien... ¿Es bonito?

—Sí... Ya sabes... Calor, playas de arena blanca, agua de color turquesa y transparente...

—Guau...

—No te creas. Ahí no hay quien mee en el mar...

—¡Papá...!

—¡Paul, por favor! —le reprende Jackie a la vez, mientras él se parte de risa.

—Que sí, que es precioso todo... Pero muy caluroso. Hoy no ha bajado el termómetro de los treinta y cinco grados. Creía deshacerme... Estoy adelgazando por cojones, por culpa de todo el líquido que estoy perdiendo...

—¡No te creas...! ¡Lo recuperas de sobra en el restaurante! —Vuelve a intervenir Jackie, haciéndome sonreír al escucharla.

—¿Te importa? Estoy manteniendo una conversación privada con mi hija... —le dice mi padre, haciéndose el ofendido.

Mi padre y Jackie se conocieron en un grupo de terapia del duelo al que se apuntó cuando, meses después de la muerte de mi madre, él seguía sumido en una profunda depresión. No sé si está bien decirlo, pero a mí me costó mucho más aceptar su enfermedad cuando se la diagnosticaron que su muerte. Supongo que tuve tiempo para hacerme a la idea, si es que eso es posible, mientras que él se resistió a la idea de llegar a la perderla. El marido de Jackie, en cambio, murió de un ataque al corazón repentino, así que, simplemente, ella ni siquiera se despidió.

¿Creéis que una persona puede tener dos almas gemelas? Yo antes tampoco. Pero entonces, ellos se encontraron. Se necesitaban más allá de la sesión de terapia semanal. El uno fue la cura del otro y así, dos años después, vuelven a sonreír habiendo aprendido que no hace falta olvidar para ser feliz.

—El agua de la piscina del hotel parece sopa —prosigue mi padre, devolviéndome a la realidad—, así que me tengo que conformar con la ducha para refrescarme.

—¡Cuéntale que mañana vamos a nadar con delfines!

—Ya lo has oído.

—¡Qué bien...!

—No sé yo... Tienen cara de simpáticos, pero imagínate que te tuvieran varias horas dando palmas, besos en las mejillas, y salpicando agua, solo por el simple divertimento de un grupo de turistas. ¿No tendrías ganas de pegarles un bocado en el culo?

—Mmmmm... Puede que tengas razón... Yo de ti, me andaría con cuidado... Aunque te veo capaz de cocinarlo para la cena si alguno intenta propasarse contigo.

—Mmmmm... —Me imita—. ¿Qué tal debe saber la carne de delfín?

—Paul, por favor...

—Cambiemos de tema, que parece que por aquí están algo susceptibles. —Ríe—. ¿Cómo está mi nieta?

—¿Versión larga o versión corta?

—Me temo que el horario de cenas no es tan extenso. Elegiré la corta.

—Insoportable.

—Está en esa edad... Tú también pasaste por ella y creo recordar que tampoco nos caías muy bien por aquel entonces.

—¿Tú crees? ¿Yo también me escapaba de casa para ir al concierto de unos tipos del instituto?

—¿En serio necesitas que conteste a eso?

—¡Yo no me escapaba!

—No me hagas hablar...

—No me estás ayudando. Se supone que te tienes que poner de parte del

adulto responsable, que además resulta que es tu hija.

—Tienes razón. ¡Uy, qué mala es tu hija! ¡Ningún adolescente se ha comportado así nunca! ¡Todos hacen caso a la primera a sus padres y nunca se escapan de casa para quedar con sus amigos!

—Vale. Adiós, papá.

—Está bien, está bien... Era una broma... —se disculpa mi padre, aun riendo—. Pero prométeme que no serás tan dura con ella... Es una buena chica. Estás haciendo un trabajo estupendo a pesar de... A pesar de todo.

Mi padre siempre evita hablar de él y nunca dice su nombre, a pesar de que tanto él como mamá le quisieran como a un hijo durante un tiempo.

—Te lo prometo... —acabo diciendo al fin—. Y ahora, ve a ducharte y a cenar. Ponte guapo y no hagas esperar a Jackie.

—De acuerdo.

—Adiós, papá.

—Adiós, cielo. Por cierto, ¿de qué querías hablar?

—¿Eh...?

—Supuse que querías contarme algo...

—Ah... No... Solo... Quería saber cómo os lo estabais pasando.

—¿Segura? ¿Va todo bien en el trabajo?

—Sí. Sí. Tranquilo. Te quiero.

—Y yo a ti.

No quiero amargarle las vacaciones. Sé que, si se lo cuento, si le digo que puede que Cassey haya empezado a encontrar respuestas a sus decenas de preguntas acerca de su padre, se preocupará y estará cabreado el resto de sus días en México. Y de rebote, amargaré a Jackie. Y de verdad que se merecen estas vacaciones.

## CAPÍTULO 5

### *Y así fue como, cuando todo acabó, dejé de tocar esa guitarra*

Deambulo por las calles, rodeado de cientos de personas. Todos me esquivan al cruzarse conmigo. Algunos incluso me regalan una mirada reprobatoria al hacerlo, supongo que porque mi paso lento les retrasa un par de segundos en sus ajetreadas vidas.

Nadie me reconoce, me descubro pensando de repente. Y no es que eso hiera mi ego, solo estoy... no sé... sorprendido, quizá. Hubo un tiempo en el que no podía salir a la calle sin ser reconocido. Al principio, Jill se lo pasaba en grande al verme abrumado. Poco a poco, yo me fui acostumbrando a ello mientras que ella torcía el gesto, hastiada. A cada paso que dábamos, alguien me pedía un autógrafo, una foto o, simplemente, gritaban y se ponían histéricas al verme.

Ahora, me basta con subirme el cuello de la camisa y agachar la cabeza, o ponerme una simple gorra y unas gafas de sol. Este anonimato le gustaría a Jill...

Mis pasos se dirigen a Central Park, a esta hora solo frecuentado por paseadores de perros, madres empujando carritos de bebé y jubilados caminando. En uno de los solitarios caminos, me siento en una de las filas de bancos de hierro y resoplo con fuerza, echando la cabeza hacia atrás.

Quizá debería haberme quedado con Max, hablar con él, dejarme ayudar... Me siento bien cuando estoy con él, aunque no dejo de tener la sensación de que los roles han cambiado demasiado. Antes, hace años, yo era el que cuidaba de él. Yo le protegía y le ayudaba a no sentirse diferente. Recuerdo cuando me miraba con admiración, sintiéndose orgulloso de que fuera su hermano. Ahora, es al revés. Le admiro por todo lo que ha llegado a ser, por tener tan claras sus prioridades, por saber escoger.

A lo mejor podría pasarme por casa de papá y Livy. Seguro que, a pesar de todos los desplantes que les he hecho, me recibirían con los brazos abiertos. Papá me acercaría una cerveza, sonreiría sin despegar los labios y sin necesidad de decirnos nada, todo quedaría perdonado. Recuerdo lo que sentí la primera vez

que le vi, cuando vino a recogerme al centro en el que vivía desde que mamá murió. Fue una mezcla de miedo, ira, gratitud y alegría. No entendía por qué estaba feliz de verle, por qué admiraba su seguridad en sí mismo o su aspecto protector, cuando en realidad tenía que odiarle por abandonarme. Y lo intenté durante semanas, intenté odiarle a pesar de que me ofreció una vida completamente diferente a la que llevaba, a pesar de abrirme las puertas de su casa y de dármele todo. Livy, por su parte, me trató con toda la paciencia del mundo y me escuchó cuando ni siquiera mi padre lo hacía. Nunca trató de ocupar el lugar de mi madre, pero, de algún modo, supo suplir su falta. Sus abrazos eran terapéuticos, y no solo cuando más los necesitaba. Nunca olvidaré cuando vino a verme a Washington con Max y Lexy al enterarse que Jill me había dejado. No quiso que pasara por ello solo, no quería que olvidase que tenía una familia en la que apoyarme.

También podría llamar a Lexy. Mi confidente, mi amiga, mi hermana a pesar de no compartir la misma sangre. Cuando nos conocimos, creo que yo era el único que la entendía. Comprendía su enfado y su rabia, y creo que ella vio un refugio en mí. De repente, hablábamos hasta altas horas de la madrugada, aceptando poco a poco que nuestros padres se necesitaban el uno al otro, que eran felices juntos.

Puede que incluso Jimmy me ayudara. A pesar de la diferencia de edad, siempre fue el más cabal de todos, así que seguro que tendría las palabras adecuadas que decirme en este momento. Si no lo hago es porque siempre fui una especie de héroe para él, no sé bien el motivo, y, aunque sé que no es ajeno a todas las noticias que circulan acerca de mi díscola vida, no quiero que me vea en este estado.

Pero finalmente, opto por estar solo porque, por primera vez en mi vida, no tengo ganas de seguir simulando que todo va bien. No tengo ganas de sonreír. No tengo ganas de hacerme el chulo. No tengo ganas de hacer ver que me siento afortunado. No quiero aparentar que lo tengo todo. No quiero que la gente crea que mi vida es genial, porque a pesar de la fama y los premios, del dinero y las mujeres, de las fiestas y los viajes, no soy feliz.

—Joven, le está sonando el teléfono.

Cuando giro la cabeza, veo a un anciano sentado a pocos metros, dando de comer a las palomas que le rodean.

—¿Qué?

—El teléfono —repite, señalando mi bolsillo.

Agacho la cabeza y empiezo a sacar el móvil del bolsillo. Al leer el nombre de mi representante en la pantalla, resoplo con fuerza, agotado.

—Dime —contesto, cortante.

—No. Dime tú.

Suspiro mientras me froto la nuca.

—Necesito tiempo...

—¿¿Tiempo?! ¡Tiempo, y una mierda! ¡Estamos de gira! ¡Seis conciertos a la semana con todas las entradas vendidas! —grita, totalmente fuera de sí. Miro al anciano, que no me pierde de vista, alertado por los gritos. Me pongo en pie y me empiezo a alejar, mientras Jeff sigue gritándome al oído—. ¿¿Sabes lo que me costó montarlos?! ¡¿Eres consciente de que os la estáis jugando?!

—Yo...

—¡Ya no es como antes, Chris! ¡Necesitáis promoción! ¡Los discos no se venden solos! ¡Necesitáis algo nuevo, ya!

—No me veo capaz...

—¿¿Qué?! ¡¿Qué mierda te has metido?! ¡Tu puto camello te ha vendido mierda, porque no encuentro otra explicación a tus palabras! ¡Así que quítate de encima el mono con mierda de calidad y vuelve cagando leches!

—No.

—¿¿Qué?! ¡¿Estás...?!

—Lo dejo, Jeff.

—¡Y una mierda lo vas a dejar!

—No puedo hacerlo durante más tiempo.



—¡No puedes...!

—Adiós, Jeff.

—¡Chris! ¡Chris, espera! ¡¿Dónde estás?!

Entonces, cuelgo la llamada y apago el teléfono. Lo vuelvo a guardar y empiezo a caminar sin rumbo. El ruido de la ciudad me ayuda a distraerme. Me fijo en la gente, en los coches, en el vapor saliendo de las alcantarillas, incluso en las ratas que campan a sus anchas entre las bolsas de basura apoyadas en los contenedores. Todo me sirve para dejar de pensar en mi mierda de vida.

Paso por al lado de un pub irlandés y, movido por un impulso, deseoso de olvidar, entro, dispuesto a acabar con sus existencias de alcohol.



Al entrar en casa, encuentro los vestigios de la fiesta de anoche. Pilas de basura se amontonan en todas las esquinas. Restos de comida por el suelo, polvo blanco sobre la mesita frente a la televisión y sobre el sofá, y botellas de alcohol vacías adornan cada superficie de mi casa.

El frigorífico está abierto, así como varios de los armarios de la cocina. Con desgana, lo cierro todo, metiendo algún vaso dentro del fregadero y tirando alguna caja vacía de pizza dentro del cubo de la basura.

Y entonces me acuerdo de ella. Corro hacia el lugar privilegiado en el que Livy la puso, concedora de la importancia que tiene para mí. Está tirada en el suelo, al lado de su soporte, sucia y mojada. Con cuidado, la agarro por el mástil y le doy la vuelta para descubrir que la caja de resonancia está en bastante mal estado y una de las cuerdas rota. Y entonces, sin más, la abrazo, estrechándola contra mi pecho con fuerza mientras me siento en el suelo. Miro alrededor, encontrándome rodeado de suciedad, de destrucción, de caos. Se me escapan las lágrimas, que ni siquiera intento secar, sintiéndome hundido. A pesar de todo lo que me rodea, soy un miserable. Todo lo que tengo es mentira, todo lo que he mantenido a mi lado, lo que no he perdido, es un espejismo. Nada en esta casa tiene valor para mí, ni siquiera las personas que han estado en ella, las que he dejado entrar en mi vida, a las que no he alejado. Todo carece de valor excepto esta guitarra, pienso mientras la miro. Las lágrimas caen sobre ella y entonces,

con delicadeza, las seco con la manga de la camiseta.

No es mi primera guitarra, esa la tuve que vender para poder pagar parte de los medicamentos que paliaban la enfermedad de mi madre. Esta me la compró mi padre la primera navidad que pasé con él. Era prácticamente igual a la primera, aunque es más especial para mí. Con ella, empezó mi nueva vida, llena de oportunidades, alejada de los problemas a los que me veía predestinado después de la muerte de mi madre. Con ella, gané a una familia que nunca imaginé que tendría. Con ella ayudé a Max a abrirse al mundo. Con ella estreché la unión de Lexy y su madre. Con ella enseñé a cantar a Jimmy. Con ella formé nuestro grupo. Con ella me subí a mis primeros escenarios, aquellos en esos bares que nos querían dar una oportunidad. Con ella grabé nuestra primera maqueta. Con ella llenamos por primera vez el Madison Square Garden. Pero, sobre todo, era especial porque, con ella, conquisté a Jill. Con ella le canté en medio de todo Central Park solo porque ella me lo pidió. Con ella le pedí que nos fuéramos a vivir juntos. Con ella le cantaba a mi bebé cuando aún estaba dentro de la barriga de su madre. Con ella pasábamos la tarde, sentados en la escalera de incendios de nuestro edificio.

Pero entonces empecé a vivir demasiado deprisa y el equipaje me estorbaba. La dejé en casa, junto con Jill, y me olvidé de ellas. Las perdí a las dos a la vez.

Y así fue como, cuando todo acabó, dejé de tocar esa guitarra.

Pongo el soporte en su sitio y a la guitarra apoyada en él. Entonces, agotado, me dirijo hacia el dormitorio, pero al llegar encuentro mi cama deshecha. Claramente, alguien se creyó con la libertad de usar mi cama para dar rienda suelta a sus deseos carnales, y prueba de ello son las manchas de fluidos corporales que adornan las sábanas. Chasqueo la lengua y tiro de ellas para quitarlas. Las lanzo en una esquina y me dejo caer sobre el colchón. Extiendo los brazos y una de mis manos toca el frío cristal de una botella. Cuando giro la cabeza y veo que está casi llena, la agarro sin pensarlo y me la llevo a los labios sin importarme qué es. Doy un larguísimo trago, tanto y tan deprisa que incluso se me escapa algo de líquido por las comisuras de los labios. No me molesto siquiera en limpiarme, y así sigo hasta que la botella está vacía.

La realidad a mi alrededor empieza a deformarse y mis recuerdos a esfumarse. Como siempre que bebo, me evado y todo se ve diferente, así que decido buscar alguna otra botella por la casa. Voy dando tumbos por el pasillo,

golpeando algún cuadro que cae al suelo. Doy con un par de botellas de vodka a medio acabar, alguna que otra cerveza y una de tequila. Y arramblo con todas ellas hasta conseguir olvidar.



Con la guitarra en la mano, deambulo por las calles. No veo con nitidez y tampoco camino demasiado erguido. Me cruzo con mucha gente, aunque pocos se fijan en mí. Es la suerte de vivir en una ciudad como esta, donde la gente cuerda y feliz escasea y lo normal es estar algo pirado y ser algo excéntrico.

El cielo oscurece de repente y a lo lejos se escuchan los primeros truenos. Empieza a llover con fuerza en cuestión de segundos, con tanta que las gotas duelen cuando golpean mi piel. Mientras la gente empieza a correr para resguardarse, yo me quedo quieto y levanto la mirada hacia el cielo. Cierro los ojos y abro los brazos, respirando profundamente.

—¡Aparta, joder! —grita un tipo cuando choca conmigo al intentar escapar de la tormenta.

Solo entonces abro los ojos de nuevo y miro alrededor, girando sobre mí mismo. La calle, ahora solitaria, se ha convertido en un río. El cielo oscuro solo es iluminado cuando un relámpago lo cruza. A lo lejos se escuchan las primeras sirenas de ambulancias y bomberos. Sé que debería correr a resguardarme, pero prefiero dejarme golpear por las gotas.

Sonriendo, paseo lentamente, arrastrando los pies. La lluvia ha venido acompañada del frío. Yo voy en manga corta, y no soy inmune a él, así que tengo la piel de gallina. Empiezo a tiritar y los dientes me castañean. Siento la ropa pegada a mi piel y el pelo a mi frente. Deambulo sin rumbo, solo, dando tumbos de forma errática. De repente, tropiezo y caigo de bruces al suelo. Sin fuerzas para levantarme, ruedo hasta quedar boca arriba, extendiendo brazos y piernas. Tengo varios cortes en los brazos y en la barbilla, y el vaquero roto a la altura de la rodilla. Giro la cabeza a un lado y veo mi guitarra a unos metros, tirada en la acera como yo. Igual de rota que yo. Me arrastro hasta alcanzarla, estrechándola contra mi pecho, sin dejar de mirar al cielo. Las gotas pican en mi cara y entorno los ojos, intentando evitar que entren en mis ojos. La luna, tapada por muchas nubes, a duras penas consigue iluminar el cielo.

Entonces, me fijo en el callejón que queda a pocos metros de mí. Reconocería esa escalera de incendios entre un millón, así que me pongo en pie con algo de torpeza y camino hasta ella. Miro hacia arriba, sonriendo de medio lado, de repente muy consciente de mis intenciones. Cuento los pisos y entonces veo la ventana a oscuras. Salto varias veces para intentar alcanzar el tramo final de la escalera. En varias ocasiones, mis dedos rozan el hierro oxidado, pero en ninguna consigo agarrarme. Preso de la rabia, lo sigo intentando, aunque sé con seguridad que no lo voy a lograr. Entonces, cuando llevo más de una decena de intentos infructuosos, mis pies resbalan al tocar el suelo y caigo de espaldas, golpeándome la cabeza.

Empiezo a llorar de forma desconsolada, amparado por la soledad y la oscuridad. Mi pecho sube y baja de forma arrítmica. Miro hacia esa ventana, aún a oscuras y me invade una sensación de soledad aplastante. ¿Qué esperaba? ¿Subir esas escaleras, ponerme a tocar y que todo volviera a ser como antes? Incomprensiblemente, sí. Soy así de gilipollas.

—¿Estás bien, tío?

Cuando giro la cabeza hacia la voz que me habla, descubro a un tipo barbudo y sucio, vestido con pantalones de pana y un enorme y viejo abrigo, con la cabeza cubierta por un gorro de lana. Sostiene mi guitarra con una mano temblorosa, hasta que yo me incorporo y la recupero.

—Has elegido un mal momento para tocar, ¿no crees? —Al ver que no reacciono, frunce el ceño y señala unos cartones a su espalda—. Yo solo... vivo ahí y te vi caer... No voy a hacerte daño ni a robarte ni nada de eso... ¿Vives en el edificio y te has dejado las llaves...?

—No —contesto finalmente, con un hilo de voz.

—Entonces... ¿No me digas que tenías intención de robar...? —me pregunta, dando un par de pasos hacia atrás.

—No.

—Eso es bueno... —dice, relajando la expresión—. ¡Ya lo tengo! ¡Ibas a cantarle una serenata a la chica del cuarto!

—Iba a... sentarme allí —le informo, señalando hacia arriba, a un punto

cualquiera de la escalera. Luego me rasco la cabeza con ambas manos, totalmente descolocado.

—La chica del cuarto no corre las cortinas cuando se cambia, y me regala un espectáculo digno de cantarle una serenata. Solo lo decía por eso. Soy Ron, por cierto.

—Chris.

—Te ofrecería algo de cobijo, pero me temo que tengo un serio problema de goteras...

Miro hacia los cartones a los que él llama hogar. Realmente, no parece un lugar demasiado acogedor, menos aún para guarecerse de la lluvia. Camina hacia el edificio para cobijarse bajo la escalera de incendios.

—¿Por qué no tocas algo?

—En realidad, hace mucho que no lo hago —contesto, acercándome hasta él.

Imitándole, me agacho a su lado, apoyando la espalda contra la pared de ladrillo, justo antes de apoyar la guitarra también.

—Entonces, simplemente, ¿la sacas a pasear?

—Bueno... Antes la tocaba. Eran... tiempos mejores... Más... felices... —contesto titubeante.

—¿Y se puede saber qué haces en la calle con la que está cayendo? ¿Estás borracho y tienes problemas de orientación para volver a casa?

—Bastante de eso es cierto...

—¿Bastante borracho o bastante perdido?

—Ambas cosas... Mi autocontrol con la bebida escasea bastante últimamente, y ando bastante perdido en la vida... en toda ella, en general. No es que esté perdido en lo que se refiere a... aquí.

—Te explicas como el puto culo, macho.

—Me refiero a qué sé perfectamente dónde estoy. De hecho, yo vivía aquí hace unos años.

—¿Aquí? ¿Dónde?

—Ahí —contesto saliendo de mi cobijo, señalando con el dedo hacia el tercer piso.

—¿Conocías a la del cuarto?

—Creo que no...

—Créeme, si la hubieras visto, te acordarías de ella. Entonces, ¿has venido por...? —Me encojo de hombros, intentando eludir la pregunta, básicamente porque hasta yo mismo me doy cuenta de que la respuesta es patética—. No me digas que te olvidaste algo... Aunque, entonces habrías subido por la escalera interior y habrías llamado a la puerta como una persona normal, no como un... ¿Seguro que no tienes intenciones delictivas?

—¡No...!

—Escucha, yo no quiero problemas... Y juro que no voy a decir nada...

—¡Que no! No venía a robar, tranquilo.

—¡Ah, pues entonces querías ver a una tía a la que te tirabas antes de mudarte y te sigues tirando! —Agacho la vista al suelo, apretando los labios con fuerza—. ¿Estoy hablando demasiado? Se me está yendo la pinza, ¿verdad?

Asiento con la cabeza lentamente, al tiempo que él resopla por la boca.

—¿Sí venías a ver a una tía, sí hablo demasiado o sí crees que se me va la pinza?

—Bastante de todo eso, de nuevo —respondo, de repente sonriendo.

—Lo siento... Por todo. O sea, si venías a ver a una tía y subías por la escalera de incendio, o eres un acosador o no eres bienvenido en su casa. También lo siento por hablar demasiado, pero no tengo la ocasión de hablar con mucha gente que digamos... Suelen alejarse de mí, mirándome de reojo, a veces

con lástima y otras con miedo o incluso asco. Una vez tuve un compañero de piso, o de cartón, mejor dicho, pero era ruso, así que, aunque al principio intentábamos hacernos entender para mantener una especie de conversación, pronto acabamos por desistir. Por eso, cuando tengo la ocasión, me vengo arriba y no hay quién me pare... ¡Mira, como ahora mismo...! No estoy loco ni nada de eso, que conste... Aunque a veces hable solo. Se me da bastante bien hacerlo, como puedes observar.

Sonríe encogiéndose de hombros, esperando mi complicidad. Me mira expectante durante un rato, pero estoy tan confuso y agotado que, sinceramente, no sé qué decir y tampoco tengo ganas de hacerlo. Nos quedamos un buen rato en silencio, escuchando las gotas de lluvia golpeando contra el suelo, las fuertes rachas de viento, los truenos amenazadores e incluso la sirena de los bomberos y la policía a lo lejos.

Podría levantarme y volver a casa, solo que no creo que allí me sienta mejor que aquí. Por alguna razón, creo que mi enorme apartamento es tan poco acogedor, lo siento tan poco como mi hogar, como para Ron los empapados cartones.

—¿Te apetece un trago? —me pregunta de repente. Desentierro la cara de mis brazos y le miro. Me tiende una botella de vino barato, esbozando una pícaro sonrisa—. No me mires así... Yo voy a beber y no me gusta hacerlo solo... Bueno, no sé a quién pretendo engañar, siempre lo hago solo, pero...

Observo la botella y luego alargo la mano para cogerla y llevármela a los labios. Sin pestañear. Sin remordimientos. Doy un largo trago y luego se la devuelvo.

—Puedo seguir hablando, si quieres. Aunque reconozco que estoy intrigado. ¿Por qué has vuelto a tu antiguo edificio con el tiempo de perros que hace para... sentarte?

—Porque mi vida es una mierda y soy un puto desgraciado.

—Ajá... —Ron levanta la vista hacia su humilde hogar, luego mira su abrigo para volver a centrarse en mí—. Si tú lo dices...

—Cuando vivía ahí arriba, mis posesiones se podían contar con los dedos de una mano, pero era el hombre más feliz del mundo.

—¿Y qué pasó?

—Que se me fue de las manos.

—¿El qué?

—Todo. Drogas, alcohol, otras mujeres...

—¿Otras mujeres, en plural, diferentes a la que vivía ahí arriba contigo?

Asiento de forma solemne, lentamente. Abre la boca un par de veces, pero la acaba cerrando pocos segundos después. Le he dejado sin palabras y, por lo poco que le conozco, creo que es algo complicado de conseguir.

—Supongo que no fui lo suficientemente maduro como para... controlar mi vida con todo eso a mi alcance... Y lo perdí todo. Todo lo que tenía.

—Las drogas y el alcohol son malas compañías... —interviene—. Acaban con tu vida lentamente, mientras tú no te das ni cuenta...

—En mi caso, lo que acabó conmigo fue perder a Jill y a mi hija...



—Conozco a todos los vecinos de ese edificio... Los veo a diario... Si viven aquí, lo sabré.

—Ella... Se marchó cuando... la cagué.

—¿Con tu hija? ¿No se supone que deberías tener derecho a verla o... algo así?

—Digamos que nunca me preocupé por ella como para merecerme un... régimen de visitas. O sea, cuando estaba en casa, me encantaba pasar tiempo con ella, pero estaba más bien poco...

—¿Y no sabes dónde viven para intentar recuperar el tiempo perdido? —Niego con la cabeza, apretando los labios hasta convertirlos en una fina línea—. Pero... La gente no desaparece de la noche a la mañana...



Me tiende la botella y vuelvo a dar otro trago.

—Pues parece que ella sí... —Hago una pausa para intentar ordenar mis pensamientos—. Tampoco es que la buscara demasiado... Supongo que... nunca me importó lo suficiente... O sea, sí me importaba. Ella era toda mi vida, pero en ese momento, no era consciente.

—El alcohol hace eso, ¿sabes? En mi caso, me ayudó a superar las secuelas de la guerra... Afganistán. Tres años. Allí vi cosas que no podría haber superado sin la ayuda de la botella. De repente, todo te empieza a importar poco. Y eso era bueno, pero me alejaba de mi familia... Cuando Sheryl me abandonó, ni siquiera me afectó. Supongo que iba demasiado borracho como para darme cuenta. Luego perdí mi trabajo, y tampoco me importó. Luego me echaron del piso de alquiler porque no podía pagarlo... Y poco más tarde acabé aquí. Sin darme cuenta casi... Sin importarme demasiado... —Me mira de forma comprensiva, antes de preguntarme—: ¿No tienes a nadie más?

—Sí. Tengo muchos amigos...

—¿Y dónde están ahora? —Nos miramos durante un buen rato, serios, sin pestañear. Al rato, consciente de la cruda verdad que encierran sus palabras, agacho la cabeza, derrotado—. El alcohol y las drogas también consiguen eso. Alejan a tus amigos de verdad y atraen a gente que quizá no merezca tal apelativo. Déjame adivinar... Tu familia se ha rendido contigo.

—No lo sé... O sea, sé que no, porque sé que me siguen la pista y están pendientes de mí. De vez en cuando me pegan la charla, pero yo no les pongo las cosas fáciles... Ellos son polis, ¿sabes? Mi padre y su mujer. Y siempre los he visto como esos tipos duros y fuertes, que todo lo hacen bien... No sé cómo explicarlo... Me siento como si les avergonzara... Mis hermanos son también bastante perfectos, cada uno a su manera, y yo soy algo así como una mancha... Quizá por eso también intento alejarles de mí... Nunca fui un hijo modélico. —Río al recordar mi adolescencia y las constantes peleas con mi padre—. Livy lo tuvo algo complicado...

—¿Livy?

—La mujer de mi padre. Mi... —Aprieto los labios, hasta que las comisuras se me empiezan a curvar hacia arriba—. Mi verdadera madre murió cuando yo era adolescente, antes de que mi padre supiera que yo existía. Pero, realmente,

Livy... Ella es genial... Nunca quiso convertirse en mi madre, pero lo fue del todo. No sé si me explico... Ella nunca... quiso ocupar su lugar, pero me cuidó como si lo fuera...

—Y, aun así, te sigues refiriendo a ella como “la mujer de tu padre”. Incluso conmigo, que no nos conocemos de nada y lo más sencillo hubiera sido decir “mis padres” para evitar las preguntas incómodas.

Entorno los ojos y desvío la mirada cuando siento los ojos arderme por culpa de las lágrimas que retengo. Se me forma un nudo en la garganta que intento deshacer tragando saliva varias veces.

—Y eso también lo hace el alcohol. Me refiero a intentar evitar que demuestres tus sentimientos. Llorar no es de débiles... Con el tiempo, me he dado cuenta de que lloré muchas veces vestido de soldado, cuando lo tenía todo, y muy pocas cuando mi mundo se derrumbó a mi alrededor por mi culpa.

Cuando giro la cabeza y dejo que vea las lágrimas en mis ojos, él asiente de forma comprensiva, con una sonrisa afable dibujada en los labios.

—Supongo que intento justificarme de algún modo... Mi padre no quería que mi madre me tuviera y le dio dinero para que abortara. Al poco se perdieron de vista. Él se vino a Nueva York y mi madre se quedó en Montauk, decidió guardarse el dinero y tenerme. Poco antes de morir, ella habló con un tipo de asuntos sociales para que buscara a mi padre, y el resto, es historia... Le odié durante años, culpándole de todo, incluso de la enfermedad de mi madre. Y quise seguir odiándole cuando me vino a buscar y me hizo un hueco en su vida. Pero era... genial. Tanto él como Livy. Me acogieron como uno más. Y me sentía tan mal por ser tan... feliz, que supongo que por eso intento diferenciarla de mi madre. Como si seguir pensando en ella como “la otra”, la “mujer de mi padre”, me ayudara a darle a mi padre un escarmiento por lo que me pasó. Qué tontería, ¿verdad?

Un bocinazo y el chirriar de unas ruedas contra el asfalto me distraen momentáneamente. Giro la cabeza en esa dirección durante un tiempo prudencial, hasta que vuelvo a mirar a Ron, que sigue absorto en mí.

—Una vida interesante, la tuya...

—No sé si tomármelo como un cumplido.

—Lo es, siempre y cuando sigas haciendo de ella algo especial. —Me mira y vuelve a sonreír, justo antes de ponerse en pie. Me tiende una mano y me ayuda a incorporarme—. Ha dejado de llover. Deberías volver a casa.

## CAPÍTULO 6

*Y así fue como, cuando todo acabó, me acosté con un extraño*

—Cassey es una chica estupenda... No quiero que se preocupe en exceso, pero últimamente me han llegado quejas de varios profesores acerca de su comportamiento... Nada grave: alguna contestación o comentario fuera de tono, un par de ausencias injustificadas y poco más.

—Entiendo...

No. No lo entiendo. Estoy haciendo verdaderos esfuerzos para contener la rabia que hierve en mi interior. Pienso castigarla hasta que cumpla la mayoría de edad.

—¿Ha pasado algo en casa? Es decir, ¿algo que haya podido desencadenar este cambio en ella...?

—No... No ha habido ningún cambio... Lleva bastante tiempo estancada en esa fase en la que cree que solo vivo para fastidiarla y me odia por todo. Así que todo sigue dentro de la normalidad —contesto con ironía.

—Sí... Esa fase es normal... Todos la hemos pasado. Esa en la que nos creemos en posesión de la verdad absoluta... —Asiento—. ¿Aparte de eso...? Por pequeño que sea... La adolescencia es una edad muy complicada. ¿Sale quizá con algún chico...?

—Si lo hiciera, no creo que fuera la primera en enterarme. Ustedes lo sabrían antes que yo, seguro.

—¿Algún cambio en su unidad familiar...?

—No. Seguimos siendo ella y yo —contesto, perdiendo la paciencia por momentos.

Solo faltaría eso... Mi relación con Cassey es ya de por sí complicada, sin “ayudas” de terceras personas.

—No quiero que se preocupe en exceso, pero no me gustaría que el hasta ahora notable expediente de Cassey, se viera empañado por unas pocas faltas de comportamiento.

—Hablaré con ella —aseguro justo antes de levantarme de la silla.

O lo intentaré, pienso mientras abandono el despacho.



Antes incluso de abrir la puerta de casa, ya puedo escuchar la música que sale de dentro. Cierro a mi espalda, suelto el bolso sobre el sofá y camino decidida hacia el cuarto de Cassey. Llamo un par de veces, pero no obtengo respuesta, así que me decido a entrar. No la veo dentro, pero entonces me doy cuenta de que la ventana está abierta y me llega cierto olor a tabaco.

—¿Se puede saber qué...?! —Empiezo a gritar, hasta que la veo sentada en la escalera de incendio, besándose con un tipo de pelo largo—. ¡Cassey!

—¡Mamá! ¡¿Qué haces en casa?!

—He tenido que pedir salir antes porque el director de tu instituto me ha llamado para que fuera a hablar con él.

—¿De qué?

—Del tiempo. ¿A ti qué te parece? —Cassey se muerde el interior de la mejilla, agachando la cabeza. Entonces, clavo la vista en el melencudo—. ¿Y tú quién eres?

—Leo.

—Muy bien, Leo. Fuera de mi casa. Ahora.

—Si él se va, yo también —me amenaza Cassey.

—Me temo que no —contesto sin mirarla, justo antes de volver a la carga con Leo—. Y apaga ese cigarrillo antes, porque en mi casa no se fuma.

Le sigo con la mirada mientras me hace y, cuando escucho la puerta cerrarse,

giro la cabeza de nuevo hacia Cassey. Ella rehúye mi mirada, aún sentada en el suelo de la escalera.

—¿No tienes nada que decirme? —Se encoje de hombros. Varios segundos después, me doy cuenta de que no va a añadir nada más, así que prosigo—: ¿Te parece eso una respuesta?!

—Olvídame, mamá.

—¿Perdona?! ¡Entra en casa!

—Paso...

Se pone en pie y, para mi asombro, encara los escalones con la intención de empezar a bajarlos. Reacciono rápidamente, agarrándola del brazo para obligarla a entrar.

—¡Mamá, basta! ¡Me haces daño!

Consigo hacerla entrar y cerrar la ventana. Ella corre hacia la puerta, para intentar huir, pero soy más rápida, y consigo cortarle el paso. Al final, hastiada, cruza los brazos sobre el pecho y resopla con fuerza.

—¡Joder, mamá! ¡Deja de darme la brasa!

—¿De darte la brasa?! ¡¿Intentar impedir que eches a perder tu futuro es darte la brasa?!!

—¡No me seas catastrofista, por favor!

—¿Desde cuándo fumas?! ¡¿Desde cuándo faltas a clase?! ¡¿Desde cuándo faltas al respeto a tus profesores?!!

—¡Te diré desde cuando! ¡Desde que eres una amargada!

Sin pensarlo, le doy una bofetada en la cara. Con los ojos llorosos y tocándose la mejilla, me mira sorprendida, sorbiendo por la nariz. Me arrepiento al instante de haberle pegado, y empiezo a llorar.

—Cariño, yo...

—Déjame en paz.

—No quería hacer eso... No quiero... O sea...

—Mamá, déjame sola.

—Perdóname, Cassey...

Cuando cierro la puerta, apoyo la espalda en ella y aprieto los labios para retener los sollozos, preguntándome cómo hemos llegado a esta situación y si Cassey tiene razón.



—No te preocupes, Jill...

—Sí lo hago, Janine...

—Es solo una fase de la adolescencia.

—¿Y si tiene razón? ¿Crees que soy una amargada?

—¿Tú? ¡No...!

—¿No? ¿Qué hago para no ser una amargada? Mi vida se reduce a esto — digo, abriendo los brazos para abarcar toda la cafetería—, y a pelearme con mi hija.

—Pues haz algo para divertirte.

—¿Aquí o en casa? Se me reducen las opciones.

—Pues sal con alguien. —Se me escapa la risa, pero ella insiste—. ¿Por qué no? ¿Qué me dices de una cita?

—¿Una cita?

—¡Sí! ¡Podrías salir con quién quisieras! ¡Eres guapísima!

Salir con alguien... Recuerdo la última vez que lo hice, hace muchos años.

Fue poco después de descubrir su infidelidad, al menos la primera de ellas, antes de que me enterara de su reincidencia y tomara la determinación de largarme con la niña a Florida, aprovechando una de las pocas noches que él estaba en casa, decidí devolvérsela. Me puse mi vestido más provocativo y mis tacones de diez centímetros y me dispuse a salir, con la clara intención de acostarme con alguien.

—¿A dónde vas...? —me pregunta al verme salir del dormitorio.

*Reconozco que tuve que hacer verdaderos esfuerzos para convencerme de seguir con mi plan establecido, ya que descubrirle con Cassey en brazos, bailando con ella mientras le cantaba susurrándole al oído, me hizo olvidar por unos segundos el daño que me había hecho.*

—He quedado con Tina.

—¿Vais a... cenar a algún sitio...?

—Sí.

—Estás preciosa...

—Gracias.

—¿Y te has vestido así solo para cenar...?

—No. Luego iremos a una discoteca.

—Ah...

—No me esperes despierto.

*Y salgo por la puerta sin mirar atrás porque, de haberlo hecho, habría corrido a sus brazos y le hubiera perdonado. Soy así de tonta... o estoy así de enamorada, según se mire.*

*Y cené, compartí confidencias con Tina, bebí, bailé y, sobre todo, me desmadré. Me ligué a un tipo muy simpático y apuesto. Un tipo que parecía muy interesado en mí. O no, la verdad, pero poco me importaba. Lo único que quería era saber qué se sentía al devolvérsela a Chris. Necesitaba saber si era tan fácil tirar por la borda tantos años juntos. Si el corazón no sufría ni una pizca al*



hacerlo.

*Por eso cuando, después de varias copas, me invitó a su apartamento, acepté sin pestañear, a pesar de que no sabía ni su nombre. No pensé en que podría haber sido un psicópata, que era una locura. Y todo iba bastante bien... Me miraba de reojo, sonriendo de medio lado, mientras conducía hasta su casa. Se preocupó por si tenía frío o calor, acarició mi pierna de vez en cuando, manteniendo la llama encendida. Nada más traspasar la puerta de su apartamento, se abalanzó sobre mí, demostrándome que, realmente, me deseaba. Y eso era lo que yo necesitaba. Sentirme protagonista única para alguien.*

*Pero sus besos no son tan cálidos, ni sus abrazos tan delicados. Su aliento no eriza mi piel, ni sus palabras susurradas en mi oreja hacen revolotear mariposas en mi estómago. Lo intento con todas mis fuerzas. Le miro y pienso: tampoco está tan mal... Es bastante guapo y culto. Poco a poco, mientras se desnuda, yo retrocedo de forma inconsciente. No puedo ir muy lejos, y pronto siento sus manos en la cremallera de mi vestido. Intento disfrutar del momento, dejarme llevar, pero no consigo hacerlo, hasta que cierro los ojos. Solo entonces empiezo a jadear y a sentir como siempre, y es porque solo le veo a él. Imagino las manos de Chris rodeando mi cintura, su torso desnudo contra el mío, sus labios sobre mi cuello, sus dientes mordiendo el lóbulo de mi oreja.*

*Y me corro poco antes de que lo haga él, pero lo hago con las mejillas bañadas en lágrimas.*

*Y así fue como, cuando todo acabó, me acosté con un extraño.*

*Por eso, ante su desconcierto, me visto rápidamente y me voy. Puro un taxi que me lleva a casa, un trayecto que se me antoja muy duro. Me siento sucia, y no puedo dejar de pensar en Cassey. Por algún motivo, siento que estoy traicionando a mi hija, y tengo ganas de cogerla en brazos y pedirle perdón.*

*Pero cuando entro en casa, encuentro a Chris en el salón, sentado en el sofá, agarrándose la cabeza con ambas manos. Levanta la cabeza de inmediato, al escucharme, y se pone en pie con los ojos rojos y muy abiertos.*

*—¿Dónde estabas?*

*Le miro durante unos segundos, asombrada y, por qué no admitirlo, algo*

*asustada.*

*—He salido con Tina. Ya te lo dije antes.*

*—¿Por qué vuelves tan tarde?*

*—Al menos he vuelto —consigo responder, tragando mucha saliva para poder hacerlo, mientras le doy la espalda con la intención de llegar hasta la habitación de Cassey.*

*—¡Espera! —grita, agarrándome por el codo para impedir que me aleje.*

*—Estás borracho, Chris. Vete a la cama.*

*—¡¿Por qué lloras?!*

*—No grites, que vas a despertar a Cassey...*

*—¡Contéstame!*

*—No creo que estés en disposición de pedirme explicaciones por nada... Dado que tú no me las das a mí, no veo por qué tengo que hacerlo yo.*

*—¡Dime, ¿alguien te ha hecho daño?!*

*—Tú me lo has hecho. —Me mira frunciendo el ceño, confundido. Y entonces, presa de la ira, añado—: No puedo entender por qué lo haces. No puedo creer que no pienses en nuestra hija...*

*—¿Hacer qué?*

*—¡Acostarte con otras mujeres! ¡¿Cómo puedes hacerlo sin sentir remordimientos?!*

*—Yo... Espera... ¿Te has acostado con otro? —Chasqueando la lengua, me doy la vuelta para intentar alejarme de nuevo, pero él se interpone en mi camino —. ¡¿Cómo has podido hacerme eso?!*

*—No me hagas reír... Que seas tú el que me pida explicaciones a mí...*

*—¡Pero yo te quiero!*

—Ya no —contesto con total tranquilidad—. Hoy he comprobado que es imposible que me quieras.

—Pero... las otras mujeres no significan nada para mí...

—Te creo, porque juegas con sus sentimientos, igual que con los míos.

—Jill, yo te amaré siempre. Diga lo que diga, haga lo que haga, sufra lo que sufra, duela lo que duela, pase lo que pase... siempre te amaré —asegura, usando el último cartucho que le queda.

—Necesito que te vayas, Chris.

—¿Irme...? ¿A dónde...? Aún puedo quedarme unos días hasta...

—Pero yo ya no quiero que te quedes.

—Jill... Jill, por favor... ¡No puedes echarme!

—Pues entonces nos iremos nosotras.

—¡No puedes llevarte a mi hija!

—¿Ahora te acuerdas de tu hija? ¿En serio?

—Siempre me acuerdo de ella... de las dos...

—Vete, Chris.

—Por favor, Jill, no me hagas esto.

—Yo no he hecho nada. Has sido tú.

Se marchó poco después, supongo que imaginando que le llamaría rogándole que volviera. Nada más lejos de la realidad... Al día siguiente, me despedí del trabajo, hice la maleta y me marché lejos, sin dejar rastro, sin decir nada a nadie.

—¿A cuál de los de la fila de hombres que tengo esperando en la puerta le digo que sí? —pregunto cuando vuelvo en mí.

En ese momento, la puerta de la cafetería se abre y aparece Walter. En cuanto nos ve, sonrío de oreja a oreja, quitándose la gorra.

—A ese, por ejemplo —susurra en mi oreja—. Tiene cuarenta y cuatro años, es soltero y está interesado en ti.

—Largo... —le pido.

—Hola, Jill —me saluda Walter, sentándose en el taburete frente a mí.

—Hola, Walter. ¿Cómo estás hoy?

—No mejor que tú.

—¿Qué quieres?

—Ya lo sabes... Que te vengas conmigo.

—Y tú sabes que no puedo irme contigo.

—¡Pero nadie ha dicho que no pueda salir contigo a cenar una noche! —grita Janine, asomando la cabeza por el hueco que da a la cocina.

Walter me mira alzando las cejas.

—Me... encantaría invitarte a cenar una noche, si tú quieres...

—¡Por supuesto que quiere!

Giro la cabeza hacia la cocina y fulmino a Janine con la mirada.

—¿Qué me dices...? —insiste Walter.

Empiezo a mover la cabeza, titubeante. No quiero herir sus sentimientos, y si estuviera abierta a salir con alguien, no le descartaría porque, como ha dicho Janine, es un hombre maduro e interesante, educado, trabajador y honesto. Y es bastante apuesto, para qué negarlo. Pero...

—Walter...

—Sí. Ya sé que no buscas a nadie... Sé que no quieres una relación. Me da la

impresión de que alguien te hizo mucho daño hace tiempo y no quiero que te veas forzada a nada. Solo te pido una cena, nada más, pero si no estás dispuesta tampoco a eso, lo aceptaré.

Le miro sonriendo. Walter no parece pretender nada más allá que una cena. Sé que le gusto, o al menos eso me ha hecho creer durante mucho tiempo y, sinceramente, me apetece que alguien me agasaje durante unas horas.

Y entonces, como si quisiera volver a hacerle daño a Chris por seguir estando tan presente en mi vida, digo:

—De acuerdo.

—Sé que... Espera. ¿Has dicho de acuerdo?

—Sí. Una cena. ¿Por qué no?

—¡Genial...! ¿Esta noche? No quiero parecer ansioso... Bueno, quizá sí lo estoy un poco, pero no pretendo que eso te haga creer que espero que la cena vaya más allá de eso... Que me encantaría, pero respetaré lo que decidas. Además, mañana me voy a Texas, así que, si no es esta noche, tendría que ser dentro de una semana... Eso juega en tu favor, porque te ahorrarás las despedidas incómodas y mañana podrás hacer ver que nada ha pasado...

—Vale —contesto riendo.



—Estás preciosa... —me dice mientras me conduce hacia la mesa del restaurante y yo le miro de reojo—. Es un comentario de amigo.

—Te lo agradezco. Como amiga también.

—¿Y qué le ha parecido a tu hija que salieras a cenar hoy? —me pregunta, una vez sentados a la mesa.

—Ha gruñido algo ininteligible. Últimamente, es su respuesta a muchas de mis preguntas. Supongo que aprovechará para llevar a casa a su novio melenudo.

—¿Tiene novio?

—Yo también lo desconocía hasta hace unos días. Creo que haría cualquier cosa que yo reprobara. Incluso fuma...

—¿En serio? Parece una adolescente de manual.

—Creo que me está haciendo pagar mi hermetismo.

—No entiendo... —dice, ladeando la cabeza.

—Nunca le he dicho quién es su padre. Solo sabe su nombre. Y el otro día encontró una fotografía de él que yo tenía escondida.

—¿De su padre?

Asiento con la cabeza, pensativa, sosteniendo la copa de vino en la mano.

—Era mi oportunidad de contárselo, y me cagué de miedo. Le dije que era solo un amigo... ¿Y sabes por qué? Porque tengo miedo a perderla.

—¿Crees que, después de tanto tiempo, le preferiría a él?

—Puede.

—Vaya... ¿Tan... genial es?

—A ojos de una adolescente, bastante, me temo.

—¿Y crees que él querría tener contacto con ella?

—No lo sé... Y eso es algo que también temo. ¿Y si resulta que le cuento la verdad a Cassey y Chris no quiere saber nada de ella?

—Bueno, de ese modo estará más enfadada con él y menos contigo, ¿no? Podrías aprovecharte de la situación.

—No sé...

—Y supongo que él es esa persona que te hizo tanto daño.

—Ajá... ¿Qué? —le pregunto al rato, buscando su mirada.

—Si es tan genial, me parece que tengo escasas posibilidades contigo — confiesa, mirándome de soslayo.

Valoro mi respuesta unos segundos, mirando al techo del restaurante italiano al que me ha traído, nada elegante, pero muy acogedor.

—No es “culpa” tuya —contesto, entrecomillando mis palabras con los dedos—. Soy yo. Es algo dentro de mi cabeza que no puede dejar de pensar en él, a pesar del daño que me hizo. Es como si me hubiera tarado.

—Me da la impresión de que tampoco lo has intentado con mucho ahínco...

—Sí lo hice. Una vez me acosté con un tipo...

—¿Una vez?

—Sí... —contesto, agachando la cabeza.

—Una vez no cuenta, y menos cuando hablas de acostarse. Yo hablo de querer de verdad. De tener una relación con alguien.

—Bueno... Supongo que me volqué en la felicidad de Cassey...

—Y te olvidaste de la tuya. —Sonrío, asintiendo con la cabeza mientras me encojo de hombros—. ¿Compartisteis mucho juntos?

—Demasiado. Su pasado no fue muy... normal para un crío. Cuando yo le conocí, estaba herido y enfadado con el mundo. Me sentí atraída hacia él. Como si tuviera la necesidad de cuidarle...

—Tienes razón. Hablas de él sonriendo. A pesar de todo...

—Lo siento.

—No lo hagas. Es genial. ¿Y no crees que deberías arriesgarte a contarle la verdad a Cassey? ¿Que ella se lo merece?

Resoplo con fuerza, soplándome un mechón de pelo de la cara. Cojo la botella de cerveza con ambas manos y empiezo a rascar la etiqueta. De repente, producto de un arrebato, saco el teléfono y busco una foto suya en internet.

Cuando la encuentro, lo pongo frente a él y espero su reacción. Frunce el ceño, titubeando.

—Él es Chris.

—No estoy muy puesto en estas cosas, ¿pero él no es... famoso por algo...?

—Sí. Ahora intenta imaginar cómo sería contarle a una adolescente que su padre es un cantante famoso adorado por las masas...

—Menuda papeleta... ¡Anda que te buscaste un novio fácil...! Deberías haber huido al escucharle cantar por primera vez.

—Ahí ya era tarde.

Nos quedamos callados durante unos minutos. Miro alrededor del local, de forma distraída, buscando algo que me distraiga.

—Vaya mierda de cita, ¿no? —interviene Walter.

—No...

—Puedo aceptar una derrota, no te preocupes.

—Esto no es una derrota. Es fácil conversar contigo, y eso escasea en un hombre. Así que puedes considerarlo como una victoria.

—*Yuju* —se mofa—. Cuenta conmigo siempre que necesites hablar con alguien. Seré algo así como tu amiga con pene.

—Siempre va bien tener uno de esos... —río a carcajadas, mientras él hace una reverencia divertida—. Gracias por esta magnífica cita. De corazón.



## CAPÍTULO 7

### *Y así fue como, cuando todo acabó, me convertí en mi padre*

Me remuevo entre las sábanas, incómodo. Me siento agotado a pesar de llevar varias horas metido en la cama, y es que no he descansado nada bien. A ratos he tenido frío, para encontrarme sudando poco después.

Escucho ruidos a lo lejos, aunque pueden ser producto de mi imaginación. De hecho, soy consciente de haber tenido pesadillas durante horas. Entonces, siento unos labios en mi frente, y unas manos que me quitan la camiseta, empapada en sudor, con mucho esfuerzo.

—Dios mío, Chris... Tienes mucha fiebre...

Siento algo húmedo en la frente que me hace sentir mejor al instante. Intento abrir los ojos, pero los párpados me pesan demasiado. Después, me agarran por la nuca y me ayudan a incorporarme un poco, lo justo para poder tomarme la medicina y beber un poco de agua sin atragantarme. Luego me vuelven a tapar y escucho unos pasos alejarse.



—La fiebre parece que le ha bajado... Sí... No, aún duerme... ¿Estáis bien? De acuerdo...

Escucho una voz hablando a lo lejos. Me cuesta ubicar donde y no estoy seguro de que sea ella, ya que estoy bastante mareado y confuso. Me destapo, ayudándome de los pies, y, cuando consigo abrir los ojos y centrar la vista a duras penas, descubro que no llevo camiseta, pero sí un pantalón corto de chándal.

Lentamente, me incorporo hasta que logro sentarme en la cama. Me agarro la cabeza, que sigue dándome vueltas, hasta que me veo más o menos capaz de ponerme en pie. Lo hago apoyando una mano en la pared, y camino hasta el baño. Cuando enciendo la luz, me ciega y me obliga a taparme los ojos con una

mano, así que camino a tuestas hasta el váter.

De fondo, sigo escuchando su voz, cada vez más clara, permitiéndome reconocerla al instante.

—No. No insistas. De acuerdo. Es tu opinión. Yo me voy a quedar con él.

Siempre ella...

Después de lavarme la cara, arrastro los pies a través del pasillo. Me ayudo de ambas manos para seguir una línea recta imaginaria que me obligo a seguir, intentando aparentar que no estoy tan mal. Cuando llego a la estancia diáfana donde cocina, salón, comedor y estudio se funden, me quedo muy quieto, plantado junto a una enorme estantería vacía, que no contiene ni un solo recuerdo de mi vida.

—Cariño... —dice nada más verme, justo antes de volver a acercar el teléfono a su oreja—. Luego te llamo.

Levanto una mano e intento sonreír. Me sale una especie de mueca extraña, a medio camino entre tétrica y atemorizada. Últimamente, todo el mundo me pega la bronca, dando por hecho que hago lo que hago para intentar acabar conmigo mismo. Hubo un tiempo en el que fue así. Prefería morir a vivir sin ella. Ahora soy simplemente un adicto a todo lo que me ayude a no acordarme de ella a todas horas.

—¿Cómo te encuentras? —me pregunta con dulzura. No me exige una respuesta, simplemente la sabe solo con mirarme a los ojos—. He hecho café. Y sé que ahora no tendrás hambre, pero también he hecho huevos revueltos con jamón, y ya sabes lo buenos que me salen.

Agarrando mi mano, me conduce hasta la mesa de la cocina. En cuanto me ayuda a sentarme en una silla, corre a por un par de tazas de café recién hecho y un par de platos con huevos. Se sienta en la silla contigua, pone una mano en mi frente y luego en mi cuello, comprobando la temperatura de mi cuerpo. Al instante se levanta y se pierde por el pasillo, apareciendo poco después con una camiseta.

—No quiero que cojas frío... —dice mientras me ayuda a ponérmela.

No opongo ninguna resistencia, como una marioneta en sus manos. Entonces, levanta la vista y mira hacia las ventanas. Camina decidida hacia ellas, descorriendo las cortinas y abriendo para dejar entrar algo de aire fresco.

—El aire aquí dentro está viciado... Las tendremos un rato abiertas. Te irá bien.

El sol que entra acaricia mi piel, haciéndome sentir bien. Giro la cabeza hacia ellas, entornando los ojos.

—Hoy hace un día precioso...

Vuelvo a fijar la vista en la mesa, con los brazos caídos a ambos lados del cuerpo. Respiro lentamente, observando todo a mi alrededor, como si hubiera despertado de un largo letargo y lo viera todo por primera vez.

—Casi se me olvida. También he traído zumo de naranja. No es natural, por servirá.

Cuando hace el intento de volver a levantarse, la detengo, agarrándola por el antebrazo. Nos miramos a los ojos durante largo rato. Incluso cuando siento que se me humedecen por las lágrimas, sigo sin apartar la mirada. Sorbo por la nariz cuando las siento rodar por mis mejillas, y aprieto los labios hasta que soy capaz de decir algo coherente.

—Lo siento... —sollozo, de repente llorando como un crío.

Se sienta en la silla y la mueve hasta colocarse muy cerca de mí. Me abraza y, a pesar de la gran diferencia de envergadura en mi favor, me siento pequeño entre sus brazos. Besa mi pelo mientras sus manos acarician mi espalda. Entonces, coge mi cara y me obliga a mirarla. Seca mis lágrimas con sus pulgares, sonriendo para intentar infundirme tranquilidad.

—Escúchame... A mí no tienes que pedirme disculpas.

—Sí tengo que hacerlo... No he sido justo contigo... —Abre la boca para contradecirme, pero yo pongo una mano en su boca para hacerla callar y seguir explicándome—: Sabes que te necesito en mi vida, ¿verdad? Y que siempre ha sido así. Te quiero mucho...

—Mi niño grande... —dice, acariciándome la cara—. Y yo a ti.

—Soy un capullo, y el otro día mi padre se enfadó conmigo porque le dije que no eras mi madre, y...

—Y sé que no lo soy... Pero sí lo siento.

—Gracias por sentirlo, entonces. A pesar de... mí.

—Lo siento precisamente porque eres quien eres. Y te quiero porque creo en ti. Creo que esto es algo pasajero. Creo que tú mismo ves que este no es el camino. Creo que amas lo que haces, pero no cómo lo estás haciendo de un tiempo a esta parte. Creo que necesitas ayuda. Creo que sigues queriendo a tu familia. Y, sobre todo, creo que Jill y esa niña son la respuesta a todo.



—¿Está muy enfadado?

Ella mueve la cabeza a un lado y a otro, sopesando la respuesta.

—Se le pasará.

—Así que lo está...

—Está enfadado porque no quiere ver cómo echas a perder tu vida. Está enfadado porque, a pesar de todo, te hayas convertido en él.

Con la cabeza en su regazo, estirado en el sofá, miro el techo, pensativo. Recuerdo las horas posteriores a que ella me echara de casa. Recuerdo vagar por las calles, con una botella de whisky en la mano, para recaer, como siempre, en su casa.

*—¡Mamá! ¡Chris está aquí para gorronear algo de cena! —bromea Jimmy nada más abrir la puerta, hasta que ve la expresión de derrota en mi cara—. ¿Estás... bien?*

*Niego con la cabeza, agachando la vista al suelo. Cuando la levanto, le encuentro mirándome con los ojos muy abiertos y las cejas levantadas.*

—¡Papá! ¡Mamá! ¡Será mejor que vengáis! —grita, agarrándome de la camiseta para obligarme a entrar dentro.

Los dos aparecen de inmediato. En cuanto me ven, sus expresiones cambian: la de mi padre se asevera, con rectitud, mientras que la de Livy se torna de sorpresa a preocupación.

—¡Cariño!

—Déjale, Livy. Está borracho. ¿No lo ves?

—Por supuesto que lo veo, pero no pienso quedarme de brazos cruzados —dice mientras me conduce hacia el salón y se sienta a mi lado en el sofá.

—¿Qué has hecho esta vez? —insiste mi padre, bajo la atenta mirada de Jimmy, que se mantiene en un discreto segundo plano, algo asustado.

—¡Yo no he hecho nada! ¡Jill se ha acostado con otro esta noche! ¡Y cuando le he pedido explicaciones, me ha echado de casa! ¡De mi propia casa!

—¡Cariño...! ¿Está bien Jill? —me pregunta Livy.

—¡¿En serio?! ¡¿Ella se folla a otro y me echa de casa, y te preocupas por su bienestar antes que por el mío?! —grito, totalmente fuera de mí.

—Mucho ha aguantado esa chica. Y, si lo ha hecho, ha sido por Cassey... ¿Acaso crees que es tonta? ¿Te piensas que es ajena a todos los rumores que salen en los medios de comunicación? —Nervioso, me balanceo hacia delante y hacia atrás, con las manos agarradas frente a la boca, mientras mi padre sigue machacándose—. Esa chica no te iba a querer toda la vida, y parece que su paciencia se ha agotado. La has perdido, y lo peor de todo es que perderás también a tu hija.

Me levanto de un salto, apartando la mano de Livy de un golpe, dispuesto a largarme. No quiero seguir escuchando sus sermones. Ellos no me entienden, ya que sus vidas son perfectas.

—¿Te acuerdas cuando te fui a buscar al hogar social? ¿Recuerdas los primeros días que pasamos juntos? ¿Qué pensabas de mí? ¿Quieres que Cassey piense lo mismo de ti toda su vida?

*Le miro airado durante un buen rato. Livy se mantiene expectante por mi reacción. Jimmy sigue a un lado, muy asustado. Finalmente, seguramente movido por los litros de alcohol y la cocaína que corre por mi organismo, opto por el camino más inmaduro.*

—*¡No las necesito! ¡No os necesito a nadie!*

Y me largo. O, mejor dicho, huyo. Soy incapaz de escuchar las verdades que me dicen.

Y así fue como, cuando todo acabó, me convertí en mi padre.

—En realidad, me encantaría convertirme en él —confieso.

—Ya me entiendes... Él no quiere que cometas los mismos errores que él cometió en su día contigo y con tu madre.

—Pero esos errores dieron lugar a unos aciertos increíbles. Supo enmendar lo que hizo. Además, que ese error le permitió conocerte... Me... encantaría poder hacer lo mismo...

—Sabes que eso pasa por deshacerte de toda la mierda que he tenido que limpiar esta mañana, ¿verdad? —Asiento lentamente porque sé que eso no será fácil—. Solo entonces podrás emular a tu padre. Solo entonces podrás intentar recuperar tu vida.

—¿Crees que también podría recuperar a Jill y a Cassey?

—Me temo que eso no va a depender solo de tus futuras acciones... El pasado juega un papel muy importante. No puedes borrar lo que hiciste, Chris...

—Pero... Sin ella, no será mi vida lo que recupere... No estará completa.

—Aun así, será mejor que lo que tienes ahora.

Me incorporo y me siento. Apoyo la espalda en el respaldo y echo la cabeza hacia atrás. Por el raballo del ojo, veo cómo ella se gira hacia mí, encogiendo las piernas. Apoya el codo en el respaldo y se aguanta la cabeza. Mira alrededor del apartamento.

—He dejado el grupo —le confieso.

—De acuerdo.

—Ya no me apetece cantar.

—Está bien.

—¿No te enfadas?

—¿Por qué tendría que hacerlo? Son decisiones tuyas. Y son cosas que son fáciles de cambiar.

—Lo dudo...

Se pone en pie y se acerca hasta el sitio privilegiado donde siempre ha reposado mi guitarra, donde supongo que la ha vuelto a colocar ella al llegar. La coge por el mástil, con cuidado, hasta que la deja sobre mi regazo. Se vuelve a sentar a mi lado, sin decir nada. Acercó mis manos y acaricio la que, durante años, fue mi compañera fiel. Toco los arañazos en la madera de la caja, con cariño, y luego paso la mano por encima de las cuerdas.

—Esta guitarra es como tú —susurra—, puede que ahora esté maltrecha, pero con algo de cariño, volverá a ser la misma de siempre. Y sonará tan bien como siempre.

La observo durante un rato más, antes de cogerla y colocármela como si la fuera a tocar. Le falta una cuerda y los golpes en la caja harán que suene mal, pero, aun así, deslizo mis dedos para intentar tocarla. Como imaginaba, suena fatal, aunque intente afinar las cuerdas.

—Recuerdo cuando tu padre te la regaló... Recuerdo tu cara cuando la tocabas... Recuerdo que eras incapaz de salir de casa sin ella... Recuerdo lo que le gustaba a Max escucharte cantar y cómo te miraba embelesado... Recuerdo cómo ayudaste a Lexy siendo ese amigo que ella necesitaba... Siempre que echo la vista atrás, son tantos los buenos recuerdos asociados a esta guitarra, que me niego a creer que no la vaya a escuchar más.



Livy lleva todo el día a mi lado, cuidando de mí, haciéndome compañía. Ha conseguido que coma algo, a pesar de mi falta de apetito, y no ha hablado sin parar, distrayendo mis ganas de volver por el mal camino.

—¿Y ahora qué?

Me encojo de hombros, de forma despreocupada.

—No puedes, simplemente, pasar de todo. No quiero darte la paliza, pero deberías ir a un centro de desintoxicación... Hay sitios fantásticos, también aquí en Nueva York. Me... estuve informando... Y cuando te veas preparado para afrontarlo, puedo acompañarte...

—Vale... —contesto, asintiendo con la cabeza mientras sonrío.

—Y luego...

—Vas algo rápido, ¿no?

—No me gustaría que desperdiciaras más tu vida.

—Bueno, pues luego, supongo que... no sé...

—Sí lo sabes.

—Me gustaría encontrarlas... O sea, sé que Jill es muy difícil que me perdone, pero me gustaría tener la oportunidad de pedirle perdón, y quizá... de ver a Cassey... Y luego me marcharía, porque no podría estar cerca de ellas sin estar con ellas, ¿sabes?

—Me parece que sí... —contesta, mirándome—. Te pareces cada vez más a él...

—Sí... Parece que me he convertido en un clon suyo, ¿no?

—Igual de testarudo, desastre, impuntual, infantil y cascarrabias, pero sobre todo igual de guapo y divertido —comenta, posando las palmas de sus manos en mis mejillas—. Y hablando de tu padre, me voy a tener que ir, porque se les habrá acabado ya la comida que les dejé y Jimmy y él son capaces de estar alimentándose de patatas chips y palomitas. ¿Por qué no te vienes unos días?



Sabes que siempre tendrás una cama en casa.

—No... Prefiero estar solo...

—No hagas ninguna tontería, por favor. Si tienes ganas de... ya sabes... consumir, llámanos.

—Haremos algo mejor. ¿Por qué no llamas a ese sitio del que me hablabas antes y me pides una cita?

—¿En serio?

—Muy en serio. ¿Me... acompañarías?

—Por supuesto que sí.

—Genial... Además, creo que parte de mi transformación también pasa por convertir este apartamento en algo... mío. Tengo que convertirlo en algo parecido a un hogar.

—Me parece una idea fantástica —dice, justo antes de darme un beso en la mejilla y añadir, dándose la vuelta—: En el primer cajón de tu mesita de noche, encontrarás algunas cosas que te ayudarán en ello.

Después de abrazarnos durante un buen rato, ella se marcha. Cuando cierro la puerta, apoyo la espalda en ella y miro alrededor, observando todo mi apartamento, ahora ya limpio. Definitivamente, tengo que hacer algo para hacer que lo sienta mío. Entonces, intrigado por las palabras de Livy, me dirijo al dormitorio. Me siento en la cama al tiempo que abro el cajón de la mesita para descubrir las fotos que Livy enmarcó en su día para mí, la mayoría, tomadas cuando vivía con mi madre en Montauk. Debajo de los marcos encuentro un sobre con mi nombre escrito, y dentro, un par de instantáneas más.

La primera es una foto de familia que nos hicimos cuando yo debería de tener unos veinte años. En ella salimos mi padre, Livy, Max, Lexy, Jimmy y yo, todos muy sonrientes. Por aquel entonces, ya empezaba a tocar en pequeñas salas de conciertos por todo el país, y pasaba mucho tiempo fuera de casa, siempre acompañado por Jill, que lo dejó todo por mí. Ella fue, precisamente, la que la tomó.

Y entonces me fijo en la segunda foto y se me para el corazón. No tenía ni idea de su existencia y supongo que no nos dimos cuenta cuando nos la tomaron. En ella salimos Jill y yo sentados en el sofá de casa de mis padres y Cassey está en mi regazo. Ella agarra mis dos dedos pulgares, sonriendo abiertamente, mientras los dos la miramos embelesados. Es una foto que irradia felicidad, y ahora me doy cuenta de que es porque era jodidamente feliz. Por eso no puedo hacer otra cosa que odiarme aún más por lo que hice, por destruir todo lo que teníamos, por romper a pedazos el corazón de una persona que me quiso de forma incondicional y, de rebote, el de mi pequeña. ¿Qué le habrá contado Jill de mí? ¿Sabrá que existo? ¿Me odiará?

Con esa cantidad de preguntas en mi cabeza, me tumbo en la cama y cierro los ojos, exhausto.

Y sueño con ellas, aunque creo que más bien son pesadillas. Me remuevo incómodo, intentando hacer frente al cúmulo de sentimientos encontrados que estallan en mi interior. Sueño que quiero verlas, pero no puedo. Sueño que les pido disculpas, aunque no quieren escucharme. Sueño que quiero retomar el contacto con Cassey, pero Jill no me deja verla. Sueño que veo a mi hija, pero ella me grita que no quiere saber nada de mí.

Me despierto de repente, incorporándome de sopetón. Estoy empapado en sudor. ¿Cómo voy a ser capaz de cuidar de mi hija cuando ni siquiera soy capaz de cuidar de mí mismo? Me empiezan a sudar las manos, las cuales froto vigorosamente contra las sábanas. Cuando las extiendo frente a mí, veo que me tiemblan de forma incontrolable. Siento los latidos del corazón retumbando en mis oídos y un sudor frío recorrer todo mi cuerpo. Me levanto, tirando al suelo las fotos, que permanecían sobre mi cama. El cristal de alguno de los marcos se rompe, pero poco me importa cuando los piso, a pesar de clavarme algunos de los cristales en las plantas de mis pies desnudos. Dejando un rastro de sangre, me dirijo hasta la cocina. Abro la nevera en busca de alguna cerveza, pero no veo ni una. Luego abro el armario donde guardo el resto de bebidas, pero lo descubro vacío.

—Joder... —maldigo, mirando alrededor, consciente de nuevo de la limpieza que impera en todo el apartamento, aunque dándome cuenta de repente de que esa limpieza ha arrasado con todo el alcohol que guardaba—. ¡Mierda, Livy!

Frenéticamente, recorro todo el apartamento, abriendo y cerrando cajones y

armarios, en busca de algo que calme mi ansiedad. Los revuelvo sin ningún cuidado, desesperado, buscando algo que llevarme a los labios o meterme por la nariz. Estoy cegado, sin control, olvidando de golpe todos los buenos propósitos que me había estado haciendo hasta hace unos minutos. ¿A quién quería engañar?

Y entonces me acuerdo de la chaqueta que descansa sobre la butaca del dormitorio y corro hacia ella, resbalando incluso en el pasillo. Busco en los bolsillos hasta encontrar la papelina que ese tipo me dio. La abro y, con dedos temblorosos, empiezo a prepararme una raya que esnifo sin perder un segundo. Como un adicto. Como lo que soy.

## CAPÍTULO 8

### *Y así fue como, cuando todo acabó, dejé de pasear bajo la lluvia*

—Me voy a clase de baile.

—¿Vas a salir con el tiempo que hace? ¿Has visto la que está cayendo?

Cassey se acerca a una de las ventanas del salón y mira hacia el exterior. Alza la vista al cielo y después me mira.

—Llevo una sudadera con capucha en la mochila —me dice, encogiéndose de hombros.

—Pero...

—No te pongas en plan neurótico. Es solo agua, y bailamos a cubierto, no en plena calle.

—¿Y si ensayas en casa?

—No tengo sitio suficiente —contesta, ya con la mochila al hombro, y poniéndose los auriculares en las orejas.

—¿A qué hora volverás?

—No lo sé.

—¿Te espero para cenar? —le pregunto a la desesperada, justo antes de que cierre la puerta a su espalda.

—No. Pillaré algo cuando vuelva.

Dicho esto, la puerta se cierra a su espalda. Ya no hay gritos, ya no hay rabia. Solo... apatía y desilusión. Cassey siempre ha sido una niña risueña, algo loca y con mucho carácter. Ahora, simplemente, se ha convertido en una inquilina en mi casa. Una a la que, además, le caigo mal. Así, nuestras conversaciones se han

reducido a un monólogo por mi parte, aderezado de forma ocasional con algún monosílabo por su parte. Ya no pasamos tiempo juntas. No quiere que la acompañe a comprarse ropa, no quiere que quedemos para tomar un café, ni siquiera que veamos la tele juntas. Pasa todo el tiempo que puede con sus amigos y, cuando está en casa, se encierra en su habitación.

—¡Cassey, espera! —grito, saliendo al rellano.

Me apoyo en la barandilla y entonces la veo, unos escalones más abajo.

—¿Qué? —resopla, apoyando una mano en la barandilla, mirándome como si estuviera perdonándome la vida.

—Toma.

Observa su teléfono en mi mano durante unos segundos, sin atreverse a cogerlo.

—¿Es una trampa? —me pregunta con recelo.

—No... Es solo que... te levanto el castigo.

—Es una trampa. No lo quiero. Paso. Las consecuencias serán peores... —dice, empezando a bajar los escalones de nuevo.

—¡Que no, Cassey! ¡Que voy en serio! —grito.

Se detiene y me mira fijamente, valorando si fiarse o no de mí. Entonces, empieza a subir lentamente.

—Eh... Vale... —Coge el teléfono, lo mira mientras lo sostiene en la palma de su mano, y luego lo guarda en el bolsillo del vaquero. Se aparta un mechón del flequillo, colocándolo dentro del gorro de lana, se humedece los labios y levanta una mano—. Gracias... Bueno... Hasta luego.

—Adiós, cariño. Te quiero.

—Y yo.

—Te... dejaré algo de cena. No hace falta que te compres nada por ahí.

—Vale... —Agacha la vista y luego, cuando la levanta de nuevo, esbozando una sonrisa de medio lado, añade—: ¿Estás bien? O sea... No tienes ninguna enfermedad chungu ni nada de eso, ¿verdad?

—¡Oye!

—Comprende que recele de semejante amabilidad repentina...

—¡No hagas que me arrepienta! Además, siento comunicarte que vas a tener que aguantarme durante muchos años.

—Vale.

Nos sonreímos durante unos segundos, mirándonos a los ojos, justo antes de que ella empiece a bajar las escaleras de nuevo.



Debería estar haciendo la cena, planchando la ropa limpia que se acumula encima de la tabla de planchar, u ordenando la pila de facturas que dejo sobre el mármol de la cocina, pero, por alguna razón, la sensación de soledad me aplasta el pecho, dejándome sin fuerzas.

Llevo un par de horas sentada en el sofá, con la vista perdida, distraída. Y me engañaría a mí misma si dijera que él no es el protagonista y causante de todo... Está lloviendo a cántaros, y las gotas pican contra los cristales de las ventanas. Mi portátil reposa a mi lado, y entonces, en un arrebatu de locura, lo abro y busco esos vídeos que nunca me atreví a borrar. Titubeo con la flecha sobre la carpeta donde los guardo, una carpeta que en su día nombré como “BORRAR”. Algo que no fui capaz de hacer ni siquiera el día que la creé. Intenté convencerme a mí misma de que era algo que iba a hacer, pero nunca me atreví a llevarlo a cabo.

Con los ojos cerrados, hago doble clic sobre el icono del vídeo. Creo que incluso contengo la respiración hasta que escucho su risa... Solo entonces me atrevo a verlo.

—Déjalo ya... —me dice.

—Ni hablar.

—Pues entonces no pienso hacerlo.

—¡Por supuesto que lo harás!

—Te veo muy segura de ti misma...

—Lo estoy.

—¿Y eso por qué?

—Porque si no me dejas grabarte, no volveré a besarte en la vida.

—Imposible.

—Ahora eres tú el que va de chulito...

—No estoy alardeando de nada... Es un hecho. Nunca querrás que deje de besarte...

Ahogo un sollozo cuando escucho esa frase que he rememorado una y otra vez en mi cabeza. Ninguno de los dos imaginó que llegaríamos a estar separados. Por aquel entonces, creíamos que lo nuestro era para toda la vida. A mis tiernos e inmaduros diecisiete años, creía que iba a pasar el resto de mi vida a su lado.

Le veo acercarse a la pantalla del teléfono con el que le estaba grabando, al principio para darme un beso y luego, mirando fijamente a la cámara, susurró:

—Yo tampoco dejaré de quererte... Nunca... en... la... vida... Graba eso.

Veó cómo se aleja y coge su guitarra, aquella que su padre le regaló la primera Navidad que pasó con él. Aquella con la que tocaba y cantaba solo para mí. Aquella que tocaba para dormir a Cassey cuando estaba en la cuna. Era su guitarra, aunque yo la sentía como parte de mí también.

—¿Sabes el verdadero motivo por el que te grabo? —le pregunto mientras él afina la guitarra. Cuando levanta la cabeza, añado—: Para vender el vídeo cuando seas famoso y hacerme rica con él.

Le veo sonreír de medio lado antes de empezar a tocar y cantar. Mueve la guitarra mientras lo hace, siempre sonriendo, contagiándome sus ganas de vivir. Subo el volumen consiguiendo que la voz de Chris inunde todo el apartamento. Y quiero que me moleste, quiero que escucharle no me haga sonreír. Quiero que su voz no me haga recordar aquellos años en los que pensaba que él me quería por encima de todo. Quiero odiarle... Pero, en cambio, aquí estoy, con los ojos cerrados, disfrutando de su voz, rememorando su sonrisa pícaro de medio lado, su mirada intensa, su risa contagiosa, sus abrazos reconfortantes y esos besos que provocaban que mi estómago diera un salto mortal con tirabuzón.

Cierro el portátil de golpe, enmudeciendo a Chris. Lo dejo a un lado, me pongo en pie de un salto y salgo de casa con lo puesto. La lluvia no tarda en empapar mi ropa, pero poco me importa. Debería volver a casa corriendo, o resguardarme en algún sitio, pero no lo voy a hacer. Es oscuro y no hay nadie por la calle, y entonces, al darme cuenta de ello, sonrío.

—*¡Jill! ¡Jill! ¡Jill, despierta!*

—*¿Pero...? ¿Qué hora es...? Joder, Chris... Son las siete y media de la mañana, y es domingo...*

—*¡Llueve!*

—*¿Y eso te alegra por...? ¿Habías apostado algo...?*

—*¡No! ¡Podemos salir a la calle!*

—*¿Te das cuenta de que la gente suele hacer lo contrario cuando eso pasa?*

—*¡Sí! ¡Justo por eso! ¡Solos tú y yo! ¡Vamos! ¡Siempre me dices que te encantaría que nos tuviéramos solo el uno al otro como antes!*

—*No... No era esto exactamente a lo que me refería...*

—*Lo sé, pero... Es lo que te puedo ofrecer por ahora...*

*Y eso hacemos. Paseamos por las calles mojadas de Nueva York, bajo una lluvia torrencial, solos él y yo. A salvo de posibles fans enloquecidas pidiéndole hacerse una foto con él, un autógrafo o un beso. Sin ningún paparazzi entrometido intentando pillarle.*



Siempre quisimos mantener nuestra relación a salvo de todo eso, y conseguimos hacerlo gracias a la oscuridad y a la lluvia. La prensa nunca supo nada de mí, ni luego de nuestra hija. Nunca nos tomaron ninguna foto juntos, manteniendo nuestra vida en común en el anonimato.

Y lo repetimos siempre que podíamos, aunque cayeran cuatro gotas. Era como un ritual. Incluso las veces que llovía y él estaba lejos, solía enviarle un mensaje para informarle de ello. Él siempre me contestaba... hasta que dejó de hacerlo.

Y así fue como, cuando todo acabó, dejé de pasear bajo la lluvia.



Me abrazo el torso con ambos brazos. Recojo algún mechón de pelo empapado detrás de mis orejas y sigo caminando encogida. Llora de forma desconsolada porque me siento muy sola. Tengo una hija a la que adoro y que sé que, aunque me ponga las cosas muy difíciles últimamente, también me quiere. Tengo varios amigos con los que sé que puedo contar plenamente en cuanto se lo pidiese. Tengo a mi padre, que movería cielo y tierra por mí, y a Jackie, que me adora.

Y a pesar de todos ellos, no he conseguido superar su ausencia. Él sigue estando presente en mi día a día. Miro a mi hija, cuyos gestos y mirada son un recuerdo constante suyo. Soy incapaz de hacer nada sin imaginarme cómo sería tenerle cerca, e incluso a veces creo sentirle a mi lado en la cama.

Entonces cuando la tormenta se vuelve más fuerte. Un rayo cruza el cielo, iluminándolo durante unos segundos. Mis ojos se desvían hacia el callejón que queda a mi derecha. El trueno retumba de forma violenta a mi alrededor y, aunque no me suelen gustar las tormentas eléctricas, no me asusto. Estoy concentrada en ese edificio y en esa escalera de incendio que reconocería entre un millón. Me acerco sin dejar de mirar al tercer piso, ese que alquilamos juntos en el que no había más de diez muebles, donde el suelo crujía a nuestro paso y cuyas vistas eran este sucio callejón, pero en el que viví los momentos más felices de mi vida.

—¡Jodeeeeeer! —grito de pura desesperación, con todas mis fuerzas, mirando al cielo.

Me tapo la cara con las dos manos y me agacho hasta hacerme un ovillo.

—¿Está usted bien, señora? —Me levanto de golpe y me giro hacia la voz que me habla. Por su ropa vieja y sucia y su aspecto dejado, parece ser un vagabundo—. No se asuste... No quiero hacerle daño... Es solo que... ¿Está sola? Vale, esa pregunta puede hacerle creer que quiero que esté sola, pero nada más lejos de la realidad. Solo se lo pregunto porque es extraño que lo esté, y más a estas horas y con el tiempo que hace... Lo siento. Hablo solo. Muy a menudo. No suelo tener compañía. Casi nunca. Vale. Ya me callo. Lo siento. De nuevo.

Se empieza a alejar cuando yo aún no he conseguido reaccionar. No me he sentido amenazada por él en ningún momento, y creo que a ambos nos hace falta alguien con quien hablar, así que, sin pensármelo demasiado, digo:

—No me ha asustado.

—¿En serio? —me pregunta girándose y acercándose de nuevo a mí con una sonrisa en los labios—. Genial. Me alegro. Debe ser usted de mente abierta, porque no es que mi aspecto esté pasando por el mejor de sus momentos...

—Todos pasamos por momentos algo complicados...

—El de algunos puede que esté durando algunos añitos ya...

—Lo mismo digo.

—¿Por eso gritaba mirando a ese edificio?

—Más o menos.

—¿Y qué ha hecho? Si es que se puede saber...

—Ese edificio, nada.

—Vale, pues entonces, cambiaré el qué por un quién.

—Ya no vive ahí. Pero tampoco es que esté enfadada con él. Más bien, estoy enfadada conmigo misma, por la persona en la que me he convertido.

—Entonces, ¿vivió en ese edificio con la persona que la ha convertido en la

que es hoy en día? —Asiento abrazándome el torso de nuevo—. ¿Él la convirtió en una demente desafiadora de la lluvia que grita a los edificios?

—Sí. Supongo que sí —contesto, riendo a carcajadas.

—¿En alguien a la que no le importa empaparse y que su pelo se despeine?

—Oh, Dios mío. Qué vergüenza... —digo, intentando peinarme el pelo con los dedos.

—Es usted preciosa, así que, a mi modo de ver, no le hizo ningún mal...

—Gracias, supongo. Pero es... complicado...

—¿Cómo se llamaba el... causante de su belleza?

—Chris —contesto al cabo de un rato, después de valorar si mentirle o no, después de darme cuenta de lo idiota que estaba siendo por valorarlo siquiera.

—Mmmmm... ¿Y qué pasó?

—Supongo que él no me quería tanto como yo a él.

—Intuyo que había una tercera en discordia.

—Terceras... En plural.

—Vaya... Lo siento...

—Y yo, porque le quería, ¿sabe? Estaba loca y completamente enamorada de él. ¿Y sabe lo mejor de todo? ¿Sabe por qué grito, por qué salgo a pasear bajo la lluvia y hago tonterías por el estilo? Porque creo que sigo estándolo. Porque, a pesar de todo el daño que me hizo, sigo queriéndole.

—No se culpe por ello.

—¿No? —Sonrío, negando con la cabeza.

—¿Cómo puede estar mal querer a alguien? Es el sentimiento más bonito que hay. Amar no es malo.

—Amar al tipo equivocado, sí.

—La veo una mujer con criterio y cordura... Si una vez le eligió, sería porque es un tipo decente.

—¿Usted de qué lado está? —le pregunto, cruzando los brazos sobre el pecho y haciéndome la ofendida.

El tipo me muestra las palmas de las manos y sonrío también. Vuelvo a mirar hacia el tercer piso del edificio, respirando profundamente, sintiéndome algo mejor que cuando llegué.

—¿Le cuento un pequeño secreto? Me parece que él la sigue queriendo tanto como cuando vivían allí.

—Sí, claro... Créame, él tiene muchas otras cosas en las que mantenerse ocupado. Muchas otras... distracciones.

—Puede, pero usted sigue siendo el amor de su vida.

—¿Es usted vidente o algo por el estilo?

—No, por Dios. Pero este callejón está muy concurrido últimamente.

—No le sigo...

—Hace unas noches estuve hablando con alguien que vivía en ese edificio y me contó una historia parecida a la suya...

—Estamos en Nueva York... Hay millones de personas viviendo aquí, con millones de historias diferentes... Por ese edificio habrán pasado cientos de inquilinos a lo largo de los años.

—¿Y cuántos de ellos cargan con una vieja guitarra? ¿Cuántos de ellos se maldicen por haber perdido a su chica y a su hija? ¿Cuántos siguen intentando cantarles como hacía antes para intentar sentirse mejor? ¿Cuántos de ellos cargan con una mochila llena de errores del pasado?

—Dios mío...

Me llevo las manos a la boca y camino con paso errante hacia la pared de ladrillo del edificio. Apoyo la espalda en ella, buscando el equilibrio que mi cuerpo por sí solo es incapaz de encontrar.

—Si me permite opinar, creo que ha pagado sobradamente por todo el daño que le causó. Estaba muy borracho, y creo que no me equivocaría si dijera que también algo drogado. Tenía las pupilas algo dilatadas... No parecía... feliz.

—¿Se supone que me dice eso para hacerme sentir mejor?

—Por sus palabras de antes, diría que no lo conseguiría de ese modo, así que no, no es mi intención. Solo intento explicarle que él está igual de jodido que usted y que la echa de menos tanto como usted a él. Sus pasos también le trajeron hasta aquí. Él también... pasea bajo la lluvia. También vive con su constante recuerdo.

Me muerdo el labio inferior durante unos segundos, hasta que, de repente, me descubro confesándole:

—Mi hija me odia. Siempre ha sido un poco rebelde, como era él a su edad. Pero de un tiempo a esta parte ha ido a peor. Ella... encontró una foto mía y de Chris, de cuando éramos adolescentes, cuando estábamos juntos.

—¿Ella sabe quién es él?

Niego con la cabeza, justo antes de continuar:

—Nunca le confesé la identidad de su padre, solo su nombre. Ella sabe que abandoné a su padre cuando me enteré de que él me era infiel. El otro día encontró una foto de los dos y me estuvo haciendo muchas preguntas mientras yo me hacía la loca...

—¿Y va a seguir sin contárselo? Es decir, ahora que sabe que su padre no se ha olvidado de ustedes dos, ¿seguirá sin contarle la verdad?

Miro hacia la calle principal alertada por el ruido de las ruedas de un coche sobre el asfalto y las risas de un grupo de chicas. Miro hacia el cielo y me doy cuenta de que la tormenta ha amainado.

—Parece que ha dejado de llover —comento de forma distraída, alejándome

del edificio con las palmas hacia arriba.

—Hace rato que lo ha hecho.

Se encoge de hombros mientras le observo.

—Gracias —le digo, sonriendo.

—No me las dé. Normalmente, suelo hablar solo, pero usted y Chris son más interesantes que yo mismo... ¿Sabe ya qué va a hacer?

—No... Pero me ha dado mucho en lo que pensar.



Llego a casa empapada y bastante cansada, pero entonces, nada más abrir la puerta, me asalta Cassey.

—¿Dónde estabas? —me pregunta con cara de preocupación—. Estás empapada, mamá. ¿Estás bien? ¿Por qué has salido? Te he llamado al móvil unas cuantas veces...

Nos observamos fijamente, inmóviles. De repente, una sonrisa se dibuja en mis labios, justo antes de empezar a reír a carcajadas. Cassey me mira como si estuviera loca, frunciendo el ceño.

—Lo siento... —digo al cabo de un rato—. Es que parece que se han cambiado los papeles y, por un momento, me he visto a mí en ti, soltando preguntas sin compasión... Qué agobio, ¿no?

—Bienvenida a mi mundo —sonríe Cassey, ya más relajada.

—Por otro lado, espero que hayas podido comprobar por ti misma la preocupación que siento cuando se hace tarde y no has llegado a casa.

—No des la vuelta a todo esto y, sobre todo, no me sermonees. Eres tú la que ha llegado tarde a casa, sin avisar, así que déjame disfrutar del placer de darte una reprimenda. ¡¿Dónde demonios estabas?!

—Paseando.

—¿Paseando?! ¿Con este tiempo?!

Intento aguantar la risa, apretando los labios con fuerza. Entonces veo que Cassey hace lo mismo que yo, hasta que las dos estallamos en carcajadas.

—Perdona... Es que este papel no te pega nada... —digo, aún entre risas.

—¡Cuesta un huevo hacerse la responsable! —añade ella a su vez, secándose unas lágrimas producto de las carcajadas.

Me acerco hasta ella y la abrazo. Beso su frente y su pelo, aun estrechándola entre mis brazos. De repente me doy cuenta de que hacía mucho que no teníamos este tipo de complicidad.

—Perdóname... —le pido pasado un rato.

—Qué va... No te preocupes, pero apártate, que me estás empapando a mí también.

—Me voy a cambiar —digo, mientras camino hacia mi dormitorio—. ¿Has cenado?

—No —me responde, apoyada en el quicio de la puerta, observándome.

—¿Te apetece una pizza?

—Me parece genial.

—¿Qué tal la clase de baile?

—Genial. Como siempre.

Sonríe abiertamente y, de repente, es la misma de siempre. Mi niña risueña y alocada. Entonces sé qué quiero hacer.

Acabo de ponerme la camiseta del instituto que uso para estar por casa y camino lentamente hasta mi mesilla de noche. Abro el cajón y saco la foto del fondo. La sostengo en la mano unos segundos, observándola, antes de mirar a Cassey.

—Ven... —le pido, tendiéndole la mano—. Tengo algo que contarte.

Ella viene hacia la cama y se sienta mi lado, observando la foto. Se queda muy quieta durante unos segundos, incapaz de apartar los ojos.

—Mamá, no tienes que hacerlo... Siento haber rebuscado en tus cosas el otro día... —dice.

—No. Quiero hacerlo. Quiero hablarte de Chris.

—Entonces, ¿sí sabes quién es?

—Claro que sí... —le confieso—. Él fue... Él y yo fuimos... Él era...

Resoplo y me tapo la cara con ambas manos. Luego me peino el pelo hacia atrás y, haciendo acopio de todo el valor que puedo, miro fijamente a mi hija. Estoy nerviosa porque, aunque tengo claro que quiero contarle la verdad, no sé cómo hacerlo sin que me acabe odiando.

—¿Mamá...?

—Chris fue todo mi mundo. —Intento sonreír a pesar de mi nerviosismo, pero sé que lo que realmente me sale es una especie de mueca tétrica—. Él y yo... estuvimos saliendo un tiempo y... Fue mi... amigo, mi... novio, mi... confidente.

—¿Chris Taylor? ¿El Chris Taylor que vende millones de discos? —me pregunta. Tardo unos segundos en empezar a asentir, y cuando lo hago, ella continúa—: ¡Flipo, mamá! ¡Estoy alucinando!

—Bueno, cuando yo le conocía no cantaba delante de miles de personas...

—¿Cantaba solo para ti? —me pregunta con una expresión de felicidad y sorpresa dibujada en el rostro.

Agacho la vista de nuevo a mis manos y me descubro acariciando la fotografía con los pulgares. Entonces no solo me acuerdo del vídeo que he visto antes, sino también de aquella vez en el parque, cuando le pedí que cantara para mí. Al principio me miró como si estuviera loca, con los ojos muy abiertos. Pero luego, sonrió de forma pícaro, de medio lado, se puso en pie con la guitarra colgada de los hombros y empezó a cantar. Lo hacía tan bien, desprendía tanto carisma, que no tardaron en rodearnos decenas de personas. Pero, a pesar de todo



el mundo, él solo me miraba a mí. Incluso cuando se sonrojó, abrumado por toda la audiencia improvisada, no dejó de hacerlo en ningún momento. Me sonreía mientras se le formaban esos hoyuelos en ambas mejillas, y sus ojos brillaban de ilusión.

—Lo hacía, ¿verdad? —Cuando escucho de nuevo la voz de Cassey, vuelvo a la realidad y giro la cabeza hacia ella—. Esa sonrisa en tu cara te delata.

—Durante un tiempo, sí...

—¿Entonces, erais novios?! ¿Eras la novia de Chris Taylor?!

—Sí...

—¡Dios mío, mamá! ¿Y qué pasó? ¿Por qué os distanciasteis?

—Se empezó a hacer cada vez más famoso... Firmaron un contrato con una discográfica... Empezó a pasar horas y horas en el estudio de grabación... Luego vinieron los días de promoción... Después los conciertos fuera de la ciudad, después fuera del estado y, más adelante, fuera del país...

—Pero... ¿Por qué no mantuvisteis el contacto?

—Lo hicimos durante un tiempo... Lo intentamos... Y funcionaba, más o menos... Hasta que él... Bueno... Él...

—¿Se lió con otra?

—En plural —contesto, asintiendo con la cabeza a la vez.

Entonces, Cassey me mira muy seria, apretando los labios. De repente parece empezar a atar cabos, poco a poco. Casi puedo escuchar los engranajes de su cabeza funcionando.

—Me contaste que... mi padre... —Deja la frase a medias, así que cuando se atreve a mirarme, asiento lentamente—. Pero... No puede ser, ¿no? O sea... ¿Él es...? ¿Chris Taylor es...?

—Él es tu padre, Cassey.

—¿Lo es?! ¿En serio que lo es?! —grita totalmente excitada, en pie, llevándose las manos a la cabeza y peinándose los mechones de su pelo con mechas azules—. Dios mío... Joder... Qué fuerte...

—Esa boca... —le reprocho con suavidad, sonriendo.

—¿Le puedo conocer?! ¿Querría verme?! ¡Ay, no sé si...! ¿Crees que le gustaría?! ¡Ay Dios mío...! Estoy muy nerviosa...

## CAPÍTULO 9

### *Y así fue como, cuando todo acabó, intenté suicidarme*

Cuando todo se desmorona a tu alrededor, cuando tu vida deja de tener sentido, cuando sientes que estás solo en este mundo, lo único que quieres es que todo acabe. Dejar de sufrir, dejar de sentir.

Intentar evadirte de la realidad bebiendo o drogándote hasta perder el sentido, puede ser un apaño provisional, pero luego, cuando recobras la conciencia, todo se enturbia de nuevo.

Escucho una voz sermoneándome de forma incansable, martilleando mi cabeza.

—Tu vida es una mierda y tú eres el único culpable.

Y lo más triste es que tiene razón.

—No es ella la culpable, como siempre has creído.

Meneo la cabeza a un lado y a otro para intentar apagar la voz, aún con los ojos cerrados. Escucho mucho ruido a mi alrededor, muchas voces, todas ellas atormentándome.

—¡Eh, macho! ¡Mira por dónde vas! —me grita un tipo, que me empuja sin miramientos—. ¡Aparta!

Estoy intentando hacer lo que me dice, no molestar a nadie, quitarme del medio. De hecho, me da la sensación de que me he pasado la vida intentando hacerlo... Y una vez casi lo consigo. Prueba de ello son las cicatrices en ambas muñecas, adornadas por sendos tatuajes.

—¡Dios mío, Chris! ¡Un médico! ¡Llamad a un médico!

*Los gritos de Brian consiguen alertar al resto y, enseguida, la habitación de lujo del hotel se convierte en un hervidero de gente. Yo lo veo todo como difuminado, como si no fuera conmigo la cosa, como si estuviera viendo una*

*película sentado en un sofá y me estuviera quedando dormido.*

No recuerdo nada más hasta que abrí los ojos en una habitación de hospital. El blanco impoluto de las paredes y las sábanas me cegaba, y un fuerte dolor martilleaba mi cabeza, así que solo mantuve los ojos abiertos el tiempo suficiente para comprobar que tenía ambas muñecas vendadas.

Y así fue como, cuando todo acabó, intenté suicidarme.

*—No, tranquilo... No hace falta que vengas... Todo se quedó en un susto. Sí, está en buenas manos... No. Que no. Max, por favor. No seas testarudo... Haz lo que te dé la gana, entonces. Ven, si así te quedas más tranquilo.*

*La voz de Lexy consigue hacerme despertar, a pesar de hablar susurrando.*

*—Eh... Hola... Ha abierto los ojos, Max. Mira, Chris, es Max al teléfono...*

*Intento esbozar una sonrisa para quedar bien, a pesar de que no me apetece simular. Por eso hice lo que hice, para dejar de aparentar delante de todos que mi vida es la hostia. Mi vida es una mierda, pero nadie lo entiende porque, según ellos, lo tengo todo.*

*—Hola, Chris... Descansa porque en unas horitas estoy ahí para cuidar de ti...*

*Max me habla y veo la cara de Lexy, ilusionada, y entonces cojo el teléfono y lo lanzo contra la pared.*

*—¡Dejadme, joder! ¡Dejadme solo! ¡Largaos!*

*Enseguida entran unas enfermeras que logran retenerme contra la cama, y un médico que inyecta algo en el gotero que pende a mi lado. Mientras, Lexy me mira desde el lado opuesto de la habitación, aterrorizada.*

*—¡Yo creo que no es necesario...! ¡Él solo...! ¡Él solo estaba desorientado y asustado...!*

*—Señora... Sí es necesario...*

*—¡Diles algo, Aaron!*

—No, Liv... Tienen razón. No podemos permitir que se haga daño, y tampoco que se lo haga a nadie...

*Cuando abro los ojos, miro hacia mis muñecas y veo que me han atado a las barandillas de la cama. Ellos están demasiado ocupados discutiendo como para darse cuenta de que estoy despierto, así que puedo observarles. El médico se mantiene impassible, casi inhumano, mientras que mi padre tiene una expresión de derrota en el rostro. Livy, por su parte, está muy asustada. Ambos tienen ojeras bajo los ojos. Por mi culpa, pienso, mientras vuelvo a cerrar los ojos para intentar evadirme.*

El sonido de varios bocinazos, me devuelven a la realidad. Sin darme cuenta, estoy caminando por el medio de Lexington Avenue, rodeado de coches que intentan sortearme. Algunos conductores bajan sus ventanillas para gritarme improperios, mientras que algunos peatones me miran horrorizados desde las aceras.

Y entonces, el sonido de un claxon insistente, de sonido infinito, el grito de una mujer a lo lejos y el chirriar de unas ruedas contra el asfalto. Sorprendentemente, sonrío porque no tengo miedo.

Y todo se vuelve de color negro...



El insistente pitido del monitor cardiaco se escucha a lo lejos, así como unas voces amortiguadas. Reconozco la de Max.

—Ha tenido mucha suerte —dice la voz desconocida—. El vehículo estaba frenando, de ahí que el impacto haya sido menor... Aun así...

—Ya veo —interviene Max—. Pero esa rodilla necesitará rehabilitación...

—Sí... Y varias semanas de yeso y férulas protésicas.

—¿Y el coágulo de la cabeza?

—Remitiendo. Fue a causa del golpe contra el asfalto. El impacto se lo llevó solo la pierna derecha, ya que el conductor del vehículo intentó esquivarle. Tu

hermano ha tenido mucha suerte, Max...

—Lo sé...

—Esta noche le mantendremos en observación y mañana le daremos el alta.

—Gracias, Owen.

—De nada.

Cuando el tipo sale por la puerta, Max se acerca a la mesilla sobre la que apoyan los platos de la comida y, con gesto agotado, suelta encima las radiografías y mi informe médico. Luego, se sienta en la butaca, apoyando los codos en sus rodillas, y se agarra la cabeza con ambas manos. Resopla con fuerza, justo antes de masajearse la nuca con los dedos. Al carraspear para intentar aclararme la voz, llamo su atención. Se pone en pie de un salto y se acerca hasta la cama.

—Hola... ¿Estás bien? —A pesar de no llevar la bata puesta, abre mis párpados para mirarme bien los ojos—. ¿Recuerdas algo de lo que ha pasado?

Asiento lentamente. Es un movimiento corto, pero me mareo y me veo obligado a cerrar los ojos de nuevo y quedarme muy quieto.

—Te lo vas a tener con tomar con calma. El dolor de cabeza puede que te acompañe aún unos cuantos días, al igual que esta escayola.

Se calla y solo escucho su respiración. Cuando parece que el mareo pasa, abro los ojos lentamente. Parpadeo para acostumbrarme a la claridad, pero entonces él se acerca a la ventana y corre las cortinas. Antes de volver a mi lado, coge la butaca y la acerca para poder sentarse a mi lado. Me observa durante un buen rato, como si estuviera psicoanalizándome. Desvío la mirada, no porque esté avergonzado, soy consciente de que todos me ven como la oveja negra de la familia, sino porque no estoy preparado para recibir otro sermón.

—¿Por qué, Chris? ¿Por qué quieres... esto? —No contesto. Si algo he aprendido estos años es a no hacerlo, a dejarles soltar su discurso para no empeorar las cosas—. Estamos muy preocupados por ti... Tienes que parar... Tienes que dejar que te ayudemos... Creemos que deberías pedir ayuda a un profesional... Alguien que pueda tratar tu adicción. Quizá internarte en un

centro...

—¿Quién? —consigo preguntar, con voz ronca.

—¿Quién? —repite él, confuso.

—¿Quién piensa eso?

—Todos... Solo miramos por tu bien, Chris. Está claro que solo no lo vas a conseguir, y nosotros no podemos estar siempre vigilándote.

—No quiero que lo hagáis.

—De acuerdo. Es por eso que creemos que...

—No quiero que nadie cuide de mí. Quiero estar solo...

—Pero, ¿qué dices...? Que no quieras que te vigilemos constantemente, no quiere decir que te vayamos a dejar solo. ¿Cómo puedes siquiera insinuarlo? Nunca lo hemos hecho, y no lo haremos ahora. Tú siempre estuviste ahí... Antes de ser este en el que te has convertido. Solo quiero que vuelvas a ser mi hermano mayor... ¿No lo entiendes? Tienes que dejar que te ayudemos.

Nadie parece tener en cuenta mi opinión, como si no contara. Nadie parece darse cuenta de que lo que necesito ahora es estar solo. Nadie se pone en mi piel, aunque digan que me entienden, o me miren ladeando la cabeza como si miraran un cachorrito indefenso...

Así que, como no tengo ganas de seguir peleando, claudico y, derrotado, pierdo la vista más allá de la ventana de mi habitación.



—Eso es...

Mientras Livy vuelve a abrir la silla, mi padre me sostiene en brazos. Cuando me sienta en ella, se aleja sin siquiera mirarme. Yo tampoco lo hago. De hecho, no les miro a ninguno de los dos. Dirijo la mirada a un punto infinito alejado de sus miradas.

—Como todas las habitaciones están arriba, hemos pensado que sería mejor que durmieras aquí abajo. Por eso hemos convertido el despacho en un dormitorio para ti. He medido toda la planta baja, y puedes maniobrar fácilmente por toda ella con la silla de ruedas —dice ella.

Camina hacia el antiguo despacho, ahora mi improvisada habitación. Enciende la luz y abre la puerta. Se planta dentro, mirándome con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué te parece? ¿Eh? Cuando necesites ducharte, te ayudará tu padre. Y si necesitas ir al baño...

—Creo que podré solo... —susurro.

—Igualmente, he pensado que mañana podemos ir a comprar una de esas barras que se atornillan a la pared para que te puedas agarrar y...

—Estoy cansado...

—Sí, sí. Claro. Tienes que tomarte la medicación... Espera, que te la traigo y voy a por un vaso de agua... —Cuando está a punto de salir, se vuelve a dar la vuelta—. ¿Puedes desvestirte tú solo o...?

—Puedo solo —la corto, cerrando la puerta de un golpe.

Desvestirme me cuesta más de lo esperado, agotando las pocas fuerzas que me quedan. Así pues, decido que dormiré solo con un pantalón corto. Freno la silla y me levanto, apoyándome solo en el pie sano mientras mantengo la pierna enyesada en alto. Giro sobre mí mismo para tumbarme boca arriba en la cama. En el proceso, golpeo la silla con el yeso.

—¡Mierda! ¡Joder!

Entonces se abre la puerta y aparece mi padre con un vaso de agua en una mano y las pastillas en la otra. Las deja sobre la mesita de noche y, sin mediar palabra, se da la vuelta para irse.

—¿Te has olvidado de llamar a la puerta?! ¿Esto qué es?! ¿La puta cárcel?! ¿No tengo derecho a nada de intimidad?!



Mi padre se gira, me observa durante unos segundos y sonrío soltando aire por la nariz, justo antes de salir, cerrando la puerta a su espalda. Me meto las pastillas en boca, bebo un trago de agua y luego lanzo el vaso contra la pared, gritando para desfogarme.



Alguien llama a la puerta de mi habitación.

—¿Sí? —pregunto, con voz apagada.

—Chris, cariño, la comida está lista —dice Livy de forma prudente, desde el otro lado.

—No tengo hambre.

—Pero deberías comer algo...

—No.

—Pero...

—¡He dicho que no quiero!

No quiero gritarle, pero, simplemente, no puedo evitarlo. Entonces, mi padre entra sin llamar y se abalanza hacia mí. Agarra la silla de ruedas en la que estoy sentado y la empuja hacia fuera.

—¡¿Estás sordo?! —grito mientras intento frenar las ruedas con las manos —. ¡No tengo hambre!

—¡Aaron, por favor! ¡Le vas a hacer daño...!

Haciendo caso omiso, me coloca frente a uno de los platos. Cuando se separa un poco, muevo la silla para alejarme de nuevo, pero él la vuelve a acercar y, agarrándome con fuerza de la nuca, coge una cuchara e intentar meter comida en mi boca por la fuerza.

—¡Aaron, por favor! ¡Basta! —le pide Livy, entre lágrimas.

Yo me revuelvo con tanta violencia que, al final, una de las ruedas se encalla en la pata de la mesa y se tumba, haciéndome caer al suelo con tan mala suerte que golpeo mi pierna enyesada contra la madera.

—¡Chris! —grita Jimmy, agachándose a mi lado mientras Livy se tapa la boca con las manos y empieza a llorar.

—Por favor... —solloza—. Por favor...

Y entonces empiezo yo también a llorar. No sé por qué lo hago... Bueno, de hecho, sí sé por qué lo hago, solo que no puedo decidirme por un solo motivo.

—Dejadme solo... No tengo hambre... Estoy cansado... —les ruego.

Las lágrimas ruedan por mis mejillas mientras yo, agotado, me mantengo inmóvil en el suelo. Me encojo, totalmente abatido. Me siento frágil y débil, más que nunca. Entonces siento unas manos levantándome por las axilas. Es mi padre, que me sienta de nuevo en la silla y me lleva hacia la habitación.

—No comas, no intentes recuperarte, intenta matarte si eso es lo que quieres... Haz lo que te dé la gana, pero no vuelvas a gritarle a Livy, porque entonces te echaré de una patada de mi casa.

Justo cuando su mano agarra el pomo de la puerta para irse, le replico.

—Por fin sale a relucir todo el odio que me tienes. ¿Sabes una cosa? Nadie te obligó a recogerme. Podrías haberme dejado en ese orfanato y hubieras vivido feliz con tu perfecta familia.

—Podría, pero no lo hice —contesta sin darse la vuelta para mirarme, aún con la puerta cerrada.



Los párpados me pesan y tengo la boca pastosa. La habitación está en penumbra, iluminada tenuemente por las luces de las farolas de la calle. Muevo la cabeza a un lado y a otro, intentando averiguar qué hora es, aunque es complicado porque las pastillas me dejan adormilado todo el día. Los recuerdos de todos estos días son confusos y borrosos, convirtiendo mi vida en una especie

de nebulosa confusa.

Me incorporo lentamente, con mucho esfuerzo, apoyando la espalda contra el cabecero de la cama.

—Pero tenéis que mirar por vosotros, mamá...

Agudizo el oído al escuchar a lo lejos la voz de Lexy.

—Ya lo hago —responde Livy.

—No. No lo haces.

—No puedo hacerle eso. No es un animal.

—Yo le adoro, y lo sabes, pero me preocupo por vosotros y vuestra seguridad. No es tratarle como un animal. En realidad, le estáis haciendo un favor también.

—¿Un favor? ¿Atándole?

—Ves solo la parte negativa. Si le atáis, estaréis protegidos de él, tanto vosotros como él de sí mismo.

Se escucha un silencio, momento que aprovecho para tragar saliva e intentar así deshacerme del enorme nudo que me impide respirar con normalidad.

No me puedo creer que estén hablando de atarme para impedir que les haga daño. No puedo creer que Lexy crea que sería capaz de hacerles daño. Yo nunca se lo haría...

—¿Tú qué opinas, Aaron?

Aguanto la respiración, esperando su respuesta. Es cierto que últimamente nuestra relación no está pasando por su mejor momento. Me aventuraría a decir que es peor que cuando nos conocimos, pero es mi padre...

—Estoy de acuerdo contigo.

No puedo creerlo...

—No puedo creer que digas eso... —dice Livy, intentando no levantar la voz.

—Livy, ese de ahí dentro no es el Chris que tú recuerdas y defiendes — prosigue él, mientras mi pecho sube y baja cada vez más rápido, al ritmo de mi errática respiración—. Es un adicto que haría cualquier cosa por tomar su dosis, y nosotros se la estamos negando.

Agarro con fuerza las sábanas, arrugándola entre mis dedos. Empiezo a sudar de forma incontrolada, cabreado porque piensen que soy ese ser despreciable.

—Pero es nuestro hijo, Aaron...

Y entonces, esas palabras me bloquean. Más que las palabras, que sea ella quién las pronuncie, que sea ella la que se las crea, mientras mi padre me ve como un drogadicto sin escrúpulos.

—¡Ese no es mi hijo! —grita entonces él, fuera de control—. ¡Y créeme, tampoco el tuyo!

Me pongo en pie y, a la pata coja, voy dando saltos hasta la puerta, la cual abro de golpe.

—Chris. —Livy se acerca a mí rápidamente, agarrándome de los brazos para ayudarme a mantener el equilibrio y poniendo una mano sobre mi frente—. Por el amor de Dios... Estás hirviendo...

—¿¿Cómo puedes...?! —grito, apartando a Livy, señalando a mi padre y luego a Lexy—. ¿¿Cómo podéis creer que yo...?!

No consigo acabar las frases. Se me traba la lengua porque mi cabeza va mucho más rápida que mi boca.

—Chris, vuelve a la cama... Das pena...

—¡No me digas lo que tengo que hacer! ¡Tú mismo lo has dicho! ¡No soy tu hijo!

Mi padre se acerca y me agarra sin miramientos. Tira de mí, conduciéndome de nuevo hacia la habitación. Me remuevo y consigo soltarme.

—Chris, por favor... —Se frota la sien con los dedos—. Estoy agotado y es evidente que no estás bien. Vuelve a la cama y...

Y entonces, cansado de consejos, de miradas por encima del hombro, de desprecios, de que mi propia familia me crea peligroso, de la mierda de vida que llevo, y de todo, armo el puño y le pego con todas mis fuerzas. Golpeo su mentón y parte de su mejilla, girándole la cara. Del impulso caigo al suelo, mientras él se toca el punto exacto donde mi puño se estrelló. Livy se precipita sobre mí, preocupada, acogiéndome entre sus brazos.

—Dios mío, Chris... ¿Estás bien?

No le respondo, me limito a seguir respirando. Con la mandíbula desencajada, los ojos fuera de las órbitas y la respiración errática por culpa del esfuerzo, miro desafiante a mi padre. Lexy también le mira.

—¿Aaron...? —empieza a decir Livy, pero se queda a media frase. Él se limita a darse la vuelta, aún con la misma expresión impasible en el rostro. Solo cuando el ruido de la puerta al cerrarse resuena por toda la casa, se atreve a acabarla—. Lo siento... No pretendía...

Me vuelven a pesar los párpados. Siento como si cayera en un abismo. Me aferro a la camiseta de Livy, como si solo ella pudiera salvarme.

—Lexy, acércame un vaso de agua y una pastilla de la caja que hay al lado del microondas.

Mientras ella le obedece, Livy me susurra palabras tranquilizadoras, meciéndome con cariño entre sus brazos.



—Max... Lo... necesito... —susurro.

—No puedo. No voy a hacerlo.

—Pero... Tienes acceso a algunos medicamentos... Por favor... Te lo ruego...

Max, antes de contestarme, echa un rápido vistazo hacia la puerta de mi

dormitorio provisional, de mi cárcel, justo antes de acercarse a mí para hablarme en voz baja.

—No puedo. No quiero hacerlo, Chris. No quiero hacerte eso. Y sé que me odiarás por mi negativa, pero espero que a la larga sepas ver que es por tu bien...

Agarro su camiseta y la retuerzo entre mis dedos.

—¡Joder, Max...! —le imploro llorando.

Ya no tengo fuerzas. Prácticamente no como, no salgo de la habitación, ni siquiera me acerco a la ventana. Me estoy consumiendo, y la medicación que me obligan a tomar me deja aturdido.

—Chris... No puedo...

—Dijiste que me ayudarías —sollozo.

—Y quiero hacerlo. Lo estoy haciendo. Esta es mi manera de ayudarte: no facilitándote las drogas que me pides... Por muy legales que sean con una receta. Los medicamentos que te da mamá son los que te salvarán la vida, Chris. No los que pretendes que te recete.

Quiero pegarle, pero no tengo fuerzas para hacerlo. Ya no soy capaz de enfrentarme a nadie. Y son ellos los que me quieren ver así... Por eso me mantienen en este estado de letargo continuo. Mi padre quiere que esté así. Él quiere verme sufrir. Y lo está consiguiendo...



Las peleas entre mi padre y Livy son cada vez más frecuentes. Los gritos son constantes y su relación se está resintiendo. Ella, incomprensiblemente, parece estar de mi lado, mientras que él está cansado de cuidar de alguien que, según él, no quiere curarse.

No le culpo. Desde que me trajeron aquí hace ya un par de semanas, me he convertido en una pesadilla. Ella es la única que sigue confiando en mi recuperación, en contra de todos los demás, incluyéndome a mí mismo.

Odio que me retengan aquí. Odio que no me permitan irme a mi

apartamento. Odio que hagan guardia para no dejarme solo. Odio que se crean que no puedo cuidarme solo. Odio que me obliguen a comer. Odio que piensen que saben cómo curarme. Odio que quieran curarme cuando ni yo mismo quiero hacerlo.

Livy viene cada noche y se sienta a mi lado. Me habla con dulzura, pidiéndome que haga un esfuerzo, que ponga de mi parte para salir de esto. Al principio le gritaba que me dejara solo. Luego, cuando vi que no desistía en su empeño, simplemente la ignoraba. Con el transcurrir de los días, me fui abriendo a ella, hablándole para rogarle que me deje ir. Ella sigue negándose en redondo, y yo insistiendo que mi vida no tiene sentido.

—¡No pienso dejarle solo! —grita ella.

—¡No quiere que le ayudemos, Liv!

—¡Me da igual! ¡No me rendiré! ¡Y tú tampoco deberías hacerlo! ¡No lo puedo entender! ¡No te entiendo, Aaron!

—¡Nos está haciendo daño, Liv! ¡Te estoy perdiendo por su culpa!

Ayudado por unas muletas, he ido hasta el baño de la planta baja. Me ha costado lo mío llegar, porque me siento muy débil, demasiado como para cargar con el peso de mi propio cuerpo, a pesar de que he adelgazado algunos kilos, ya que sigo sin comer prácticamente nada.

Una vez dentro, cierro la puerta con cuidado y dejo las muletas a un lado, apoyándome en el lavamanos. Cuando levanto la cabeza y veo mi reflejo en el espejo, tengo que hacer un esfuerzo para no perder el equilibrio por culpa de la impresión. Parezco un cadáver, delgado, blanco, con los pómulos muy marcados, los ojos rojos y unas enormes ojeras de color morado bajo los ojos.

—¡No! ¡Le estamos perdiendo a él, Aaron! ¡Y me niego! ¡¿No te das cuenta?! ¡Ya le perdiste hace unos años y lo mejor que has hecho en esta vida fue recuperarle! ¡Él es lo mejor que tienes en la vida!

Me agarro con fuerza del lavamanos mientras les escucho discutir. Intento retener las lágrimas, pero me resulta imposible. Aprieto la mandíbula hasta escuchar mis dientes rechinar. Entonces, preso de un arrebato de ira incontrolada, golpeo el espejo con el puño. Enseguida, la sangre resbala por mis

dedos, manchando el mueble. Me quedo quieto un rato, intentando adivinar si mi padre o Livy han escuchado algo entre tanto grito, pero ellos siguen a lo suyo.

Y entonces, alguien llama al timbre.

—¡Voy! —escucho gritar a Aaron, seguido de unas pisadas bajando las escaleras.

Yo me mantengo muy quieto, respirando profundamente, hasta que escucho el ruido de la puerta y de nuevo la voz de mi padre.

—Hola, Aaron.

Reconozco esa voz al instante, básicamente porque la escucho cada noche en mis sueños.

—¿Qué haces aquí...? —le pregunta mi padre, al tiempo que escucho los pasos de Livy, bajando las escaleras.

—Necesito... hablar con vosotros...

No me molesto en coger las muletas, así que, a la pata coja, a pesar de mi tétrico aspecto y del chorro de sangre que gotea de mi mano, abro la puerta del baño y salgo.

—Jill...

Al instante, tres pares de ojos se clavan en mí. Desde el momento en el que nuestras miradas se encuentran, se paraliza el tiempo. Está tan preciosa como siempre, tan... normal, tan... sencilla, tan... ella.

Sigo acercándome, apoyándome en la mesa y en alguna silla, hasta que ella parece reaccionar y, con los ojos abiertos como platos, con expresión aterrorizada, se da media vuelta y huye corriendo.

—¡Jill! ¡Jill, por favor!

Intento seguirla y llego hasta las escaleras que bajan a la calle. Tropiezo y caigo de bruces sobre la acera mientras la veo alejarse.



—¡Por favor...! —susurro entre sollozos, totalmente derrotado, estirando el brazo en su dirección—. No me dejes...

Entonces siento unos brazos que me levantan y me llevan hasta el interior de casa. Sé que es mi padre y que me va llevar en dirección contraria a donde yo quiero ir, pero no opongo resistencia, no tengo fuerzas para hacerlo. Me sienta en el sofá y se agacha frente a mí. Me coge la cara entre sus fuertes manos y me obliga a mirarle a la cara.

—No salgas de esta mierda por mí, ni por Livy, ni por tus hermanos. ¿Quieres recuperarla? Pues hazlo por ella.

## CAPÍTULO 10

### *Y así fue como, cuando todo acabó, conocí la soledad*

Sé que nadie me sigue. Sé que ya estoy lo suficientemente lejos. Sé que es inútil tanto esfuerzo, pero, simplemente, no puedo parar de correr. Necesito alejarme de esa imagen, de esa caricatura de Chris, ese reflejo extraño de aquel tipo del que me enamoré perdidamente y del que creía seguir enamorada.

No esperaba verle allí, y reconozco que eso me ha sorprendido, pero lo peor ha sido su terrible aspecto. Por eso precisamente salí corriendo. No quería huir de él, sino del resultado de una vida llena de excesos, rodeado de gente inapropiada e interesada. Se veía venir y, aunque una parte de mí lo negaba, era algo que temía que pasara. Ese fue uno de los motivos de mi anterior huida. Por eso empaqueté mi vida en una simple maleta y compré un billete hacia mi nueva vida. Y no fue fácil.

*Cassey llora y yo intento calmarla. La mezo en mis brazos, de pie en mitad del pasillo del avión, bajo la mirada reprobatoria de muchos extraños.*

*—Shhhh... Tranquila... Todo va a salir bien...*

*No sé si intento tranquilizarla a ella o repito esas palabras en voz alta para creérmelas yo misma.*

*—Señora, debería sentarse... —me pide una azafata.*

*En cuanto la obedezco, Cassey empieza a berrear con más fuerza. Oigo gente resoplar, hartos de los llantos de mi hija. Debo parecerles una madre horrible, incapaz de calmar a su propia hija. Y puede que tengan razón, porque, ¿qué madre, en su sano juicio, alejaría a su hija de su padre y de su familia para vivir huyendo?*

La misma que ahora está convencida en negarle a su hija que conozca a su padre. No puedo permitir que vea en lo que se ha convertido. No sé aún qué le diré... No puedo contarle la verdad, tampoco echarle la culpa a Aaron y Livy, así que supongo que lo más fácil será contarle que he cambiado de opinión.

Cuando llego a mi edificio, aún estoy dándole vueltas a la versión que le contaré. Sé qué será lo primero que me preguntará en cuanto entre por la puerta, como cada noche, desde aquella en la que decidí contarle la verdad.

—¿Le has encontrado?

Esta vez tengo varias respuestas posibles, todas ellas con más parte de mentira que de verdad. Que no le he buscado, que sus padres no saben nada de él, que no quieren decirme dónde está, que he conseguido ponerme en contacto con él pero no quiere verla. Ninguna de ellas me parece justa, así como tampoco me lo parece la verdad.

—¿A dónde la llevo, señora? —me pregunta el taxista. *Le observo fijamente, sin saber qué responder—. ¿Está usted bien?*

—No lo sé... —contesto, encogiéndome de hombros.

—¿Tiene a dónde ir? —me pregunta, pasados unos segundos.

—No...

—De acuerdo... ¿Tiene algo de dinero para pagarse una habitación...?

*Asiento y él, sin hacer más preguntas, pone en marcha el motor y se adentra en el tráfico. No me habla en todo el trayecto, cosa que agradezco, porque no tengo que justificarme. Me limito a mirar por la ventana mientras se pone el sol.*

*Cuarenta y cinco minutos después, el taxi se detiene frente a un pequeño motel de carretera.*

—Esto es *Pembroke Pines*. Es acogedor y no hacen demasiadas preguntas. Y ese de allí es el motel que regenta una prima mía, *María*. Dígale que viene de mi parte. Soy *Manuel*.

*Miro hacia donde señala, el típico motel de carretera, bastante modesto. Es de esas construcciones bajas, con solo un piso de altura y muchas puertas de color verde. Un cartel de neón informa que hay habitaciones libres.*

—Ella tampoco hace preguntas, y puede conseguirle un empleo.

—Gracias... ¿Cuánto le debo? —le pregunto, metiendo la mano en el bolsillo del pantalón vaquero.

—Nada. Guárdese para algo realmente necesario.

—Pero...

—Considérelo un acto egoísta por mi parte. Ya sabe, para ganar puntos con el jefe —dice, señalando hacia arriba.

Salgo del taxi y camino con algo de miedo hacia la recepción del motel, con Cassey durmiendo en la mochila portabebés y arrastrando la maleta. Cuando entro, una campanilla sobre la puerta alerta de mi llegada. Poco después, aparece una mujer robusta con claros rasgos hispanos, un cigarrillo entre los labios y una revista del corazón en una mano.

—Hola —me saluda.

—Hola... Manuel me dijo que... usted podría ayudarme.

—¿Mi primo? Espero que seas más de fiar que él... ¿Buscas una habitación, cariño?

—Sí... ¿Tiene... alguna... libre...?

—Claro que sí. ¿Por cuánto tiempo?

—Eh... —Dudo durante unos segundos, hasta que saco todo el dinero de mi bolsillo y lo pongo sobre el mostrador—. ¿Para cuánto tiempo me da con esto?

Entonces caigo en la cuenta de que necesitaré dinero para comprar comida, así que cojo un billete de cincuenta dólares.

María mira los billetes sobre su mostrador, luego me mira a mí y acto seguido a Cassey. Se quita el cigarro de la boca y lo apaga en un cenicero.

—Eso no te dará para mucho tiempo.

—Manuel me dijo que podría conseguirme un empleo...

María me mira de arriba abajo. Sé que puede que esté valorando si confiar

*en mí o no. Mi aspecto no debe hablar demasiado bien de mí, así que, en un último intento por hacer lo que sea para que esta mujer se apiade de mí, me peino algunos mechones de pelo detrás de las orejas.*

*—¿Sabes cocinar?*

*—Eh... No mucho... Pero puedo aprender.*

*—¿Sabes limpiar?*

*—Sí... Sí. Seguro que sí. Por supuesto. —María vuelve a mirarme de arriba abajo. Se lo está pensando demasiado, así que, ante la perspectiva de perder mi única posibilidad de ingresos, decido arriesgarme—. Puedo hacerlo. Sé que puedo. Y... sé servir cafés... Y poner cervezas... Y... refrescos...*

*—No tengo ninguna cuna —dice, señalando a Cassey con un movimiento de cabeza.*

*—No pasa nada. Puede dormir en la cama conmigo.*

*De nuevo la misma mirada, hasta que, por fin...*

*—Vamos a hacer una cosa. Te guardas ese dinero para tu hija y yo te doy alojamiento y comida para las dos a cambio de que trabajes para mí. Seis días a la semana, ocho horas al día. Necesito a alguien en la cafetería y que limpie cuando mi espalda me trate mal.*

*—Perfecto.*

*—Otra cosa. Mi corazón me pide que te ayude, pero mi cabeza no para de advertirme que huyes de algo gordo... Así que, si lo que sea de lo que huyes viene a buscarte, no quiero problemas.*

Subo las escaleras hasta mi apartamento, lentamente, con pesadez. Respiro profundamente antes de abrir la puerta, e intento recomponer mi expresión para que Cassey no note nada.

*—¡Hola, mamá! —me saluda desde la cocina—. ¿Tienes hambre? He hecho crema de verduras...*

Le sonrío mientras me acerco para darle un beso en la mejilla. Rápidamente, le doy la espalda y me dirijo al perchero, donde cuelgo el bolso y la rebeca que llevaba puesta.

—¿Cómo ha ido el día? —le pregunto, sentándome a la mesa, aun desviando la mirada.

—Bien, bien... Largo... He entregado el trabajo de filosofía. Creo que es de diez, pero el profesor Hoffston es un ogro, así que nunca se sabe.

Sonrío, asintiendo, centrando mi mirada en el plato frente a mí, temiendo la pregunta que sé que tarde o temprano me hará.

—¿Y el tuyo?

—Bien... Largo también. Hemos tenido mucho trabajo en la cafetería...

Ella me escucha atentamente, pero en el fondo sé que su cabeza está lejos de aquí. Sé que está deseando preguntármelo, por eso yo hablo sin parar, casi sin respirar.

—¿Has podido hablar con ellos? —me corta de repente.

—Eh...

Muevo la cabeza, primero negando, luego asintiendo para, finalmente, volver a centrar mi atención en el plato.

—¿Mamá...?

—No...

—¿No estaban en casa? —me corta. Busca mi mirada de forma insistente, haciendo patente que no se va a dar por vencida fácilmente.

—Es que... He pensado que... Creo que...

—¿Crees que...?

—No quiero que le veas —susurro.

—Espera... ¿qué? —se le escapa la risa, aunque enseguida tuerce el gesto—. ¿Cómo que no quieres que le vea?

—Lo que oyes —repito, a la vez que me pongo en pie con el plato en la mano para recogerlo, a pesar de que sigue intacto.

—¡Pero me lo prometiste! —grita, totalmente fuera de sí.

—Yo no te prometí nada.

Intento sonar lo más tranquila posible para que mis argumentos parezcan razonables.

—¡Pero...! ¡Yo quiero verle! ¡Y tendrías que preguntarle a él si quiere! ¡Tú no tienes nada que ver en esto!

—¿Ah no? ¿En serio? ¿Por qué va a tener que ver más en esto alguien que no se ha preocupado por ti nunca, a la persona que te ha cuidado desde el mismo instante que naciste?

—¡Porque a lo mejor él ahora sí me quiere! ¡Y yo quiero conocerle!

—Tú quieres conocerle porque te piensas que podrás fardar de él delante de tus amigas... —Y ahí me muerdo la lengua, cuando en realidad me gustaría decirle que, en el estado que está, despierta más miedo que admiración.

—¡Es mi padre y no me lo puedes prohibir!

—Y yo tu madre, y tú menor de edad a mi cargo. Y tienes que obedecerme. Y si digo que no, es no. Y...

—¡Te odio! —grita, dándose la vuelta y corriendo hacia su habitación.

—Cassey, espera. ¡Cassey! ¡Cassey...!

Pero el ruido de la puerta me hace callar de golpe.

—*Queremos dos cafés solos, un café con leche desnatada y sacarina, un plato de huevos revueltos con jamón, dos tostadas con mantequilla, un gofre con sirope de arce y un sándwich de queso gratinado.*

*Intento apuntarlo todo a toda prisa. La cafetería está bastante llena y soy la única camarera, mientras que María está sola en la cocina. No sé cómo se lo montaba hasta ahora, haciéndolo todo. Para colmo, escucho a Cassey llorar al otro lado de la barra. Hace un rato que debería haberle dado de comer, pero no he podido parar.*

*Nerviosa, camino hacia la cocina recitando el pedido, intentando recordar lo que no he podido apuntar. Podría haberles preguntado, pero temo que María se dé cuenta de que sobrevaloré mis habilidades como camarera y me despida.*

*Antes de cantar el pedido, resoplo con fuerza y cierro los ojos, recitándolo todo en voz baja. Cuando los abro, me encuentro a María mirándome con los ojos entornados.*

*—Eh... Dos cafés solos...*

*—¿Los tengo que preparar yo o...?*

*—No, no. Perdona. Eh... Dos tortillas... No, una. No, tortilla no. Huevos revueltos. Con jamón.*

*—Jill...*

*—Lo siento... —digo, agachando la cabeza, mirando de reojo a Cassey, que sigue llorando.*

*—¿De quién es esa comanda?*

*—De esa mesa de ahí... —señalo con el dedo, derrotada.*

*—Ve a dar de comer a Cassey. Ya me ocupo yo.*

*—Lo siento...*

*—Tu hija es lo primero —me corta, perdiéndose hacia la zona de las mesas.*

*Y le hice caso, y cogí en brazos a Cassey, que se calmó casi al instante. Sus deditos aferraban mi camiseta con fuerza, como si hubiera temido perderme. La mecí en mis brazos, saliendo de la cafetería, camino de nuestra habitación, dónde calenté un potito y se lo di.*



Recuerdo que mientras le daba de comer, miré alrededor. Estaba en una habitación extraña, algo que nunca en la vida podría considerar un hogar, acompañada de gente desconocida, así que me fue imposible retener las lágrimas.

Y así fue como, cuando todo acabó, conocí la soledad.



Sostengo en la mano una foto enmarcada, una que tomó mi padre hace como dos años, cuando aún era una niña, mi niña. Ahora echo la vista atrás y me arrepiento de todas esas veces que, agotada, me quejé por tener que hacerlo todo, por ejercer de padre y madre a la vez, por serlo todo para ella. Ahora, ante la posibilidad de perderla por alguien más... “guay” que yo, quiero seguir siéndolo todo.

—Cariño... —la llamo, picando a su puerta con suavidad—. Cassey, cielo...

Al no recibir respuesta, giro el picaporte lentamente y asomo la cabeza. La habitación está en penumbra y ella está estirada en la cama, aún vestida. Me acerco con sigilo y me doy cuenta de que se ha quedado dormida con los auriculares en las orejas. Se los quito lentamente y me acerco uno para escuchar la voz de Chris.

Agotada, lo dejo todo sobre la mesita de noche y la arropo con la colcha. Me siento en la cama, a su lado, y le peino algunos mechones de pelo con cariño.

*—Gracias, María —digo, cogiéndola de ambas manos para abrazarla con fuerza pocos segundos después—. Sin ti, nada de esto habría sido posible. Cuando llegué aquí, estaba tan perdida... No imaginé que podría tener mi propio hogar. Esto es... alucinante.*

*—Qué va... Eres capaz de muchas más cosas de las que te piensas...*

*—¡Mamá! ¡¿Has visto lo grande que es mi habitación?! —grita Cassey a lo lejos, haciéndonos reír a ambas.*

*Cuando nos acercamos a su cuarto, la encontramos contando los pasos que hay de una pared a otra.*

—Aquí hay, por lo menos, veinte pasos —dice, realmente ilusionada—. Aquí sí podré invitar a mis amigas, ¿verdad?

—Por supuesto que sí.

—Y podré hacer una fiesta de pijamas.

—Vale.

—¿Vendrás a visitarnos, María?

—Pues claro que sí. No te vas a librar de mí tan fácilmente. Ya sabes lo que dicen, “mala hierba...”

—“...nunca muere” —concluye Cassey en español, sonriendo de oreja a oreja, justo antes de volver a centrarse en mí—. Mamá, acuérdate de darle la nueva dirección a papá. Por si algún día le apetece verme...

Fuerzo la sonrisa, apretando con fuerza los labios. Entonces me acerco a la cama y me siento en ella. Alargo el brazo hacia ella. Cassey me coge de la mano y entonces la acerco a mí y la siento en mi regazo. Miro a María, que nos observa desde el quicio de la puerta

—¿Qué pasa, mamá? —me pregunta al ver mi expresión, de repente ensombrecida—. ¿No estás contenta con la casa nueva?

—Mucho, cariño. Pero hay algo que tengo que explicarte... —Ella arruga la frente y me mira fijamente—. Tu papá no va a venir a verte...

—¿No? ¿Por qué no? ¿Está enfadado conmigo?

—No. Está enfadado conmigo porque me fui y te llevé conmigo.

—Pero... Él... Puede que nos esté buscando...

—No sé si lo ha hecho, cariño. Pero me fui porque me hizo daño y no quiero que te lo haga a ti. ¿Lo entiendes? Cuando seas mayor, si quieres, le buscaremos juntas para que le veas. Pero cuando seas más mayor, cuando puedas entender y decidirlo por ti misma.

*Cassey me mira durante unos segundos más, hasta que agacha la vista. Entonces, algunas lágrimas caen en mis manos, y me apresuro a coger su pequeña carita y limpiar sus mejillas.*

*—Lo siento mucho, cariño... Yo no quería que esto fuera así...*

*—No te preocupes —dice, sorbiendo por la nariz un par de veces—. Me parece que ya lo tengo decidido. Si te hizo daño, no quiero verle.*

*Beso su frente y la aprieto contra mí, apoyando la frente en su cabeza mientras la mezo.*

*—Lo siento mucho, cariño... —susurro, ya de vuelta al presente, justo antes de darle un beso en la mejilla y salir de su cuarto.*



*—¡Cassey...! ¡El desayuno está listo, cariño...! —grito desde la cocina.*

Reconozco que tengo el corazón encogido, expectante por ver cómo se comportará hoy conmigo. He estado tentada de ir a verla a su habitación cuando he oído su despertador, pero luego he escuchado la puerta del baño cerrarse y el agua correr.

*—¡¿Cassey...?!*

No pretendo que entienda mi postura tajante, menos aun cuando le he dado tan pocas explicaciones. Ese “porque yo lo digo” nunca me sirvió a mí con mis padres, así que comprendo que no le sirva a ella tampoco.

*—Cassey, cielo... —empiezo a decir, saliendo de la cocina, cuando me la encuentro de frente. Su expresión es seria y cruda, a pesar de su cara angelical, sus ojos claros y su tez pálida—. El desayuno está...*

*—Quiero verle —me corta. A pesar de haberla escuchado, sigo caminando, dándole la espalda—. Dame la dirección de casa de sus padres para ir a preguntarles yo misma.*

*—Vas a llegar tarde y...*

—¡Mamá, joder! ¡¿Me quieres escuchar de una puta vez?!

—¡Cassey! ¡Ese lenguaje no está permitido en esta casa!

—¡Creía que tampoco las mentiras, pero parece que llevas mucho tiempo saltándote ese trato! ¡Así que repito: quiero verle!

—¡A mí no me vengas con exigencias, porque soy tu madre y harás lo que yo te diga!

—¡Jodeeeeeer! —grita, apretando los puños mientras se pierde por el pasillo.

Debemos estar despertando a todos los vecinos, pienso avergonzada. Además, esta trifulca no tiene pinta de acabar en un espacio corto de tiempo, ya que ninguna de las dos estamos dispuestas a claudicar.

En ese momento, Cassey vuelve a plantarse frente a mí, esta vez, con algo en la mano.

—Cuando era pequeña, me dijiste que te hizo daño, y que por eso huiste. ¿En eso también me mentiste?

—¿Qué? —le pregunto, realmente confundida.

—¡¿Me mentiste?!

—¡No! ¡Te conté la verdad!

—¡¿En serio?! ¡Y si tanto daño te hizo, ¿por qué conservas esta foto?! — dice, de repente enseñándome lo que llevaba en la mano, la foto que he guardado como un tesoro durante todos estos años, a pesar de todo lo que pasó—. ¡Si le odias tanto como para no dejar que nos veamos, ¿para qué la tienes?!

—Porque... —Niego con la cabeza, sin saber qué responder, pero entonces, Cassey agarra la foto con ambas manos y la rompe por la mitad—. ¡No! ¡Cassey, no!

Vuelve a romperla de nuevo, al tiempo que me precipito sobre ella y, sin pensarlo bien, le doy un sonoro tortazo que le gira la cara.

Me mira sorprendida y furiosa, reteniendo las lágrimas. Sorprendentemente, es la misma expresión que yo tengo. Nos observamos durante unos segundos, hasta que ella deja caer los trozos de la foto y se aleja caminando de espaldas, sin dejar de mirarme.

El portazo retumba en todo el apartamento, pero no corro tras ella. Me limito a dejarme caer de rodillas y recoger los pedazos de foto, uno a uno, con sumo cuidado, como si estuviera recomponiendo mi pasado.

## CAPÍTULO 11

*Y así fue como, cuando todo acabó, empecé a desafinar*

Tengo frío a pesar de estar sudando. Mi cuerpo tiembla mientras las gotas de sudor lo cubren por completo. El problema es que, en cuanto me destapo, empiezo a tiritar de nuevo, así que me cubro con todas las mantas que tengo a mi alcance.

Escucho las voces de mi padre y de Livy retumbar en mi cabeza, como si estuvieran gritándome en la oreja, a pesar de estar solo en la habitación.

Me remuevo incómodo, con todo el cuerpo dolorido. Las fracturas han ido sanando poco a poco, pero el dolor persiste, como si no quisiera marcharse, como si quisiera ser un recordatorio de mis errores.

Respiro de forma errática, y mi pecho sube y baja como si acabara de correr una maratón. Con manos temblorosas, hundo mis dedos en mi pelo y tiro de él, desesperado. Luego los deslizo por mi cara, como asegurándome de que sigo siendo yo. Toco mis labios, cortados y secos. Trago saliva y entonces me doy cuenta de que estoy sediento.

Con gesto torpe, me destapo e intento ponerme en pie. Me apoyo en la pared mientras intento ver si soy capaz de abrir los ojos. Cuando creo estar preparado, los abro y todo empieza a dar vueltas a mi alrededor. Empiezo a sentir náuseas, provocadas seguro por el mareo incontrolable, así que me precipito al baño. Y como lo hago con los ojos cerrados, no tardo en golpearme contra el marco de la puerta, cayendo al suelo boca arriba. Incapaz de controlarme, vomito, tragándomelo al no tener fuerzas para moverme, ahogándome.

Afortunadamente, la puerta se abre de golpe y Aaron aparece por ella, seguido de cerca por Livy. Él me agarra y me voltea, ayudándome a echarlo todo fuera.

—Eso es... Vamos, Chris... Respira, por favor... —me pide.

—Vamos, cariño. Estamos aquí, ¿vale? No estás solo, mi vida... —llora

Livy, muy asustada.

Toso con fuerza, tanta, que mi cuerpo entero convulsiona. Aaron me sostiene con fuerza, aún de lado, hasta que se asegura de que dejo de vomitar.

—Vale... Eso es normal... Tranquilo...

—No pasa nada, Chris...

Escuchando sus voces consigo tranquilizarme. Las escucho amortiguadas y cuando intento abrir los ojos, la imagen que veo está borrosa.

—Quédate conmigo, Chris.

—Aaron, ¿qué le pasa?

—Se desmaya...

—¡Haz algo, por favor!

Siento cómo me elevo del suelo y me llevan en volandas, con los brazos y las piernas inertes. Y entonces, de repente, estoy empapado.

—Mírame, Chris. Sigue conmigo. Mírame, por favor. —Alguien me toca la cara y me acuna entre sus brazos—. Chris, soy papá. Vamos. Vamos, por favor...

Abro los ojos lentamente, solo por unos segundos, al sentir el calor de los fuertes brazos de mi padre.

—Eso es... Eh... Hola... —Le miro, parpadeando, muy serio. Pero él sonrío—. Estamos aquí... No te vamos a dejar...

Intento mirar alrededor, confundido. Descubro que estoy dentro de la ducha, sentado en el suelo entre los brazos de mi padre, mientras el agua nos empapa a ambos. Livy está de rodillas frente a los dos, con gesto preocupado y la cara empapada por las lágrimas. Alrededor nuestro, todo es caos. Hay restos de vómito en el suelo de la habitación y parte del baño.

Livy cierra el grifo y coge una enorme toalla con la que nos cubre a ambos.

—Lo siento... —balbuceo con esfuerzo—. Lo siento mucho...

—Shhhh...

Mi padre me abraza con fuerza, frotando mis brazos para que entre en calor. De forma inconsciente, como si fuera un crío, acurruco la cabeza en su hombro. Él se da cuenta de ello y acerca los labios a mi frente, donde los mantiene durante un buen rato, siempre bajo la atenta mirada de Livy.

—Todo va a ir bien... —dice ella—. No tengas miedo, porque tú puedes con esto y con más. Y si te cansas de luchar, estaremos ahí para ti. Nos da igual la edad que tengáis. Para tu padre y para mí, siempre seréis nuestros chicos. ¿Me crees?

Asiento lentamente, tragando saliva mientras algunas lágrimas se me escapan.

—¿Sabes cuánto te queremos? ¿Lo sabes? —Vuelvo a asentir mientras se me cierran los ojos.

—¿Estás cansado? —me pregunta mi padre—. Está bien, pero vas a tener que intentar ir hasta la cama por tu propio pie, porque mi espalda no va a aguantar tu peso mucho más... Que tu viejo tiene sus achaques...

Sonrío agotado, respirando profundamente mientras me dejo levantar. Agarrándome del lavamanos y del toallero, consigo mantener la verticalidad.

—Espera que te busco ropa seca —dice Livy.

En cuanto se la tiende a Aaron para que me ayude a cambiarme, me da un beso en la mejilla y me abraza.

—Te quiero, Livy —susurro, casi dormido.

—Lo sé.



Abro los ojos y, por primera vez en muchos días, no siento náuseas ni mareos. Me incorporo lentamente, apoyando la espalda en el cabecero de la cama.



—No tardaremos, cariño.

—Id tranquilos, mamá. Yo me ocupo. Tomaros un tiempo para vosotros...

—La pastilla está en la cocina. Y mira a ver si quiere comer algo...

—Que sí... Por favor... Idos tranquilos.

Escucho la puerta principal cerrarse y poco después la música de The Strokes, uno de los grupos favoritos de Lexy. La escucho cantar mientras trastea por la cocina, seguramente, preparándose algo de comer.

Salgo de la cama y me pongo en pie. Después de unos segundos en los que la vista se me nubla y tengo que hacer un esfuerzo por no volver a acostarme, arrastro los pies hasta la puerta y salgo.

—Eh... —me saluda con esa simple palabra, acercándose a mí.

Nunca hemos necesitado decirnos nada más para entendernos, desde el mismo instante en el que decidimos enterrar el hacha de guerra y aprovechar la oportunidad que la relación de nuestros padres nos ofreció.

—Sigue cantando. No te cortes...

Me abraza con suavidad durante largo rato, y yo cierro los ojos, disfrutando de la calidez.

—¿Cómo estás? —me pregunta cuando se separa de mí, acariciando mi cara con suavidad.

—Mejor... —susurro después de carraspear para aclararme la voz—. Me siento débil, pero he sido capaz de abrir los ojos sin vomitar, y eso es todo un logro.

—Eso es bueno... Me han dicho que tienes que tomarte esta pastilla —me dice, tendiéndomela junto un vaso de agua.

—Así que te ha tocado ser mi carcelera... —comento mientras me la tomo.

Ella me mira ladeando la cabeza, aunque no lo niega. Sé que todos hacen

turnos para no dejarme solo, aunque intentan disimularlo. Supongo que no se fían de que no haga ninguna tontería.

—Y no tengo hambre, para cuando tengas que pasar el parte a la jefa...

—Está bien... Y que conste que me voy a ahorrar los sermones porque ya sabes lo que te diría mamá. —Asiento levemente, apretando los labios, encogiendo los hombros a la vez—. Estás en los huesos, y no me mola nada que estés más delgado que yo.

—¿Cómo están Jared y Freddy?

—Bien... A uno le veo menos de lo que me gustaría y al otro más de lo necesario. Jared se pasa el día trabajando y Freddy, cuando no está en el colegio, reclama mi atención a todas horas... Y es agotador. ¿Me convierte eso en una mala madre?

—Creo que no soy la persona más indicada a la que pedir consejo.

—Tú preguntaste.

—Por cortesía más que por interés —aclaro—, aunque el enano me cae bien.

—Jared es un buen tipo.

—Si tú lo dices...

—¡Oye...! —se queja, dándome un manotazo en el brazo—. Pensaba que habías superado esa fase. Ahora me dirás que nadie será lo suficientemente bueno para mí...

—No es eso. De hecho, compadezco al pobre infeliz que te aguante las veinticuatro horas del día. Es solo... que no le trago.

—Gracias por tu sinceridad, idiota.

—De nada.

Nos miramos sonriendo, agachando la cabeza.

—Te echaba de menos.

—Y yo a ti —le confieso.

Desvió la mirada hacia las ventanas del salón, por las que entra mucha luz. Entorno los ojos, casi cerrándolos, acercándome para sentir el calor. Aparto un poco la fina cortina de gasa blanca y observo el escaso ajetreo de la calle.

—¿Quieres un zumo? ¿O un café?

—Un café estaría bien, aunque no sé cómo me sentará...

—Nos arriesgaremos —contesta sonriendo, dándose la vuelta.

Entonces me acerco al piano y me siento en la banqueta frente a él. Acaricio la madera con las yemas de los dedos, justo antes de levantar el atril y observar detenidamente las teclas. Poso los dedos en ellas con suavidad, para no hacer sonar ninguna nota. Lexy apaga el reproductor de música y la casa se sume en un absoluto silencio, solo roto por el sonido de la cafetera. Apoyo la frente en la caja del piano, cerrando los ojos, y abro la boca como si tuviera intención de cantar. Supongo que es algo innato en mí al estar en contacto con un instrumento, solo que, desde hace un tiempo, de mi boca no sale nada.

Lexy deja las dos tazas sobre el piano y me abraza por la espalda, rodeando mi cuello con sus brazos y posando su mejilla contra la mía. Siento su aliento en mi oreja y los latidos de su corazón repicando en mi espalda.

—Yo sé que puedes hacerlo... —Niego con la cabeza, aún con los ojos cerrados—. Sí que puedes... ¿Cómo era...? “I’m not running... I’m not hiding... If you dig a little deeper you will find me... I’m not lost, just undiscovered...”

Lexy se sienta a mi lado y pone su mano sobre una de las mías. Apoya su cabeza en mi hombro mientras sus dedos presionan los míos, hundiéndolos en las teclas, haciendo sonar un par de notas al azar. Agarra de nuevo mi mano y la conduce algo más a la izquierda, donde repite la acción.

—Recuerdo lo mucho que me ayudaste cuando nos conocimos... Yo estaba tan enfadada con mi madre, con tu padre... con el mundo en general... Pero tú no te rendiste, a pesar de mis insultos y mis desplantes. Y con una guitarra en la mano, te ganaste mi corazón poco a poco. Por eso creo que, si la música pudo... curarme, podrá curarte a ti también.

Y entonces, aunque su teoría parece algo improbable, enderezo la espalda y me pongo en posición. Coloco los dedos de ambas manos sobre las teclas y toco un par de notas para darme el tono correcto. La voz no me sale con claridad, y está bastante dañada. Soy incapaz de afinar, así que me limito a susurrar frases mientras mis dedos se deslizan con torpeza por las teclas.

Ella murmura la canción mientras yo la canto, o hago el intento de hacerlo. No es mucho, pero me reconforta. Me siento bien por primera vez en mucho tiempo.

—Estoy acabado... —susurro, negando con la cabeza.

—No lo creo.

Giro la cabeza y poso los labios en su pelo, justo antes de apoyar la cabeza en la suya. Luego se me escapa un largo suspiro.

—Me han contado que viste a Jill...

—Las noticias vuelan, por lo que veo.

—¿Y ahora qué?

—No tengo ni idea...

—¿Quieres volver a verla?

—Por supuesto que quiero. Pero me temo que ella no siente lo mismo...

—Yo no estaría tan segura...

—Créeme, sé interpretar una cara de asco cuando la veo.

—Porque la versión que vio de ti es la misma de la que ella huyó hace años. Pero ahora mismo, el que tengo a mi lado es el chico del que ella se enamoró. Y tienes que demostrárselo.

—¿Crees que...? ¿Crees que me daría esa oportunidad?

—Creo que lo que vosotros tuvisteis fue demasiado fuerte como para olvidarlo de un plumazo.

—Han pasado unos añitos... Y fui muy gilipollas...

—Pero juegas con la ventaja de que ella vive cada día junto a un recuerdo constante de lo vuestro. Cassey tendrá ya dieciséis años, Chris... ¿No tienes curiosidad por ver en la persona en la que se ha convertido? Ella es, con total seguridad, lo mejor que habéis hecho juntos...

Sopeso sus palabras durante un buen rato, con la mirada perdida y los dedos sobre las teclas.

—Recuerdo cuando la sentaba en mi regazo y tocaba el piano... Se dormía, relajada... O cuando la mecía en mis brazos y le cantaba al oído... ¿Sabes qué pensaba cuando se fueron? No podía soportar la idea de que no se acordara de mí... Sé que pasé menos tiempo con ella del que debería haber pasado, pero... yo la quería tanto... Y que no lo fuera a saber nunca, me repateaba.

—Bueno, haz que se acuerde de ti a partir de ahora.

—¿Crees que Jill me dejaría pasar tiempo con ella?

—Si la versión de ti que le vas a enseñar a tu hija es esta —dice, señalándome con una mano—, no creo que ponga inconvenientes.

—¿Y si ella ya tiene un padre...? ¿Qué soy para ellas?

—Tendrás que conformarte con ser lo que ellas quieran que seas. Tienes que apechugar con las consecuencias de tus actos. Te portaste como un capullo, así que deberás acatar su veredicto.

Resoplo por la nariz, cabizbajo, con la vista fija en las teclas del piano. Suavemente, las presiono, formando una lenta melodía, casi melancólica. Poco a poco, empiezo a hilar las notas, concentrándome en mis dedos, que empiezan a deslizarse sobre las teclas, como si bailaran.

En ese momento, escuchamos la puerta principal abrirse y aparece Jimmy, al que se le forma una enorme sonrisa en la cara.

—He escuchado las notas y sabía que solo podías ser tú —me dice, abalanzándose sobre mí para darme un abrazo.

—¿Qué haces aquí? —le pregunta Lexy, tras darle un beso en la mejilla.

—Me llamó mamá. Ahora viene Max también.

—¿Qué trama Livy?

—Cena en familia —contesta Max, que acaba de entrar por la puerta—. O eso, o no se fía de las dotes de carcelera de Lexy.

—¿Qué haces aquí sin Abby? —le pregunta Lexy.

—Yo también me alegro de verte, hermanita —contesta Max, tirándole de un mechón de pelo, justo antes de abrazarme por la espalda y susurrarme—: ¿Cómo estás?

—Cada vez mejor...

Me coge la cara y me mira fijamente a los ojos. No convencido con ello, saca un termómetro del bolsillo de la camisa y lo pone bajo mi axila. Cuando pita, comprueba la pantalla y lo guarda.

—¿Llevas un termómetro en el bolsillo? —le pregunta Jimmy, alucinado.

—Parece que sí lo lleva, sí... —digo yo—. ¿Me crees ahora?

—¿Nauseas? ¿Mareos? ¿Fatiga? —contesto negando con la cabeza.

—Cansado de ti va a quedar, sí —interviene Lexy—. Déjalo ya, Max. Has acabado tu turno, ¿verdad?

—¿Te lo tomas todo? ¿Vas bien de medicinas? —Asiento con la cabeza, mientras él se dirige a la cocina para comprobarlo—. Por si acaso, te he traído alguna más.

—Pesado... —susurra Jimmy, justo antes de volver a centrarse en mí—. ¿Tocamos algo juntos?

—Estoy algo desentrenado...

—Eso no te lo crees ni tú.

Saca de su mochila una armónica, que me muestra moviendo las cejas arriba y abajo.

—Tengo un nuevo juguete...

—¿Sabes tocar todos los instrumentos del mundo?

—Creo que aún no —responde con inocencia—. Cuando quieras, yo te sigo.

Sonrío y agacho la vista a mis dedos, nervioso por ver si me responderán. Cierro los ojos y la música empieza a sonar en mi cabeza, y lo hace bastante bien, así que me dejo llevar. Cuando los abro, descubro que mis dedos se mueven con soltura, como si nunca hubieran dejado de hacerlo. Jimmy empieza a tocar la armónica y la mezcla queda perfecta. Empiezo a cantar bajito, consciente de que estoy lo suficientemente perjudicado como para no poder afinar del todo. Lexy reconoce la canción que canto y me acompaña en alguna frase, mientras Max, con los ojos cerrados, sonrío moviendo la cabeza al compás. Durante mucho tiempo, esa fue mi imagen favorita del mundo, saberle capaz de escucharme cantar y disfrutar de ello, así que estoy tan feliz que se me forma un nudo en la garganta que me obliga a dejar de cantar. Y entonces me limito a observarles, sonriente, sintiéndome, por fin, en casa.

Max se pone en pie y empieza a bailar, como siempre, como cuando era pequeño, y, aunque no lo hace mal, el resto reímos, también como siempre.

Cuando dejo de tocar al acabar la canción, empiezo a aplaudir, radiante de felicidad. Max hace reverencias mientras Jimmy silva y Lexy ríe a carcajadas, abrazándome de nuevo.

Entonces escuchamos unos sollozos y nos giramos en su dirección. Mi padre y Livy están en el recibidor, ella con las manos tapando su boca y los ojos llenos de lágrimas.

—¡Estaréis satisfechos! Con lo contenta que la traía yo... —bromea mi padre.



Era como si hubiera retrocedido en el tiempo, como si nada hubiera

cambiado. Sentados alrededor de la mesa, todos hablaban y reían a la vez. Les he observado con una sonrisa melancólica mientras removía la comida de mi plato. Ha sido como en los viejos tiempos, cuando cenábamos todos juntos.

Ahora llevo un rato sentado en el porche del jardín, solo. Con los codos apoyados en las rodillas, miro el cielo estrellado con la boca abierta. En plena ciudad se ven muy pocas estrellas, pero hace tanto tiempo que no lo hago, que me parece un espectáculo maravilloso.

—¿Aceptas un poco de compañía de tu viejo? —escucho que me pregunta mi padre.

Me giro un poco hacia él y asiento sonriendo, sin abrir la boca. Él se sienta a mi lado, en la misma postura que la mía, y también levanta la vista al cielo.

—¿Estás pensando en ella? —me pregunta sin rodeos, girando la cabeza para mirarme.

—¿Tanto se me nota?

—¿Qué quieres ser para ella? ¿Qué quieres ser para Cassey?

—Quiero serlo todo para las dos, pero no sé si ellas querrán que lo sea...

—Tendrás que averiguarlo, ¿no?

Un escalofrío recorre todo mi cuerpo, y me encojo, escondiendo las manos en las mangas de la sudadera. Sorbo por la nariz mientras me abrazo el cuerpo.

—¿Estás bien? —Asiento de nuevo—. ¿Estás cansado?

—Sí...

—Ve a dormir, si quieres. Deberías ir poco a poco...

—No. No quiero cerrar los ojos, porque cada vez que lo hago, me asaltan los recuerdos del pasado. Necesito... saber que esto es real.

—Te puedo asegurar que esto nunca dejará de serlo —dice, abriendo los brazos para abarcar todo el jardín y la casa—. Siempre estaremos aquí para ti y



tus hermanos.

—Lo sé, pero tengo miedo de volverla a cagar y que os canséis de mí y... me dejéis solo.

—Nunca me cansaré de ti, Chris. Me da igual que te conviertas en un puto grano en el culo.

—Cuando ella me dejó, durante un tiempo, intenté negar la realidad. Pensaba que estaba loca por dejarme, que cualquier mujer querría estar conmigo y que se daría cuenta de que estaba cometiendo el error más grave de su vida y volvería corriendo a mis brazos. Así que estuve un tiempo simulando que nada había pasado. Me seguía sentando frente al piano, o seguía cogiendo la guitarra y componía sin parar... Hasta que la realidad cayó sobre mí como una losa, y para evadirme de ella, bebía y me drogaba. Y cuando eso pasaba, cada vez que lo hacía, me alejaba más y más de vosotros. ¿Y sabes qué pasaba a la vez? Que me sentaba frente al piano y no ocurría nada...

Me quedo callado durante unos segundos, recordando esa época oscura de mi vida.

Y así fue como, cuando todo acabó, empecé a desafinar.

Y no solo cuando cantaba. Mi vida entera estaba desafinada, llena de escándalos, de sexo, de drogas y de descontrol.

—¿Te cuento un secreto? Antes de ti, antes de Livy y tus hermanos, yo era un capullo. Echo la vista atrás y siento que desperdicié mi vida. Yo... defraudé a tu madre, jugué con los sentimientos de varias mujeres, y era bastante egoísta. Pero no quiero borrar esa parte de mi vida, quiero que siga ahí para recordarme de dónde vengo, o dónde no quiero volver.

—No quiero volver a desafinar, papá.

—Pues nunca olvides cómo eras cuando lo hacías.

## CAPÍTULO 12

### *Y así fue como, cuando todo acabó, él me guardó el secreto*

Observo la fotografía con lágrimas en los ojos. He juntado los trozos como si se tratara de un puzle, intentando arreglarla. Pero, como sucede con mi vida, es imposible enmendar algo que está roto a conciencia, en pedazos. No puedo dejar de llorar mientras mis dedos temblorosos acarician cada fragmento.

—Cassey... Soy mamá... Vuelve a casa, por favor. Vamos a hablar...

Hace horas que se fue de casa y que el apartamento se sumió en este incómodo silencio solo roto por mis sollozos. La he llamado varias veces sin éxito, y en todas ellas le he dejado mensajes en su buzón de voz, suplicándole que vuelva. Realmente, no sé qué decirle si me hace caso y vuelve. No tengo claro que vaya a acceder a que le vea, tampoco si le contaré el motivo real de mi negativa.

Estoy muy nerviosa... Hace varias horas que no sé nada de ella, y cuando se fue estaba tan enfadada que temo que haya podido cometer una locura... Se me ocurre llamar a mi padre, por si acaso se le hubiera ocurrido ir a visitarles. Es algo que ha hecho cuando nos hemos peleado, que ha sucedido bastante a menudo últimamente.

—¡Hola, cariño! —me contesta al cuarto tono.

—Hola, papá. ¿Está Cassey con vosotros?

—Eh... No... Acabamos de salir de la clase de bailes de salón. ¿Os habéis vuelto a pelear? ¿Por qué ha sido esta vez?

—Nada importante —le miento.

—¿Seguro?

—Sí... Lo de siempre... Quiere salir con sus amigos hasta horas intempestivas...

—Mmmmm... No sé a quién me recordará... Recuerda que tú también tuviste su edad y te enfadabas conmigo y con tu madre por los mismos motivos... Estará en casa de una amiga... O de su novio.

—Cassey no tiene novio.

—Tú tampoco lo tenías, ¿verdad?

—Eso era diferente...

—Si tú lo dices...

—Hasta luego, papá.

Tenía la esperanza de que estuviera con ellos, así que, cuando cuelgo, estoy más nerviosa que antes de llamarles, diría que incluso desesperada. Solo se me ocurre a una persona más a la que recurrir...

*—Jill, ¿sales a atender al cliente que acaba de entrar? Yo me ocupo de Cassey...*

*—Claro —contesto de forma despreocupada, besando la pequeña nariz de mi hija.*

*Pero en cuanto cruzo la puerta hacia el salón, me quedo paralizada. Él gira la cabeza y me ve de inmediato. Se pone en pie y estira un brazo.*

*—Espera. Deja que me explique... He venido solo... Nadie sabe que estoy aquí...*

*Miro alrededor, comprobando que sea cierto. Entonces, me acerco lentamente.*

*—¿Cómo me has encontrado...?*

*—Soy bueno en mi trabajo... Cassey estuvo ingresada en el hospital hace un par de semanas...*

*—Tuvo bronquitis... —le aclaro de forma innecesaria, como si tratara de justificarme.*

—Nunca dejé de buscaros, Jill... No se lo he dicho a nadie, ni a Chris, ni siquiera a Livy... Solo necesito saber que estáis bien, que os las arregláis bien. No voy a intentar convencerte de que le des otra oportunidad a Chris. Soy consciente de que se comportó como un cabronazo contigo y no estoy orgulloso de él. Tampoco voy a intentar justificar su comportamiento. Solo quiero que sepas que puedes contar conmigo para lo que necesites.

—No quiero que... —Echo un vistazo hacia la cocina para comprobar que María no me oye—. No puedo volver... No puedo volver a ser la pobre mujer que le espera en casa como una tonta desvalida, intentando no pensar con cuántas mujeres se estará acostando, las cervezas que se habrá bebido o las rayas que se habrá metido... Yo le quiero, Aaron, tú lo sabes, pero no puedo criar a mi hija a su lado, en ese ambiente.

—Lo sé... ¿Ella... está... aquí...? ¿Puedo verla...? —Le observo muy seria, valorando todas las posibilidades—. Tranquila, no voy a hacer nada extraño... Solo quiero... sostenerla en brazos un rato. Te prometo que no le contaré a nadie dónde estás...

—Espera aquí un minuto...

Cuando entro en la cocina, cojo a Cassey en brazos y miro a María.

—Voy a...

—¿Está todo bien? —me pregunta ella, al ver mi cambio de actitud.

—Sí, tranquila.

—Estaré aquí atrás si me necesitas.

Asiento esbozando una tímida sonrisa, justo antes de darme la vuelta y caminar de vuelta hacia la barra de la cafetería. En cuanto él me ve, se le ilumina la cara.

—Hola... —saluda a Cassey alargando un dedo, que ella coge enseguida, conmoviendo a Aaron—. Dios mío... Es preciosa...

—¿Quieres cogerla? —le pregunto.

—Eh... Sí... Claro que sí.

*Cuando se la tiendo, él la coge con cariño y la mece lentamente. Es algo torpe, pienso sonriendo, recordando lo mal que lo pasó cuando Jimmy era un bebé y él era el encargado de cuidarle mientras Livy trabajaba. De todos modos, ver a un tipo tan grande hacerle carantoñas a un bebé, es una imagen de lo más tierna.*

—Gracias —me dice al cabo de un rato, devolviéndomela.

—Gracias a ti —sonrío.

—¿Necesitas algo de dinero?

—No. Nos las apañamos muy bien.

*Coge un mantel de papel y un bolígrafo y escribe un número de teléfono, subrayándolo con un par de líneas.*

—Guárdalo —me pide al tenderme el papel—. Prométeme que me llamarás si me necesitáis algún día.

—Solo si tú me prometes guardarme el secreto.

Y así fue como, cuando todo acabó, él me guardó el secreto.

Quizá sea el momento de cumplir esa promesa que le hice y recurrir a él en busca de ayuda. Simplemente, no puedo quedarme de brazos cruzados, así que busco su nombre en la agenda de mi móvil.

—¿Sí? ¿Hola? —contesta cuando estaba a punto de colgar.

—Hola... ¿Aaron?

—Sí. ¿Quién eres?

—Me dijiste que te llamara cuando te necesitase...

—Espera —contesta de inmediato. Escucho ruido al otro lado y entonces su voz de nuevo—. Livy, voy a tirar la basura.

—¡Vale...! ¡Llévate las llaves, que voy a ducharme...!

—¡Vale...! ¿Jill?

—Sí.

—¿Estás bien? ¿Está bien Cassey? —me pregunta de forma precipitada.

—Sí... Bueno... Es una larga historia que no tengo tiempo de explicarte ahora mismo... Pero necesito tu ayuda. Cassey se marchó de casa hace unas horas y aún no ha vuelto y...

—¿Dónde estás?

—En mi apartamento...

—¿Has llamado a sus amigas...?

—No tengo el teléfono de sus amigas... Pero he llamado a mi padre, porque es algo que suele hacer cuando se enfada conmigo, irse con mi él, pero no ha habido suerte.

—De acuerdo... Veamos... Puedo hacer algunas llamadas...

—Eso sería genial.

—Te llamo en un momento, ¿vale?

—Vale.

—No te muevas de tu casa, por si volviera —me dice, justo antes de colgar.

Mientras espero su llamada de vuelta, sostengo el teléfono entre las manos, muy nerviosa. Pico el suelo con ambos pies, de forma insistente, y me muerdo la carne del interior de la mejilla. Me dedico a pasear arriba y abajo del salón durante los que me parecen los minutos más largos de mi vida. Pero entonces, el nombre de Aaron aparece parpadeando en la pantalla.

—Hola —contesto sin perder un segundo.

—No está en ningún hospital. Tampoco en ninguna comisaría.

—De acuerdo...

—Estará en casa de alguna amiga.

—Eso espero...

—Escucha... Puedo... Si me das tu dirección, puedo ir y... no sé... Hacerte compañía, quizá.

—Estoy bien.

—Pero antes... viniste a casa, y dijiste que necesitabas hablar con nosotros...

Y entonces, aún no sé bien por qué, le doy mi dirección.



Poco más de quince minutos después, el timbre me sobresalta. Respiro profundamente un par de veces antes de abrir la puerta.

—Hola... —le saludo en cuanto abro la puerta.

—Hola —me saluda él, sonriendo.

Y entonces me lanzo a sus brazos, y lo hago por varios motivos: porque tengo miedo, porque le he echado de menos, porque necesito darle las gracias por haber guardado el secreto, y porque, de alguna manera, abrazarle a él es acercarme un poco a Chris.

—¿Qué le has dicho a Livy? —le pregunto cuando nos separamos.

—Que salía a tomar unas cervezas con unos excompañeros.

—Pasa, por favor —le pido, apartándome a un lado.

En cuanto lo hace, se queda plantado en mitad del salón, con las manos en los bolsillos, y mira alrededor con curiosidad.

—No es muy grande, pero para las dos es perfecto —digo.

Entonces, él fija la vista en la estantería, repleta de libros y fotos.

—¿Puedo? —me pregunta señalándola con el dedo.

—Claro —le contesto, acercándome yo también—. Esta es la más actual...

Sostiene el marco con ambas manos, mirando la fotografía embelesado. Cuando me mira, sonrío abiertamente.

—Es guapísima... —me dice, mientras yo asiento—. Se parece mucho a ti, aunque tiene la sonrisa de Chris, con sus hoyuelos...

—Yo también lo creo...

—¿Cómo es?

Resoplo por la nariz antes de contestar, mirando el techo, como con melancolía.

—Es alegre y muy despistada. Muy cariñosa, pero a la vez muy rebelde. Le cuesta obedecer sin rechistar, y por ahí vienen la mayoría de nuestras peleas. Es una enamorada de la música... No toca ningún instrumento, ni canta... Lo que realmente le gusta de la música es bailarla.

Aaron asiente durante un rato, acariciando el cristal del marco con los pulgares. Aprieto los labios con fuerza mientras él deja el marco donde estaba y coge otro.

—¿Quieres tomar algo? —le pregunto.

—¿Una cerveza? Para lavar mi conciencia con Livy, me refiero... Por eso de no mentirle del todo.

—Perfecto —sonrío, ya con el frigorífico abierto.

Desde que ha entrado por la puerta, me muero por preguntarle por Chris, pero me estoy obligando a no hacerlo. Necesito saber qué hace en su casa y el motivo de su deplorable aspecto, aunque de eso me puedo hacer una idea.

—Todo el mundo pasa por esa fase, ¿sabes? Lo de pensar que la única



motivación de nuestros padres es hacernos la vida imposible. Yo la pasé, Chris la pasó y tú también. Ella no es un bicho raro...

—Pero me vuelve loca... Es como... No sé... Como si siempre pensara lo contrario a mí. Hasta hace un tiempo, éramos incluso amigas. Pero de un tiempo a esta parte, todo son peleas.

—¿Recuerdas cómo era Chris con la edad de Cassey? Porque la primera imagen que tuve de él fue mirándome con la boca torcida y expresión de asco, fumando un cigarrillo y mandándome a tomar por culo. Así que me parece que sé un poco de qué hablas...

Me peino el pelo hacia un lado y resoplo, exhausta. Me dejo caer en el sofá, invitándole a él a hacer lo mismo. Agarra la botella con ambas manos, sin mirarme, y pasamos un rato en silencio, sumidos en nuestros pensamientos. Sé que ambos tenemos muchas cosas que contarnos, pero parece que no nos atrevemos a hacerlo.

—¿Cuánto hace que vivís en Nueva York? —me pregunta finalmente, con algo de timidez en su tono de voz.

—Unos tres años... Desde que murió mi madre...

—Vaya... Lo siento...

—Gracias...

—Podrías haberme avisado y... podría haber estado a tu lado en esos momentos... Me gustaría haberos visto...

—No podía ponerte en un compromiso. Aún temo el día que Livy se entere de que sabías dónde estábamos durante todo este tiempo.

—No me lo quiero ni imaginar... Creo que su reacción estará entre cortarme las pelotas y envenenarme con la comida, y entre esas opciones, hay un amplio abanico de posibilidades...

—Gracias por guardarme el secreto durante todo este tiempo —le digo, divertida.

—Siempre cumplo mis promesas —contesta sonriendo, sin despegar los labios.

No puedo evitar pensar en lo atractivo que sigue siendo, con esa mandíbula cuadrada, esa nariz perfecta y, sobre todo, esos ojos cautivadores. Me hechizó en cuanto le vi y sigue sin dejarme indiferente. Al principio te deja sin habla, te... cohibe, incluso. Luego, le vas conociendo, y descubres a una persona muy protectora, paciente, comprensiva, y con mucho sentido del humor. No me costó nada conectar con él, como tampoco le costó a Chris.

—Y, parece que tú también... —añade, esperando mi respuesta, que valoro detenidamente.

—Cassey quiere conocer a su padre —afirmo con contundencia—. Al principio, le conté que su padre trabajaba mucho. Luego, cuando creí que tenía edad suficiente para entenderlo, le conté la verdad. Ella nunca insistió demasiado en conocerle, aunque sí me hacía muchas preguntas. Tenía curiosidad, mucha, pero yo era reacia a hablar de él. Pero entonces, un día encontró una foto que yo tenía guardada en el cajón de mi mesilla de noche. Al principio, le mentí. Le dije que era un simple compañero de instituto, hasta que me di cuenta de que no estaba siendo justa con ella. Se lo conté todo, y le prometí que haría lo posible porque le conociera. Y por eso fui a veros... Para pedirnos ayuda, para que me ayudaseis a ponerme en contacto con él.

—Pero no te esperabas que Chris estuviera en casa...

—Ni eso, ni el estado deplorable en el que le vi —confieso, agachando la vista a mis manos, que reposan en mi regazo—. Creo que, si me hubiera encontrado a mi Chris, al que yo conocí, no habría salido corriendo. No sé si me explico... No hui porque él estuviera allí, hui porque ese tipo no es, ni por asomo, el tipo de padre que quiero que tenga Cassey.

Aaron asiente de forma solemne. Es plenamente consciente de ello, y es un alivio para mí. Hay momentos en los que me avergüenzo de haber salido corriendo, de... darle la espalda de algún modo. Entonces recuerdo que huyo por mi hija, no por mí y todo parece cobrar más sentido. Ver asentir a Aaron, dándome la razón de algún modo, me tranquiliza.

—Y entonces llegué a casa... Cassey sabía que yo iba a intentar hablar con vosotros, pero cuando me preguntó, no fui capaz de decirle la verdad y volví a

mentirle. Dije que había cambiado de opinión y que no quería que le conociera porque temía perderla.

—Jill, Chris nunca permitiría que perdieras a Cassey. Él nunca se interpondría entre ambas... Él... está intentando cambiar. Ha tocado fondo, Jill, y sabe lo que tiene que hacer... A lo mejor, si él supiera que Cassey quiere conocerle...

—No puedo, Aaron. No puedo hacerle eso. A ambos. No sería justo para ellos. No puedo permitir que ella le vea así. Quiero que Cassey conozca al hombre del que yo me enamoré, no a... esa imitación barata que vi en tu casa. Quiero que ella esté orgullosa de quién es su padre.

—Está bien. Te entiendo. Pero...

En ese instante, me suena el teléfono y al ver que es Cassey, me abalanzo sobre él.

—¡Cassey! ¡¿Se puede saber dónde...?! Sí, soy yo. ¿Dónde...? De acuerdo, voy para allá.

En cuanto cuelgo, miro a Aaron, frunciendo el ceño. Él se levanta y me mira esperando una explicación.

—¿Y bien...?

—Era Leo. Está con Cassey y dice que no se encuentra muy bien... Han bebido y...

—¿Sabes dónde están? —me pregunta, mientras yo asiento—. Te acompaño. Tengo el coche a unas calles de aquí.



Mientras conduce, le miro de reojo. Tan seguro de sí mismo, tan protector, tan concentrado... y me recuerda tanto a Chris...

—¿Quién es Leo? —me pregunta entonces.

—Un tipo con el que se ve... —contesto, de repente sonriendo—. Puede que

sea su novio, y yo me haya enterado de ello por casualidad. Me doy cuenta de que no conozco a mi hija...

—Bienvenida al maravilloso mundo de la paternidad. Si te sientes perdido cuando sales del hospital con ese pequeño saco en tus brazos, espera a que ese trozo de carne llegue a la adolescencia. Entonces sabrás que tu vida se ha convertido en un maldito infierno.

Resoplo por la nariz, perdiendo la vista más allá de la ventanilla de mi lado, admirando las luces.

—Hemos llegado... —comenta Aaron, y enseguida me apeo del coche y entro en el parque, donde empiezo a buscar a mi hija.

—¡Cassey! ¡¿Hola?!

—¡Por aquí! —escucho a un chico gritar, moviendo los brazos en alto para llamar mi atención.

Enseguida corro hacia allí, hacia ese mirador de Central Park, cerca del gran lago, un sitio en el que he estado innumerables veces, muchas de ellas con Chris. Nos encantaba su tranquilidad por la noche, alejada de discotecas ruidosas y bares de copas atestados de gente. Solo nos necesitábamos el uno al otro, y allí pasábamos horas, charlando, conociéndonos cada vez más.

—¿Qué ha pasado? —pregunto en cuanto me agacho al lado de mi hija, que permanece estirada en uno de los bancos de madera—. Cassey. Cassey, cariño. Soy mamá...

—Solo hemos bebido un par de cervezas y fumado unos “canutos”... —balbucea Leo.

—¿Cassey...? —vuelvo a llamarla, acariciando su frente y peinándole el pelo.

—¿Cuánto hace que está así? —pregunta Aaron, situándose a mi lado y palmeando las mejillas de Cassey.

—Eh... No sé... —Leo le tiene miedo, y se nota a kilómetros—. Estábamos bien y de repente dijo que estaba mareada y... tenía calor... y entonces me pidió

que la llamara y poco después cayó redonda. La puse aquí en el banco, para que no cogiera frío...

—Qué considerado por tu parte... Cassey, ¿me escuchas? ¡¿Cassey?! —Abre sus párpados mientras la llama—. Nos la llevamos a casa.

Al no ser capaz de despertarla, la coge en brazos y empieza a caminar con ella a cuestas.

—Yo... Lo siento... —balbucea Leo, aún plantado en el mismo sitio, viéndonos alejarnos.

Les sigo de cerca, hasta que llegamos al coche. Me siento en la parte de atrás, con la cabeza de Cassey en mi regazo mientras Aaron se sienta tras el volante y hace chirriar las ruedas sobre el asfalto al arrancar.

—Aaron, ¿la llevamos a un hospital?

—No hará falta. Solo está colocada por la marihuana. Nada que una ducha y una cura de sueño no calme. Se pondrá bien. Te lo aseguro.

—Gracias... de nuevo. No sé qué habría hecho sin ti.

—Por eso te di mi teléfono —dice, guiñándome el ojo.

A través del espejo retrovisor interior, veo cómo observa fijamente a Cassey, sin poder evitar sonreír.

—Lo siento. Yo... no debería estar sonriendo, pero no puedo evitar hacerlo... Ella es...

Se queda con la palabra en la boca y nos miramos durante un buen rato, hasta que vuelve a centrar su atención en el asfalto.

Y nos mantenemos en silencio hasta que llegamos a casa. Aaron deja el coche aparcado en doble fila y me acompaña dentro, cargando con Cassey. Yo humedezco una toalla y le empiezo a mojar la cara con ella, hasta que consigo que abra los ojos poco a poco. Cuando consigue enfocar la vista, nos mira a ambos, justo antes de hablar.

—Oh, joder... Estoy muy mareada... —Aaron y yo sonreímos de puro alivio—. ¿Qué os hace tanta gracia...? ¿Y tú quién cojones eres...?

—Alguien con el que podrás contar siempre que lo necesites... —contesta él, justo antes de incorporarse y empezar a alejarse—. Me parece que va siendo hora de que me marche. A partir de aquí, es cosa tuya.

Le acompaño hasta la puerta y cuando nos quedamos quietos frente a ella, echamos un vistazo hacia el sofá, donde Cassey está estirada, de nuevo con los ojos cerrados.

—Escucha, Aaron... Me gustaría que te grabaras mi número de teléfono en tu agenda. Por si... quisieras llamarme algún día...

Aaron sonrío agachando la cabeza, asintiendo a la vez.

—Sé comprensiva con ella cuando se despierte —susurra—. Recuerda que tú también tuviste su edad, y también desobedecías a tus padres en compañía de mi hijo... Nacimos para cometer errores y aprender de ellos, no para fingir ser perfectos.

Sopeso sus palabras durante largo rato, con el eco de esa última frase rebotando en mi cabeza.

—Le contaré la verdad.

—¿Toda? —Asiento sonriendo—. Me parece una idea brillante.

—Aunque necesitaré un tiempo para confiar en él...

—Todos lo necesitaremos.

## CAPÍTULO 13

*Y así fue como, cuando todo acabó, dejé de tropezarme con sus zapatos*

—¡No...! No... Por favor... ¡No...! ¡No me dejes...! ¡Lo intento...! ¡Por favor! Por favor... Por favor...

—¡Chris...! ¡Chris, tranquilo...! ¡Eh! ¡Chris! ¡Despierta!

Abro los ojos de sopetón, mirando alrededor, totalmente descolocado. Mi respiración es errática y precipitada, como movimiento de mi pecho. Tengo la camiseta empapada en sudor, totalmente enganchada a la piel.

—Tranquilo... No pasa nada... —me dice Livy mientras retira la colcha—. Aaron, acompaña al baño...

Entonces me doy cuenta de que me he meado encima, y empiezo a removerme, nervioso.

—No... No... Puedo hacerlo solo...

Muy avergonzado, me pongo en pie y retiro la colcha y las sábanas, convirtiéndolas en un ovillo entre mis brazos.

—No pasa nada. El doctor Sanders nos advirtió de que esto podía pasar. Estos terrores nocturnos son normales... No te preocupes...

Sin hacerle caso, sigo deshaciendo la cama.

—Trae. Ya lo hago yo... —me dice Livy de nuevo.

—¡No! ¡Lo hago yo! —le grito de malas maneras.

Al instante miro a Aaron, que me fulmina con la mirada, aunque no pierde los estribos.

—Será mejor que vayas a darte una ducha... —me dice con mucha serenidad.

—¡No soy un minusválido!

—Lo sabemos... —asegura, quitándome el fardo de ropa de las manos.

—¡No me deis la razón como a los tontos!

—De acuerdo... Dime qué quieres que haga...

—¡Que...! ¡Quiero que...! ¡Joder!

Livy se marcha de la habitación, y al rato la escucho trastear en la cocina, poniendo a lavar todo el estropicio. Agotado, arrastro los pies hasta el baño y abro el grifo del agua. Mientras espero a que se caliente, me siento en la taza del váter y, apoyando los codos en mis rodillas, me agarro la cabeza.

Aaron me lanza un pantalón de chándal y una camiseta limpia y se apoya en el quicio de la puerta, observándome de brazos cruzados. Giro la cabeza para mirarle, esperando que me eche el sermón, pero no abre la boca.

—¡¿Qué?! —le grito cuando me canso de esperar.

—Solo estoy esperando —me contesta, abriendo los brazos para volverlos a cruzar de nuevo.

—¡Déjame en paz! ¡Dejadme los dos en paz! ¡Puedo hacerlo solo! ¡Sé cuidar de mí mismo!

—Si no te importa, hasta que nos demuestres que eso es verdad, nos quedaremos por aquí cerca...

—¡¿Y vas a espiarme mientras me ducho?! ¡¿Y si decido cascármela?! ¡Y por el amor de Dios, dejad de hablarme como si os hubierais tomado un tranquilizante!

Aaron alza las cejas y desvía la mirada, resoplando al tiempo que sonrío. Odio que me traten así. Odio que me miren así. Odio que no confíen en mí. Me pongo en pie y me quito la camiseta. La lanzo a un lado y, plantándome frente a



él, le encaro.

—¿Por qué lo haces?! ¿Por qué?! ¿Sé que no es por mí, porque os doy asco! ¡Mírame!

—Ya lo hago. Siempre lo he hecho.

Producto de la impotencia, le empujo. No consigo moverle prácticamente del sitio, así que lo vuelvo a intentar.

—Si lo que quieres conseguir es cabrearme, ahórrate el esfuerzo. Sé que no eres tú el que actúa así. Sé que es el síndrome de abstinencia.

—¿De qué cojones hablas?! ¿Dices que no quiero hacer esto?! —le grito, volviéndole a empujar—. ¿Eso es lo que quieres decir?!

—Chris, por favor, cálmate...

—¡Deja de decirme lo que tengo que hacer! —vuelvo a decir, dándole otro empujón.

Esta vez, consigo que su espalda choque contra el marco de la puerta. Envalentonado, le agarro de la camiseta, aunque él, muy pacientemente, se deshace de mí.

—Chris... Date esa ducha, por favor...

—¡Jodeeeeeer! ¡Deja de meterte en mi vida!

Desesperado, me tiro del pelo mientras giro sobre mí mismo. Entonces, en un arrebato, aunando todas mis fuerzas, armo el puño y, mientras me doy la vuelta, le asesto un puñetazo en el mentón. Mientras él se lleva la mano a la zona golpeada, me pongo el pantalón de chándal y la camiseta y salgo del baño, esquivándole.

—Chris... ¿A dónde vas? ¡Chris! —me pregunta mientras me calzo las zapatillas—. No hagas tonterías, Chris...

—¡Chris! ¿¿Aaron, a dónde va?!

Por el rabillo del ojo, veo cómo Aaron abre los brazos, impotente, y Livy me mira preocupada. A pesar de ello, salgo por la puerta y empiezo a correr. A estas horas de la madrugada, no me cruzo con mucha gente, así que no temo que alguien me vea y me reconozca. Por eso me da igual llorar mientras aprieto la mandíbula. Por ello no me importa tropezar varias veces por culpa de mi falta de forma física. Por ello me da igual tener que pararme tres manzanas más allá para vomitar. Cuando acabo, apoyo la espalda contra la pared de ladrillo y golpeo la cabeza contra ella varias veces.

—¿Por qué? —me pregunto, mientras las lágrimas resbalan por mis mejillas —. ¿Por qué me dejaste? Yo... te... quería... Yo... te... necesito... Yo...

Antes corría para llegar a casa junto a ella, y ahora huyo de casa porque no la tengo...

*Subo las escaleras de dos en dos con el CD en la mano. No puedo esperar a que lo escuche. A mí me parece genial, pero necesito que ella lo escuche. Como siempre ha hecho. He compuesto todas y cada una de estas canciones a su lado. Ella ha sido la primera en escucharlas y necesito que me dé el visto bueno.*

*Meto la llave en la cerradura y la abro, entrando como un vendaval hasta que, como siempre, tropiezo y caigo de bruces al suelo. Besando la madera, echo un vistazo atrás para descubrir las botas de Jill, como siempre, tiradas frente a la puerta. Ese ha sido un motivo de pelea desde que nos fuimos a vivir juntos hace unos meses, pero esta vez, solo puedo reír a carcajadas.*

—Chris, ¿eres tú?

*Aparece por el pasillo y me encuentra tirado en el suelo, aún con el CD en la mano, riendo hasta quedarme sin respiración.*

—¿Estás... bien...? —me pregunta, agachándose a mi lado.

*Me mira preocupada, y por qué no decirlo, sorprendida por lo bien que me lo estoy tomando. Me acaricia las mejillas mientras se muerde los labios. Yo me medio incorporo y le doy un beso en los labios.*

—Lo tengo —digo, mostrándole el CD.

—¿Es...? —Asiento porque sé cómo acaba esa frase, y entonces ella se lleva

*las dos manos a la boca y llora de alegría.*

*—Eh... No llores... —le pido, incorporándome del todo, hasta sentarme en el suelo.*

*—No lo puedo evitar...*

*—Como tampoco puedes evitar dejar los zapatos tirados frente a la puerta...*

*—Prometo que intentaré no dejarlos ahí más...*

*—Me conformaría con que los dejaras a un lado, no en medio del paso.*

*Jill sonrío y se le achinan los ojos. Acerca su cara a la mía y vuelve a besarme varias veces.*

*—¿Sabes lo mucho que te quiero? —me pregunta.*

*—Sí. Una décima parte de lo que yo te quiero a ti.*

E incumplió su promesa, y tropecé con sus zapatos una y otra vez. Y pasaron los años, y todo se me fue de las manos. Y una noche, ella se cansó de mirar para otro lado, y cogió a nuestra hija y huyó. Cuando volví a casa, nada más abrir la puerta, supe que algo había cambiado porque sus zapatos no estaban ahí.

Y así fue como, cuando todo acabó, dejé de tropezarme con sus zapatos.



*—No es cualquier mierda, tío... Ya lo sabes... —Hundo la punta del dedo en el polvo blanco y me lo llevo a la boca para probar la mercancía—. Me dijeron que... estabas limpio...*

*—¿Cuánto?*

*—Ochenta dólares el gramo.*

*—¿Me tomas el pelo?*

*—Es más cara, pero es más buena...*

—No me solías cobrar más de sesenta.

—Pero aquella era peor.

—¿Insinúas que me vendías mierda?

—No... Es solo que... Mira, ni para ti ni para mí, setenta.

—No pienso darte más de sesenta y cinco.

—Joder, Taylor... Sabes que es más buena...

—Y también que soy tu mejor cliente.

—Joder, macho —claudica, tendiéndome la bolsa con los diez gramos que le he pedido mientras yo le doy los billetes enrollados con una goma—. ¿Estás... bien?

—¿Ahora te preocupas por mi salud?

—Es que no tienes buena cara...

Sin más, me doy la vuelta y, con las manos en los bolsillos del pantalón de chándal, me alejo sin rumbo fijo, aunque con la urgencia dibujada en mi rostro. Por eso elijo meterme en un pub irlandés que veo a la vuelta de la esquina.

—Ponme una Guinness —le pido al camarero en cuanto llego a la barra.

Mientras la espero, diviso dónde están los baños. El local no está nada concurrido, así que no creo que haya mucha cola para usarlo, ni problemas para quedarme solo dentro.

En cuanto me ponen el vaso delante, dejo un billete de cinco dólares y me la bebo de un par de tragos. Levanto un dedo para pedirle otra y entonces camino hacia los baños. Cuando entro, me aseguro de estar solo, mirando por debajo de las puertas de los cubículos. Entonces, saco la bolsita de plástico y, ayudándome de mis dedos, convierto un pequeño puñado en una fina línea. La esnifo de forma precipitada y al instante me endezco y echo la cabeza hacia atrás, mirando al techo. Me toco la nariz, quitándome los restos de polvo, justo en el momento en el que un tipo entra. Me guardo la bolsa en el bolsillo del pantalón y

vuelvo a la barra para beberme mi segunda cerveza.

Media hora después, el local está algo más lleno, yo me he bebido dos cervezas más, y mi cuerpo me pide otra raya. Así que prácticamente corro hacia los baños de nuevo. Cuando estoy a punto de entrar, me topo contra un par de tíos que salían.

—¡Eh...! —dice uno de ellos.

Le empujo para apartarle, y entonces el otro me increpa.

—¿Se puede saber qué cojones haces?!

Pero ya no les escucho, sino que estoy dentro, con la bolsa ya en la mano, preparando otra raya, que esnifo de inmediato. No he sido meticuloso midiendo la cantidad, ni tampoco en hacer la raya más o menos uniforme, pero me da igual.

Segundos después, cuando la coca ha llegado a mi cerebro, doy varios pasos errantes hacia atrás, hasta que mi espalda choca contra las puertas de uno de los cubículos de los lavabos. Me doy la vuelta de sopetón, totalmente desorientado, golpeándome esta vez con el secador de manos. Unos cuantos tipos entran en el baño, hablando animados, y se quedan callados al verme.

—¿Qué cojones miráis...? —les pregunto al cabo de un rato.

—Nada... —contesta uno de ellos, con una expresión de superioridad dibujada en el rostro.

Se miran entre ellos, haciendo muecas despectivas mientras me miran de reojo. Se creen mejor que yo, pero es solo porque no tienen ni puta idea de quién soy ni de lo mucho que tengo. No puedo permitir que se mofen de mí, así que camino hacia ellos con decisión y agarro a uno por el hombro para obligarle a darse la vuelta.

—¡Eh... tú! ¡¿Se puede...? ¿...cojones...? ¿...sois para...?

Las palabras no salen de mi boca y, por algún motivo extraño, se quedan dentro de mi aturullada cabeza. Me cuesta trabajo pensar con claridad, y solo tengo pequeños flashes de realidad. Los tipos tampoco parecen entender nada, y

me miran con recelo. Alguno incluso retrocede, instando a sus amigos a hacer lo mismo.

—Oye, colega... Si fuera tú, yo dejaría de meterme esa mierda, porque te está afectando a la cabeza... —se atreve a decirme uno, así que, sin pensarlo demasiado, le asesto un puñetazo.

Al instante, todos reaccionan y caen sobre mí, golpeándome por todas partes, y soy incapaz de defenderme. Cuando caigo al suelo, no contentos con ello, me cae alguna que otra patada, una de ellas en la cabeza que me deja grogui y me hace probar de nuevo el sabor metálico de mi propia sangre en la boca.

Me hago un ovillo y espero paciente a que se cansen. Por suerte, no pasa mucho tiempo, así que, cuando no escucho ruido a mi alrededor, me estiro boca arriba, mirando el techo con los brazos extendidos. Me duele al respirar y me cuesta abrir un ojo. Cuando toso, me duele el pecho y me veo obligado a escupir sangre varias veces. Pero todo eso no me preocupa, porque me acabo de dar cuenta de que la bolsa de coca se ha roto, y está esparcida por todo el suelo. Empiezo a apilarla con los dedos, que me tiemblan sin parar. Al final, producto de la desesperación al ver que mi cuerpo no actúa según las órdenes que mi cerebro les dicta, empiezo a esnifarla directamente del suelo.

Ni siquiera soy consciente de que la puerta del baño se abre de sopetón. Tampoco cuando, agarrándome por las axilas y los pies, me sacan a cuestras del baño. Pocos después de eso, cuando los latidos de mi corazón retumban en mis oídos, mi cuerpo empieza a convulsionar. Escucho gritos a mi alrededor, muchos pares de ojos mirándome, barullo y desconcierto, hasta que todos se apartan y un par de tipos se agachan a mi lado y me empiezan a tomar las constantes vitales. Me hacen preguntas que soy incapaz de comprender y responder. Consigo mantener los ojos abiertos durante pocos segundos seguidos, los justos para ver cómo me estiran en una camilla y me conducen hacia el exterior del local.



—¿Sobredosis? Dios mío...

—Esto no puede seguir así. ¿Sois conscientes de lo que puede pasar? Una de esas veces, puede que lleguemos tarde...

—No, porque no le dejaremos solo nunca más.

—Mamá...

—Lo de anoche no volverá a pasar —insiste ella.

—Mamá, tenéis que empezar a plantearos ingresarle en una clínica de desintoxicación...

—Pero...

—No podéis controlarle. No podéis ser sus... carceleros toda la vida. Necesita ayuda profesional.

—¿Tú qué dices, Aaron?

—Max tiene parte de razón. Nosotros no podemos ayudarle. Pero un profesional tampoco... Yo sé quién es la única persona que le puede ayudar...

Se escucha la puerta cerrarse, pero aún siento presencias en la habitación. Abro la boca y suelto una larga bocanada de aire.

—¿Chris? ¿Cariño...?

Siento las cálidas manos de Livy en mis mejillas. Trago saliva con dificultad e intento moverme, pero me duele todo el cuerpo.

—Dale tiempo, mamá... Dejémosle descansar...



—Vamos allá...

Una enfermera me levanta la cabeza mientras su compañera coloca bien la almohada.

—¿Está a su gusto? —me pregunta, pero no le contesto, me limito a mirar por la ventana.

—Le hemos traído el desayuno, señor Taylor. ¿Le apetece que se lo

acerquemos?

Ante mi falta de respuesta, las dos se miran para, segundos después, salir de la habitación y dejarme solo. Fuera solo veo el cielo azul y algunas nubes blancas muy suaves, como si fueran algodón. De repente, una bandada de estorninos cruza por delante de mis ojos. Forman una coreografía perfecta, bailando al compás de una música invisible. Ninguno desentona, ninguno hace nada incorrecto. Me descubro imaginando mi vida como un estornino. Sería un fracaso absoluto, ya que sería incapaz de hacer lo correcto. Básicamente como ahora, pienso.

—Buenos días... —me saluda Max, entrando en la habitación y cerrando la puerta a su espalda.

Se interpone en mi campo de visión, vestido con su bata blanca. Espera con paciencia a que abra la boca. La diferencia con las enfermeras de antes es que Max no se da por vencido tan fácilmente.

—Veo que han venido a cambiarte las sábanas... —comenta, mientras mira la máquina que controla mis constantes y las contrasta con la carpeta de mi historial.

Anota un par de cosas, toca el gotero y luego acerca una silla y se sienta en ella, colocándola del revés y apoyando los brazos en lo alto del respaldo.

—¿Estamos poco habladores hoy también? Me da igual. Ya sabes que lo de hablar solo nunca fue un problema para mí... Oye, pronto te daremos el alta. Lo he estado hablando con Ash y... bueno, si tú quieres, podrías venirte algún día a casa y así estar con Abby... —Me observa atentamente, esperando paciente mi respuesta con una sonrisa en la cara mientras que yo le observo frunciendo el ceño.

—¿En serio lo habéis hablado Ash y tú? —Él asiente—. ¿En serio ella quiere que esté cerca de su hija?

—¿Por qué no lo iba a estar? Eres su tío.

—Soy su tío drogadicto.

—Bueno... Confiamos en tu voluntad para alejarte de ese mundo...



—A lo mejor es que no quiero alejarme de ese mundo...

—¿Qué?! ¿Me estás diciendo que todos los esfuerzos que estamos haciendo todos, incluido tú, son en vano?! ¡Joder, Chris! ¡No puedes estar hablando en serio!

—No tengo que darte explicaciones de lo que hago con mi vida.

—¿Cuando tus acciones tienen un efecto inmediato en la mía o en la de mamá y papá, créeme, sí me debes una explicación! ¡Mira, ya sé que tu vida te importa una mierda, pero, por favor, piensa en la de los demás!

—Os lo digo y os lo repito. Dejadme en paz.

—¡Te estás matando!

—¡A lo mejor es lo que quiero! —grito al fin.

Y entonces, él pierde los nervios y se abalanza sobre mí. Se sube en la cama y, agarrándome de la bata, y me da un par de puñetazos. Alertadas por los gritos, enseguida entran un par de enfermeras, que llaman a seguridad de inmediato. Cuando llegan, Max ya se ha calmado y bajado de la cama. Aún tiene los ojos inyectados de rabia y los puños cerrados a ambos lados del cuerpo. Me mira con tanto odio que me da miedo.

—¿Doctor Morgan, se encuentra usted bien? —le pregunta uno de los tipos de seguridad.

Sin contestar, sale de la habitación casi a la carrera, cruzándose con mi padre en la puerta. Él me mira y, al verme el labio hinchado, siendo atendido por una de las enfermeras, gira la cabeza hacia atrás, por donde se ha ido Max. Se queda callado hasta que nos quedamos solos.

—¿Se puede saber qué cojones ha pasado?

—Pregúntale a él.

—No. Te pregunto a ti. Algo me dice que tú eres el causante de... lo que sea que haya pasado aquí.

—Claro... Cómo no... Me olvidaba que siempre soy el malo de la película.

—Reconoce que no nos estás poniendo las cosas muy fáciles...

—Pues encerradme en esa cárcel en la que me queréis meter.

—¿Cárcel?

—Os oí hablar de la clínica esa...

—Allí te darían la ayuda que nosotros no somos capaces de darte.

—Y volveré a estar solo...

—¿Y eso te importa? Porque ahora no lo estás, pero parece que es lo que persigues...

—Ahora... Ahora estáis conmigo para... tenerme controlado. Pero durante años, me he subido a los escenarios cada noche, rodeado de miles de personas que me aclamaban, gente a mi alrededor que me veneraba y, a pesar de todo eso, me sentía vacío por dentro. Estaba totalmente perdido y... solo. Completamente solo.

—¿Y por qué cojones no lo dejaste?!

—¿Porque no tenía a donde volver! ¡Todos teníais vuestra vida y yo seguiría estando solo, aunque lo dejara! —Me mira entornando los ojos durante unos segundos. Abre la boca para hablar, pero, antes de que lo haga, con un tono de voz mucho más calmado, añade—: Y soy plenamente consciente de que yo y solo yo tuve la culpa de ello. Yo me cargué esa vida a la que podía haber vuelto. Yo las eché de mi vida.

—Aun puedes cambiar eso. —Sus palabras me dejan sin habla. Le miro ladeando la cabeza levemente, sin comprenderlas, o quizá sin atreverse a ello—. ¿Quieres cambiarlo?

—No sé... No sé a qué te refieres...

—Me refiero a ella, en concreto.

Planta frente a mi cara su teléfono, donde veo la foto de una adolescente. Mira a la cámara sonriente, mostrando un par de hoyuelos en las mejillas, y mantiene los brazos en jarras, en una postura divertida. Tiene los ojos azules y el pelo rubio, aunque con algunas mechas de color azul. Viste con unos vaqueros estrechos, una camiseta muy corta que deja su ombligo al aire y una camisa de cuadros anudada en la cintura. Me incorporo un poco mientras estiro los brazos para coger el teléfono. Sigo mirando la foto, grabando la imagen en mi retina, hasta que levanto la cabeza y le miro.

—¿Es... ella?

—Lo es. Y quiere conocerte. Pero solo lo hará cuando nos demuestres que las cosas van a cambiar.

## CAPÍTULO 14

### *Y así fue como, cuando todo acabó, dejé de bailar*

Paseo por las calles de la ciudad, sorteando viandantes que caminan a toda prisa. Yo, en cambio, camino lentamente, abrazándome el torso con ambos brazos. Hay restos de nieve a ambos lados de la acera y de la carretera. De las bocas de todos sale vaho, así como de las alcantarillas. Se escuchan villancicos procedentes del interior de algunos comercios, y se empieza a respirar ese ambiente navideño, a pesar de estar aún a mediados de noviembre. Hace frío y, aunque voy bien abrigada con el abrigo y la bufanda y el gorro de lana gorda, tengo la nariz helada.

Miro el reloj de mi muñeca. Voy bien de tiempo, así que me paro en una cafetería para comprar un par de cafés calentitos y unos donuts. Ya con todo en una bolsa, camino hacia la academia de baile para recoger a Cassey, decidida a contarle toda la verdad acerca de su padre.

Cuando entro, la recepcionista me sonrío, saludándome con una mano. Yo hago lo propio, señalando luego con un dedo hacia la sala, haciéndole saber que voy a entrar. Hay más gente mirando a las chicas, algunas son alumnas de otros cursos y otras deben de ser madres. Yo me quedo a un lado, algo apartada, apoyando la espalda contra la pared. Ella aún no me ha visto porque el profesor le está dando algunas indicaciones acerca de algunos movimientos.

—¿Lista, Cassey? —le pregunta mientras se retira hacia el aparato de música.

Cassey asiente concentrada, con la vista fija en el suelo de madera. Se mantiene inmóvil hasta que las primeras notas de la canción empiezan a sonar. Al instante, levanta la cabeza y empieza a moverse al ritmo de “Shape of you” de Ed Sheeran.

—Es buenísima... —dice una chica, sentada cerca de mí.

—Mira cómo se mueve... —apunta otra.

Y la verdad es que lo hace de maravilla. Su cuerpo se mueve como si se

deslizara sobre el entarimado, como una suave ola, de forma hipnótica.

—¡Eso es, chica! —la anima el profesor—. ¡Déjalos atónitos! ¡Que sepan quién manda!

El resto de alumnos aplauden y la vitorean mientras Cassey se come la pista. Sus movimientos son perfectos y su cuerpo espectacular. No puedo creer lo mucho que ha crecido y lo guapa que está. Vestida con unas mallas negras, un top y una camiseta corta de color blanco, que deja su vientre al aire, está dejando a más de uno de los chicos con la boca abierta.

En cuanto la canción acaba, todos estallan en aplausos, incluido el profesor, que va a su encuentro. Ella sonríe abiertamente, satisfecha, mientras coge la toalla y se seca el sudor de la cara y el cuello.

—Esto, señores y señoras, es bailar —dice el profesor a todos, después de abrazarla.

Emocionada y muy orgullosa, junto las dos manos delante de la boca. En ese momento, ella me ve y yo aprieto los labios para no llorar, saludándola con una mano.

—¿Qué haces...? —me pregunta.

—He pensado que podríamos... merendar juntas —le informo, mostrándole los dos cafés y la bolsa con los donuts.

—Eh... Vale... —contesta algo extrañada—. ¿Estás... llorando...?

—No. No... Es que... me ha entrado algo en el ojo...

—Ya. Voy a ducharme, ¿vale? Ahora salgo.

—De acuerdo.

En cuanto ella se marcha junto a algunos de sus compañeros de clase, el profesor se acerca a mí.

—Hola. Soy Raphael, el profesor de Cassey. Es usted su madre, ¿verdad?

—Sí.

—Solo quería decirle que es fantástica.

—Gracias.

—Y que creo que tiene un gran futuro como bailarina. Se atreve con todo tipo de música y eso es un don maravilloso. Lleva el ritmo en la sangre...

Asiento sin abrir la boca, haciendo verdaderos esfuerzos para no empezar a llorar. Son demasiados sentimientos retenidos, demasiadas peleas, demasiadas vivencias, demasiados recuerdos...

*Nada más salir de la ducha escucho la guitarra. Toca pocos acordes, haciendo pruebas, combinando notas. Podría apostar dinero a qué adivino incluso su postura: sentado en la banqueta frente al piano, con la guitarra entre las manos, el lápiz entre los dientes y el cuaderno al lado. Y no me equivoco.*

—Suena bien... —le digo en cuanto llego al salón.

*Le abrazo por la espalda, rodeando su cuello con ambos brazos. Mi pelo húmedo cae a ambos lados de mi cara, acariciando sus mejillas. Chris cierra los ojos e inhala mi olor, justo antes de girar la cara y besarme.*

—Aún tengo poco... —dice mientras yo me siento a su lado.

*Cojo el cuaderno y leo lo que hay escrito.*

*"I found a love for me.  
Darling, just dive right in and follow my lead.  
Well, I found a girl, beautiful and sweet.  
Oh, I never knew you were  
The someone waiting for me  
Because we were just kids  
When we fell in love"*

*Sonrío y choco mi hombro contra el suyo.*

—Es precioso.

—Gracias —me responde él, imitando mi gesto, justo antes de agachar la cabeza hasta mi prominente barriga—. ¿Y a ti qué te parece?

—Mmmmm... No se ha pronunciado aún. Hoy está muy tranquilita.

—¿En serio? ¿Con lo que se mueve ella cuando escucha a papi cantar?

Me encojo de hombros mientras él me coge de la mano y se pone en pie. Se cuelga la guitarra del cuello y empieza a tocarla y a cantar. Gira a mi alrededor mientras lo hace, sin dejar de mirarme. Y entonces, Cassey empieza a moverse en mi barriga. Mi expresión se ilumina y él sabe que ha vuelto a suceder. Deja de tocar, se coloca la guitarra a la espalda y se arrodilla frente a mi barriga. Apoya la frente y las palmas de las manos en ella, con suavidad, y sigue susurrando la canción.

*“I love you more than you will ever know  
I love you no matter what you do  
I’m gonna hold you as long as you will let me  
‘cause you’re mine, I love you”*

Entonces, sonriendo, se pone en pie y me abraza, meciéndome, bailando conmigo. Siento su mejilla contra la mía y su aliento acariciándome la oreja. Una de sus manos se desplaza hasta mi barriga.

—Nunca me cansaré de bailar contigo... —susurro.

Me encantaba ver y escucharle componer. Adoraba su cara de concentración, su voz susurrando frases, su expresión satisfecha cuando conseguía lo que quería o la cabreada cuando no le salían las palabras. Me sentía pletórica cuando cantaba para mí y para Cassey, cuando bailaba con nosotras...

Pero entonces descubrí sus infidelidades y me vi incapaz de seguir confiando en él. Le quería, pero, simplemente, no podía vivir alejada de él imaginándole en brazos de otra.

Y así fue como, cuando todo acabó, dejé de bailar.

Y lo hice para siempre. De hecho, desde que todo acabó, nunca más he bailado. Nunca. En cambio, Cassey, no ha dejado de hacerlo jamás. Empezó a bailar dentro de mi barriga y nunca ha parado. Realmente, parece tener el ritmo

en la sangre, y fue “culpa” nuestra.

—Sí... Eso parece... —le respondo al profesor, sonriendo con timidez.



Cassey da sorbos a su café y da un par de mordiscos a su donut sin dejar de mirarme de reojo. Yo mantengo la vista fija al frente, planeando con esmero mis próximas palabras, sabedora de que pueden cambiar el rumbo de la vida de mi hija para siempre.

—Mamá... esta merienda tiene un propósito concreto, ¿verdad? Me refiero a aparte de alimentarme...

—Es algo así como una merienda de reconciliación y confesión. Todo junto. Quiero que empecemos de cero las dos. No más mentiras. No más secretos.

—De acuerdo... —contesta frunciendo el ceño.

—Pero tienes que saber que, a lo mejor, saber la verdad te hará daño. Puede que... descubras cosas que no te gusten. Pero también quiero que sepas que yo estaré a tu lado si me necesitas y...

—Me estás asustando, mamá.

—No, no, no... No quiero que te asustes. No pasa nada... En realidad, no tienes nada que temer.

—¿Esto va sobre... papá?

Asiento apartando la mirada, justo antes de volver a hablar.

—Él... Te quería muchísimo, ¿sabes? No sé si te lo he dejado claro durante todos estos años... Puede que estuviera demasiado resentida con él como para admitirlo, pero él siempre fue un buen padre contigo, el poco tiempo que estuvisteis juntos. No quiero que pienses ni por un mísero segundo, que nuestra separación tuvo algo que ver contigo...

—Vale... —titubea durante unos segundos, algo confundida—. ¿Y todo esto me lo dices ahora por...? Espera, ¿él está...? ¿Está bien?



—No muy bien, Cassey... Verás... Él... Yo...

—¿Sabes? No se te da muy bien esto de tranquilizar a la gente...

—Lo siento... Solo quiero contarte por qué.

—¿Por qué, que? —me pregunta al rato, cuando se da cuenta de que no voy a añadir nada más.

—Por qué le abandoné —le aclaro—. Cassey, tu padre tiene problemas con las drogas y el alcohol... Problemas serios. Los tiene desde poco antes de nacer tú. Yo no quise verlo, aunque lo sabía. Al principio puede que solo fueran unas cuantas cervezas y un par de porros. Decía que le ayudaban a seguir el ritmo. Y yo le creía. ¿Qué iba a saber yo?

Mientras hablamos, llegamos a Bryant Park donde, por inercia, aminoramos el paso. La pista de hielo y los tenderetes del mercadillo navideño ocupan gran parte de la plaza, pero, aun así, nos las arreglamos para conseguir un par de sillas en las que sentarnos.

—Pero, según parece, cuando descubrí sus infidelidades y nos... marchamos a Florida, siguió consumiendo más y más... Sé que sabes cosas de él gracias a los medios de comunicación y que, sobre todo desde que sabes que es tu padre, has estado indagando más en internet. Sé que has leído acerca de algún escándalo que ha protagonizado, alguna indisposición que provocó cancelaciones de conciertos, algunas fotos comprometidas... —Ella asiente sin parpadear—. La otra noche, cuando te dije que iba a hablar con sus padres para pedirles que le dijeran que querías verle, te dije que no les había llegado a preguntar.

Fijo la vista en el infinito, más allá del gentío de patinadores. A pesar del cielo oscuro y del frío, hay multitud de personas en la calle, cientos de caras en las que fijarse, aunque solo una me importa: la de mi hija, que me mira atenta, con preocupación y tristeza.

—Te mentí —prosigo—. Sí fui. Sí llamé a su puerta. Sí crucé algunas palabras con ellos... Hasta que le vi.

—¿Papá estaba allí? ¿Él está en Nueva York?

—Yo no lo sabía... —contesto mientras asiento de nuevo.

—Entonces... ¿por qué me mentiste...?

—Porque la persona que vi ahí, no se parece en nada a tu padre, cariño. Los excesos han podido con él. Sé que bebe a todas horas y toma cocaína. Está consumido... muy delgado, casi cadavérico, ojeroso, débil... No quiero que le veas así, Cass... No sería justo para ninguno de los dos, ni para ti ni para él.

—Pero... ¿Se va a... morir? —me pregunta con los ojos llenos de lágrimas contenidas.

—Si se deja ayudar, no. Su familia, sus padres y hermanos, están haciendo todo lo posible por ayudarle. —Cassey gira la cabeza y mira hacia la pista de hielo durante un rato. Sus ojos se fijan en una pareja que patinan junto a su hija pequeña. Ambos la cogen de las manos, mientras los tres sonríen. Un escalofrío recorre su cuerpo, y veo cómo se encoge dentro de su abrigo, escondiendo la cara bajo su enorme bufanda de lana—. ¿Estás bien?

—De repente tengo otros abuelos... Y tíos... Estoy algo abrumada... ¿Ellos saben... que... existo?

—Sí. De hecho, Aaron, tu abuelo, fue el que me ayudó a traerte de vuelta la otra noche...

—¿El padre de papá?

—Así es. Él siempre supo dónde estuvimos durante todos estos años, ¿sabes? Él... me guardó el secreto con una única condición: que le llamara si necesitaba algo.

—Así que la otra noche le llamaste.

Nos quedamos calladas durante unos segundos, mirándonos. A pesar de estar tratando un tema tan delicado, ninguna de las dos estamos enfadadas.

—Cariño, quiero que les conozcas, a todos. Tienes que creerme, pero...

—Lo entiendo.

—Yo no... Espera... ¿Lo entiendes?

—O sea... Entiendo que me protejas a mí de él, o de la versión actual de él. Pero que además intentes protegerle a él de sí mismo... cuando podrías perfectamente aprovechar la ocasión para... sacar ventaja de la situación, me alucina, a la vez que me encanta —confiesa sonriendo, encogiéndose de hombros.

Frunzo el ceño, confundida y, por qué no admitirlo, muy descolocada. Abro la boca varias veces, cerrándola al rato, intentando simular que mi hija adolescente no acaba de quedarse conmigo.

—¿Sigues enamorada de él? —me pregunta entonces, noqueándome del todo. Me abrazo el torso con ambos brazos y resoplo con fuerza, desviando la mirada a un lado—. Mamá... No pasa nada... No serás mejor o peor dependiendo de la respuesta. Eres humana. Cualquier respuesta será totalmente lícita.

—No sé qué siento por él... —le confieso, enfrentando de repente su mirada, mostrando las lágrimas que resbalan por mis mejillas—. Debería... odiarle. Debería... no sé... Sé que no estoy enamorada de él como lo estuve hace unos años, pero... no le odio... Incluso la otra noche cuando le vi, algo dentro de mí dio un vuelco. De repente recordé nuestras conversaciones, nuestras confidencias, cuando me cantaba, cuando nos besábamos, cuando te mecía en sus brazos... No puedo olvidar tantos años de un plumazo, pero luego pienso que él fue capaz de hacerlo sin siquiera pestañear... Aniquiló todo lo que teníamos, lo que habíamos construido con tanto esfuerzo... Y fue capaz de hacerlo durante un tiempo y seguir mirándome a la cara sin sentir vergüenza... Destrozó nuestras vidas cuando se tiró a esas otras... La suya y la mía, porque él parecía tenerlo todo, pero buscó consuelo cada vez más a menudo en las drogas y el alcohol... Pero entonces te miro, y me doy cuenta de que tú no tienes por qué odiarle y...

Cuando me quedo callada, levanto la vista y descubro que ella también está llorando. Se muerde el labio inferior y se seca las mejillas con los puños de su chaqueta.

—Guau...

—Sí... Supongo que “guau” es una buena definición de todo ello...

—Hace poco leí que se largó de un concierto y... desapareció... Hay rumores de que va a dejar la música... Otros dicen que está acabado.

Me encojo de hombros, consciente de todos esos rumores, pero, simplemente, creo que ni él mismo sabe la respuesta.

—Hace un par de días, le ingresaron por culpa de una sobredosis. Ha tocado fondo... Sus padres y hermanos están desesperados, y no saben qué hacer para ayudarle.

—Tampoco parece que él ponga mucho de su parte, ¿no?

—En un intento desesperado para hacerle reaccionar, Aaron me pidió que le enviara una foto tuya...

—Y... ¿te dijo algo...? Sabes si... ¿funcionó?

—No sé nada de ellos desde entonces... —Cassey tuerce el gesto, decepcionada, y agacha la vista a su regazo, donde reposan sus manos—. Cariño, yo...

Me quedo callada al verla ponerse en pie.

—Hace frío. ¿Nos vamos a casa?



—¡Mamá! ¡Teléfono!

—¡Descuelga y dile a quién sea que ahora le llamo! ¡Excepto si es Frank! ¡En ese caso dile que no, que mañana es mi día libre y no pienso ir a trabajar! — respondo a gritos, descorriendo un poco la cortina.

En ese momento, la puerta del baño se abre y Cassey aparece con cara de susto, mostrándome la pantalla del teléfono. La misma expresión que pongo yo cuando leo el nombre de Aaron en ella.

—Mamá... Estará bien, ¿verdad?

La preocupación en las palabras de Cassey me hace reaccionar de inmediato,

y salgo de la ducha enrollándome una toalla alrededor del cuerpo y secándome la mano antes de coger el teléfono y descolgar.

—Sí.

—Eh... Hola... —me saluda—. Si te cojo en mal momento, te puedo llamar más tarde...

—No. No... Estaba en la ducha, pero ya he salido.

—Vale...

—Aaron, ¿ha... pasado... algo...? —pregunto, mirando a Cassey de reajo.

—No... bueno... sí... Él... Ha accedido a ser ingresado en una clínica de rehabilitación. Es lo más cerca que ha estado nunca de querer acabar con todo eso, ¿sabes?

—Me alegro —afirmo sonriendo, intentando que Cassey se contagie de mi optimismo.

—Y fue gracias a ella... Y a ti... Conseguisteis en unas décimas de segundo lo que nosotros no hemos conseguido en años...

Agacho la cabeza y me muerdo en labio inferior.

—Es... genial, Aaron...

—Aún tengo que pedirte otro favor...

—Vale...

De acuerdo, puede que no haya sonado demasiado convencida.

—En esa clínica, no le permiten llevar móviles y tampoco pueden tener contacto físico con nadie del exterior... pero sí tiene acceso a internet.

—Ajá...

—Me preguntaba... Livy y yo nos preguntábamos... Bueno, de hecho, todos estuvimos de acuerdo... Aunque si tú no lo estás, tienes la última palabra, y no

tiene por qué hacerlo...

—Aaron.

—Lo siento. Nos preguntábamos si dejarías que Cassey tuviera contacto con él.

—Pero, decís que no puede mantener contacto con nadie del exterior...

—Físico. Pero tiene acceso a internet y nadie ha dicho que no pueda recibir correos electrónicos.

Miro a Cassey, que espera una explicación, con los ojos muy abiertos.

—Entonces, ¿me estáis pidiendo que Cassey le envíe un correo electrónico a Chris? —le pregunto a Aaron en voz alta.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Lo haré! —interviene ella de repente.

—¿Es...? ¿Es ella? —me pregunta Aaron entre risas.

—Me parece que ya tienes la respuesta...



—Ya está... Pero... quiero que lo leas antes de enviarlo...

—Cariño, lo que le digas a tu padre es cosa tuya, algo entre tú y él.

—No. Quiero que lo leas porque... estoy algo nerviosa y no sé cómo hablarle... O sea... En realidad, no sabía qué decirle, ¿sabes? Tantos años soñando con el momento en el que hablara con él por primera vez, aunque técnicamente no lo he hecho aún, y llegado el momento, no sabía qué decirle... ¡Ni siquiera sabía cómo empezar! Un hola, sin más, me parecía frío...

Sentada en el sofá, con el libro que estoy leyendo sobre mi regazo, intento seguirla sin pestañear para no perderme ninguna de sus palabras, pero habla tan rápido y nerviosa, que me está costando lo mío. Mientras ella, sujetando su portátil contra el pecho, sigue hablando hasta que le indico mediante señas que se siente a mi lado en el sofá.

—A ver... Déjame el portátil —le pido mientras lo abro y, en cuanto al correo electrónico aparece frente a mí, empiezo a leer.

**DE:** Cassey ([tinydancer@gmail.com](mailto:tinydancer@gmail.com))

**A:** Chris ([ctaylor@gmail.com](mailto:ctaylor@gmail.com))

**ASUNTO:**

**MENSAJE:**

**Hola...**

—No sabía qué poner en el asunto, por eso lo dejé en blanco —me interrumpe poniendo el dedo frente a la pantalla, impidiéndome leer más—. ¿Crees que debería poner algo? ¿Qué le pongo?

—Cassey, tranquila.

—¿Y si se piensa que soy idiota?

—¿Por no poner nada en el asunto? Es humano, Cass... Y totalmente imperfecto, como ya habrás podido adivinar. No le idealices ni le conviertas en un Dios por el simple hecho de ser famoso. Por encima de todo eso, es tu padre, cariño, y te va a querer igual le escribas lo que le escribas... Solo, sé tú misma.

Ella asiente pensativa, mordiéndose una uña, justo antes de coger el portátil y borrar todo el mensaje.

—¿Qué haces?

—Tienes razón. Era una mierda —dice, justo antes de poner a escribir de nuevo.



**DE:** Cassey ([tinydancer@gmail.com](mailto:tinydancer@gmail.com))

**A:** Chris ([ctaylor@gmail.com](mailto:ctaylor@gmail.com))

**ASUNTO:**

**MENSAJE:**

Hola...

**Creo que no sabes nada de esto... que no sabías que te iba a escribir, me refiero, así que, ¡sorpresa! Créeme, no es comparable con la que me llevé yo al saber que tú eras mi padre, así que te sigo debiendo unas cuantas.**

**Se supone que este mail forma parte de tu terapia. Estás ahí aislado del mundo y el único contacto que vas a tener con el exterior será a través de esa pantalla de ordenador frente a la que supongo que estarás ahora... Quizá esperabas encontrar un mail de alguien más interesante, así que espero no desilusionarte demasiado.**

**Me gustaría hacerte un millón de preguntas, pero no quiero agobiarte demasiado, aunque te advierto que tarde o temprano te las haré. Sí, es una amenaza, échate a temblar.**

**Lo sé todo, o casi todo de ti, entre lo que he leído en internet y revistas varias, y lo que me ha contado mamá, así que, puesto que la desconocida aquí soy yo, te hablaré un poco de mí...**

**Tengo dieciséis años. Eso creo que lo sabes, o deberías. En pocos días cumpliré los diecisiete, y eso también lo deberías saber. No te preocupes si lo olvidas, soy de las que lanzan indirectas de posibles regalos que hacerme durante semanas antes.**

**Empecé a caminar a los diez meses. Mamá dice que demasiado pronto, porque la llevé de cabeza desde entonces. No sé ir en bicicleta, así que supongo que lo compensé un poco porque nunca ha tenido que salir corriendo conmigo al hospital por ese motivo (aunque sí por otros... Ups... No se puede ser perfecta en todo, ¿no?)**

**Empecé a bailar estando en la barriga de mamá, y sé que tú eres el gran causante de ello. Para tu información, lo debiste hacer muy bien porque, a fecha de hoy, sigo bailando sin parar. Me encanta y me gustaría vivir de ello en el futuro. El otro día, mi profesor dijo que llevaba el ritmo en la sangre, y supongo que debe ser verdad...**



Con dos años recitaba frases enteras en español. Es lo que tiene crecer al lado de María, que veía telenovelas a todas horas. Imagina la cara de mamá cuando una noche, cenando, le dije: “¿Sabes que el hijo que espera Luisa Fernanda es del pendejo de Cristóbal Eduardo, el jardinero?”

Se me cayó el primer diente a los seis años y me lo tragué. No fue un accidente, lo hice a propósito. Me aterraba la idea de que alguien entrara en casa, por muy ser mágico que fuera. A pesar de ello, a la mañana siguiente, encontré el dólar que el hada había dejado bajo la almohada. Estuve tres noches seguidas sin dormir, haciendo guardia frente a la puerta, hasta que mamá me contó la verdad.

Empecé a leer a los cinco años. Fui rápida gracias a la ayuda de mamá. Supongo que se le acabó la paciencia cuando la obligaba a detenerse delante de todos y cada uno de los escaparates de la calle para leerlo todo. Y cuando digo todo, es todo, incluido el cartel del prostíbulo por el que pasábamos cada mañana cuando me llevaba el cole. Hasta ese día. Desde entonces, cambiamos el itinerario.

Di mi primer beso con cuatro años, a un perro lleno de pulgas. Fue con lengua, al menos por su parte, yo solo pretendía abrazarle y darle un beso en la cabeza. Mamá me llevó a casa y me frotó con jabón en la ducha, tan fuerte que me dejó la piel roja durante días. Mi primer beso a un humano no te lo contaré porque tengo a mamá a mi lado.

Me encanta el baseball y soy fanática de los Marlins de Miami. Mamá me ha dicho que tanto tú como tu padre jugasteis al baseball y que sois de los Yankees... Qué horror. En fin, no se puede tener todo en esta vida...

Los estudios, en general, me van bien, pero no voy a perder el tiempo en contarte nada acerca de esto.

Me encanta el invierno, la lluvia y la nieve. Quizá sea porque he vivido gran parte de mi vida en Florida y me cansé de sudar todos los meses del año. Por eso prefiero Nueva York. Me encanta pasear bajo la lluvia y sentir el frío cortante en la cara, o perderme por los cientos de caminos de Central Park cuando está nevado. A veces, incluso he conseguido no cruzarme con nadie durante mi paseo. Lo juro.

Mi sabor favorito de helado es el chocolate. Mi comida favorita es el

**pastel de chocolate. Mi bebida favorita es el batido de chocolate... ¿Lo has pillado? Te lo pongo fácil. Regálame chocolate, y acertarás.**

**Mi canción favorita es “Tiny Dancer” de Elton John. Mamá la escuchaba a todas horas cuando era pequeña, así que se puede decir que crecí con ella. Lo siento, no es tuya, pero si me cantas alguna en “vivo y en directo”, quizá la desbanque. A lo mejor eso te anima a querer que nos veamos en persona... No por verme, sino por desbancar a Sir Elton John del puesto más alto de podio. Sería todo un logro, ¿no crees?**

**Mis películas favoritas son “Nemo” y “Begin Again”. La primera la debo haber visto como un millón de veces (mamá da fe de ello) y la segunda, si sigo a este ritmo, batiré mi propio récord.**

**No toco ningún instrumento, y tampoco canto. Pero nunca es tarde para empezar, ¿no?**

**¿Hay un tope de líneas que te dejen leer ahí dentro? Lo digo porque esto parece haberse alargado bastante, y fíjate que antes de empezar estaba nerviosa porque no sabía qué decirte... Supongo que, en el fondo, tengo miedo de que no me contestes, e intento que sepas lo máximo de mí de una sola vez. Te prometo que tengo mucho más que contarte, si es que quieres que sigamos escribiéndonos... A mí me encantaría.**

**Bueno... Me parece que voy a despedirme ya. Si me contestas, me podrías explicar algo más de ti... Quizá cosas que nadie más sepa, ni siquiera mamá. Sería guay tener un secreto que solo sepamos los dos...**

**Bueno, hasta pronto. O hasta nunca. De ti depende.**

**Cassey**

Me mira apretando los labios hasta convertirlos en una fina línea. Yo la miro sonriendo, intentando demostrarle toda la confianza posible. Y entonces, sin pensárselo durante más tiempo, pulsa el botón y envía el correo.

## CAPÍTULO 15

### *Y así fue como, cuando todo acabó, empezó la pesadilla*

—¿Qué te pongo?

Miro detenidamente las fuentes llenas de comida expuestas frente a mí. Todo muy sano, todo muy verde, todo muy... soso. Empiezo a negar con la cabeza, dando un par de pasos hacia atrás.

—No tengo hambre.

—Mira, ya sabes cómo funciona esto. Tienes que comer para que te dejen salir del comedor. Y solo te dejarán salir cuando te pongan el sello en tu cartilla. Y solo te lo pondrán si te comes todo lo del plato. Y solo te lo podrás comer si me dices qué te pongo.

Resoplo demostrando mi disconformidad, aunque me parece que al tipo de detrás del mostrador le da completamente igual que esté o no de acuerdo con las reglas. Él tampoco las ha puesto. Él es alguien como yo, que cumple con el cometido que le han asignado.

Miro el recuadro de mi cartilla. En ella ya hay algunos sellos, los de algunas comidas, los de las tomas de las pastillas, los de mis visitas con la psicóloga del centro y los que me otorgaron por hacer bien mi tarea asignada, en mi caso, limpiar los establos de los animales. Necesito cien sellos para que se planteen dejarme salir de aquí. Cien sellos para que un comité evalúe mi progresión. Cien sellos para que un médico diga que estoy limpio. Cien sellos para que un psicólogo diga que soy apto para soltarme de nuevo ahí fuera. Cien sellos me separan de Cassey. Cien buenas acciones para intentar recuperar el tiempo perdido con ella. Con ellas...

—Eh... Ponme... Joder... Eso mismo —le señalo sin poder evitar la expresión de asco.

—¿Esto? ¿En serio? —me pregunta el tipo.

Levanto la vista y le miro, asustado, levantando las cejas.

—No me jodas. ¿Alguna recomendación...?

El tipo empieza a reír a carcajadas mientras hunde el cucharón en la crema de verduras que he elegido.

—Me estoy quedando contigo, blanquito —me dice mientras me tiende la bandeja—. Te creía más espabilado...

—Que te jodan.

Me alejo caminando de espaldas, enseñándole el dedo corazón, gesto que parece no importarle lo más mínimo, ya que sigue riendo y comentando la anécdota con el siguiente tipo de la fila.

—Hola, Chris —me dice una de las enfermeras al acercarse a mí. No la había visto hasta ahora, pero aquí todos parecen saber cómo te llamas—. Aquí tienes tus pastillas.

Se queda plantada a mi lado, esperando a que me las tome. No contenta con ello, cuando lo hago, tengo que abrir la boca y sacar la lengua para que se asegure de que las he tragado.

—Perfecto. Otro sellito para tu cartilla.

Fuerzo la sonrisa, hasta que se encamina hacia su siguiente “víctima”. Entonces me concentro en el plato que tengo frente a mí. Acercó la nariz, pero no huele a nada. Hundo la cuchara y me la llevo a la boca. No puedo decir que esté malo, pero tampoco bueno. Es insípido y, básicamente, demasiado sano.

—¿A que está delicioso?

Se sienta frente a mí el tipo que me ha servido la comida.

—Piérdete.

—No.

—Oye, mira... Llevo dos semanas aquí, encerrado en una puta habitación de

color gris, metido en una cama con sábanas grises, vestido con un puto pijama gris, atado con correas...

—¡No me lo digas! ¡Correas grises!

—Gilipollas... —susurro con una mueca de asco dibujada en los labios, apartando la bandeja.

—Dos semanas de aislamiento son muchas, así que supongo que llegaste hasta arriba, ¿no? —Aprieto los labios, soltando el aire por la nariz, realmente exasperado—. No se lo tengas en cuenta. Comprende que antes de dejarte pulular por aquí a tus anchas, se han tenido que asegurar de que no vas a autolesionarte. Además, tampoco iban a dejar que te pasearas por aquí con aspecto de muerto viviente, asustando al personal.

—Piérdete, colega.

—Es mi tiempo de descanso para comer y nos podemos sentar donde queramos.

—¿Y tiene que ser aquí?

—Sí.

—Pues todo tuyo, porque yo ya he acabado.

—¡Ni de coña! Ahí hay mejunje aún... No te lo van a dar por bueno.

Y entonces, miro alrededor para comprobar que ningún orientador nos mira y vierto el contenido de mi bol en el suyo.

—Pero, ¿qué...? —El tipo abre los brazos, alucinado, mientras yo me alejo susurrando—: Empate a uno...

Cuando llego a la puerta, muestro mi bol vacío y consigo un nuevo sello. Consciente de que mi nuevo amigo estará mirándome, sin darme la vuelta, me alejo levantando ambos brazos, con gesto triunfante.



Hace un frío de la hostia y son las seis de la mañana. A duras penas me ha dado tiempo de tomarme un zumo de naranja, lo único que Nick, el orientador que me guía durante los primeros días en mi trabajo en los establos, me ha dejado tomar.

Mientras caminamos hacia los establos, pisando la hierba helada, me resguardo del frío con mi sudadera, metiendo las manos en el bolsillo delantero, con la capucha puesta.

—La idea principal es mantener esto lo más limpio posible... No es un trabajo difícil, pero sí tienes que dedicarle tiempo. O sea, por la mañana puede estar limpio, pero por la tarde te lo puedes llegar a encontrar fatal... Con la pala puedes retirar los excrementos, y con la horca puedes extender paja donde haga falta. Hay un grifo ahí para que puedas poner agua en los abrevaderos... ¿Me estás escuchando?

Giro la cabeza y le miro encogiéndome de hombros.

—Limpiar la mierda, poner paja y dar de beber a los bichos. Lo pillo.

—Es que no te veo muy... predispuesto al trabajo. —Me mira de arriba abajo, señalándome con una mano—. La gente no suele venir a currar con las gafas de sol puestas, y menos a las seis de la mañana...

—Oye, mira. Necesito los putos sellos para salir de aquí, así que, tranquilo, lo haré —le corto—. No creo haber leído que haya un código de vestimenta exigido para realizarlo.

—De acuerdo. Si tienes cualquier problema, estaré cortando leña.

Asiento mientras él se aleja. Cuando me quedo solo, doy una vuelta sobre mí mismo, aun con las manos en los bolsillos. Un escalofrío recorre mi cuerpo, así que empiezo a caminar de un lado a otro. Me asomo a una de las cuadras, apoyando los brazos en la puerta, que me queda a la altura del pecho.

—Joder, macho. Te has quedado a gusto, ¿eh? —le hablo al caballo que hay en el interior.

En cuanto me escucha, se despierta y se empieza a poner en pie. Tiene un porte imponente que me da mucho respeto.

—Eh, eh, eh... —digo, enseñándole las palmas y dando un par de pasos hacia atrás—. No pretendía ofenderte.

El caballo camina de forma pausada hasta asomar la cabeza. Me mira fijamente y, aunque dudo durante unos segundos, me empiezo a acercar alargando una mano hasta tocarle el hocico. Poco a poco gano confianza y consigo posar ambas manos.

—Vaya... ¿Te cuento un secreto? Es mi primera vez con uno de tu especie... Moláis bastante, ¿sabes? Excepto por... toda esa mierda que ahora resulta que es mi trabajo recoger.

—¡Eh, colgado! ¿Ahora resulta que hablas con animales! ¡Ah, cojones! ¡Ya sabía yo que tu cara me sonaba de algo! ¡Eres el tipo que susurraba a los caballos! ¡No, no, no! ¡Eres el tipo que recogía la mierda de los caballos!

—Oh, joder... Qué suerte la mía... —digo mientras me alejo hacia el fondo del establo para hacer ver que cojo una de las herramientas.

—¡La hostia! ¡Qué peste, joder! —insiste, siguiéndome al interior—. Esto viene bien... Ver cómo están los demás para valorar lo que tienes... ¿A que ahora no te parece tan chungo el olor del mejunje de verduras?

—En serio, tío. ¿No tienes sueño? —le digo, ya con la horca entre las manos.

—Eh, eh, eh... —Me muestras las palmas de las manos, hasta que me ve entrar en uno de los establos y se relaja—. La coca me ha vuelto insomne. ¿A ti no?

Le miro de reojo mientras apunto la horca hacia el caballo al que estoy molestando. El pobre animal se levanta algo asustado y se aleja sin perderme de vista.

—Se te da de puta madre, ¿eh?

—Que te jodan.

—Igualmente. Soy Jay, por cierto. De DJ, no de Jason. —Me tiende la mano para que se la estreche mientras yo le miro con una ceja levantada, apoyándome en el palo de la horca—. ¡Vamos! ¡Esto es una ofrenda de paz! ¡Deja de fruncir

el ceño!

—Paso —digo, justo antes de darme la vuelta y empezar a repartir el heno por el suelo del establo.

Él chasquea la lengua y se marcha. Nada más salir al exterior, hace unos estiramientos y, poco después, empieza a correr.



Con la cartilla en la mano, arrastrando los pies, busco la sala donde se imparte la terapia. Solo me quedan dos sellos hoy, este y el de la cena, y no sé a qué le tengo más miedo.

—¿Te ayudo, Chris? —me pregunta un orientador al que tampoco había visto hasta ahora pero que, oh sorpresa, sabe cómo me llamo.

—Me toca terapia y... —Levanto ambos brazos mientras me encojo de hombros y miro a lo largo del pasillo.

—La última puerta. Te deben estar esperando ya.

—¿Deben...?

—Claro. Todos los demás.

—Creía que era una terapia...

Pero el tipo ya se ha marchado pasillo arriba, así que camino hacia la puerta que me ha indicado. En cuanto la abro, me quedo paralizado. Hay un montón de sillas colocadas formando un círculo, y todas ellas ocupadas menos una.

—Hola, Chris. Soy Martin. Te estábamos esperando. Toma asiento.

Frunzo el ceño, mirando a todos. Cuando mis ojos se encuentran con los de mi nuevo amigo Jay, él levanta una mano y mueve los dedos de forma cómica para saludarme.

—Creo que... No sé si estoy... —balbuceo, muy confundido.



—Estás en el sitio correcto. Bienvenido a la terapia de grupo —insiste el orientador, sosteniendo una carpeta sobre su regazo, mirándome por encima de las gafas.

Con paso dubitativo, me acerco a la silla libre y me siento en ella. En cuanto lo hago, meto las manos en los bolsillos y me tapo la cara con la capucha, agachando la cabeza.

—Y ahora que estamos todos, podemos empezar. ¿Cómo estáis hoy?

—Bien —responden unos.

—Muy bien —contestan otros.

—Hoy me siento algo alicaída —interviene una chica.

—¿Y eso? —le pregunta el orientador, centrándose en ella.

—Echo de menos a mi novio y... Sé que él no es la mejor influencia posible... O sea, sé que por su culpa yo... pero... él es toda mi vida y...

—Nora, tienes que centrarte en ti y en tu mejoría. ¿Recuerdas a la conclusión que llegamos hace unos días? Él no es alguien que merezca tu atención. Tienes que centrar tus esfuerzos en ti y en toda esa gente que te apoya, no aquellos que te perjudican...

—Ya, pero él ha estado ahí siempre...

—Estuvo allí porque consiguió que te alejaras de tu madre... —interviene otra paciente.

—Sí, lo sé. Pero... tía, él es el amor de mi vida y...

—Joder... —susurro resoplando.

Mi comentario no pasa desapercibido, y enseguida todos me miran, la mayoría con gesto reprobatorio.

—¿Querías decir algo? ¿Quizá darle algún consejo a Nora? —Niego con la cabeza sin levantar la vista de mi regazo, pero él no parece rendirse fácilmente

—. Insisto. Todas las aportaciones son valiosas y bienvenidas.

—No quiero... aportar nada —susurro.

—Me temo que eso no es una opción. Todos hemos compartido nuestras experiencias.

—Enhorabuena. Yo me limitaré a aparecer, escuchar vuestras penas y esperar a que me pongas el puto sello.

—Eso tampoco es una opción válida. Si quieres el sello, tendrás que participar.

—En las normas pone “asistir a las terapias”, no dice nada que haya que participar en ellas.

—Verás... quizá te parezca complicado al principio, pero a la larga te das cuenta de lo mucho que puedes aprender de los demás.

—No creo que... Nora o... Jay de DJ no de Jason, puedan aportarme nada —contesto con tono burlón.

—Te sorprenderías.

—No lo creo.

—Listillo... —susurra Jay.

Víctor levanta una mano para calmar a Jay sin dejar de mirarme. Lejos de parecer molesto, parece encantado.

—Puedes guardar la cartilla y largarte. Si te piensas que te voy a poner un sello por el simple hecho de aparecer, estás muy equivocado. Así que, por favor, déjanos trabajar. Porque ellos quieren mejorar y contigo interrumpiéndonos no van a conseguirlo. Sea cual sea el motivo por el que quieran hacerlo, por ellos mismos cuando vieron que tocaron fondo, o porque se lo prometieron a alguien, merecen poder hacerlo.

Todos me miran, esperando mi reacción. Supongo que unos esperan que me rebote y me vaya montando un espectáculo, otros que claudique y agache la

cabeza como un cachorrito asustado.

—¿Por quién estás tú aquí, Chris? —No tengo intención de contestar porque no quiero dar información acerca de mi vida a nadie—. Hay mucha gente que ingresa con tu actitud, pensando que ellos no hacen nada malo, que lo tienen controlado. Y todos ellos tienen detrás a alguien que les empuja o les obliga a dar el paso.

—Yo fui uno de ellos... —interviene un chico—. Pensaba que la gente estaba pirada por pensar que yo tenía un problema. Para mí, yo lo tenía todo bajo control... Mi hermana me metió aquí, cansada de tener que sacarme de comisaría cada vez que me pillaban.

El silencio vuelve a reinar en la sala. Supongo que esperan que me ablande y acabe colaborando.

—Muy bien. Si nos haces el favor de salir...

Me levanto y salgo de la sala, arrastrando los pies. Nada más cerrar la puerta, vuelvo a escuchar la voz de Martin, hablándoles a los demás, aunque no pierdo ni un segundo y me empiezo a alejar.

—¡Eh!

Cuando me giro, veo a Jay corriendo hacia mí.

—Joder... —maldigo, poniendo los ojos en blanco—. Te vas a quedar sin el puto sello.

—Al contrario —dice, enseñándome su cartilla, sonriendo satisfecho—. Me lo ha puesto igualmente cuando le he dicho que salía porque me daba la sensación de que necesitabas hablar, pero no lo ibas a hacer rodeado de tanta gente.

—Siento decepcionarte y privarte de la diversión, pero no me apetece hablar con nadie. Vuelve dentro y siéntate en la silla a escuchar a esos fracasados y ganarte meritoriamente ese sello.

—¿Te crees mejor que los demás? ¿Te crees distinto?

Chasqueo la lengua y empiezo a darme la vuelta, pero él me agarra de la muñeca.

—¡Suéltame! —grito, al tiempo que, como un resorte, armo el puño y le asesto un puñetazo en el mentón. Ya en el suelo, tocándose la zona afectada, clava los ojos en mis muñecas.

—¿Qué pasa aquí? Jay, ¿estás bien?

Martin, alertado por el barullo, aparece y se acerca a la carrera. Se agacha al lado de Jay, que sigue inmóvil, mirándome, igual que yo.

—No ha pasado nada. Una tontería.

—¿Seguro? Jay...

—Seguro, Martin. No ha pasado nada. Ya está olvidado.



Me subo al escenario y los gritos se convierten en abucheos. Incluso me lanzan botellas, y alguna de ella me da en la cabeza, abriéndome una profunda brecha. Toco la herida con los dedos y, cuando me los miro, aparte de sangre hay... ¿sesos? Asustado, levanto la vista al frente y veo a mi padre riendo a carcajadas. A su lado, Livy hace lo mismo, y entonces me fijo que también están Lexy, Max y Jimmy. Todos se ríen de mí, incluso me llegan a insultar. Pero entonces, a su derecha veo a Jill y a una chica adolescente. Ambas charlan de forma animada, y entonces Jill me señala y las dos me miran sonrientes. Reconozco en la chica a Cassey, por la foto que mi padre me enseñó.

—No... ¿De qué os reís...? ¿Por qué...? No... Por favor...

Me despierto totalmente empapado en sudor, con la camiseta pegada al pecho. He vuelto a tener una pesadilla, otra más, como las que tengo desde la primera noche que intenté dormir después de que ella se marchara.

—*No tienes buena cara... Mamá está preocupada. Dice que no duermes mucho.*

—*No. No duermo nada. —Abre la boca, pero se lo piensa mejor y no dice*

nada. En vez de eso, se lleva la botella a los labios y da un largo trago, gesto que yo imito—. ¿Por eso me has llamado?

—Bueno... Tu insomnio no es preocupante. Yo diría que es hasta normal dadas las... circunstancias.

—¿Pero...?

—Pero mamá está preocupada —repite.

—Y te ha mandado a interrogarme.

*Lexy se encoge de hombros y da otro sorbo de la botella.*

—Ya lo conoces. Aunque la verdad es que todos estamos algo...

—No tenéis nada de qué preocuparos —me corta—. Jill se ha largado. Punto. No es la primera ruptura de una pareja en el mundo, y afortunadamente tengo a muchas mujeres esperando en mi puerta. Así que, gracias por tu preocupación, hermanita, pero creo que podré soportarlo.

*Lexy me mira fijamente y deja ir un largo suspiro.*

—Hola, Chris —me dice, moviendo la mano frente a mis ojos. Frunzo el ceño, confundido. Muevo la cabeza levemente a un lado, justo antes de abrir la boca y volverla a cerrar segundos después—. Soy yo. A mí no me engañas, así que no hace falta que interpretes un papel. Sé que Jill no es una cualquiera a la que puedas sustituir por la que esté en la puerta esperándote. Además, ¿qué me dices de Cassey? ¿A ella también la vas a poder sustituir chasqueando los dedos?

*Se me forma un nudo en la garganta y agacho la cabeza. Siento como una presión en el pecho y me remuevo en la silla, incómodo. Entonces siento su mano sobre mi antebrazo. El contacto desata los sentimientos que encerraba en mi interior, tras la coraza de tipo duro e insensible que esperaba que me protegiera.*

—En cuanto cierro los ojos, millones de imágenes de ellas me asaltan, recordándome lo feliz que era cuando las tenía. Y en cuanto consigo dormirme, tengo horribles pesadillas... y todas tienen que ver con ellas. Así que, para

*mantenerme despierto, bebo.*

*—Podrías hacer algo más... sano. Podrías componer.*

*—Componer sin tenerla a mi lado, sin verla dormir, sin escuchar su risa... es imposible.*

*—Pero llegará un momento en el que caerás enfermo. Necesitas descansar para mantener el ritmo que llevas...*

*—Ya se me ocurrirá algo.*

Y así fue como, cuando todo acabó, empezó la pesadilla.



Los pasillos están solitarios y en penumbra. De vez en cuando, se escucha algún sollozo. Ninguno de los que estamos aquí dentro dormimos plácidamente, eso es seguro. Todos tenemos el mismo problema, todos cometimos los mismos errores, aunque las motivaciones de cada uno sean diferentes.

Aquí no tengo acceso al alcohol y las drogas que hacían mi insomnio más llevadero, así que me las tengo que ingeniar como puedo. Normalmente paseo por el exterior, acercándome al establo, donde paso la mayor parte del día, pero hoy está lloviendo a cántaros, así que tendré que buscar alternativas. Llego a la sala común, con su enorme chimenea. Hay varias estanterías llenas de libros, un tocadiscos y un par de ordenadores. Nunca he sido un gran amante de la lectura, y tampoco son horas de poner música, así que me acerco a uno de los ordenadores.

Me siento en la silla y lo enciendo. Abro el buscador y me quedo quieto, con el cursor parpadeando en la barra de búsqueda. Recuerdo que cuando empezaba a ser famoso, Jill escribía mi nombre en la barra y leíamos varias de las noticias relacionadas. Hace mucho que dejé de hacerlo. Primero porque eran millones los resultados, más tarde porque la mayoría eran noticias acerca de escándalos. Así pues, me decido por leer los titulares de un diario deportivo, y luego, más por aburrimiento que por curiosidad, decido comprobar mi correo electrónico.

Prácticamente nadie conoce mi dirección, así que no tengo muchos correos,

y la mayoría son de publicidad. Estoy tan aburrido, que abro alguno de ellos y lo leo, y solo cuando estoy harto de que me intenten vender libros, discos o incluso muebles de diseño, me dispongo a borrarlos todos cuando una dirección de correo llama mi atención: [tinydancer@gmail.com](mailto:tinydancer@gmail.com). Enseguida me descubro tarareando en mi cabeza la canción de Elton John y, aunque el mail no tiene asunto y perfectamente podría tratarse de un correo basura, hago doble click para abrirlo.

Al leer el nombre que acompaña a la dirección, el corazón empieza a latirme a mucha velocidad. Entonces, buscando pruebas que reafirmen mis sospechas, sin querer hacerme demasiadas ilusiones, empiezo a leer el resto del mensaje.

**“...Creo que no sabes nada de esto... que no sabías que te iba a escribir, así que, ¡sorpresa! Créeme, no es comparable con la que me llevé yo al saber que tú eras mi padre, así que te sigo debiendo unas cuantas...”**

“...Tú eras mi padre...” Leo esa frase una y otra vez. Entonces busco la firma al final del escrito, y ahí aparece de nuevo su nombre. Agarro la pantalla y me acerco hasta que mi cara queda a escasos centímetros.

De repente empiezo a sudar y froto mis manos contra el pantalón. Un cúmulo de sentimientos de apodera de mí. Río, lloro, tengo miedo y a la vez quiero gritar de emoción. Necesito contestarle, pero antes quiero memorizar estas palabras, y sé que no dispongo de mucho tiempo, así que miro alrededor de forma precipitada, buscando una impresora. Cuando la encuentro, al lado del otro ordenador, la enciendo y aprieto el botón para imprimir el correo electrónico. La impresora hace un ruido infernal, y tarda lo que se me antojan años en empezar a tragarse el papel. Miro alrededor, sobre todo hacia el pasillo, porque es posible que el ruido alerte a alguien, y no quiero espectadores. No sé quién le ha dado mi correo electrónico ni cómo se le ha ocurrido escribirme, aunque puede que mi padre tenga parte de culpa. De repente, mientras espero, recuerdo la foto que él mismo me enseñó y la imagino contándome todo lo que me dice en la carta. Y quiero hacerlo realidad. Quiero verla. Tengo que salir de aquí.

—¿Hola? ¿Quién hay ahí? —pregunta alguien, entrando por la puerta.

Agarro el papel justo antes de que aparezca, y cierro el correo electrónico. El periódico deportivo que leía antes vuelve a aparecer en la pantalla.

—Estaba... leyendo la crónica del partido de los Yankees... —miento.

Uno de los orientadores se sitúa a mi lado.

—Los ordenadores solo se pueden usar de diez de la mañana a diez de la noche.

—Lo sé, lo sé... Lo siento. Es solo que... llueve y no podía salir a pasear...

—Tampoco puedes deambular por los pasillos, y menos por los exteriores...

—Cierto, cierto... —digo, empezándome a alejar—. Mejor me vuelvo a mi habitación... No volverá a ocurrir. Lo prometo.

—Puedes coger un libro y llevártelo a la cama, si quieres matar el insomnio.

—Genial. Lo haré. Mañana. Ahora, parece que me está entrando el sueño... ¡Hasta mañana! ¡Gracias!

—Shhhh... —me pide silencio, poniendo un dedo delante de sus labios mientras yo salgo de la habitación mostrando las palmas de las manos.

Ya en el pasillo, corro hacia mi habitación con una enorme sonrisa en los labios. Voy a leer, sí. De hecho, pienso aprenderme el mail de Cassey de memoria y empezar a pensar en mi respuesta.

De repente, tengo algo por lo que luchar. De repente, tengo algo que hará mi día a día aquí dentro más llevadero. De repente, tengo ganas de curarme, ganas de salir de aquí.



## CAPÍTULO 16

*Y así fue como, cuando todo acabó, supe lo mucho que me quería*

Agarro la taza de café con ambas manos. La mantengo cerca de mis labios, dejando que el humo acaricie mi cara. En ese momento, escucho el despertador de Cassey y sé que ahora mismo estará saltando de su cama para encender su portátil y comprobar el correo electrónico. Es lo primero que hace cada mañana, nada más despertarse, como un ritual desde que escribió a su padre. Y cada mañana también, poco después, aparece cabizbaja, arrastrando los pies.

A partir de ese momento, empieza mi trabajo para tratar de animarla. Las primeras mañanas le pedí que tuviera paciencia, que podía ser que no todos los días le dejaran usar el ordenador. Las siguientes, le dije que a lo mejor su padre no había comprobado su correo electrónico. Otras, que a lo mejor no se encontraba del todo bien. Más adelante le recordé que ambas sabíamos que esto podía pasar, que su padre podría no haber comprobado su correo, o quizá tuviera tantos que los borrara todos. Nunca hasta ahora le he dicho que podría haber visto su mail y decidiera no contestarle. Esa es una posibilidad que me pienso guardar para mí sola, pero para la que me estoy preparando mentalmente, por si se hace realidad.

Entonces, aparece arrastrando los pies, cabizbaja. Se deja caer en una silla frente a mí y fija la vista en la mesa, rascándola de forma distraída con una uña. Abro la boca varias veces, valorando qué decirle hoy, cuando ella se me adelanta.

—Mamá, ¿papá me quería?

—Cariño...

Se me saltan las lágrimas al ver las suyas cuando me mira fijamente. Me abalanzo sobre ella y la estrecho entre mis brazos. Ella apoya la cara en mi hombro mientras yo acaricio su pelo con cariño.

Empieza a hablar, pero soy incapaz de entender una palabra, así que la agarro

por los hombros y la separo de mí. Le retiro el pelo con ambas manos y coloco ambas palmas en sus mejillas mientras ella sorbe por la nariz.

—Te quería con locura, y estoy segura de que lo sigue haciendo.

—Yo ya no estoy tan segura...

—Mira, te voy a contar una cosa que solo sabemos él y yo. Antes de que tú nacieras, yo le acompañaba siempre en todas las giras. Él decía que mi trabajo era mantenerle cuerdo, ¿sabes? —Sonrío al recordar sus palabras—. Pero entonces me quedé embarazada de ti, y poco a poco tuve que dejar de viajar porque no podía seguir ese ritmo. Muchos días, ni siquiera podíamos hablar, a veces por culpa de las entrevistas y los viajes, otras por culpa de la diferencia horaria. Así que ideó un sistema para hacerme saber que siempre estaba presente donde él estuviera. Se ató un cordón de lana violeta alrededor de la muñeca que me dijo que nunca se quitaría. Y cuando naciste tú, se ató un segundo cordón del mismo color.

—¿Y qué?! ¡Eso es una gilipollez! —me grita, totalmente descompuesta.

—Trae tu portátil.

Me mira confusa durante unos segundos, pero luego me hace caso. Cuando vuelve y lo coloca frente a mí, escribo el nombre de Chris en Google y busco las últimas imágenes que hay de él por la red. Es un reportaje acerca del desplante en el último concierto, la última vez que se le ha visto en público. Marco una de las fotos y hago zoom en su muñeca para que Cassey vea los dos cordones de color morado.

—Pero... puede que eso no quiera decir nada...

—¿Tú crees? ¿Después de tantos años?

—Pero entonces... ¿crees que te sigue queriendo a ti también?

—Tanto como yo a él.

*En cuanto la veo salir de su clase, levanto la mano para que su maestra me vea.*

—Hola, mamá.

—Hola, cariño —la saludo, dándole un beso en la mejilla—. ¿Qué tal ha ido hoy?

—Aburrido, como siempre.

—Cassey...

—¿Qué? ¿Por qué tengo que aprender matemáticas si lo que yo quiero es bailar? ¿De qué me va a servir saber multiplicar cuando me suba a un escenario?

—Te servirá para que tu madre te deje subirte a un escenario.

Me mira de reojo, torciendo el gesto, cuando algo en la televisión llama mi atención.

—El grupo liderado por Chris Taylor ha aterrizado en nuestra ciudad, desatando la locura entre sus fans, para ofrecer el viernes que viene un concierto en nuestra ciudad... —dice la voz en off de la periodista mientras en la pantalla salen imágenes de Chris, rodeado de guardaespaldas que le intentan proteger de chicas que gritan histéricas a su alrededor.

Al verle, me da la sensación de que el tiempo se detiene.

—Justin ha dicho que había sido Jeff, y Jeff que había sido Manuel, y Manuel que había sido yo. La “profe” se ha enfadado un huevo y... —Chris parece mirar a cámara y veo sus infinitos ojos y esos hoyuelos en ambas mejillas. Su expresión es extraña, como distante y triste, pero nadie parece darse cuenta de ello. Excepto yo, que le conozco lo suficiente para saber que algo le pasa—. Me ha escrito una nota que tienes que firmar y...

—Espera, Cassey... ¿Qué?

—Que Justin ha dicho que...

—Sáltate todo eso... ¿Has sido tú?

—¿Por quién me tomas, mamá? —me pregunta mientras miro de reojo el

*televisor, colgado en un lateral de la cafetería.*

*—Te conozco lo suficiente.*

*—Vale, fui yo, pero se estaban poniendo pesados con la pelotita... — Entonces Chris, antes de entrar en el hotel, se da la vuelta y saluda con un brazo en alto. Los fans enloquecen, e incluso parece haber algún desmayo, pero yo solo veo los dos cordones violetas anudados en su muñeca, y entonces sonrío.*

*—No pasa nada, cariño —digo, firmando la nota que Cassey me tiende.*

*Ella me mira con los ojos muy abiertos.*

*—¿En serio?*

*—No es tan grave.*

*Cassey sonrío y se le forman esos hoyuelos, que heredó de su padre. Miro a la pantalla, donde la imagen fija de un sonriente Chris me hace suspirar.*

*Y así fue como, cuando todo acabó, supe lo mucho que me quería.*

*—Créeme, cariño. Te quiere muchísimo, eso no lo dudes nunca. Pero sabes que no está pasando por su mejor momento, y eso le impide ser él, ser el Chris del que yo me enamoré desde el minuto en que le vi.*

*—Pero quiero que me conteste... Quiero que sepa que existo y que quiero verle...*

*—Pero si eso no sucede, lo que tienes que tener claro es que él piensa en ti cada día de su vida.*



*Mientras conduzco hacia el trabajo, no paro de darle vueltas a mi conversación con Cassey. No puedo verla pasarlo mal, y ahora mismo ella está sufriendo. El hombre que yo conocí, hubiera movido cielo y tierra por contestar a su hija, pero no puedo poner la mano en el fuego por el nuevo Chris...*

*Cierto es que, mientras esté ahí dentro, no tiene contacto directo con nadie de*

exterior. Aaron y Livy mantienen contacto con el médico del centro, que es el que les cuenta sus avances, pero nunca con Chris. No podemos saber si ha leído el correo y, si es así, si piensa contestarle. Así que, que Cassey consiga tener contacto con su padre, desafortunadamente no depende de mí. Pero sí puedo conseguir que tenga contacto con sus abuelos.

### **“Llámame cuando puedas”**

Traspaso la puerta y la cabeza de Frank asoma por el pasaplatos.

—¡Llega usted tarde de nuevo, princesa! ¡Que hoy es el día libre de Janine...!

—Lo siento, lo siento, lo siento —digo mientras corro hacia el almacén para dejar el bolso, guardándome antes el teléfono en el bolsillo del vaquero.

Cuando vuelvo al salón y me coloco detrás de la barra, descubro a Walter mirándome desde el otro lado. Mientras me pongo el mandil, soplo para apartar un mechón de pelo que me cae sobre los ojos.

—¿Café? —le pregunto sin mirarle, con la jarra de café en la mano.

Le vierto el líquido en la taza sin esperar respuesta, y me doy la vuelta para poder comprobar el teléfono lejos de miradas ajenas. No me ha contestado aún, y aunque sé que es pronto, eso me cabrea.

—Jill.

Me acerco a una de las mesas, que acaba de ser ocupada, para tomarles la comanda.

—Jill.

—Frank, unas tortitas y unos huevos revueltos.

—Marchando —contesta él desde la cocina.

—Jill. —Esta vez, escucho su voz justo a mi lado. Giro la cabeza y veo a Walter junto a mí, apoyando su mano en mi antebrazo—. Cuéntamelo. Soy tu amiga con pene. ¿Recuerdas?

—Es... complicado.

—Lo imagino porque, desde que te conozco, nunca te había visto tan ausente como de un tiempo a esta parte.

—¡Jill, huevos! —grita Frank, poniendo el plato sobre el pasaplatos.

Me llevo una mano a la cara, frotándomela agobiada. Cuando voy a ir a recogerlo, él me frena.

—Ya lo sirvo yo —me dice—. Tranquila.

—¿Tienes también las tortitas, Frank?

—En un minuto, pero no te pienso pagar, so capullo.

Cuando Frank acaba las tortitas también, Walter coge ambos platos y los lleva a la mesa mientras yo sirvo los dos cafés. Entonces, me agarra de una mano y me conduce hacia la cocina.

—Frank, está todo en orden ahí fuera. Me llevo a Jill atrás un momento.

—¡¿Tenéis algo que contarme?!

—Tranquilo, somos solo amigas —contesta, poniendo especial énfasis en el género femenino de la palabra.

Nada más traspasar la puerta trasera, caminamos por el suelo lleno de piedras del aparcamiento y me apoyo contra mi coche. Me peino el pelo detrás de las orejas y cruzo los brazos sobre el pecho.

—¿Y bien? ¿Qué ha pasado con Chris?

—¿Cómo sabes que tiene que ver con él? —le pregunto, sonriendo tímidamente.

—Porque te he visto enfadarte con tu hija decenas de veces, y nunca parecías tan rota. —Ladeo la cabeza, frunciendo el ceño—. Parece como si alguien te hubiera roto el corazón... Y solo él tiene el poder de hacerlo a su antojo.

—Se lo ha roto a Cassey, en realidad, pero me duele más que si me lo

hubiera hecho a mí.

—¿Se han... conocido? —me pregunta, pareciendo realmente ilusionado.

—No... Él parece haber tocado fondo, y ha ingresado en una clínica de desintoxicación de esas en la que le prohíben todo contacto físico con el exterior... De esas en las que están controlados las veinticuatro horas del día. Tampoco tiene su teléfono móvil, pero su padre creyó que sería muy buena idea que Cassey o yo le escribiéramos un mail para animarle. Él sabía que yo me iba a negar en rotundo, pero Cassey estuvo encantada de hacerlo.

—¿Y...? ¿Le ha contestado alguna desfachatez...?

—No... Ni siquiera le ha contestado.

—Puede que no lo haya leído...

—Eso es lo que le he dicho yo. O que ni siquiera haya comprobado el correo. O que no tenga ganas de tocar un ordenador. No sé... Mil cosas... Pero ella empieza a dudar que su padre la quiera. Y yo sé que no es así, pero también sé que su padre no es la misma persona...

Walter se frota la cara y luego se pasa las manos por el pelo.

—Qué putada...

—Me da igual lo que haya pasado entre nosotros, ¿sabes? Ahora que ella sabe la verdad, quiero que se conozcan y que disfruten el uno del otro. Sé que Cassey le puede ayudar a salir de la mierda en la que está metido. Lo sé.

En ese momento, me suena el teléfono y me apresuro a sacarlo del bolsillo del vaquero. La cara se me ilumina al leer el nombre de Aaron en la pantalla.

—¿Es él? —me pregunta Walter.

—No, pero me sirve. Hola, Aaron. —Con la mano, aprieto el antebrazo de Walter y me alejo de él para tener algo más de intimidad.

—Siento no haberte llamado antes. Estaba en la piscina con Livy.

Sonrío al imaginarle. A pesar de haberse jubilado hace tiempo, se mantiene en una perfecta forma física, igual que Livy. Ambos salen a correr cada mañana y van al menos un par de veces a la piscina. Recuerdo que hace años, también iba con Chris a veces. Él me contó que antes de Livy, Aaron había tenido varias aventuras con algunas monitoras y clientas de allí. Todo un Don Juan. Hasta que llegó ella. Justo al revés que su hijo, pienso con algo de tristeza.

—Tranquilo...

—¿Le ha contestado?

—No.

—Pero puede que no lo haya visto... o que no se haya conectado... o...

—Ya —le corto, cansada de escuchar las mismas excusas que parece que yo inventé.

—Era una idea... Me sabe mal que Cassey se haya ilusionado tanto para nada... Te juro que... Él la quiere. A las dos. Con locura, Jill.

—Escucha, Aaron... Necesito que hagas algo por Cassey.

—Lo que sea.

—Me gustaría que os conociera.

—¿A mí? O sea... ¿A nosotros? ¿En serio?

—Necesito que sepa que tiene más familia que yo y mi padre... Me gustaría que... Mira, quizá no pueda tener a su padre, pero tú eres lo más parecido a él y...

—Sí. Claro. Por supuesto. Cuando quieras. Pero yo tengo que pedirte otro favor a ti. En realidad, dos favores. El primero es que vengas tú también. Jill, formas parte de nuestra familia. Fuiste muy importante para mí, por todo lo que me ayudaste con Chris.

Dejo ir un largo suspiro y me tomo mi tiempo antes de contestar.



—Más adelante, por supuesto. De momento, solo os pido una tarde con ella, en vuestra casa. Necesito que vea donde se vivió su padre, el piano que tocaba de adolescente, donde creció...

—De acuerdo...

—¿Y el segundo favor?

—Necesito que me ayudes a confesarle a Livy que yo sabía dónde estabais durante todos estos años.

—¿Perdona? ¿Aún no se lo has contado?

—No.

—Cobarde...

—Cuando se trata de Livy, mucho. Lo confieso. Así que, ¿me ayudarás? A ti es imposible que te odie.

Chasqueo la lengua, contrariada, pero poco a poco se me escapa la risa.



—¿Tú no te quedarás?

—Solo un rato, pero luego me iré a trabajar.

—¿Y cuándo volverás?

—Puedes volver sola a casa cuando quieras. O te puedo recoger yo por la noche, cuando vuelva de trabajar.

Cassey mira por la ventana, mordiéndose el labio inferior. Está muy nerviosa, y prueba de ello es que se ha pasado todo el trayecto moviendo las piernas, picando con los pies en el suelo de forma compulsiva.

—¿Vivíais cerca?

—No mucho. Digamos que el punto de unión entre su casa y la mía era el

instituto.

—¿Te acompañaba a casa?

—Cada día.

—¿Te llevabas bien con sus padres?

—Mucho. Son geniales, ya lo verás. Y sus hermanos también. Te van a encantar. Todos.

—¿Estarán todos hoy?

—Conociendo a Livy, pobre de ellos que no aparezcan.

—¿Cómo son...? —Cassey se lleva los dedos a la boca para morderse las uñas—. O sea... ¿crees que les caeré bien? O sea... tú siempre dices que llevar el pelo teñido de colores como yo, es de locas... A lo mejor tenía que haberme vestido más... formal.

—Cassey, son tus abuelos y tus tíos, no el presidente de los Estados Unidos y su familia. Aunque Aaron estuvo un tiempo trabajando en la Casa Blanca... —comento de forma distraída mientras aparco el coche.

—No jodas... Oh, mierda, mamá. Da la vuelta.

—Ni hablar —río—. Sé solo tú, y les encantarás. Es ahí.

Ella sigue la dirección de mi dedo y mira la fachada con la boca abierta. Se queda quieta, mirando a un lado y a otro de la calle.

—¿Estás bien? —le pregunto al cabo de un rato, cuando nos hemos puesto de nuevo en marcha y estamos a solo un par de pasos de la puerta de entrada.

—Es como... extraño. De repente me siento muy cerca de él a pesar de estar tan lejos... ¿Suena muy raro?

—Suena perfectamente normal, cariño. ¿Sabes? Para mí también es algo extraño. Hace mucho tiempo... A Max, por ejemplo, le recuerdo así —digo, poniendo una mano por debajo del pecho.

Caminamos en silencio los pocos pasos que nos quedan, hasta que nos plantamos frente a la puerta.

—¿Preparada?

Cassey asiente, así que llamo a la puerta. La escucho coger aire y soltarlo de forma larga y prolongada. Agarro su mano para infundirle confianza, justo en el momento en el que se abre la puerta y Aaron aparece frente a nosotras.

—Hola —nos saluda.

Duda si acercarse a darnos un abrazo o simplemente levantar la mano para estrechárnosla.

—Hola, Aaron —le saludo yo y entonces doy un paso al frente y me abrazo a él.

De nuevo, me siento muy protegida, me siento bien. Pero no quiero alargar más el momento, y me separo de él, apartándome a un lado para dejar paso a Cassey. Ella da un paso al frente, con timidez.

—Hola... —le saluda.

—Hola... Tenía... muchas ganas de que llegara este momento, ¿sabes?

—Yo también —contesta ella con timidez.

Entonces, Aaron se acerca a ella y la estrecha entre sus brazos. Emocionada, observo la reacción de mi hija. Cierra los ojos y sonrío, mientras sus brazos intentan abarcar el contorno del torso de su abuelo, sin éxito, por supuesto.

—Pasad, por favor —nos pide.

—Yo me tengo que ir a trabajar... —empiezo a excusarme, pero me callo en cuanto veo a Livy.

Ella, a diferencia de Aaron, no duda un instante y se abalanza sobre mí, abrazándome con mucha fuerza mientras no deja de hablar:

—No nos vuelvas a dejar. No quiero que te alejes de nosotros nunca más. Me

da igual lo que pasara entre tú y Chris, siempre tendrás un sitio en esta casa. ¿Me escuchas?

Asiento con la cabeza, y ella me coge de los hombros y me separa unos centímetros para poder mirarme a la cara. Entonces mira a Cassey, con la cara bañada en lágrimas.

—Dios mío... Eres... preciosa... —balbucea.

—Hola —la saluda Cassey, sonriendo con timidez.

—Eres un calco de tu madre, pero tienes su sonrisa... Madre mía...

Acaricia su cara y su pelo. Luego la abraza y segundos después la aparta unos centímetros para mirarla de arriba debajo de nuevo, para estrujarla otra vez al rato.

—Mamá, la vas a marear.

—Me da igual —contesta ella sin soltarla.

Al escuchar su voz, levanto la vista y le veo. A pesar de ser más alto que yo, reconocería su expresión risueña a kilómetros. Él levanta las dos cejas y agacha la cabeza con timidez, mientras encoge los hombros. Ya no puedo aguantar más y rompo a llorar de forma desconsolada. Me tapo la boca con ambas manos, pero no sirve de nada, así que enseguida extendiendo los brazos y corro hasta él.

—¡Mi niño...! —exclamo, justo antes de que él me coja en volandas y dé vueltas conmigo, convirtiéndonos en el centro de atención.

—Te he echado de menos, Jill —me dice al dejarme en el suelo.

—No puedo creer lo que...

—No lo digas, por favor... —la corto—. Han pasado un huevo de años...

—¿Cómo te va...? —le pregunto, girándole la cabeza para ver su implante.

—Controlado —asegura, levantando el pulgar—. Tengo una hija, ¿sabes? Se llama Abby. Me encantaría que la conocieras... Y también a Ashley...

—¡Qué fuerte...! ¡Me encantaría...! —Le abrazo de nuevo, justo antes de cogerle de la mano y acercarnos al resto—. Max, ella es Cassey.

—Si mamá deja de acapararla... —comenta, al ver que Jill sigue estrujando a Cassey—. Mamá. Hola, mamá. ¿Hola...? ¡Mamá! ¡Suéltala ya, por Dios!

—Tengo que recuperar mucho tiempo perdido.

—Vale, pero no hace falta que lo hagas de golpe. Contrólate, mujer. —En cuanto ella le hace caso, Cassey de gira hacia él—. Guau... No puedo creer lo que...

—No lo digas, por favor —le corta ella, repitiendo las palabras que él mismo me dijo antes.

—Tienes toda la razón. Pero, igualmente, has crecido un huevo, enana.

—Lexy y Jimmy están a punto de llegar... —nos informa Livy.

—Pero yo me tengo que ir. Prometo que otro día vendré con tiempo...

—Tranquila... Cuidaremos bien de ella —asegura Aaron, acompañándome a la puerta. Cuando estamos solos, acerca la boca a mi oreja y susurra—: ¿Cuándo tienes pensado contarle a Livy nuestro pequeño secreto...?

—Voy a darte algo de margen para que lo intentes tú solito... —aseguro, guiñándole el ojo mientras le doy un par de palmadas en el hombro, justo antes de dar media vuelta e irme.



He estado sumida todo el día en una especie de éxtasis optimista. Janine me lo notó nada más entrar por la puerta, pero le conté una milonga. Solo Walter sabe mi verdad, pero él hoy no ha aparecido por la cafetería.

Al salir, antes de arrancar el coche, llamé al móvil de Cassey y me contó que seguía en casa de los padres de Aaron. Me contó que Lexy y Jimmy estaban allí y que estaba siendo genial. Supe que era verdad porque su tono de voz la delataba. Así pues, quedamos que yo la recogería por su casa. Eso le daba la oportunidad de quedarse un rato más con ellos.

Y aquí llevo un rato, sentada alrededor de la mesa, después de haber compartido un par de pizzas entre todos, riendo y charlando con los Taylor, como si nada hubiera cambiado. Solo que eso es una mentira enorme, porque nada es igual que antes.

Miro alrededor, de repente seria. El color de las paredes es distinto, pero aún puedo reconocer las fotos que las adornan. El sofá es nuevo, también la alfombra, pero aún me recuerdo sentada en el antiguo, tapada con la manta mientras Chris, sentado al piano, tocaba solo para mí.

—¿Estás bien? —me pregunta Lexy, agarrando mi mano.

Yo asiento intentando sonreír, pero enseguida vuelvo a mirar al piano. Cassey sigue la dirección de mis ojos.

—¿Puedo? —pregunta señalándolo.

Cuando Aaron asiente, se levanta y se sienta frente al piano. Posa los dedos sobre las teclas, sin presionarlas, casi como si las estuviera acariciando.

—¿Sabes tocarlo? —le pregunta Jimmy, sentándose a su lado.

—No.

—A mí me enseñó Chris —afirma, sonriendo—. Puedes pedirle que te enseñe a ti también. Ya sabes, cuando salga de ahí. Porque saldrá, lo sabes, ¿verdad?

Mientras habla, empieza a tocar algunas notas, deslizando los dedos por las teclas sin dejar de mirar a Cassey. Les observo charlar y, a pesar de darnos la espalda y no ser capaz de verles la cara, sé que están conectando.

—Me recuerda mucho a él —susurra Max, buscando mi mirada. Aaron, Livy y Lexy asienten con la mirada—. Sus gestos, su manera de hablar, la luz en sus ojos, su... entusiasmo. Veo a mi hermano en ella.

—Lo sé...

—Él... Chris... ¿Eres consciente de lo que siente por ti? ¿De lo que significas para él? Le he tratado durante años... Le he cuidado de forma

incansable desde que volví de Mali y fui consciente de lo mucho que todo se le había ido de las manos... Hemos compartido muchas horas de charla en el hospital, y sé que la respuesta a todo eres tú, Jill.

Me seco las lágrimas que empiezan a asomar en mis ojos. Soplo para dejar ir todo el aire de mis pulmones e intentar así deshacerme del enorme peso que aprisiona mi pecho.

—Parece entonces que tenemos mucho en común, porque el causante de todo, el centro de mi vida y mi respuesta a todo, también sigue siendo él.

## CAPÍTULO 17

### *Y así fue como, cuando todo acabó, me escondí de todos*

He pasado la noche en vela, sujetando ese trozo de papel en mis manos, leyendo la carta una y otra vez hasta aprendérmela de memoria. La he imaginado escribiéndolo nerviosa, sonriendo mientras tecleaba, y he deseado que su madre estuviera a su lado. Pensar que las dos estaban juntas y pensando en mí, aunque fuera para escribirme este mail, pone mi corazón a mil por hora. Y he pensado durante mucho rato en la respuesta, trenzando frases, pensando qué quiero contarle y cómo se lo quiero contar. Lo que sí sé es que quiero compartir con ella mi mundo, así que tengo que averiguar cómo puedo hacerlo.

—Sorpréndeme. —Levanto la cabeza y descubro a Jay mirándome con la espumadera en la mano—. El menú de hoy es el mismo que ayer, así que tú dirás lo...

—Ponme... de eso —le corto, señalando unas tortitas.

Con el plato ya en la mano, busco una mesa solitaria y apartada y voy hacia ella. Me siento dando la espalda a todo el mundo y saco de nuevo el papel y un lápiz que he cogido prestado de la sala común. Releo su carta una y otra vez, y empiezo a escribir mi respuesta. Por una parte, necesito meditar mis palabras. Es un momento muy importante en mi vida, la primera vez que tenga una conversación con ella, si es que se le puede llamar así a esto. Por otra, una vez esté frente al ordenador, necesito ser rápido para que no me pillen, no puedo dudar.

**Hola, Cassey...**

**Si te soy sincero, y quiero serlo del todo, estoy nervioso... Mucho. Tengo muchas cosas que contarte y muchas ganas de hacerlo. Quiero... De hecho, me gustaría impresionarte, aunque no sé bien cómo hacerlo. No creo estar en disposición de impresionar a nadie ahora mismo, pero te aseguro que normalmente soy... mejor. Y prometo volver a serlo. Lo prometo. Esta vez de verdad.**



**No la quiero cagar, así que te pido que no tengas en cuenta las gilipolleces que pueda decir. No sé ser padre, pero tengo un gran referente en el que fijarme, así que prometo esforzarme en aprender.**

—¿Qué haces? —me interrumpe Jay, sobresaltándome.

Se sienta frente a mí, así que escondo el papel rápidamente.

—¿Qué escondes? —me pregunta.

—En serio, ¿me tienes manía o qué?

—¿Qué hacías con ese papel? ¿Escribes?

—¿No tienes otro sitio donde sentarte?

—Parecías muy concentrado. Eso es raro en ti.

—¿Seguro que no eres uno de esos tipos de gris? —le pregunto, señalando a uno de los orientadores—. ¿Ahora me psicoanalizas?

—Puedes contármelo. Ya que no te abres a todos, podrías contármelo a mí.

—Paso.

—Quizá luego te haga una visita en la cuadra.

—Esperaré ansioso... Y ahora, ¿me dejas solo?

Parece rendirse, y al final se levanta y se lleva su bandeja a otra mesa. Así que vuelvo a sacar el papel, releo lo escrito, y prosigo.

**No sé si terapia es la palabra ideal para lo que estoy haciendo. Me hacen limpiar mierda, literalmente, y eso se supone que tiene que irme bien... Se supone también que tengo que asistir a unas charlas en grupo con gente desconocida a la que tengo que contarle mi vida... Les imagino coreando al unísono: “¡te queremos, Chris!” y me da la risa. No es mi estilo, la verdad, así que digamos que no colaboro mucho.**

**Me encantaría responder a todo lo que quieras preguntarme... Espero que no te creas todas las cosas que has leído de mí en internet. Muchas de**

ellas no son verdad. Muchas otras, desgraciadamente sí. En cuanto a las cosas que te ha contado tu madre... Me cuesta incluso pensar en ella. Se me forma un nudo extraño y... Joder... Me dijiste que estuvo a tu lado mientras escribías tu mail, si está a tu lado ahora... Jill, yo... Son tantas las cosas que quiero decirte... pero creo que no tengo derecho a hacerlo... Fuiste, eres y siempre serás el amor de mi vida, y ser consciente del daño que te hice, me está matando. Tienes todo el derecho a estar muy enfadada conmigo, al igual que Cassey. Si me odiarais, lo entendería perfectamente... Aunque espero que no lo hagáis del todo. Que hayas accedido a esto, significa un mundo para mí.

Cassey, recuerdo el día de tu cumpleaños perfectamente. El día que naciste fue uno de los más felices de mi vida. Fue a las siete y media de la mañana, después de hacer pasar a tu madre una noche horrible de contracciones. Yo estaba a su lado, apuntando en una libreta cada cuanto eran las contracciones, despertándome cada vez que tu madre apretaba mi mano. Recuerdo la sensación de impotencia al verla sufrir, pero luego escuchamos tu llanto y sonreímos como un par de bobos, con la cara empapada en lágrimas. Y recuerdo mecerte en mis brazos, y lo primero que hice fue cantarte muy bajito al oído y bailar contigo, intentando calmar tu llanto. Cada año recuerdo ese día, y este no será diferente.

Tengo sentimientos encontrados, porque me encanta saber cosas de ti, pero a la vez siento una pizca de tristeza al saber todo lo que me he perdido. Estoy cabreado... Muy cabreado conmigo mismo por ello... No te preocupes, viviré con ello, es la penitencia que me ha tocado soportar. Y te advierto, necesitaré saber muchísimas más cosas, excepto lo de tu primer beso con un humano. Eso te lo puedes ahorrar. No tendrás novio, ¿no? Es igual, no quiero saberlo. ¡Ah! Y tenemos que discutir seriamente acerca de tus gustos deportivos... ¿En serio? ¿Los Marlins? ¿Qué han ganado esos en toda su historia? Por favor... No me hagas reír... Aparte de ese pequeño inconveniente, que me encargaré de solucionar, compartimos bastantes gustos... ¡Ah! Otra cosa que podríamos solucionar es el tema de tocar instrumentos o cantar. Cuando quieras y donde quieras. Al fin y al cabo, lo llevas en la sangre, ¿no?

Me pedías que te contara algo que nadie supiera, y es difícil, porque tu madre lo sabe todo de mí... ¿Sirve que te diga que llevo gafas? Poca gente lo sabe porque siempre llevo lentillas y así disimulo un poco más que soy

**miope de cojones... Aunque ahora que lo pienso, es una mierda de confesión...**

**Te puedo contar algo de cuando vivía en Montauk, algo que solo yo sé. Te puedo hablar del miedo que pasé cuando mi madre enfermó. Nadie sabe que incluso vomitaba cuando pensaba en el hecho de quedarme solo. Luego, cuando llegó lo inevitable, estaba cabreado con ella por haberme dejado... ¿Te lo puedes creer? La culpaba de no haber luchado lo suficiente, de haberse rendido, incluso cuando yo mismo sabía que eso era injusto, pero necesitaba hacerlo. Así que ahora pienso: ¿me odias? Tú tendrías motivos totalmente lícitos para hacerlo... Dios mío, qué sensación más extraña... Necesito que no me odies, quiero pedirte que me des esa oportunidad, y yo mismo sé que te pido un imposible...**

**He escrito un borrador antes de transcribirlo en el ordenador, y está lleno de tachones. Cosas que he querido decirte, pero me he arrepentido a tiempo. Cosas que he escrito sin pensar, o palabras que prefiero decirte en persona. Solo si tú quieres, claro. Yo sí quiero, aunque me temo que voy a necesitar un tiempo antes de hacerlo. No quiero que me veas en mi estado actual, así que no te diré hasta pronto, tampoco hasta nunca. Te diré, hasta dentro de un rato.**

**C.T.**

Me humedezco los labios mientras lo leo una y otra vez. Al rato me doy cuenta de que cada vez que lo leo de nuevo, tacho algo, así que doblo el papel y me lo guardo en el bolsillo.

Algo de ruido a mi alrededor me distrae y vuelvo a la realidad. Me doy cuenta de que no he comido nada del desayuno, así que arrugo la tortita y me la meto en la boca. Me pongo en pie masticándola, acercándome al orientador para que me ponga el sello correspondiente, y corro hacia los establos.



Intento averiguar cómo puedo hacerme con un ordenador, algo fácil a priori, entrar en mi correo sin que alguno de los orientadores se dé cuenta, complicado, y estar ahí el suficiente tiempo como para transcribir lo que he escrito y enviárselo, imposible del todo. Las normas están claras, y son contundentes con

ellas.

Quizá podría ir a las claras, y pedirles permiso. Quizá podría jugar la baza de quién soy. Puede que incluso si hablo con el director del centro y les prometo algún tipo de gratificación económica...

—Vas a marear la paja.

Me apoyo en el rastrillo y miro a Jay.

—Hurra... Has cumplido tu palabra... —digo con tono cansado.

—¿Qué te pasa?

—¿En serio? ¿Otra vez? ¿Qué te hace pensar que ahora te contaré mis problemas si antes no lo he hecho? Mejor aún, ¿qué te hace pensar que te los voy a contar precisamente a ti, que no pones sellos, y no a un orientador, que son los que tienen la llave para hacerme salir de aquí?

—Pero no me niegas que algo te pase.

—Jay, tío... A todos los que estamos aquí dentro nos pasa algo. Ninguno de nosotros está aquí por propia voluntad, así que...

—Yo sí.

Me quedo callado, mirándole con la boca abierta.

—Perdona, me parece que no te he escuchado bien... ¿Qué?

—Yo conseguí mis sellos hace mucho.

—¿Y qué cojones haces aquí?

—Ayudar a capullos como yo. Cuando entré aquí era exactamente igual que tú. Estuve tres meses sin hablar con nadie, cabreado con todo el mundo en general y con mi hermano pequeño en particular por meterme aquí dentro. Sí, tío, mi hermano pequeño... Resultó tener mucha más cabeza que yo... Nos mudamos con mi abuela cuando mi madre murió, y aunque ella nos intentó implantar la rectitud que a mi madre le faltaba, me pilló tarde y yo ya era un caso

perdido. Con mi hermano funcionó... ¡Vaya si lo hizo...! Es abogado, así que alucina con lo lejos que ha llegado habiéndose criado en el Bronx. A lo que iba, que estaba tan cabreado que no hablé con nadie hasta pasados tres meses. No supe lo mucho que necesitaba contarle a alguien mis problemas hasta que abrí la boca por primera vez. Desde ese día, vomité toda la mierda que llevaba dentro y...

—Y lo sigues haciendo.

—Mira, Chris... —Chasquea la lengua y da un paso adelante, acercándose a mí—. Aunque no lo creas, yo era como tú. Entiendo tus problemas, sé por lo que estás pasando y...

—¿Tú pones sellos? Quiero decir, si hablamos, ¿me cuenta como terapia?

—Oficialmente no.

—¿Pero...?

—Pero podría valer... Lo puedo comentar. Pero no sirve con escucharme rajar sin parar y ya está. Lo nuestro será un diálogo, no un monólogo. ¿Entendido?

Me tiende la mano para que se la estreche. La miro entornando los ojos, valorando las escasas opciones que tengo. Al cabo de un rato, claudico.

—Tengo una condición —digo, con las manos aún entrelazadas—. Hablaré contigo, pero necesito enviar un mail.

—Primero, no estás en disposición de poner condiciones. Y segundo, me pides algo prohibido en las normas del centro.

—Es un mail personal.

—Precisamente por eso.

Entonces, movido por un impulso, saco la copia que imprimí del mail de Cassey y se la tiendo. Él mira el papel, confundido durante unos segundos, hasta que la coge y la empieza a leer. Cuando levanta la vista al acabar, nos miramos durante unos segundos.

—Si ha cambiado mi... predisposición, ha sido gracias a ella.

—¿Quién eres...? —me pregunta, girando levemente la cabeza—. ¿Eres... famoso?

Entonces, me quito la sudadera, quedándome en manga corta, y me quito las gafas de sol. Me encojo de hombros mientras hago un mohín con la boca. Él me mira de arriba abajo, alucinado, hasta que se lleva el puño frente a la boca y se le escapa la risa.

—¡Joder, colega! ¡Qué fuerte! —grita mientras ríe y aplaude a la vez—. ¡Eres ese Chris!

—Supongo que sí...

—Estás... hecho un asco, macho.

—Gracias por tu sinceridad.

—Ella es... tu hija... —Asiento apretando los labios, intentando disimular lo que me provoca escuchar esa palabra en alto—. No sabía que tenías una hija...

—Siempre fui muy cuidadoso con mi vida privada.

Supongo que espera que me explaye algo más, y se mantiene callado durante un rato.

—¿Y cuándo...? Espera, no... ¿Cómo...? No. —Me apoyo en el palo del rastrillo, cambiando el peso de una pierna a la otra, mirándole levantando una ceja. Él mismo se da cuenta de su indecisión, así que acaba diciendo—: Prométeme que me lo contarás todo.

—Prométeme que podré mandar el mail.

Jay inspira profundamente y luego exhala el aire de forma sonora.

—Tengo que preguntarlo, ¿vale? No puedo, simplemente, dejarte hacerlo, sin más.

—Hazlo, y tendremos trato.

—De nuevo, te recuerdo que...

Me vuelvo a poner la sudadera, con la capucha, y me coloco las gafas de sol, dando la conversación por acabada.

—No podrás esconderte ahí debajo durante mucho más tiempo, Chris —dice, señalándome.

—Llevo haciéndolo durante bastante...

*Entro en el camerino y me dirijo a la nevera, de donde saco un botellín de cerveza.*

—¡Chris! ¡Chris! —grita mi representante, entrando tras de mí como una exhalación—. ¡Escúchame!

—No pienso hacerlo.

—Pero...

—No.

—Esa exclusiva representaría un enorme impulso en...

—¡He dicho que no! ¡No pienso contar mis penas! ¡No pienso contar en ninguna entrevista que tengo una hija y que su madre me ha abandonado solo para vender más discos!

—¡Nadie ha dicho que tengas que contar eso! ¡Solo quieren saber un poco sobre tu vida privada!

—¡No tengo vida privada! ¡Ellas eran mi vida privada y ya no las tengo!

—Tus fans quieren saber cosas de ti. Quieren ver al mismo Chris de siempre, risueño y canalla.

—Ese Chris ya no existe.

—Por eso mismo. Y tienen que saber el motivo. —Le miro frunciendo el ceño mientras subo la cremallera de mi sudadera y me tapo la cabeza con la capucha.

*—¡No puedes esconderte debajo de eso, Chris! ¡Ese aspecto no vende discos ni llena estadios!*

*—No me importa.*

*—Chris, por favor —insiste al ver lo poco que me importa todo—. Cada músico tiene su estilo, y el tuyo no es este. Vendes discos por tu música, pero también por tu aspecto y tu carisma. No puedes esconderte debajo de esa capucha y tras esas gafas. Las tías quieren verte y la gente quiere saber qué pasa en tu vida...*

*—Pues paso —digo, marchándome del camerino, escuchándole llamarme.*

*—¡Chris! ¡Chris!*

Y así fue como, cuando todo acabó, me escondí de todos.



Llevo un rato buscando a Jay para intentar averiguar si ha conseguido permiso para que conteste ese mail a Cassey. Desde esta mañana no le he vuelto a ver, y me extraña, ya que es muy aficionado a tocarme los cojones constantemente. Para una vez que le busco yo...

Camino por el pasillo, hacia está la sala donde intentaron que participara en la terapia de grupo, imaginando que puede que esté allí, pero antes, paso frente a otra cuya puerta está abierta. Me detengo al instante, movido por una fuerza que soy incapaz de controlar. Aun no me atrevo a entrar, así que, desde la puerta, echo un vistazo al interior. Es muy parecida al resto, solo que hay un tocadiscos en una esquina y una estantería lleva de discos al lado. Abro los ojos de par en par, miro a ambos lados para asegurarme de estar solo, y camino lentamente hacia el interior. Pero nada más traspasar la puerta, veo un piano de pared y mis pasos se desvían. Deslizo los dedos por la madera ajada y luego me atrevo a levantar el atril y descubrir las teclas. No hay ninguna banqueta frente a él, así que me limito a quedarme de pie, con las yemas de los dedos rozando algunas teclas. Pasado un rato, resoplo con fuerza y me alejo un par de pasos.

*—Puedes tocarlo, si te apetece. Para eso está. —Me doy la vuelta y descubro a Jay apoyado en el quicio de la puerta. Entonces, señala al tocadiscos—. Igual*



que los discos. En alguna parte había unos auriculares que se le podían conectar...

Entra y se pone a rebuscar dentro de un armario situado a mano izquierda de la habitación. Mientras, yo me acerco a la estantería repleta de discos y deslizo un dedo por el lomo de los mismos.

—Aquí están... —Se acerca y los conecta al tocadiscos. Busca uno de los discos, sonriendo al dar con él—. Te reto. Seguro que la conoces. Todo el mundo la conoce. Cántala para mí.

Me hace una señal con la cabeza para que me ponga los auriculares sobre las orejas y, le obedezco sin titubear. Al instante, el sonido que hace la aguja al recorrer los surcos del disco me invade por completo. Cierro los ojos y levanto la cabeza, disfrutando de cada segundo. Entonces, mi propia voz resuena en mis oídos. Abro los ojos, con intención de quitarme los auriculares, pero Jay me lo impide.

—¿Quieres escribirle ese mail a Cassey? Canta.

Le mantengo la mirada durante unos segundos, sopesando mis opciones, e intentando adivinar si va lo suficientemente en serio. Él no parece claudicar, y yo quiero escribir ese correo electrónico, así que...

“All I ever did was get it wrong  
All I ever had was a sad song  
But I can see the proof looking in your eyes  
Yeah I must have done something right”

No le miro cuando canto, me mantengo con los ojos cerrados, apretándolos con fuerza. Sé que la voz no me sale con claridad, sé que no afino bien, sé que mi respiración no es la correcta para cantar esta canción como habría hecho hace un tiempo, pero, aun así, pongo todo mi empeño en ello. Aprieto los puños a ambos lados del cuerpo, encorvándome para sacar la voz del lugar más recóndito de mi cuerpo.

“Cause if I'm really such a fool  
How come I'm the one who's lying next to you

It's in your touch when you hold me tight  
Yeah I must have done something right  
Must have done something right  
Must have done something right”

Repito esa frase varias veces, hasta que se convierte en un susurro. Me siento cada vez más derrotado, pero no quiero mostrar ningún signo de flaqueza delante de él. Así pues, antes de volver a abrir los ojos, trago saliva varias veces. Cuando lo hago, descubro que tengo más espectadores aparte de Jay, todos mirándome con la boca abierta. Frunzo el ceño y desvío la mirada, avergonzado, justo antes de empezar a caminar deprisa para huir de la sala. Al pasar junto a Jay, le agarro de la camiseta y, sin mirarle, susurro:

—Voy a contestar ese mail. Me lo has prometido.

—Todo tuyo —contesta, con una enorme sonrisa dibujada en la cara.

## CAPÍTULO 18

*Y así fue como, cuando todo acabó, dejé de cantar en la ducha*

Hace un rato que he llegado a casa y, a pesar de estar agotada después de ocho duras horas de trabajo sirviendo cafés, porciones de tarta y huevos revueltos a camioneros y gente de paso, me he puesto un pantalón de chándal y una camiseta vieja, me he atado el pelo con una coleta y estoy poniendo algo de orden. Además, una pila de ropa sucia amenaza con desmoronarse en un rincón del baño, así que hoy me toca bajar al cuarto de las lavadoras para hacer la colada.

Cassey tiene clase de baile y aún tardará un poco en volver a casa, así que me da tiempo de bajar ahora, antes de empezar a hacer la cena.

Con el cesto de la ropa apoyado en la cadera, cojo las llaves y me las guardo en el bolsillo del pantalón. Decidida, abro la puerta de casa y me encuentro a Livy en el rellano, mirando el número de las puertas.

—¿Qué...? —la miro sorprendida, mientras ella se sonroja—. Hola...

—Pasaba por aquí y... ¿Te pilló en mal momento?

—Eh... Bueno... No... En realidad, iba a bajar a hacer la colada, pero puede esperar... Pasa...

Dejo el cesto con la ropa en el suelo, mientras yo, nerviosa, me aparto a un lado para dejarla pasar. Cuando lo hace y cierro la puerta, ambas nos quedamos calladas, sin saber bien qué decir. Me coloco detrás de las orejas algunos mechones de pelo que se escapan de la coleta, y miro a un lado y a otro, comprobando el desorden y maldiciéndome por él...

—Siento todo esto. Acabo de llegar de trabajar y...

Pero Livy no me presta atención, ni a mí, ni parece que al desorden. Mira alrededor sonriendo, hasta que ve las fotos en la estantería y las señala, pidiéndome permiso para acercarse a verlas. Asiento moviendo la mano en esa

dirección. Coge algunos marcos, tal y como hizo Aaron cuando vino, y entonces se lleva una mano a la boca, tapándose la emocionada.

—Lo siento —se disculpa—. No puedo evitarlo...

—Tranquila... —digo mientras me acerco lentamente.

Entonces, se abalanza sobre mí y me abraza con fuerza. Empieza a balbucear frases, pero ni las lágrimas ni los continuos sollozos me dejan entender nada, así que espero paciente a que se calme un poco. Froto su espalda y noto cómo, poco a poco, consigue serenarse. Cuando se separa de mí unos centímetros, se seca las mejillas y repite:

—Lo siento... He venido todo el camino arreglándome a mí misma para no montar una escena... —Saca de su bolso un paquete de pañuelos de papel y se seca los ojos con uno de ellos, intentando no destrozarse el maquillaje—. Y nada más llegar, es lo que hago.

—¿Quieres un vaso de agua...? —le ofrezco.

—¿Tienes cerveza?

La miro con las cejas levantadas durante unos segundos, pensando que está bromeando. Cuando me doy cuenta de que habla en serio, no puedo evitar que se me forme una sonrisa en la cara.

—Buena idea.

Cuando vuelvo a su lado, ya con las dos botellas en la mano, le ofrezco sentarse en el sofá, y yo hago lo propio.

—Disculpa... No te traje vaso... —digo, haciendo el ademán de levantarme del sofá.

—No, tranquila —me detiene—. Estoy acostumbrada a beberla así.

Ambas damos un trago, y nos quedamos calladas durante unos segundos, hasta que al rato empieza a hablar.

—En realidad, no sabía si hacía bien viniendo... Una parte de mí me decía

que no tenía derecho a... entrometerme en tu vida. Tú decidiste alejarnos de ella, y que conste que no te culpo... Por otro lado, necesito que sepas que siempre vamos a estar aquí para lo que necesitéis...

—Lo sé... Necesito que entendáis por qué hice lo que hice...

—Aaron me lo ha contado. Y lo entendí desde el primer momento, aunque te... odiara un poco por irte. Te odié, pero te entendí a la vez. ¿Me explico?

—Me parece que sí.

—Y, aunque habría querido arrancarle las pelotas de cuajo cuando me enteré, entendí que Aaron no me confesara que os había encontrado y que os había ido a visitar.

—En su defensa diré que yo misma le pedí expresamente que mantuviera el secreto, y que nunca supo que volvimos a Nueva York hace algunos años.

—Si te soy sincera, creo que habría sido incapaz de no ir a veros, y seguro que habría tratado de convencerte de que le dieras otra oportunidad. Así que, en el fondo, hizo bien.

—Para mí también fue muy duro, Livy. Yo... lo dejé todo atrás. Incluso a mi familia. Siento que durante el tiempo que mi madre estuvo enferma, no la apoyé lo suficiente. Sé que no habría cambiado nada de haber estado aquí, pero no puedo evitar sentirme culpable. Y todo fue por culpa de lo que me hizo. Me destrozó, ¿sabes? Él era... todo. Y yo pensaba que nosotras para él también.

—¡Y lo eráis...! Pero no lo supo ver. No os valoró hasta que os perdió. Y entonces ya era tarde, y se volvió loco. Desde que te fuiste, a pesar de lo que pudiera parecer, no volvió a levantar cabeza, y su vida se convirtió en una espiral descendente sin fin. Le hemos visto consumirse frente a nuestros ojos, y por más que nosotros intentáramos ayudarlo a salir de todo eso, nunca nos dejó hacerlo. Hasta que te volvió a ver aquella noche que apareciste en la puerta de casa. De repente, esa noche, algo se encendió en su cabeza, como si su cerebro hubiera estado dormido durante el tiempo en el que os separasteis...

Resoplo por la nariz, asintiendo a la vez con la cabeza. No puedo evitar sentirme identificada con él. Sé lo que es sentirse perdida, sé lo que se siente cuando te das cuenta de que tu vida era esa persona que ya no está a tu lado.

Durante años me maldije por haber dependido tanto de él sin siquiera darme cuenta.

Entonces me doy cuenta de que Livy me mira sonriendo, y me veo obligada a aclararle:

—A mí me pasó lo mismo. Cuando llamé a vuestra puerta y le vi, un millón de imágenes y recuerdos asaltaron mi cabeza. Cosas que guardaba en mi memoria, pero que me obligué a mantener ocultas. En el fondo, nunca quise olvidarle, ¿sabes? Creo que algo dentro de mí necesitaba saber que siempre le iba a tener aquí dentro —digo, señalándome la cabeza con un dedo—, aunque escondido.

Me miro las manos, agarradas a la botella. De forma distraída, intento quitar la etiqueta de la marca de cerveza. Aprieto los labios con fuerza, escondiéndolos, y luego miro hacia el techo.

—Cassey es un constante recuerdo de él, ¿sabes? Es como convivir con la versión femenina y adolescente de Chris... Puede que físicamente se parezca más a mí, pero cuando habla, cuando ríe, cuando se mueve, incluso cuando se enfada y grita, es una copia de su padre. Cuando era más pequeña y su carácter se iba forjando poco a poco, me alucinaba ver las expresiones de su cara al hablar, por ejemplo. Me preguntaba cómo podía parecerse tanto a él sin haberle tenido como referente...

—Has hecho un trabajo increíble, ¿sabes? Estamos todos como locos con ella... No me puedo ni imaginar cómo se pondrá Chris... ¿Le ha...? ¿Sabes si...?

Sé qué me quiere preguntar, y sé que tiene miedo a hacerlo, precisamente por la respuesta que voy a darle.

—No.

—Bueno... Seguramente no habrá podido ver...

—Sí... Lo sé...

Parece que todos nos repetimos las mismas frases, como una especie de mantra en el que todos queremos creer, aunque bajo la sombra de una posible

decepción.

—El otro día le dije a Cassey que buscaría cosas de Chris para dárselas... — se apresura a decir mientras rebusca dentro de su bolso, intentando cambiar el ambiente enrarecido que se ha creado—. Son fotos...

Aún con ellas en sus manos, empieza a pasarlas una a una. No tardan en humedecerse los ojos de nuevo al verlas.

—Lo siento —se disculpa de nuevo.

—No pasa nada...

—¿Sabes cuándo fue la primera vez que le vi? Entre rejas... En el calabozo de la Central, donde Aaron y yo trabajábamos. Aaron estaba tan cabreado con él... Decía que le hacía la vida imposible y que no paraba de meterse en líos... Lo mío con Aaron aún no era... Bueno, de hecho, ninguno de los dos sabíamos qué era lo que había entre nosotros, ni nos imaginábamos hasta dónde podíamos llegar. Chris formaba parte de la ecuación, ¿sabes? Nunca imaginé a Aaron sin Chris, así que no me costó nada cuidarle y quererle como si fuera hijo mío. Y la verdad es que él me lo puso muy fácil. Enseguida se quitó de encima esa fachada de chico malo que había creado a su alrededor para protegerse y se mostró como realmente era. Nos ayudó tanto con Max... Incluso fue un puente de unión con Lexy, cuando ella estaba tan cabreada conmigo por haberme separado de su padre... Y con Jimmy... Si cierro los ojos, aún puedo verle cantándole para calmarle...

Sonríe abiertamente al recordarlo yo también.

—Recuerdo cuando Aaron era el que se quedaba en casa...

—Dios mío, sí... —Ríe ella también—. Chris fue un apoyo para todos, así que me niego a creer que ese tipo ha desaparecido. ¿Sabes qué vi yo en sus ojos esa primera vez? Miedo. Justo lo mismo que vi cuando supimos que te habías ido. Por eso os necesita. Por eso os necesitamos. Tienes que devolvérselo, Jill. Aunque tú ya no quieras nada con él, devuélveme a mi hijo.

Y entonces rompo a llorar yo también. Porque quiero quererle, porque quiero odiarle. Porque quiero perdonarle, porque no quiero volver a verle en la vida. Porque quiero besarle, porque quiero darle un bofetón. Porque siento tantas

cosas contradictorias en mi interior que ni yo misma sé lo que quiero.

Livy me atrae hacia ella y me abraza con fuerza. Sé que me entiende, sé que sabe lo mucho que quiero y odio a la vez a su hijo, y los dolorosos recuerdos que todo esto está removiéndome.

—Hola... —Ambas nos incorporamos al escuchar la voz de Cassey, que nos mira desde la puerta, con los ojos muy abiertos—. ¿Ha...? ¿Ha pasado algo...? ¿Está bien papá...?

—Sí, cariño. Sí. Tranquila —la intento tranquilizar enseguida—. No pasa nada. Solo estábamos recordando...

—Joder... —se queja.

De repente, mientras la abrazo, siento cómo se desinfla y empieza a temblar. La acerco hasta el sofá y la hago sentar entre las dos. Le pongo las fotos sobre el regazo para intentar animarla, y funciona, porque enseguida empieza a reír al ver una foto de Chris y Max estirados junto a Bono en el jardín de su casa.

—Puedes quedártelas todas. Aaron las ha imprimido para ti.

—Es extraño —susurra—. Es como si no fuera una persona de carne y hueso. No sé explicarme... Es como cuando a un actor solo le ves en la tele, el cine o las revistas, que no crees que sea una persona en tres dimensiones... Me encantaría poder tenerle delante, aunque solo fuera una vez, para asegurarme de que existe de verdad.

—Ya verás como sí —dice Livy.

—Si no sucede, ¿podremos seguir viéndonos? —le pregunta Cassey, dejándonos sin aliento, demostrando ser más madura que todos, diciendo en voz alta lo que todos nos negamos a creer.

Livy me mira con los ojos muy abiertos. Luego vuelve a centrarse en Cassey y pasados unos segundos eternos, contesta:

—Por supuesto que sí. Pase lo que pase con tu padre, nosotros vamos a estar ahí. De hecho, Lexy quiere organizar una salida de compras solo chicas y Max me ha pedido que te pregunte si algún día estarías dispuesta a ganarte un dinero



extra cuidando de Abby. Así que, como ves, no te vas a librar de nosotros tan fácilmente.

—¡Por supuesto! —grita, de repente emocionada de nuevo.



Livy ha declinado nuestro ofrecimiento de quedarse a cenar, así que, mientras Cassey está en la ducha, yo caliento una pizza en el horno. Tantas emociones me han dejado demasiado agotada como para ponerme a cocinar algo más elaborado.

Mientras preparo la mesa para cenar, escucho a Cassey cantando bajo la ducha. Camino hacia el baño para meterle prisa.

—¡Cass...! ¡La pizza está casi lista! —grito, abriendo la puerta del baño.

—¡Voy! —grita, sin dejar de mover las caderas a un lado y a otro, bailando al compás de la canción que canta a gritos, justo como yo hacía.

*Me encanta la sensación del agua ardiendo cayendo sobre mi cabeza y salpicando en mis hombros. No hay mejor sensación en el mundo, pienso mientras empiezo a tararear una canción. Siempre es igual: primero la tarareo, luego empiezo a cantarla susurrando y pocos segundos después la estoy cantando a pleno pulmón. Agarro la alcachofa de la ducha con una mano a modo de micrófono y levanto la otra al aire, cerrando el puño para darle más realismo. Espero que mi actuación sublime compense mi pésima entonación.*

*Entonces escucho risas y abro la puerta de la mampara. Me encuentro a Chris, grabándome con su teléfono móvil. Me cubro rápidamente, escondiéndome detrás de la mampara empañada.*

—¡Se puede saber qué haces?! ¡Serás idiota! —digo, lanzándole la esponja, que él coge al vuelvo—. ¡Tienes que dejar de grabarme!

*Camina hacia mí, dejando el teléfono sobre el mueble lavamanos y, apoyando las manos en la mampara, mete la cabeza para darme un beso.*

—Imposible. Nunca me cansaré de escucharte berrear. Cualquiera día,

*produciré un disco con tus grandes éxitos bajo la ducha.*

*—No te regodearás tanto cuando mi disco desbanque al tuyo del número uno —digo, agarrándole de la camiseta para meterle dentro de la ducha.*

*—Tu capacidad para destrozar canciones no conoce límites, pero estás de un sexy que te pasas...*

Y siguió grabándome. Muchas veces más. Hasta que hui con Cassey a Florida.

Y así fue como, cuando todo acabó, dejé de cantar en la ducha.

Cassey descorre la cortina de la ducha y me mira sonriendo, gesto que le devuelvo cuando consigo volver al presente.

—¿Estás bien, mamá?

—Sí... Ponte el pijama y ven rápido, que la pizza ya está lista.

Ya estoy sentada en la mesa cuando ella aparece con el pijama puesto y sus gruesos calcetines de lana en los pies. Camina tecleando el móvil sin levantar la vista de la pantalla.

—Ya sabes las normas. El móvil no cena con nosotras.

—Es que Meghan y yo estamos quedando para ir juntas al cine y me tiene que confirmar si su madre la deja... —me contesta sin siquiera mirarme.

—¿Y la madre de la amiga de Meghan la deja?

Levanta por fin la vista de la pantalla y me mira frunciendo el ceño. Cuando parece entender mis palabras, sonrío de medio lado, deja el teléfono sobre la mesa y se acerca poniéndome morritos.

—Pero tú me dejas, ¿verdad, mami?

—Depende. ¿Qué vais a ver y a qué hora?

—50 Sombras de Grey, la quinta parte, y a las dos de la madrugada.

—No te pases de lista...

—Es que haces unas preguntas... No sé lo que vamos a ver ni la hora a la que lo veremos. Es un cine, no una disco, así que no creo que debas preocuparte por la hora...

Abro la boca para contestar, pero su móvil emite un pitido y ella se abalanza sobre él, pero su expresión se transforma de golpe. Se le congela la sonrisa, y las manos empiezan a temblarle mientras sostiene el teléfono.

—Cassey, ¿estás bien? ¿Qué pasa?

—Es un e-mail, no un mensaje de Meghan.

—De acuerdo... Pero...

Me quedo callada de golpe al comprender su repentino estado de shock. Ella ve que me he dado cuenta, y asiente con la cabeza. Se le escapan unas pocas lágrimas, que intenta enjuagar con los puños de la camiseta del pijama. Cuando empieza a sollozar, acerco mi silla a la suya y paso un brazo por encima de sus hombros, atrayéndola hacia mí. Apoyo los labios en su cabeza y froto su espalda.

—Tranquila. Es una genial noticia...

—¿Qué hago? —me pregunta.

—¿Cómo que qué haces? ¡Llevas días esperando este mail y años deseando saber de él...! ¡¿A qué esperas?!

—¿Y si no es como yo imaginé? ¿Y si le he idealizado y ahora me decepciona? ¿Y si lo que me dice no me gusta? ¿Y si me escribe solo para decirme que no quiere saber nada de mí? ¿Y si...?

Pero entonces tomo las riendas de la situación y le quito el teléfono de las manos. Sin darle tiempo a reaccionar, abro el mail y se lo planto frente a los ojos.

—Lee.

Y aunque me muero de ganas por saber qué le ha contestado, cuando coge el

teléfono y se lo acerca, me retiro un poco, dejándole intimidad. Al fin y al cabo, es una conversación privada entre los dos, aunque Cassey me hiciera partícipe de su escrito en su momento.

Sigo atentamente sus reacciones. Observo cómo sus ojos se mueven de un lado a otro, con rapidez, devorando las palabras una a una. Me emociono cuando veo las comisuras de sus labios torcerse hacia arriba, señal de que la respuesta de Chris es justo la que ella soñaba. La que todos deseábamos, en realidad.

Me pongo un poco nerviosa cuando levanta los ojos y me mira. Me encantaría preguntarle qué pone, y saber si habla de mí en algún momento. Entonces, se le vuelven a humedecer los ojos, y se le escapan algunos sollozos.

Llega un momento en el que sus dedos se mueven rápidamente por la pantalla, moviendo el cursor hacia el principio del mail, y sé que la está volviendo a leer. Lo hace un par de veces más, y justo cuando estoy a punto de perder los nervios y de pedirle a gritos que me dé algún tipo de explicación, deja escapar un largo suspiro y clava los ojos en mí.

—Es... genial, mamá.

—Me alegro —contesto, escueta.

Soy incapaz de articular ninguna palabra más. El corazón me bombea con tanta fuerza y rapidez, que parece que se me vaya a salir por la boca.

—Necesito... Quiero... —Se aparta algunos mechones de pelo de forma compulsiva, muy nerviosa—. Tengo que contestarle, mamá. No quiero que piense que su aspecto me importa. No quiero que crea que le quiero menos por estar como está y donde está. Necesito... contestarle a solas. Le pedí que me contara algo que nadie más supiera y lo ha hecho, y quiero que siga siendo algo entre él y yo. Quiero tener algo entre nosotros, algo solo nuestro. ¿Lo entiendes?

—Perfectamente —contesto con total sinceridad.

—¿No te enfadas?

—Claro que no.

—Y tengo que hacerlo ahora mismo —asegura, poniéndose en pie.

Asiento, justo antes de verla alejarse. Entonces, antes de perderse por el pasillo, gira sobre sus talones y me mira parpadeando varias veces.

—¿Le puedo hablar de ti? ¿Puedo... contarle cosas nuestras... de las dos? — Incapaz aún de hablar, asiento con la cabeza—. Ojalá alguien me quiera un día tanto como papá te quiere a ti.

Sus palabras provocan un vuelvo en mi corazón. Me tapo la cara mientras lloro con tanta fuerza, que me acaba provocando un terrible dolor de cabeza.

### **“Tenías razón. Sigue siendo ese Chris. Ha contestado el mail”**

Con ese escueto mensaje que le envió a Livy, desato la locura. Las noticias vuelan rápido, y enseguida me veo avasallada por todos. Quieren saber qué le ha contestado, si pueden leer el mensaje, si era muy largo, si está bien, si pregunta por alguien, si se está tomando en serio la rehabilitación... Es completamente lógico y normal, pero yo me limito a contarles lo que veo, que Cassey es feliz, y eso es lo único que me importa.



Son las dos de la madrugada, pero soy incapaz de dormir. Cuando me metí en la cama, cogí el libro que reposaba en mi mesita de noche, pero no me podía concentrar en la lectura. Así que apagué la luz y me obligué a cerrar los ojos. Una hora después, seguía dándole vueltas a ese mail, imaginando las palabras de Chris, intentando intuir la respuesta de Cassey. Para evitar volverme loca, decidí rendirme y me acerqué a la cocina para prepararme una infusión calentita. Aquí llevo desde entonces, sentada en la butaca al lado de la ventana, con la taza entre las manos, viendo cómo los copos de nieve golpean contra la ventana.

Todo está en silencio, incluso en la calle parece no haber nadie. Por unos segundos, imagino que soy la única persona despierta en la ciudad, aunque sé que es imposible. A salvo de todos, me permito el lujo de no esconderme e imaginar y sentir sin vergüenza. Así, me imagino a Chris en ese centro, haciendo exactamente lo mismo que yo, viendo nevar a través de una ventana, pensando en nosotras. Quiero creer que siente lo mismo que yo, que me echa de menos tanto como yo a él, que me odia por haberle abandonado como yo le odio por lo que me hizo, que sueña con viajar atrás en el tiempo y empezar de nuevo desde cero.

—¿Mamá...?

Giro la cabeza, sobresaltada, y descubro a Cassey mirándome desde una cierta distancia, con el portátil apretado contra el pecho.

—¿Qué haces despierta? ¿Te encuentras bien? —digo, dejando la taza sobre la mesita.

—No puedo dormir... —me contesta, acercándose hasta sentarse a mi lado, apretujándose contra mí. Encoge las piernas, aun agarrando el portátil, y apoya la cabeza en mi hombro. Mira por la ventana, igual que yo hasta hace unos minutos—. ¿Estás pensando en él?

Tardo un rato en afrontar su mirada. Cuando lo hago, soy incapaz de mentirle y asiento con la cabeza.

—¿Y tú?

Ella me contesta de igual manera. Entonces, abre el portátil y lo coloca sobre su regazo. La pantalla se ilumina segundos después.

—Estaba escribiéndole mi respuesta. La he borrado decenas de veces, porque creo que no debería pensar tanto qué decirle, pero son muchas cosas las que quiero decirle y estoy tan nerviosa, que tengo miedo de cagarla. A él le ha pasado lo mismo, e incluso dice que se hizo un borrador del mail, que acabó lleno de tachones...

Intento disimular la emoción de saber parte del contenido del mail de Chris, aunque el corazón me late tan fuerte que temo que ella se dé cuenta. Es evidente que me encantaría leerlo, pero sé que esto es algo entre ellos dos, y no quiero forzarla. De todos modos, mis ojos se desvían de forma inevitable hacia la pantalla.

—Quiero verle, mamá. Me encantaría ir a verle a ese centro...

—Pero sabes que... —Carraspeo para aclararme la voz—, que no puede tener contacto con nadie.

—Lo sé... Además, él tampoco quiere que le vea como está ahora. —El corazón se me va a salir por la boca—. Quiero decirle que a mí me da igual

como esté, que yo quiero ayudarle a recuperarse, que no quiero que se drogue más...

—Pues díselo... —susurro, incapaz de decir nada más por culpa del nudo que se me ha formado en la garganta.

—Y quiero enviarle una foto mía. ¿Puedo? ¿Te parece bien?

—Sí...

—Y voy a darle mi número de móvil para que me llame cuando salga...

Me mira expectante por mi reacción, y yo, incapaz de controlar mis sentimientos durante más tiempo, empiezo a llorar. Y a pesar de taparme la boca con ambas manos, no puedo disimular mis sollozos.

—¿Estás enfadada conmigo? Yo no quería hacerte llorar... —Me limito a abrazarla durante mucho rato, aunque soy consciente de que puedo estar pareciendo una desequilibrada—. Quiero decir... me hace mucha ilusión todo esto y... no quiero que pienses que me voy a ir con él...

—No estoy para nada enfadada contigo, cariño —empiezo cuando logro recomponerme—. Al contrario. Estoy muy pero que muy orgullosa de ti. Y deseaba con todas mis fuerzas que llegara este momento. No te lo dije hasta ahora, pero tenía tanto miedo de que él no te contestara...

—¿Pensaste que podría... no contestarme?

—Ya no le conozco, cariño... No sabía cómo iba a reaccionar. Y, en el fondo, todos temíamos lo mismo. Así que ahora soy muy feliz porque sé que no ha cambiado tanto...

Cassey se muerde el labio inferior, mirándome emocionada, aunque radiante de felicidad. Entonces, abre de nuevo su portátil y, sentándose de cara a mí, empieza a leer:

—Hola, Cassey. Si te soy sincero, y quiero serlo del todo, estoy nervioso... Tengo muchas cosas que contarte y muchas ganas de hacerlo...

—Cariño, no hace falta que...

—Pero quiero hacerlo —me corta—, quiero leerte algunos trozos porque quiero que no olvides quién es. Yo no me acuerdo de cómo era, pero me da la sensación de que sigue siendo ese Chris del que te enamoraste.

Río a pesar de las lágrimas, que me seco con la manga del pijama, mientras ella prosigue:

—Quiero... Me gustaría impresionarte, aunque no sé bien cómo hacerlo. No creo estar en disposición de impresionar a nadie ahora mismo, pero te aseguro que normalmente soy... mejor. Y prometo volver a serlo. Lo prometo. Esta vez de verdad.

Levanta la vista de la pantalla y sonrío, justo antes de volver a clavar los ojos en el portátil. Parece buscar unas frases en concreto, hasta que da con ellas.

—Aquí. Esto es para ti.

—¿Para... mí...?

—Me encantaría responder a todo lo que quieras preguntarme... Espero que no te creas todas las cosas que has leído de mí en internet. Muchas de ellas no son verdad. Muchas otras, desgraciadamente sí. En cuanto a las cosas que te ha contado tu madre... Me cuesta incluso pensar en ella. Se me forma un nudo extraño y... Joder... Me dijiste que estuvo a tu lado mientras escribías tu mail, si está a tu lado ahora... Jill, yo... Son tantas las cosas que quiero decirte pero que creo que no tengo derecho a hacerlo... Fuiste, eres y siempre serás el amor de mi vida, y ser consciente del daño que te hice, me está matando. Tienes todo el derecho a estar muy enfadada conmigo, al igual que Cassey. Si me odiarais, lo entendería perfectamente... Aunque espero que no lo hagáis del todo. Que hayas accedido a esto, significa un mundo para mí.

Mientras la escucho, cierro los ojos, imaginando a Chris, al de antes de todo esto, diciéndome esas cosas tan bonitas.

—A mí me parece que lo ha dejado muy claro, ¿no?



## CAPÍTULO 19

### *Y así fue como, cuando todo acabó, dejé de enviar postales*

—Ya está —le digo al orientador, tendiéndole la cartilla.

Él no parece tener la misma prisa que yo, porque antes de coger la cartilla, se pasea por todo el establo, repasando todo mi trabajo. Me pone nervioso la minuciosidad con la que lo mira todo, repasando incluso el agua de los bebederos. Remueve la paja con el pie, supongo que comprobando que no me haya dejado ningún excremento por recoger.

—¡Vamos! ¡Está como una puta patena!

Mi comentario parece no gustarle demasiado, y se gira para fulminarme con la mirada, dándome la espalda de nuevo para proseguir con su inspección.

Diez eternos minutos después, me tiende la cartilla y salgo corriendo como un desesperado hacia el edificio principal. Busco a Jay desesperadamente, hasta que doy con él en la cocina, cortando patatas.

—¡Ya estoy! ¡Voy al ordenador!

Le lanzo la cartilla para que compruebe que tiene el sello y, sin esperar su aprobación, corro hacia la sala común. Enciendo el ordenador cuando aún no me he sentado, y muevo el ratón con prisa para poner el cursor en su sitio y escribir la dirección de mi correo. Una vez dentro, compruebo la bandeja de entrada desesperadamente, ayudándome incluso del dedo para no saltarme ninguno. Frunzo el ceño, confundido al no tener hoy tampoco respuesta de Cassey.

—¡Joder...! ¡Mierda...!

Seguramente dije algo que no debía... Puede que esperara otra clase de tío como padre, o simplemente la decepcioné... Quizá Jill no le haya dejado contestar... O no haya podido conectarse... No. Debe ser culpa mía. Algo debí hacer mal.

Desesperado y muy cabreado, me pongo en pie de golpe, tirando la silla debido a mi ímpetu.

—¡Jodeeeeer! —grito, llevándome las manos a la cabeza mientras doy vueltas sobre mí mismo.

—Chris, ¿qué pasa?

Uno de los orientadores me agarra por los hombros y me obliga a mirarle. Cabreado, le doy un fuerte empujón para deshacerme de su agarre, y al instante se corre la voz de alarma entre el resto. Enseguida tengo a varios tíos rodeándome, extendiendo los brazos, pero yo no puedo dejar de dar vueltas.

—Tranquilo... Tranquilo... —me repite uno de ellos.

—¡Dejadme en paz! —les grito mientras cierran el cerco a mi alrededor.

Intento cargar contra uno de ellos, pero enseguida se me tiran encima, inmovilizándome contra el suelo. Las gafas me salen volando por culpa del golpe contra el suelo, pero yo, cegado por la ira, me remuevo con insistencia a pesar de tener la imposición de varios tíos.

—¡Esperad! ¡Un momento! —Escucho que grita Jay—. ¡Dejadme hablar con él!

Cuando me sientan en el suelo y él se agacha frente a mí, levanto la cabeza y entonces se da cuenta de mi expresión desencajada.

—Soltadle —les pide a todos y, al ver que no le hacen caso, insiste gritando —: ¡He dicho que le soltéis!

Cuando le hacen caso, busca mi mirada de nuevo y al rato me tiende una mano para ayudarme a ponerme en pie. Me tiende las gafas y me las pongo de nuevo. Uno de los orientadores se acerca y le pregunta si está todo bien, a lo que Jay le contesta que él se ocupa. Pasando un brazo sobre mis hombros, me acompaña hacia el exterior del edificio. Descubro que me he convertido en el centro de todas las miradas, y que el resto de los internos cuchichean entre ellos. Desde hace unos días, todos saben quién soy, aunque nadie se ha atrevido a acercarse, cosa que agradezco. Me suelta nada más traspasar la puerta y se detiene, esperando una explicación por mi parte, pero yo sigo caminando.

—¡Chris! ¡Chris, espera! —me grita—. ¡Deja de huir, joder! ¡¿Acaso no te das cuenta de que solo quiero ayudarte?! ¡Joder, Chris!

Cuando llega hasta mí y me agarra del brazo, me gira de forma brusca y entonces descubre las lágrimas rodando por mis mejillas. Incapaz de moverme, con los brazos caídos a ambos lados del cuerpo, le miro mientras sorbo por la nariz.

—La he cagado, Jay... —susurro.

—¿Por qué dices eso?

—No me ha escrito aún...

—Pero no pasa nada... Puede que no haya podido o... Quizá no ha tenido tiempo de conectarse —me dice mientras yo niego con la cabeza.

—Seguro que se ha asustado... No... Ella no se merece a alguien como yo. No sé por qué pensé que correría a mis brazos... ¡Nadie quiere tener un padre drogadicto!

Él se acerca y me agarra de la cabeza para abrazarme y deja que me desahogue a gusto. Al rato me doy cuenta de que escucho música a un volumen muy bajito. Me separo de él y miro alrededor con el ceño fruncido.

—Es mía —dice, enseñándome los pequeños auriculares que cuelgan de su cuello—. 50 cent. ¿Te mola? Yo soy más de rap que de tu estilo de música. Sin ánimo de ofender.

—Esto no es cantar. Es hablar intercalando puta y joder cada diez palabras. Sin ánimo de ofender.

—¡Pero, ¿qué estás diciendo, tío?! ¡No tienes ni puta idea de música, colega!

Me pone un auricular en mi oreja y el otro en la suya. Segundos después, empieza a mover las manos, haciendo aspavientos con los brazos, y a “rapear” mientras yo le miro entornando los ojos. Mueve las cejas arriba y abajo, moviéndose de forma exagerada, golpeando mi hombro con la mano en un par de ocasiones. Esbozo una sonrisa de medio lado mientras niego con la cabeza.

—¿Qué pasa, colega? ¿No te mola mi rollo? ¿Eh?

—¿Te pasa algo en los dedos de las manos? ¿Artrosis, quizá?

—Lo que te pasa es que tienes envidia de mi estilo... —me replica, intentando picarme—. ¿Puedes hacerlo mejor que yo?

—Seguro que no —contesto con total serenidad, alejándome con las manos en los bolsillos.

—¡Vamos...! ¡¿Cuándo me vas a demostrar lo que sabes?! —Me doy la vuelta para mirarle y le sonrío, sin parar de alejarme—. ¿Mejor, al menos?

Agacho la vista al suelo, apretando los labios, y cuando levanto la vista le muestro el pulgar hacia arriba.



En el tiempo que llevo aquí dentro, he pasado por varios estados anímicos, muchos de ellos contradictorios: ira, asco, rabia, tristeza, vergüenza o incluso euforia. Desde el mismo instante en el que supe que necesitaba ayuda y accedí a entrar aquí, empecé a sentirlo todo de forma muy intensa, aunque fueran sentimientos contradictorios.

Pero ahora mismo, no siento nada.

Camino por el pasillo, arrastrando los pies y con la cabeza gacha, con las manos en los bolsillos y sin siquiera cubrirme con la capucha ni con las gafas de sol. Soy consciente de que los cuchicheos a mi alrededor no han cesado, pero tampoco me importan. Cuando esta gente salga de aquí, puede que cuenten por ahí que compartieron terapia con el drogata de Chris Taylor, pero me da igual.

Abro la puerta y me quedo ahí plantado, siendo objeto de todas las miradas de los presentes. Todos me observan con la boca abierta excepto Jay, que sonrío y me saluda levantando una mano.

—Puedes tomar asiento, Chris —dice Martin, el orientador.

Mientras camino hacia una de las sillas libres, siento la presión de todas las miradas. Cuando me dejo caer en ella, miro a un lado y a otro. La chica de mi

derecha me sonrío sonrojada mientras que el tipo a mi izquierda me mira de arriba abajo con una mueca de asco.

—¿Quieres... presentarte, Chris? —vuelve a hablar Martin, esta vez con mucho más tiento que la vez anterior que estuve en esta habitación—. Conoces las reglas...

—Hola... Soy... Chris. Aunque creo que eso ya lo sabéis... —Mi voz sale casi como un susurro—. Y... creo que... bueno... que tengo un problema. Y por eso estoy aquí.

Jay me mira, asintiendo con la cabeza mientras que algunos de los pacientes empiezan a sonreír.

—Bien, Chris... Acabas de dar el primer paso hacia tu recuperación: admitir que tienes un problema. Aquí hay algo que solemos decir siempre. ¿Alguien se lo quiere recordar? ¿Sally?

—Todos tenemos que recorrer un largo camino que iniciamos cuando admitimos nuestro problema con las drogas. El final del camino puede estar más cerca o más lejos, pero está ahí, esperándonos...

—Eso es, Sally. Todos...

—Es que mi camino no empezó con las drogas... —le corto.

A pesar de haber susurrado, Martin se queda callado y me mira con expresión comprensiva. Miro a Jay, el cual me hace una señal con la cabeza para animarme a seguir abriéndome a los demás.

—Mi problema... mi... inicio del camino, no fueron las drogas. Mi problema fue la soledad. Yo... me sentía muy solo. Echaba mucho de menos a... —Carraspeo para ganar unos segundos y pensar así si hablar de ella o seguir manteniéndola en el anonimato. Está claro que no daré su nombre, pero no sé siquiera si revelar que existe esa persona.

—¿A tu chica? —se atreve a preguntarme un tipo situado unas sillas a mi izquierda.

Cuando levanto la vista, descubro que todos me miran, atentos e intrigados.

Asiento muy serio, justo antes de seguir:

—En mi caso, las drogas fueron mi manera de intentar mitigar mi problema de verdad. La echaba tanto de menos... a ella y a... mi hija... —Es la primera vez que hablo de ella en público, delante de gente que no es mi familia, y no me atrevo a levantar la vista, pero siento sus ojos clavados en mí y puedo intuir sus expresiones de perplejidad—. Me sentía tan solo, que me refugié en las drogas. Me hacían ver otra realidad, me ayudaban a parecer menos triste y a aguantar, más o menos, el frenético ritmo de conciertos, promociones y todas esas cosas... La soledad fue lo primero y las drogas la solución que creí mejor en aquel momento. Y la cagué, porque las drogas se apoderaron de mí, o sacaron la peor versión de mí. Me convertí en otra persona y... bueno, hice cosas horribles y ella se cansó y me dejó.

Una chica levanta la mano. Lo veo por el rabillo del ojo. Entonces, a pesar de que Martin le hace una señal para que espere un momento, yo me quedo callado.

—Te explico —me aclara Martin—. La idea de estas sesiones no son convertirlas en monólogos. Puedes intervenir siempre que quieras para decir lo que te apetezca o preguntar lo que quieras levantando la mano. De esta manera, a la persona que habla, le cuesta menos hacerlo... Como es tu primera vez, puedes elegir contestar o no. Tú decides.

Asiento mirando a Sally para darle pie a que me pregunte.

—¿Todo esto pasó cuando ya eras... tú? ¿Cuándo eras... Chris?

—Siempre he sido Chris —contesto, sonriendo. Mi gesto, relaja el ambiente y la predisposición de los demás hacia mí—. Pero te entiendo... Sí. Pasó cuando ya era... famoso... Llevo todo ese tiempo maldiciéndome por lo que hice. Y todo ese tiempo quejándome sin hacer nada realmente para cambiarlo. Supongo que no tenía nada por lo que luchar...

—¿Y qué cambió para que aceptaras venir aquí? —pregunta otro tipo.

—La idea de volver a verlas —contesto.

—Chris, yo diría que lo tuyo es un camino circular. Ellas son el principio y el final de tu camino —añade Martin.

—Sí... Tengo que hacer las cosas bien si quiero... no recuperarlas, porque veo complicado que ella me dé otra oportunidad. Tampoco creo que me la merezca. Tengo que hacer las cosas bien para poder ser el padre de mi hija.

—¿Cómo se llama? —me pregunta Helen.

—Cassey, como mi madre biológica —contesto al cabo de un rato.

—¿Y ella? —me pregunta Jay.

—Jill —contesto con expresión triste.

—No quiero que la nombres con expresión triste... Seguro que habéis vivido muchos ratos felices. A ver, haz memoria. Cuéntanos alguna anécdota que te haga sonreír.

Lo pienso durante un rato, hasta que Martin me interrumpe.

—¿Lo ves? Ya estás sonriendo. Elige uno.

*Paseo por la enorme habitación de hotel, admirando todos los detalles. Es impresionante, de los mejores en los que nos hemos alojado hasta el momento, aunque poco a poco dejan de sorprendernos, ya que estamos cada vez más acostumbrados. A mano derecha, hay una enorme escalera de caracol.*

—¿Está todo a su gusto, señor? —me pregunta el director del hotel, que nos ha querido acompañar personalmente.

—Yo me hubiera conformado con mucho menos, pero sí. Gracias.

—Si tienen cualquier petición, no duden en hacerla. Me encargaré personalmente.

—De hecho, tengo una.

—Lo que desee.

—Necesito una postal y saber cuántos días llueve al año.

—Me... parece que no le he entendido bien...

—Sí. Necesito una postal de la ciudad, de esas que venden en las tiendas de recuerdos y que me diga los días al año que llueve aquí en París.

—Eh... De acuerdo... Lo de la postal será fácil, ya que en la tienda de recuerdos del hotel hay mucha variedad. Lo de la lluvia, lo tendría que preguntar...

—Hágalo, si es tan amable.

—No se preocupe, es así de raro. Le envía una postal a su chica desde todas las ciudades que visitamos y en todas ellas, aparte de ponerse pegajoso diciéndole cursilerías, le informa del número de días que llueve al año en cada una de ellas —le aclara Brian.

—Bueno... Cada pareja tiene sus... cosas...

El director del hotel hace verdaderos esfuerzos por entender la excentricidad que le estoy pidiendo, así que me veo obligado a explicarle el motivo.

—Nos encanta pasear bajo la lluvia porque nos da la privacidad que muchas veces no tenemos. Así que hacemos un ranking de las ciudades en las que podríamos vivir. Cuanto más llueve, mejor para nosotros. No nos mudaremos nunca de Nueva York, pero a ella le encanta soñar, ¿y quién soy yo para impedirselo?

—Pues ojalá sean muchos días —contesta el director, muy jovial—. Porque nos encantaría acogerles a usted y su pareja como unos parisinos más.

Me quedo callado, mirando mis manos entrelazadas sobre mi regazo.

—Y así fue como, cuando todo acabó, dejé de enviar postales.

—¿Qué ciudad ganó? —me pregunta Jay, divertido.

—Londres, seguro —contesta otro tipo.

—El país más lluvioso del mundo es Colombia. ¿Has estado en Colombia, Chris? —interviene otra chica.

—Qué anécdota tan bonita... —comenta Sally—. ¿Sabes qué? Yo apuesto



por esa segunda oportunidad.



Deambulo por el centro, incapaz de dormir, incapaz de comer, incapaz de leer, incapaz de hablar con nadie, incapaz de nada... Me da igual no obtener los malditos sellos. Al fin y al cabo, salir de aquí ya no es una prioridad para mí, al menos, una vez te acostumbras a las miradas de todos y a tener que oler a mierda durante varias horas al día.

Al pasar frente a la sala del piano, mis pasos se detienen. Tampoco hay nadie en el interior, así que entro de forma sigilosa, coloco una silla frente al piano y me siento en ella. Apoyo los antebrazos y la frente en la madera, sintiéndome derrotado, y me quedo así varios minutos. Dicen que parte de la recuperación pasa por compartir tus problemas con otra gente... Pues a mí me ha dejado agotado. Escucharme contarle en voz alta ha sido como confesarlo, como si antes no me creyera realmente. Aunque, por otra parte, hablar de ellas por primera vez en público, me ha liberado. He visto cómo, poco a poco, mientras hablaba, las expresiones de los demás iban cambiando. De repente, me han empezado a ver como si fuera humano, como si fuera una persona de carne y hueso que sufre como ellos. Así, la soledad de la que hablaba al principio como la causante de mi problema, empezaba a cobrar sentido.

Lentamente, levanto el atril y observo las teclas. Poso las yemas de los dedos en ellas, acariciándolas, hasta que me atrevo a pulsar algunas al azar. Sonrío con los ojos cerrados al sentirme envuelto por completo por el sonido reconfortante. Repito la acción nuevamente, sin molestarme en abrir los ojos. Esta vez, toco una melodía más larga, notas entrelazadas entre ellas que no forman ninguna canción conocida, pero sí una melodía preciosa. Cuando dejo de hacerlo, abro los ojos y me muerdo el labio inferior, realmente emocionado.

—Suena genial... —Giro la cabeza y veo a Jay acercándose. Se coloca a mi izquierda, apoyándose en la caja del piano—. Has estado fantástico... Y no me refiero a ahora mismo, sino ahí dentro —añade, señalando con un dedo hacia el exterior—. Digo yo que, ya que te has empezado a abrir, podrías empezar a hacer otras cosas...

—¿Otras cosas?

—Ajá. ¿Por qué no me cantas algo?

—Qué manía con hacerme cantar.

—Algo me dice que eso te ayudará... ¡Vamos! Somos colegas, ¿no? Si lo prefieres, tú toca y yo “rapeo”.

—No por Dios... No me tortures más...

—Pues adelante.

Le miro unos segundos, durante los cuales no deja de sonreírme.

—¿Alguna petición? —le pregunto.

—Lo dejo a tu elección.

Cojo aire con fuerza y lo dejo ir lentamente. Coloco los dedos sobre las teclas y cierro los ojos, dejando que mi cabeza y mis dedos conecten sin necesidad de la vista. Las notas surgen de mi cabeza a pesar de que hace mucho que no toco esta canción, y mis dedos obedecen, bailando sobre las teclas como si nunca hubieran dejado de hacerlo.

Cuando abro la boca y canto la primera frase, la voz me sale casi como un susurro. Antes de cantar la siguiente, me veo obligado a carraspear para aclarármela. Cuando enlazo con la tercera, me atrevo a abrir los ojos, y cuando llego al estribillo, saco todo el chorro de voz que puedo y me esfuerzo para llegar hasta el tono más alto. Mi voz es más rasgada y mucho más triste que hace unos años, y sé que suena fatal.

Pero, aun así, por primera vez en mucho tiempo, consigo disfrutar y abstraerme de la realidad. No sé dónde estoy ni con quién. Solo estamos este viejo piano y yo, y estoy disfrutando tocando.

No he elegido una canción alegre, sino más bien al contrario, quizá por eso se me está poniendo el vello de punta al escucharme cantarla con tanto dolor. Es el vivo reflejo de lo que siento, lo que me gustaría decirle si tuviera la oportunidad y si me atreviese a hacerlo. Le pediría perdón, aunque soy consciente de que puede que sea demasiado tarde. Le diría que estaba totalmente equivocado, que me encantaría retroceder en el tiempo y hacer las cosas de otra

manera, y que cambiaría todo el dinero y la fama por abrazarla durante solo un minuto.

Cuando toco la última nota, me quedo muy quieto, intentando recuperar el aliento. Al abrir los ojos y mirar a Jay, él gira la cabeza hacia atrás y cuando le imito, descubro que la habitación está llena de gente observándome. Alguien empieza a aplaudir, gesto que imitan todos. Veo algunas lágrimas y muchas sonrisas.

—Si repetimos esto, vamos a tener que plantearnos cobrar entrada —susurra Jay en mi oído, justo antes de darme un suave golpe en el hombro con el puño cerrado.

Al rato, me levanto y esquivo a la gente que me rodea para salir para cobijarme en mi habitación.

—Recuérdame que mañana te ponga un sello de más —me comenta Martin cuando paso por su lado.

Asiento y agacho la cabeza, algo avergonzado, apresurándome para escabullirme del barullo de gente.



—¿Qué te ha parecido el desayuno de esta mañana? —me pregunta Jay, sentándose a mi lado en la mesa.

—No sé... Me recuerda mucho a lo que desayuné ayer, y sigo pensando que está soso.

—¿Quieres atreverte mañana con las judías? Yo de ti no me arriesgaría —susurra, tapándose la boca con la mano—. Te lo dice alguien que interviene en su preparación cada mañana...

—Eso no dice nada bueno de ti...

—Soy guapo, soy simpático, no ronco demasiado al dormir, y rapeo que te cagas —contesta, enumerando cada cosa con los dedos—. No se puede tener todo en esta vida.

La miro con una sonrisa de medio lado.

—Si quieres, puedes usar un rato el ordenador antes de ir a los establos. —  
Niego con la cabeza—. ¿Por qué no?

—No hace falta...

—No pierdas la esperanza, Chris.

—Ya... pero no creo que pueda soportar otra desilusión. Y lo mejor de todo es que no sé por qué me duele, cuando ya estaba acostumbrado a no saber nada de ellas... Me siento como si estuviera esperando algo que no va a suceder.

—Cuando nada es seguro, todo es posible. Así que, yo de ti, seguiría comprobando ese correo electrónico a todas horas. Y ahora, voy a seguir con mi curro. ¿Nos vemos luego y “rapeamos” juntos?

—Hecho —contesto sonriendo.

Poco después salgo, del comedor con intención de ir a los establos, pero, sin saber cómo, acabo en la sala común, sentándome frente a uno de los ordenadores.

—Voy a... —le empiezo a decir a uno de los orientadores, señalando a la pantalla con un dedo.

—Claro —responde este.

No tardo en abrir mi correo y en descubrir, para mi sorpresa, el mensaje que llevo esperando con tanto anhelo. Las manos me empiezan a sudar y, como la vez anterior, el corazón me empieza a latir a un ritmo frenético.

Trago saliva con dificultad, sintiendo los latidos de mi corazón retumbando en mis oídos. Entonces escucho ruido a mi alrededor, y minimizo la pantalla enseguida. En cierto modo, me siento expuesto a todas las miradas, así que enciendo la impresora e imprimo el mensaje para leerlo tranquilamente, en soledad.

Con el papel en la mano, corro hacia los establos y me siento en uno de los fardos de paja.

**DE:** Cassey ([tinydancer@gmail.com](mailto:tinydancer@gmail.com))

**A:** Chris ([ctaylor@gmail.com](mailto:ctaylor@gmail.com))

**ASUNTO:** Horas buscando las palabras adecuadas

**MENSAJE:**

**¡Hola, papá!**

Es la primera vez que escribo esta palabra y la llevo repitiendo en mi cabeza una y otra vez desde que recibí tu respuesta. ¿Y sabes qué? Suena genial y mola mucho decirla...

Antes de nada, antes de ponerme ñoña y sentimental, que es lo que me apetece hacer, te tengo que pegar la bronca por haber tardado tanto en contestar. Sé que puede que no tuvieras tiempo de mirar el correo, que no te dejaran hacerlo o que, simplemente, no se te había ocurrido comprobarlo, pero me lo has hecho pasar fatal. Así que más te vale contestarme más rápido esta vez.

Y ahora, empieza la parte lacrimógena... Te escribo con manos temblorosas, con un nudo enorme en la garganta y los ojos llenos de lágrimas. Eres idiota, ¿sabes? Porque yo no suelo ser así de sentimental. Yo suelo ser dura. Mamá es la que llora incluso viendo Star Wars... Supongo que ya era así cuando la conociste. Malas noticias: no ha cambiado.

Hablando de mamá, le leí la parte de tu correo que iba dirigido a ella, el resto no (y quedará siempre entre tú y yo. Me encanta tener secretos contigo, así que cuéntame alguno más, por favor). Volviendo al tema, le leí esa parte y lloró, claro está. Sé que le hiciste mucho daño y no creo que te perdone. Sinceramente, yo tampoco, porque la he visto llorar mucho por tu culpa, pero tengo la esperanza de que te dé otra oportunidad, porque sé que solo contigo será feliz, ¿sabes? Mamá no quiere salir con nadie, y te puedo asegurar que no es por falta de oportunidades. Creo que sigue esperándote a ti. ¿Sigues tú esperándola a ella?

Hablas de sentimientos encontrados... Creo que te entiendo... Se supone que debería odiarte, pero no puedo hacerlo. Siendo justa, tampoco quiero hacerlo... Joder, esto es un lío.

No salgo con nadie de forma asidua, aunque sí hay un chico, Leo, con el que salgo a menudo. Es de fiar, lo prometo. Le gusta leer, es voluntario en una ONG, saca buenas notas... Te caerá bien. Seguro.

¿Sabes qué soñé anoche? Que bailaba mientras tú cantabas y tocabas el piano. Fue... precioso y... quiero hacerlo. Me encantaría que se hiciera realidad, así que haz el favor de contarle tu vida a todos esos en las terapias de grupo y a limpiar mierda de caballo como si no hubiera un mañana. Te necesito. ¿Vale?

Oye... he pensado que podría darte mi número de teléfono y podrías llamarme cuando salgas y así poder vernos. No sería a escondidas... O sea, le he dicho a mamá que iba a dártelo, y me ha dado permiso.

He estado con tus padres y tus hermanos, y no te haces una idea de lo que te quieren. Livy se cortaría un brazo por ti... me recuerda mucho a mamá. Tu padre es un tipo genial, divertido y súper protector. También he estado con Lexy, Max y Jimmy. Y voy a hacer de canguro de Abby. Yo necesito algo de pasta y tu hermano una canguro. Mamá al principio se sentía extraña cuando estaba con ellos, pero poco a poco dice que es como si no hubiera cambiado nada. Me han enseñado miles de fotos e incluso me han hecho copias para que las guarde. Estando con ellos, me siento un poco más cerca de ti. ¿Suena extraño? Espero que no... Estoy contenta, porque les veré de nuevo dentro de poco. Doy una fiesta en casa por mi cumpleaños, y les hemos invitado a cenar a todos... Bueno, faltarías tú... Ojalá estuvieras aquí... Ojalá el año que viene estés aquí...

Me pongo sensiblera... Cambio de tema.

¿Llevas gafas? No te las quites... Tenéis ese aspecto de empollón "achuchable". Me gustan los tipos con gafas... Y a mamá también, te lo aseguro.

Quizá te esté dando la impresión de que te hablo mucho de mamá porque tengo intenciones ocultas. Nada más lejos de la realidad. Mis intenciones no son ocultas. Quiero que volváis a estar juntos. Solo los dos sabéis lo mucho que os hacéis falta. Sé que tú la sigues queriendo, y ella también a ti. Yo me encargo del resto.

En cuanto a vernos y a hablarnos... Quiero, quiero, quiero. Me da igual

**quien seas, lo que hayas hecho o el aspecto que tengas. Para mí, solo eres la persona que me cantaba para tranquilizarme, bailaba conmigo en sus brazos, me hacía pedorretas en la barriga, me hacía volar como Superman o me usaba como una marioneta mientras hacías ver que hablaba poniendo voces graciosas (sí, mamá me lo ha contado todo).**

**Tienes que conseguir que te dejen salir de allí. Me encantaría pasar mucho tiempo contigo, aunque quiero que tengas claro desde un principio que nunca dejaré sola a mamá, así que no me iré a vivir contigo por mucho que moles. Siento ser tan sincera, pero prefiero que no haya malentendidos luego. Otra opción es que te vengas a vivir con nosotras... Mejor aún, que nosotras nos vayamos a vivir contigo, porque nuestro apartamento no es muy grande y el tuyo seguro que sí. Sabes que para conseguir eso, tendrás que currártelo, ¿no? Yo te puedo echar un cable... Insistiré hasta hacerme pesada. La tozudez es algo que creo que he heredado de ti, así que, en el fondo, es tu culpa.**

**Tengo que dejarte ya... Mañana tengo un examen y no he estudiado nada de nada (que conste que esto también cuenta como secreto entre padre e hija). Escríbeme de nuevo, por favor. Y llámame nada más poner un pie fuera de ese centro.**

**Te quiero.**

**Cassey**

**P.D.: Te he adjuntado varias fotos. Hay un par de cuando era pequeña y otra actual. Mamá me dio permiso para enviártelas. Todos dicen que me parezco mucho a ella, pero ella cree que tengo tu sonrisa y tu carácter. Vale, quizá te he mentado un poco. Mamá no es consciente de TODAS las fotos que te he adjuntado. Una va de regalo... Y sí, sigue así de guapa.**

¿Fotos? Me pongo en pie de un salto y corro hacia el edificio principal. Por el camino me cruzo con varias personas que se giran al verme correr tan desesperado, pero no me molesto en darles ninguna explicación. Cuando llego a la sala común, veo que uno de los ordenadores está ocupado y que hacia el otro se dirige Sally.

—¡No! ¡Espera! —le grito—. ¡Lo necesito!

Ella se gira y me mira extrañada. En cuanto llego hasta ella, agarro la silla y le imploro con la mirada.

—Realmente eres raro, tío... —dice, pero se aparta un poco para dejarme el ordenador.

—Gracias.

Mis dedos vuelan sobre las teclas, escribiendo la dirección de mi correo electrónico. Cuando lo abro, veo que contiene varios archivos adjuntos, así que miro a un lado y a otro y los abro. Cierro los ojos y contengo el aliento hasta que la imagen se muestra ante mí.

Los primeros archivos que abro son todas fotos de Cassey en varias etapas de su vida. La primera que abro es una de bebé. Duerme en los brazos de Jill, con la cabeza tapada por un pequeño gorro. Ahí ya no debían vivir en Nueva York porque la imagen que recuerdo de Cassey es de cuando era más pequeña. En la siguiente fotografía, parece haber un salto de un par de añitos, con un enorme chupete en la boca y un par de graciosas coletas en lo alto de la cabeza. Luego hay un par de su época de colegio. En una sale con el uniforme de la escuela, en la puerta de su clase. Seguro que la tomó Jill en su primer día de curso. En la otra está en la playa, con el bañador y un chaleco salvavidas puesto, agarrando una tabla de surf. Por último, aparece la que debe de ser la más actual. Sale vestida con unas mallas negras y una camiseta ancha, y está bailando. Parece haber sido tomada en una de sus clases, mientras ella ensayaba. Abro mucho los ojos y acerco un dedo a la pantalla. Enseguida me encuentro acariciando la silueta de esa niña, que sonrío a la cámara mientras baila, enseñando una dentadura perfecta. El pelo también parece tener movimiento, y aprecio unos cuantos mechones de pelo teñidos de color azul que le quedan genial. No puedo creer que yo haya ayudado a crear una criatura tan maravillosa, una chica preciosa e inteligente a la que no puedo esperar a abrazar.

Y entonces abro el último archivo, ese que me ha enviado a escondidas de Jill. Cuando hago doble click sobre el icono, cierro los ojos durante unos segundos y trago saliva un par de veces antes de volverlos a abrir lentamente, como con miedo. Enseguida me encuentro con su imagen, y no puedo hacer otra cosa que darle la razón a Cassey: sí, sigue igual de guapa que siempre. La foto parece haber sido tomada sin que ella tuviera conocimiento, ya que no mira a cámara. Está leyendo un libro mientras juega con un mechón de pelo que se le ha



escapado de la coleta. Está sentada en un sofá, con las piernas encogidas, vestida con un vaquero y un enorme jersey con el que se tapa las rodillas.

Su imagen me trae miles de recuerdos increíbles. Algunos momentos como el que plasma la foto, en los que ambos compartimos situaciones tan normales y cotidianas como estar tumbados en el sofá, ella leyendo y yo viendo un partido... Momentos en los que no era ese tipo famoso que llenaba estadios y vendía millones de discos. Momentos en los que me sentía lleno, el hombre más feliz del mundo.

Ella es la gran diferencia en mi vida, el punto de inflexión. Con ella lo tenía todo, sin ella no tengo nada. Con ella me sentía feliz, sin ella soy un desdichado. Con ella no necesitaba a nadie más, sin ella me siento como un ermitaño.

—¿Es ella? —escucho que me pregunta Sally a mi espalda.

Entonces, rápidamente, cierro la imagen y mi correo electrónico, y me levanto de la silla de un salto. No me molesto en contestar a Sally, simplemente la miro de reojo y me doy cuenta de que no hace falta que lo haga, que mi actitud se lo ha dejado claro.

Mientras me alejo, tengo un único pensamiento en la cabeza: salir de aquí y volver a abrazarlas...

## CAPÍTULO 20

*Y así fue como, cuando todo acabó, empecé a odiar las fiestas de cumpleaños*

**DE:** Chris ([ctaylor@gmail.com](mailto:ctaylor@gmail.com))

**A:** Cassey ([tinydancer@gmail.com](mailto:tinydancer@gmail.com))

**ASUNTO:** Prometo soltar lo primero que se me pase por la cabeza con tal de no hacerte esperar

**MENSAJE:**

**¡Hola, pequeña bailarina...!**

**Esta vez no va a haber tachones y borrones. No hay borrador del mail, y voy a escribir todo tal cual me sale de la cabeza con tal de no hacerte esperar. Tú lo has querido, por otra parte... Te advierto que no siempre me caracterizo por ser muy sensato... Así que, lista o no, ahí voy:**

**Mi primer pensamiento al teclear es darte las gracias por las fotos. Reconozco que me ha costado verlas sin emocionarme... De hecho, no he conseguido hacerlo y he llorado como un capullo. Verte ha sido... como un puñetazo de realidad. No sé cómo explicártelo... Ha sido como, de repente, ser plenamente consciente del paso del tiempo y de todo lo que me he perdido. Ha sido culpa mía, no intento exculparme ni mucho menos, pero ha sido muy duro darme cuenta de ello. Y ver a tu madre... sigue siendo tan guapa como... como cuando la cagué. ¿No sale con nadie? ¿De veras que me está esperando? No, joder, no me contestes a eso. No tengo derecho a preguntarte eso, no tengo derecho a pedirte nada. Te prometí que no haría borradores y te escribiría de corrido... Así que te pido que olvides esa pregunta, pero te confirmo que yo la esperaré toda la vida si hiciera falta...**

**No pretendo que me perdonéis, tampoco que olvidéis lo que hice. Yo no lo hago, os lo puedo asegurar. Necesito que sepáis que he cambiado, o que al menos estoy en el proceso de hacerlo. Quiero ser justo con vosotras, y primero tengo que estar seguro yo de haberlo hecho. Solo entonces me**

plantaré ante vuestra puerta y aceptaré cualquiera que sea vuestra decisión con respecto a nuestra relación. No quiero que tu madre piense que... O sea, no quiero que tu madre piense que te estoy “comiendo la cabeza” para intentar convencerla, y tampoco que piense que intento que te pongas de mi lado... Es... O sea... ¡Joder qué mal se me da esto!

Mira, desde que... Es decir... Tengo el don de joder todo lo que toco desde que... Cuando tu madre me dejó, me sentí tan perdido... Quiero... No quiero... Ahora mismo estoy resoplando de puro agobio, te lo aseguro. Vosotras erais toda mi vida, ella primero y tú viniste a completar todo, pero no supe verlo. Y entonces todo se esfumó y empecé a cagarla más y más... Desde entonces, no soy yo. Espero que me entiendas. Sé que tendrás que hacer un enorme esfuerzo. Lo que quiero decir es que, desde entonces, no he hecho nada bien. Da la impresión de que te estoy contando una historia chungueta, de esas con moraleja... La cosa es que esta no parece tener final feliz...

Cambio de tema, porque esto no es lo mío...

Hace mucho que no me siento a componer “en condiciones”. Me encantaría volver a hacerlo y que tú me ayudaras... O que bailaras mientras toco, o que, simplemente, te sentaras a mi lado y me escucharas. Antes, tu madre era la fuente de mi inspiración constante. Estoy seguro de que tú puedes serlo también. De hecho, solo imaginarte sentada a mi lado, me hace sonreír.

Gracias por no odiarme... Es gracioso, ¿sabes? Porque te entiendo perfectamente. Durante el tiempo que viví en Montauk con mi madre, idealicé a mi padre. Supongo que también ayudó el hecho de que ella nunca me hablara mal de él. El caso es que cuando ella enfermó y luego murió, le culpé de todos mis males, a pesar de saber que él no podría haber hecho nada para ayudar a mi madre. ¿Pero sabes qué pasó cuando me llevó a su casa? ¿Cuándo me acogió? Que no podía odiarle. Que, de repente, volvía a ser ese superhéroe que me imaginé. Yo no creo estar en disposición de ser Hulk o Thor para ti, me conformaré con que me dejes pasar algunos ratos contigo.

Mi padre sí puede ser Hulk, ¿verdad? Es un gran tipo, así que no dudes en confiar en él para lo que sea. Lo mismo con Livy y mis hermanos. Bueno,

**a Lexy no le hagas mucho caso... (es broma). Max es un tipo genial que siempre estará ahí para lo que necesites. Se tienen que haber vuelto locos contigo... Y me dan cierta envidia, tengo que confesarlo. Ahora mismo, me encantaría estar sentado en el sofá de su casa, o alrededor de la mesa con ellos... No siempre he valorado poder hacer esas cosas, básicamente porque llevo unos años siendo un capullo el 90% del tiempo que pasaba despierto. Tú que puedes, hazlo siempre que puedas.**

**Oh, joder... Me encantaría estar en tu fiesta de cumpleaños, y te prometo que haré todo lo posible para no perderme ninguno más a partir de ahora.**

**Quieres que te cuente más secretos, pero me temo que los únicos que no sabe nadie ya, son los más oscuros, y no me gustaría asustarte... No es que no quiera compartirllos contigo, es que prefiero que compartamos cosas más bonitas. Estoy haciendo todo lo posible para que lo podamos hacer lo antes posible. Me estoy portando bien, asistiendo a todas las terapias posibles, comiéndome toda la bazofia que me sirven y limpiando toneladas de mierda de caballo.**

**Cassey, yo... Leo tus palabras una y otra vez, y aunque me encantaría que se hicieran realidad, no quiero que te hagas ilusiones... Me encantaría que tu madre me diera otra oportunidad, pero yo mismo sé que le pido un imposible. Por favor, no me odies por pensar así. No es que no quiera, es que no tengo derecho.**

**Me estoy deprimiendo... Joder... Y no quiero hacerte sentir así, por eso voy a dejarlo aquí. Sé que seguiremos escribiéndonos, así que espero estar mejor la próxima vez.**

**Te quiero mucho, Cass... Aunque no te lo haya demostrado nunca lo suficiente. Y a tu madre también, aunque haya sido un imbécil.**

**C.T.**

**P.D.: Estás equivocada. No me cae bien ese tal Leo.**

**P.D. 1: Aléjate de él.**

**P.D. 2: Si pasaras menos tiempo con ese tío, te habría dado tiempo de**

**estudiar para el examen.**

**P.D. 3: Hablo en serio.**

**P.D. 4: Me apunto tu número de teléfono. Te lo prometo.**

**P.D. 5: ¿Qué clase de nombre es Leo, por cierto?**

**P.D. 6: Ahora sí me despido.**

**P.D. 7: ¿Le gusta leer, es voluntario en una ONG, saca buenas notas...? ¿Quién es? ¿La Madre Teresa de Calcuta? ¡Vamos, por favor!**

—¡Cassey! —grito en cuanto despego los ojos de la pantalla.

—¿Qué?

—¿Por qué le...? ¡Le enviaste una foto mía sin mi permiso!

—Bueno... Surtió el efecto esperado, ¿no?

Me pongo en pie, nerviosa, y camino hacia la cocina. Abro la nevera y escondo la cabeza en ella. No sé qué estoy haciendo, porque hace nada que hemos acabado de cenar...

—¡A él le sigues gustando...! ¡Yo quiero...! Me encantaría que... —Cassey se derrumba entonces y, dándose por vencida, se deja caer en una de las sillas de la cocina, cogiéndose la cabeza con ambas manos.

Resoplo y me acerco hasta sentarme a su lado.

—Cassey, no quiero que fuerces las cosas. No quiero que le des falsas esperanzas ni que juegues a... hacerme chantaje. A ninguno de los dos.

—Pero te lo estoy dejando leer... Yo no... O sea, claro que quiero, pero sé que no debo. Y no puedo disimular que no quiero, aunque sé que no debo. ¿Me explico?

—Igual de mal que tu padre —aseguro, levantándome para alejarme y poder coger algo de aire.



Estoy tumbada en la cama, con la espalda apoyada en el cabecero y el libro en mi regazo, cuando escucho unos pequeños golpes en la puerta.

—¿Mamá...?

—Pasa.

Cassey abre la puerta y se apoya en el quicio, mirándome cabizbaja.

—¿Qué haces...?

—Leer. ¿Y tú?

Levanta un brazo y me muestra un papel.

—Me tienes que firmar el examen del otro día.

—De acuerdo. —Se acerca a mí y me tiende el papel—. ¿Aprobado? ¿Rascado?

Me mira entornando los ojos y formando una mueca extraña en su boca. Es la típica mirada que me echa cuando me suelta cosas como “no me rayes, mamá”. Cuando al rato estampo el garabato en el papel, aún con el gesto torcido, se lo tiendo, pero ella no se mueve. Al rato, cierro el libro y lo dejo sobre la mesita de noche. Viendo mi predisposición a charlar, Cassey se sienta a mi lado, apoyando la espalda también contra el respaldo.

—Cuando acabé de leer el mail, sentí un amargo sentimiento. O mejor aún, un cúmulo extraño de sentimientos, muchos de ellos totalmente contradictorios. Por un lado, sonreí por volver a saber de él, por su frescura, porque sus palabras parecen sinceras, porque sigue queriéndote, por quererme a mí, por comportarse como un padre protector... Por otro lado, sentí miedo. Quiero gustarle, pero no tanto como para que te sientas desplazada. Quiero estar con él, pero no sé si su fama me va a permitir hacerlo. Quiero convertirme en su hija, pero no quiero dejar de ser la tuya. Y también estaba enfadada. Enfadada con él por darse cuenta tan tarde de que me quiere, por no querer que interceda por él contigo, por haberse dejado vencer por las drogas... ¿Y sabes qué? Estaba enfadada

también contigo. Porque eres la causa de que él se dejara vencer por ellas. Incluso estoy enfadada conmigo misma por no odiarle a ratos y también por no quererle otros ratos... Básicamente, estoy hecha un lío...

Cuando deja de hablar, suspira amargamente. Se frota las manos, que reposan en su regazo, mientras aprieta los labios.

—Y en realidad no creo que esté bien sentir todo eso...

—¿Sabes qué? Nadie te puede decir que tus sentimientos son buenos o malos, ciertos o falsos, verídicos o infundados. Solo tú lo sabes y solo tú los puedes gestionar.

—¿No estás enfadada conmigo por sentir todo eso?

Niego con la cabeza, sonriendo con sinceridad, y entonces ella sonríe, agachando la cabeza con timidez.

—¿Y tampoco por querer invitarles a mi cumpleaños...?

—¿Invitarles...? ¿A...? ¿A Aaron, Livy y los demás? ¡No! ¡Claro que no!

—Pero sé que odias las fiestas de cumpleaños y...

—Cariño... —Ladeo la cabeza, mirándola con cariño—. No odio las fiestas de cumpleaños...

—Pues nunca quisiste montarme una a mí.

—Pero no porque las odie... Yo... No... Es porque...

—Porque... —repite ella.

*La miro mientras da palmas con sus dos manitas. Ríe abiertamente, con sus mejillas enormes y sonrosadas, dando pequeños saltos.*

—“¡Pumpelaños felis, pumpelaños felis...!”

—¿Estás contenta, cariño? —le pregunta María, cogiéndola en brazos—. ¡Claro que sí, porque hoy cumples tres años ya!

*Mientras María baila con Cassey en brazos, haciéndola reír a carcajadas, yo saco mi teléfono del bolsillo del delantal y observo la pantalla durante unos segundos.*

*—¿A qué viene esa mirada?*

*María se coloca dentro de mi campo de visión para llamar mi atención.*

*—¿Perdona?*

*—¿Por qué estás... así? —Mueve una mano, señalándome—. Deberías estar contenta y feliz por tu hija...*

*—Y lo estoy. Mucho —fuerzo la sonrisa y le hago una carantoña a Cassey.*

*—Entonces, ¿esperas la llamada de alguien? ¿De su padre, quizá?*

*—No.*

*—¿Estás “tiste”, mamá? —me pregunta Cassey.*

*—No, cariño.*

*—Dime quién te pone “tiste” y la regañaremos.*

*Intento contener las lágrimas y finjo una sonrisa que parece satisfacer a Cassey, ya que se aleja para jugar con su nuevo puzle.*

*Giro la cabeza, huyendo de su pequeño, aunque intimidante interrogatorio, y fijo la mirada en el exterior de la cafetería. Hay pocos clientes hospedados en el motel, así que el parking está casi vacío. De ahí que tengamos tan poco trabajo también en la cafetería. Entonces, por los altavoces empieza a sonar una canción de un grupo que se hizo famoso en los años setenta. La típica canción que has escuchado millones de veces, que eres capaz de cantar incluso, pero que no sabes ni su título ni quién la canta.*

*—Odio las fiestas de cumpleaños —me atrevo a confesarle.*

*—Eso no es posible. Nadie odia las fiestas. Puede que odies cumplir años, pero nadie se resiste a una buena fiesta...*



*Resoplo por la nariz, agachando la mirada mientras sonrío, justo antes de seguir hablando.*

*—Siempre espero su llamada, ¿sabes? Siempre me acuerdo de él en estas ocasiones. A pesar de que sé que es imposible porque cambié de número, a pesar de que estoy a miles de kilómetros de él, a pesar de que le odio con todas mis fuerzas por haberme obligado a cambiar mi vida por él, una parte de mí le echa mucho de menos. Es esa parte de mí que espera que me llame, o que aparezca por la puerta con su sonrisa de medio lado y sus ojos achinados. Supongo que así fue como, cuando todo acabó, empecé a odiar las fiestas de cumpleaños.*

*—Entonces, tampoco odias cumplir años, odias haber tenido que echarle de tu vida.*

*—¿Porque...? —La voz de Cassey me devuelve a la realidad.*

*—No odio las fiestas de cumpleaños, odio haber tenido que echarle de mi vida.*

*—Eso es bueno —dice, sonriendo—, porque no le odias a él, sino a lo que hizo. Es un paso adelante.*



*—¿Dónde está Abby? ¡Aquí está...! ¿Dónde está Abby? ¡Aquí está...! ¿Dónde está Abby? Uy... No la encuentro... Max, creo que he perdido a vuestra hija...*

*—¿En serio? A ver cómo se lo cuento a Ashley...*

*Les observo desde la cocina, donde estoy preparando café.*

*—¡Ah! ¡Aquí está! —grita Cassey, cogiendo a Abby en volandas y haciéndola volar como un avión.*

*La cría ríe a carcajadas y se abraza a Cassey cuando esta la coge en brazos.*

*—Me parece que ya he encontrado canguro para Abby —dice Max, situándose a mi lado.*

Vuelvo a levantar la vista para mirarlas, sonriendo de oreja a oreja. Un rato después, cuando giro la cabeza, descubro a Max mirándome fijamente.

—Por cierto, tu padre parece que quiera asesinarlos...

—No... Para nada... Es solo que...

Miro a mi padre, el cual, acompañado en todo momento por Jackie, se mantiene un poco al margen de todos, mirándolos con los ojos entornados.

—Si las miradas matasen...

—¡No...! Es solo que se siente... un poco... en... campo contrario. Para él, vosotros vais con él. Con Chris. ¿Me explico? Dale algo más de tiempo... — consigo decir, buscando un símil que se adapta perfectamente a mi padre, fanático del fútbol americano—. En realidad, no os odia, aunque quizá le caéis un poco mal. Bueno, quizá bastante mal...

Max sonrío y me mira fijamente. Espero su réplica, pero no abre la boca.

—¿Qué? —le pregunto al rato.

—Nada...

—¿Y por qué me miras?

—Porque aún no puedo creer que estés aquí.

—Llevo tiempo aquí.

—No. No. Para nada. No has estado aquí. No... No has estado a mi lado. No estuviste aquí cuando di mi primer beso. No me has visto graduarme. No me viste acabar la carrera. No estuviste en el aeropuerto para despedirme cuando me fui a Mali...

—Max...

—Déjame acabar —me corta, poniendo un dedo sobre mis labios—. Sé la razón por la que no estuviste aquí, la entiendo, la comprendo, y seguramente yo habría hecho lo mismo. Pero quiero que sepas que a Chris no fue el único al que

abandonaste. A él no fue al único al que hiciste daño marchándote. De repente, yo os perdí a los dos... A los tres, de hecho. Y te eché de menos cada segundo desde entonces.

—Max, yo... —Me tapo la boca con una mano mientras se me escapan las primeras lágrimas, justo antes de añadir—: Te quiero a tú, Max.

Él me mira sonriendo de oreja a oreja, con los ojos centelleantes de emoción. Se muerde el lateral del labio y agacha la cabeza, algo avergonzado. Me acerco a él y apoyo la cabeza en su hombro. Max posa su mano en mi mejilla y besa mi pelo, con mucha ternura. Me cuesta creer que ese torbellino risueño y contestón se haya convertido en este adulto responsable, capaz de consolarme en mis momentos de bajón.

—Prométeme que no te volverás a ir —dice sin despegar los labios de mi pelo—. A pesar de lo que pueda hacer el capullo de mi hermano. Si necesitas... hablar con alguien para... desfogarte, estoy aquí, ¿vale? Ya no soy pequeño, ya no soy un crío. Puedes hablar conmigo.

—No me volveré a ir —le prometo, acariciando su mejilla con una mano mientras me seco las lágrimas con la otra.

—¿De veras?

—De verdad. No puedo alejarla de todos vosotros —digo, señalando a Cassey con la cabeza—. Y no creo que yo fuera capaz de no veros más...

Max sonrío y se le achinan los ojos, como cuando era pequeño, como cuando me robó el corazón con su mirada, con sus gestos, con su ceño fruncido cuando se enfurruñaba, con sus ojos concentrados cuando leía nuestros labios para entendernos, cuando me abrazaba con fuerza... Mi Max...

—¡Regalos! ¡Regalos! —grita Lexy—. ¡Ha llegado la hora de los regalos!

Todos nos acercamos al salón, y rodeamos a Cassey, que sigue sentada en el sofá, con Abby en su regazo. Los ojos le brillan de emoción, totalmente extasiada. Cuando nuestras miradas se encuentran, nos sonreímos de forma cómplice. Estoy muy feliz por ella, y ella sabe que lo estoy, aunque ambas sabemos que nos falta algo, y las dos sabemos qué es.

—El nuestro primero —asevera mi padre con voz grave, haciéndose un hueco entre todos.

Cassey le mira sonriendo de forma comprensiva, cogiendo el paquete de sus manos. Cuando lo desenvuelve, levanta la vista y mira a su abuelo con los ojos llenos de emoción.

—¡Es una cámara de fotos! ¡Gracias, abuelo! ¡Me encanta!

Mi padre mira a unos y a otros, henchido de orgullo, justo antes de recibir el abrazo de Cassey.

—¿Te gusta? —le pregunta Jackie—. Es de esas que hace fotos Polaroid...

—Es genial, en serio —repite, sentándose de nuevo en el sofá, admirando su nueva cámara.

—Toma. Abre el nuestro —le dice entonces Ashley, poniendo un paquete envuelto en un llamativo color rosa sobre el regazo de mi hija.

—Gracias. Gracias —repite Cassey una y otra vez.

—No nos des las gracias, que aún no sabes lo que te hemos regalado —interviene Max—. A lo mejor no te gusta y no tienes nada que agradecernos.

Cass ríe mientras desenvuelve el regalo, hasta descubrir un bolso estilo bandolera.

—¡Me encanta! ¡Es genial! ¡Gracias, gracias, gracias!

Cassey se pone en pie y abraza a ambos, dándoles un beso en la mejilla.

—¡Mira, mamá! ¡¿A que es genial?!

—Mucho —respondo sonriendo.

—Vale. Ahora el nuestro —interviene Lexy, mirando de reojo a Jared, que agarra a Freddy por los hombros.

—¡Es un...! —empieza a decir este, pero su padre está lo suficientemente hábil como para taponarle la boca antes de que consiga acabar la frase.

Cassey le mira riendo, mientras Lexy, roja como un tomate, se intenta excusar:

—Lo siento... Ni caso. Siempre hace lo mismo. Ellos ya están acostumbrados —dice, señalando a todos con un movimiento de brazo—. En casa no hay secretos...

—Pero le tenemos controlado —añade Jared, mientras Cassey rompe el envoltorio.

Cuando lo hace, saca lo que parece un enorme libro. Estiro el cuello para ver qué es, mientras Lexy se muerde el labio inferior, esperando la reacción de Cassey.

—Esto es... —empieza a decir esta, con la boca abierta.

—Las buscamos todas —dice Lexy.

—Doy fe —interviene Livy—. Me han rebuscado en todos los cajones.

—No queríamos que te faltara ninguna...

Cassey pasa las páginas de lo que parece ser un álbum de fotos. Cuando levanta la vista, con los ojos bañados en lágrimas, me mira y lo levanta para que pueda ver la foto que me señala con un dedo. En ella, salimos Chris y yo. Él me sostiene por la cintura, sonriendo y mirándome embelesado mientras yo, sentada en su regazo, estoy riendo a carcajadas. Nunca había visto esa foto. Nunca hasta ahora. Y no puedo dejar de mirarla porque tengo la sensación de que nos muestra tal y como éramos cuando estábamos juntos.

—Lo... Lo siento... —susurra Lexy.

—No. No lo sientas —le pido—. Es preciosa.

—Lo es —añade Cassey—. Me encanta el álbum, Lexy. Muchas gracias a los tres. Gracias, Freddy.

El crío se muerde el labio inferior, lleno de orgullo. Entonces, Aaron y Livy se miran y se acercan a ella, sentándose en la mesa de centro, frente a Cassey.

—Nosotros no tenemos ningún regalo físico —empieza a decir Livy, algo nerviosa—. Nosotros hemos hablado con tu madre para que nos diera permiso para... regalarte lo que vamos a regalarte.

Cassey pasea la vista de Aaron y Livy hasta mí, buscando respuestas.

—Queremos llevarte a un sitio —interviene Aaron—. Queremos que vengas con nosotros a pasar unas mini vacaciones a Montauk. Como sabes, tu padre y yo somos de allí. Allí forjamos recuerdos y muchas vivencias, lugares que forman parte de nosotros... y me gustaría mostrártelas.

—Tenemos allí una pequeña casa de veraneo que compramos hace unos años, poco después de jubilarnos...

—¿Qué nos dices? ¿Te apetece?

—Me... ¡Me encantaría! —grita Cassey, llevándose las manos a la boca, llena de emoción. Poco después, se tira a los brazos de Aaron y Livy, que la abrazan con fuerza, enterrando la cara en su cuello.

Entonces, el teléfono de Cassey emite unos pitidos, avisándola de que ha recibido varios mensajes. Ella, después de secarse las lágrimas de los ojos, resopla y coge el móvil.

—Es un mensaje de audio, pero no sé de quién es... No tengo el número grabado en la agenda...

—Si quieres puedo hacer rastrear el número —dice Aaron, recibiendo un manotazo por parte de Livy.

—Corta el rollo, que no estás de servicio, Taylor.

—Teniente Taylor para usted, señora.

Livy le mira alzando una ceja, amenazadora, justo en el momento en el que el sonido de las teclas de un piano inunda mi salón. Son las primeras notas de una canción preciosa, una que conozco muy bien, y Cassey también. Las dos nos miramos hasta que escuchamos una voz rasgada cantando. A pesar de sonar diferente, de sonar más rota, mucho menos melódica, puedo reconocerla con los ojos cerrados. Cassey abre los ojos como platos, y las dos miramos alrededor,

buscando la complicidad del resto. Livy y Lexy se llevan las manos a la boca mientras que Max se ha puesto en pie de un salto.

—¿Mamá...? ¿Es...? —balbucea Cassey mientras yo me limito a asentir con la cabeza, muy emocionada.

Se puede sentir el dolor en su voz tomada. Casi le puedo imaginar acariciando las teclas mientras canta la canción con la cabeza levantada y los ojos cerrados.

—Es mi canción, mamá —repite Cassey.

—Lo sé, cariño —respondo susurrando.

Nos volvemos a sumir en el más absoluto silencio, disfrutando de su Chris. A ratos, su voz suena como si estuviera llorando, otras sé que está sonriendo... justo el mismo cúmulo de sentimientos que está viviendo Cassey ahora mismo, la cual sonrío con las mejillas totalmente mojadas por las lágrimas.

Entonces, suenan las últimas notas de la canción y todos parecemos contener la respiración.

—Feliz cumpleaños, Cassey —dice entonces Chris—. Siento... no estar ahí, contigo. Pero... lo estoy intentando.

En cuanto el mensaje acaba, Cassey agarra el teléfono con fuerza, con ambas manos, y se pone en pie de un salto.

—¿Es este su número? —le pregunta a Aaron, mostrándole la pantalla del teléfono.

—No... —contesta este después de mirarla—. Además, allí dentro no pueden tener su teléfono. Se las debe de haber apañado para... hacer esto.

Cassey se mueve nerviosa, girando sobre sí misma.

—Cariño... —Agarro su brazo y lo aprieto en un gesto cariñoso. Cuando nuestras miradas se encuentran, parece desinflarse y las rodillas le fallan. Por suerte, consigue sentarse en el sofá y, aun agarrando el teléfono con devoción.

—Es... el mejor regalo de cumpleaños que me han hecho nunca... — susurra.

—Y sin gastarse un dólar... ¿Qué os parece? —bromea Max, guiñándome un ojo cuando le miro.

Cuando me quiero dar cuenta, todos me observan. Quieren ver mi reacción, saber qué ha provocado en mí escuchar de nuevo su voz, intentar adivinar si el gesto maravilloso de Chris ha conseguido romper el muro que he construido alrededor de mi corazón.

Para su desgracia, lo único que hago es agachar la vista al suelo y, cuando me creo incapaz de retener las lágrimas por más tiempo, vuelvo a la cocina y hago ver que friego algunos platos y vasos, dándoles la espalda en todo momento.



## CAPÍTULO 21

*Y así fue como, cuando todo acabó, se paró mi mundo*

—¿Lo ha visto?

—Sí.

—¿Lo ha escuchado?

—Supongo, pero no estoy ahí para comprobarlo...

—¿Y si no sabe que soy yo?

—Chris, por favor. ¿Cómo no va a saber que eres tú?

—¿Y por qué no contesta?

—¡No lo sé! ¡No podrá...! Estará... ocupada. O quizá esté en una fiesta con sus amigos y quiera hacerlo más tarde, cuando esté más tranquila... O puede que esté demasiado alucinada como para hacerlo. Quizá esté buscando las palabras adecuadas que decirte.

Me llevo las manos a la cabeza y me muevo sin sentido, cambio el peso del cuerpo de una pierna a otra. Habría imaginado que nada más escucharme, contestaría el mensaje. Puede que incluso intentara llamar al número, a pesar de que Jay no me pasara la llamada para no incumplir las normas. Aún más de lo que ya las ha incumplido por mí.

—¿A quién cojones quiero engañar...? —susurro, estirándome del pelo con desesperación—. No va a contestarme.

—¿Por qué no? ¿Acaso no te escribió ese mail? ¿Acaso no te ha contestado y te ha pedido que mantengáis el contacto?

—Puede que lo haga porque la obligan... A lo mejor, mis padres le han pedido el favor para forzar mi recuperación.

Jay me mira torciendo el gesto y alzando una ceja. Se queda callado durante unos segundos, abriendo y cerrando la boca, indeciso acerca de qué decir, hasta que por fin parece encontrar las palabras adecuadas.

—¿Pero tú eres gilipollas o qué te pasa?! ¡Pensaba que habíamos hecho progresos, pero ya veo que sigues haciéndote el mártir! ¡A esa cría no la obligó nadie a escribirte! ¡Se le dio la posibilidad y no dudó un segundo en hacerlo! ¡Pero, ¿quieres pensar que todo forma parte de un maléfico plan para engañarte?! ¡Pues adelante!

Jay se da la vuelta y se empieza a alejar. Entonces me doy cuenta de que el teléfono se marcha con él.

—¡Eh! ¡Jay! —grito, sin éxito—. ¡Por favor, espera!

Se detiene, baja los hombros y resopla con fuerza. Luego se da la vuelta lentamente. No dice nada, se limita a abrir los brazos y a esperar.

—Me... ¿Me avisarás si...?

—Sabes que sí —susurra, justo antes de volver a darse la vuelta y perderse por el pasillo.



—Fue tan fácil caer en la tentación, y está siendo tan difícil salir... Creo que, si alguien nos mostrara las consecuencias reales, nos lo pensaríamos dos veces antes de meternos nada.

—Pues yo pienso que somos nosotros los que no quisimos ver las consecuencias. Todos las conocíamos, pero elegimos el camino fácil para... evadirnos, aun sabiendo que la vuelta sería un infierno.

—Mi vida era una mierda y quise... olvidar. Supongo que tomar coca no fue mi mejor idea, aunque sí la más efectiva en ese momento —añade otro tipo, el nombre del cual no me he molestado en recordar.

—Creo que no era consciente de lo que tenía —comenta April—. Es decir... No es que tuviera demasiado... Un apartamento minúsculo por el que pagaba

demasiado, un trabajo aburrido y un novio fanático del fútbol y nada detallista. Supongo que quise darle algún... aliciente a mi vida porque creía que no era suficiente para mí. Y me equivoqué. Esa era la vida que tenía, la que me merecía. No necesitaba más.

—No estoy de acuerdo —interviene entonces Jay. En cuanto escucho su voz, levanto la cabeza para mirarle atentamente—. Creo que, si nuestra vida no nos convence, si no nos llena, debemos hacer algo para remediarlo. El problema es que elegimos mal cómo cambiarla. En las vidas de todos nosotros hubo un punto de inflexión, un escollo al que no supimos hacer frente. Pero está en nuestras manos revertir la situación. Nosotros fuimos los únicos culpables y nosotros los únicos que podemos ponerle remedio.

Se hace el silencio en la sala mientras dejamos que las palabras de Jay nos invadan. Las sopesamos durante un buen rato. Unos estarán más de acuerdo con él que otros. En mi caso, da en el clavo. Siempre lo hace, desde el mismo instante en el que cruzamos las primeras palabras.

—¿Qué pasará cuando sintáis que necesitáis volver a consumir o a beber? —pregunta entonces el orientador—. La tentación siempre va a estar ahí. Aunque hayáis salido de ello y seáis conscientes de lo que os ha costado salir y estéis convencidos de no volver a caer, puede que vuestro cerebro os juegue malas pasadas de vez en cuando, recordándoos lo bien que os sentíais durante esos minutos de subidón. ¿Qué pasará si vuestra motivación para rehabilitaros desaparece?

Con los codos apoyados en las rodillas, me froto la cabeza con ambos manos. Ese es un pensamiento que se me ha pasado varias veces por la cabeza, y al cual no soy capaz de enfrentarme.

—¿Chris? ¿Estás bien?

Levanto la cabeza y miro alrededor. Varios pares de ojos me observan, pero ninguno me juzga. Al contrario, veo mucha comprensión. En realidad, nunca me han intentado juzgar, pero no me di cuenta de ello hasta que no me convertí en alguien más o menos asiduo a estas reuniones. Al principio, asistía solo por los sellos y me limitaba a calentar la silla. Pero entonces empecé a intervenir y a sentirme mucho mejor.

—Eso es algo en lo que pienso a menudo... —empiezo—. Y me aterra.

—¿Caer de nuevo? —insiste el orientador.

—No... Tengo miedo de que Jill no quiera formar parte de mi vida. Baso mi recuperación en la creencia de que, si salgo de esto, las recuperaré. Es posible que mi hija sí quiera que tengamos relación —confieso, mirando de reojo a Jay, mi cómplice en todo el proceso—, pero me da miedo que ella no sea suficiente. Es decir... en realidad, todo gira alrededor de Jill. Ella es mi punto de inflexión. Ella fue la causa de que me hundiera en la mierda, perderla me volvió loco. El mero hecho de imaginar mi vida sin ella, resultaba tan insoportable que intenté quitarme la vida... Verla por casualidad hace unos meses fue un golpe de realidad, como si alguien me diera una enorme colleja para hacerme reaccionar. Lo que mi familia llevaba años intentando, ella lo logró en unos segundos, sin necesidad de abrir la boca. Ella es mi todo, y si no me perdona, si no quiere volver a mi lado, si no quiere verme, no sé si seré capaz de encajarlo. Y estoy cagado.

—Pero tienes que pensar que esa posibilidad existe... —se atreve a decir April después de varios segundos de silencio sepulcral.

—Lo sé. Además, estaría en todo su derecho de hacerlo. Le hice tanto daño, que lo lógico sería que pasara de mí.

—Y... —Un tipo que hasta ahora había mantenido la boca cerrada, carraspea e intenta proseguir—. Con todo lo que tienes... O sea, no me malinterpretes, pero... lo tienes todo. O sea, podrías tener a cualquiera. Podrías... buscarte cualquier otro aliciente... otro punto de inflexión... Sin ánimo de ofender, pero pudiendo tener a... Jennifer López, por ejemplo, que es la primera que me viene a la cabeza, ¿por qué Jill?

Sonríó con nostalgia. No me molesta su comentario, porque no es el primero que me lo pregunta

—Porque siempre fue ella... Porque antes de tenerlo todo, cuando era un crío cabreado que sentía que no pertenecía a ningún lugar, ella era mi ancla. Recuerdo estar cabreado con el mundo y verla sonreír...

Resoplo y me abrazo el torso con ambos brazos, encogiéndome en la silla. Me agarro con fuerza la camiseta con una mano, justo encima del pecho.

—El simple hecho de hablar de ella en pasado, me está matando...

Se escucha un sollozo y entonces levanto la vista de golpe, como si eso me hubiera devuelto a la realidad, a la sala con sillas en círculo llena de gente desconocida con lo que parezco compartir mucho más que con cualquiera que se haya cruzado en mi camino durante estos últimos diecisiete años.

—¿Estás bien, Mary? —le pregunta el orientador.

Ella asiente sonriendo, secándose las lágrimas, de repente dándose cuenta de que se ha convertido, sin pretenderlo, en el centro de atención. Se muerde el labio inferior durante unos segundos, asintiendo con la cabeza, justo antes de explicarse:

—Es que... Me encantaría que alguien me hubiera querido tanto alguna vez... Eso que sientes y que tanto te duele —me dice, mirándome aún emocionada, posando la mano en sobre su corazón—, es tan bonito... Tanto, que es imposible que ella no lo sepa ver.



Camino por el establo cargado con una enorme bala de heno. Estoy sucio y agotado después de varias horas de trabajo sin descanso. Y lo hago no porque me hayan obligado, sino porque de esta manera me mantengo ocupado y no pienso en ellas.

—Tengo algo para ti.

Su voz me sobresalta, haciéndome soltar el heno, que cae sobre mi pie.

—¡Joder! ¡Podrías ser más sigiloso...!

Pero me callo en el preciso instante en el que me planta la pantalla de su teléfono delante de mis narices.

**“Es el mejor regalo de cumpleaños que me han hecho en la vida. ¡Gracias!”**

El corazón me empieza a latir con tanta fuerza que parece que se me vaya a salir del pecho. Se me ilumina el rostro, abriendo los ojos como platos y se me escapa una especie de risa histérica.

—Hay más... —afirma, moviendo las cejas arriba y abajo.

Le saco el teléfono de las manos rápidamente, tan nervioso que me tiemblan las manos y me cuesta encontrar la conversación.

**“Se lo diré. Le encantará saberlo”**

**“¿Quién eres?”**

**“Jay, un amigo”**

**“Creía que no podíais tener contacto con el exterior”**

**“Bueno, a veces es bueno saltarse un poco las normas...”**

**“Entonces, ¿me puedes contar cosas de él?”**

**“¿Qué entiendes tú por “un poco”?”**

**“Vale. Tenía que intentarlo. ¿Me puedes decir al menos si está bien?”**

**“Está cada vez mejor. Y espera a que le diga que has contestado...”**

**“¿Acaso se pensaba que no le contestaría? Genial... ¿Le puedes dar un mensaje de mi parte? Dile que le necesito en mi vida, que tenemos que recuperar el tiempo perdido”**

**“Dalo por hecho”**

Cuando veo que ese es el final de la cadena de mensajes, levanto la vista de la pantalla. Jay y yo nos mantenemos la mirada durante un buen rato, hasta que las comisuras de mis labios se empiezan a curvar hacia arriba.

—Te lo dije —asegura Jay mientras yo asiento, lleno de felicidad.

De hecho, empiezo a estar eufórico, y eso me provoca que sea incapaz de quedarme quieto. Me muerdo el labio inferior y cambio el peso de mi cuerpo de una pierna a otra. Al final, me acabo sentando sobre la bala de heno, apoyando los codos en las rodillas. Sostengo aún el teléfono con una mano mientras con la otra me froto el pelo, nervioso.

—¿Me devuelves el teléfono? —Cuando lo hago, se da la vuelta y empieza a alejarse—. No te pienses que has acabado aquí. Dale caña, Taylor.

Y lo hago, con una enorme sonrisa en la cara, de repente ilusionado. De repente, exultante de felicidad. De repente convencido de que realmente tengo motivos para querer salir de aquí.



Con las manos en los bolsillos de la sudadera, camino por los caminos del pequeño bosque dentro de los límites del centro. Es la primera vez que lo hago en los tres meses que llevé aquí, la primera vez que me apetece hacerlo, a sabiendas de que estaría solo con mis pensamientos.

Por primera vez en mucho tiempo, quiero escucharme, quiero saber qué se me pasa por la cabeza.

Por primera vez en mucho tiempo, no me asusta estar solo. Incluso lo disfruto. Atento a todo lo que sucede a mi alrededor, puedo escuchar el ruido de las hojas al pisarlas, o el de las ramas de los árboles al ser mecidas por el viento. Me siento como si, de repente, después de casi diecisiete años parado, el mundo hubiera empezado a girar.

*Nueva York no es una ciudad silenciosa, ni mucho menos. El ruido de los motores y los cláxones de los coches, el de los miles de personas que caminan por sus calles. Para colmo, una gran tormenta eléctrica lleva descargando agua con fuerza desde hace unas horas.*

*Levanto la vista al cielo y dejo que las gotas sigan picando en mi cara y empapando ropa.*

*A lo lejos escucho el sonido de mi teléfono y unos fuertes golpes, los cuales ignoro por completo. En lugar de eso, doy un par de pasos al frente y apoyo las palmas de las manos en la barandilla de piedra de mi enorme balcón. Miro hacia abajo y un pensamiento fugaz cruza mi cabeza: caer. No me da miedo. De hecho, no siento nada. Es como si todo hubiera dejado de importar, como si mi mundo se hubiera detenido a mi alrededor. Solo el mío. Sé que los demás siguen con sus vidas e intentan que yo haga lo mismo, pero, simplemente no puedo. Mi vida ha dejado de existir.*

*Tiran de mí y caigo de espaldas. Alguien debajo de mí me sujeta con fuerza, abrazándome el torso. Siento el ralentizado latido de su corazón contra mi espalda. Abro los brazos, clavando los ojos en el cielo oscuro. El cielo se ilumina con la desafiante luz de los relámpagos. Soy capaz de ver cómo el rayo traza el zigzagueante dibujo, desde las nubes hasta perderse por entre los edificios, y cómo todo el cielo se ilumina, mostrándome todo el barullo que se ha formado de repente a mi alrededor.*

*Veo la cara de Livy frente a mis ojos. Mueve la boca, hablándome mientras me coge la cara con ambas manos. Se mueve a un ritmo extrañamente lento, al igual que Max, al que veo aparecer a mi otro lado. Él también mueve la boca, y parece gritarme algo, pero no consigo oírle. Al rato, me vuelvo a centrar en el cielo, en las gotas que caen en vertical sobre mi cara y mis ojos.*

*Me levantan y me llevan en volandas hacia el interior de mi enorme apartamento. Me tumban sobre el carísimo sofá del salón, me tapan con una manta de pelo blanco y secan mi cara con una toalla suave y esponjosa.*

*—¡Chris! ¡Chris, por favor! ¡Mírame! —grita Max, al que de repente escucho con claridad. Y le obedezco. Le miro y sonrío, parpadeando un par de veces para enfocar la vista del todo—. Eso es... Eso es... Estoy aquí, ¿vale? Mamá y papá también están aquí. ¿Me escuchas?*

*Sigo sonriendo, pero no le contesto. En vez de eso, giro la cabeza hacia la terraza y me concentro en la incesante lluvia.*

*—¿Qué le pasa, Max? —Escucho que pregunta Livy—. ¿Aaron?*

*—Chris, escúchame —interviene entonces mi padre, cogiéndome la cara para obligarme a mirarle—. Hijo, ¿qué hacías? Llevábamos un buen rato picando a la puerta, y te hemos llamado varias veces.*

*—Estoy... bien... supongo...*

*—¿Has comido algo?*

*Frunzo el ceño, mirándola confundido.*

*—Cené anoche en vuestra casa... —contesto.*



*Los tres se miran. En sus caras puedo ver el desconcierto que mi respuesta parece haberles provocado.*

—Chris... *Eso fue hace tres días...*

—¿Tres...? —*balbuceo.*

—*Sí. Viniste el domingo pasado... Hoy es miércoles...*

*Vuelvo a centrar mi atención en el exterior. Lo cierto es que no recuerdo nada más aparte de esa cena y la tormenta que me ha acompañado hasta hace un momento. Ellos parecen estar sorprendidos e incluso asustados. Yo no. De hecho, desde que ella me abandonó, mi vida parece algo ajeno a mí. Es como si fuera un mero espectador, como si nada de... esto me estuviera sucediendo a mí.*

Y así fue como, cuando todo acabó, se paró mi mundo.

Y así se quedó: parado. Porque desde esa última vez que la vi, mi vida se quedó estancada. Aparentemente, todo seguía funcionando. Después de varias semanas de baches, hospitales y pastillas, aprendí a hacer ver que todo iba bien. Sé que nadie de mi familia me creyó, por eso me largué y seguí con mi... sucedáneo de vida.

Y justo ahora, en mitad de este pequeño bosque, parece volver a ponerse en marcha. En realidad, creo que empecé a vivir de nuevo en cuanto volví a verla aquella noche por casualidad en casa de mis padres.



Voy camino de mi dormitorio cuando escucho ruido procedente de la sala común: golpes, gritos y, entonces, alguien aporreando las teclas del piano.

—Tranquila... No queremos hacerte daño... —dice uno de los dos orientadores que tratan de calmarla.

Mantiene los brazos extendidos y el cuerpo agazapado, como si fuera Chris Pratt intentando contener a los velociraptors en aquella película...

—¡Dejadme en paz! —grita la chica—. ¡Me quiero ir de aquí!

—Sabes que no podemos permitirlo... Ahora mismo, necesitas ayuda y...

—¡No! ¡No necesito nada!

Aun imaginando a Chris Pratt, sin poder evitar sonreír, me empiezo a acercar a ellos. Los orientadores me miran frunciendo el ceño, así como la chica que, al verme vestido con el mismo chándal que ella y no como uno de los “carceleros”, no intenta agredirme.

—Descarga tu ira contra esos tipos, pero deja el piano en paz —comento, sentándome frente a él y acariciando suavemente sus teclas—. Me he reconciliado con la música gracias a este piano, y no soporto ver a alguien maltratarlo.

Toco algunas teclas, comprobando que no haya sufrido ningún daño, y cuando me aseguro de ello, empiezo a tocar una suave melodía. Al rato, empiezo a tararear la canción, sin llegar a cantarla. Cierro los ojos, totalmente ajeno a la tensión palpable en la habitación. Entonces escucho unos pasos acercándose a mí. Abro los ojos y miro de reojo para comprobar que la chica se está acercando, curiosa.

—Coge una silla, si quieres — le digo sin mirarla, concentrado en las teclas.

Se lo piensa un buen rato, pero yo no me rindo. Cuando acabo de tocar una canción, empiezo otra, y luego otra, hasta que siento su presencia a mi lado. Por el rabillo del ojo veo cómo los orientadores han relajado su postura, y que a ellos se les han unido Jay y otro tipo.

—¿Sabes tocar? —le pregunto, justo antes de girar la cabeza y mirarla a la cara.

Al verme, parece reconocerme y abre mucho los ojos, sorprendida. Niega con la cabeza, con timidez.

—¿Te importa si toco un rato, entonces?

Ella vuelve a negar con la cabeza, y entonces giro la cabeza de nuevo y miro las teclas. Me muevo levemente, al compás de la música que toco. Poco después, tarareo de nuevo.

—¿Te la sabes? —le pregunto. Ella se sonroja y agacha la cabeza—. ¿Cantas conmigo?

—Lo hago fatal...

Sonrío soltando aire por la boca.

—Si supieras la de cosas que he hecho y aún hago mal... Y aquí estoy... A veces me pregunto si la vida no se cansa de darme nuevas oportunidades...

Dejo la frase ahí y vuelvo a centrarme en el piano.

—Vamos a hacer una cosa. Pon estos dos dedos sobre estas dos teclas —digo cogiendo su mano y, posando los dedos sobre las teclas, le ayudo a pulsarlas—. Siempre a este ritmo, sin parar hasta que acabe la canción. Vamos a ver qué puede salir de tu inexperiencia y mis maltrechas cuerdas vocales. ¿De acuerdo? ¿Lista?

Cuando ella asiente, poso mis dedos sobre otras de las teclas y le hago una señal con la cabeza. Ella empieza a pulsarlas, justo como yo le había indicado, y yo empiezo a cantar. Al rato, acompaño sus notas con las que yo toco. Poco después, al darme cuenta de que el resultado es bastante satisfactorio, la miro y la veo sonreír. Yo hago lo mismo y cierro los ojos, envalentonado. Sé que mi voz no suena ni mucho menos como debería, que mis dedos están algo desentrenados y que mi compañera al piano pierde el ritmo en algunos momentos de la canción. A pesar de todo, entre los dos, conseguimos hacer algo más que decente.

Cuando toco las últimas notas, los dos dejamos las manos sobre nuestros regazos. Parece como si ella se hubiera quitado un peso de encima. Se coloca el pelo detrás de las orejas y luego esconde las manos en las mangas de la enorme sudadera.

—¿Sabes qué he aprendido desde que entré aquí? —Me mira y niega con la cabeza—. Que da igual lo jodido que estés, o lo mal que hayas hecho las cosas, siempre habrá alguien dispuesto a ayudarte. Y si te dejas, pueden salir cosas geniales. Como lo que acabamos de hacer. Puedes hacer algo bonito con tu vida, ¿sabes? Pero primero tienes que dejarte ayudar por esta gente.

Ella gira la cabeza hacia atrás, mirando a los orientadores. Su expresión relajada me hace pensar que puedo haber conseguido mi propósito, así que me

levanto de la silla y le tiendo una mano.

—Soy Chris, por cierto.

—Lo sé —sonríe ella—. Summer.

—Encantado, Summer.

Camino hacia la puerta para volver a mi habitación. Al cruzarme con Jay, este me mira y sonrío de medio lado. Se escabulle de la sala para acompañarme por el pasillo. Durante un buen rato, me mira sin decirme nada, poniéndome un poco nervioso.

—¿Qué? —le pregunto.

Se toma unos segundos más antes de contestar.

—Puedes irte.

Me freno en seco, igual que él. Nos quedamos uno frente al otro, yo mirándole con el ceño fruncido, él aun sonriendo de oreja a oreja.

—No entiendo... ¿Tan fácil? —pregunto, confundido.

—¿En serio crees que ha sido fácil? —pregunta, antes de estallar en carcajadas.

—No... Solo creía que iba a estar más tiempo aquí dentro...

—Bueno, supongo que no creías demasiado en ti, ni en nosotros. Y reconozco que tus primeros días fueron una auténtica pesadilla, pero lo has hecho bien. Y eso que ha pasado ahí dentro, es la prueba de ello.

Me quedo muy quieto, parpadeando mientras miro a un lado y a otro. No sé qué decir ni qué hacer. De repente, estoy confundido.

—Con las ganas que tenías de perdernos de vista, pensaba que cuando te diera la noticia saldrías corriendo.

—No es eso... Estoy algo... asustado. —Jay me mira levantando las cejas, así que me veo obligado a hacerme entender—: ¿Qué se supone que tengo que hacer

al salir? Tengo que... llamarla... o...

—Chris, cierra los ojos. —Tardo unos segundos en obedecerle, pero en cuanto lo hago, vuelvo a escuchar su voz—. ¿Qué quieres hacer?

—Vivir —contesto lo primero que me sale, sin siquiera pensarlo.

—No sabes lo mucho que me alegra escuchar eso. Entonces, te será fácil averiguar qué hacer para lograrlo.



—Entonces, quedamos mañana a eso de las siete de la mañana y salimos a correr.

—De acuerdo.

—Y si quieres, vente a cenar a casa por la noche. Haré pastel de carne.

—Vale.

—¿Qué os iba yo a decir...? Se os nota un poco que no queréis dejarle solo... —interviene Max, casi susurrando mientras les empuja hacia la puerta principal.

—No es eso... Es que nos alegramos mucho de que haya salido — contesta Livy.

—Estamos muy orgullosos de ti, Chris —añade mi padre.

—Que sí, que sí...

Justo antes de salir, Max vuelve a mirarme y, guiñándome un ojo, me dice:

—Llámalas. Y hazlo hoy, antes que papá y mamá ocupen tu agenda durante el próximo año.

Me da un sentido abrazo y luego cierra la puerta. Aun con el eco del ruido resonando por todo el ático, me doy la vuelta y hago un barrido visual por toda la estancia. Intento averiguar qué hacer, pero nada aquí dentro me evoca ningún recuerdo. Nada excepto esa guitarra apoyada contra la pared del fondo, al lado

de la librería, pero aún no estoy preparado para volver a cogerla.

Agotado, apoyo la espalda y la cabeza contra la puerta. Alzo la vista al techo y resoplo. Sé que quedarme aquí solo es lo que tengo que hacer, intentar volver a mi vida haciendo cosas... normales, pero este lugar no me aporta nada. Meto la mano en el bolsillo de mi pantalón y saco el móvil. Lo miro durante un buen rato, casi una eternidad, el tiempo que necesito para aunar el valor necesario para abrir la agenda de contactos y buscar su número de teléfono. Lo grabé nada más traspasar la puerta del centro, incluso antes de subirme al coche de mi padre.

Cojo aire con fuerza, llenando mis pulmones al máximo, y lo suelto lentamente hasta vaciarlos. Repito el gesto un par de veces más, pero no me sirve de nada y sigo sin ser capaz de pulsar el botón de llamada. Me doy la vuelta y golpeo mi frente contra la madera de la puerta.

—¡Joder! —grito, agarrándome el pelo hasta que, sin pensarlo más, pulso el botón y me llevo el teléfono a la oreja—. Vamos... Tranquilo... Es solo una llamada... No pasa nada...

—¿Hola? —Escucho los latidos del corazón retumbando en mis oídos, a la vez que una especie de sudor frío recorre mi espalda—. ¿Diga?

—Hola... —Mi voz suena quebrada, así que es imposible que me haya reconocido—. ¿Cassey?

—Sí. ¿Quién es? —pregunta.

—Soy... —Dudo qué decir a continuación. Valoro un “yo” pero suena muy genérico, un “papá” pero aún no me lo merezco, así que me decanto por lo más sencillo—. Soy Chris.

Se crea un silencio extraño entre los dos, pero no lo intento romper. Sé que sabe quién soy, así que le doy todo el tiempo que necesite para hacerse a la idea. Pero mi plan se hace añicos cuando la escucho sollozar.

—Eh, eh... No... No llores, por favor...

—Es que... No puedo evitarlo —balbucea. Me cuesta un poco entenderla, pero no la interrumpo—. No es así como había imaginado este momento... Yo... Tú... ¡Ah, joder! ¡Parezco idiota! Lo siento...

—Tranquila —sonrío.

—¿Has... salido? O sea, ya sé que estás fuera porque Aaron ha llamado para decirnos que te había ido a recoger...

—Eh... sí...

—Y me estás llamando...

—Lo estoy haciendo, sí...

—Así que estás en la calle... O sea, ya sé que no en la calle... Es una manera de hablar...

—Lo sé. Te he entendido a la primera.

—Lo siento. Normalmente suelo ser más lista. —La escucho reír—. Pero estoy en shock.

—Pues ya somos dos. —Río yo también—. Vamos a ver si logramos parecer más listos... Creo que ya ha quedado claro que he salido, estoy en Nueva York y te estoy llamando.

—¡Sí!

Se le escapa una carcajada y eso me envalentona.

—Y el motivo por el que te llamo es porque creo que ambos estábamos de acuerdo en que nos apetecía... recuperar el tiempo perdido.

—¡Sí! ¡Sí, quiero! ¡Ahora mismo! Bueno, si tú quieres. Porque yo sí que quiero. Es decir, si puedes. Yo sí puedo. A no ser que estés cansado y quieras echarte un rato... En ese caso, también puedo ir, prometo no molestar. Y no sería nada raro ni nada de eso, porque prometo no mirarte mientras duermes ni nada de eso... Bueno, cuando quieras... Llámame y allí estaré. Dios mío, lo estoy volviendo a hacer...

—Te estoy llamando ahora.

—¿Sí?! ¡O sea, ya sé que me estás llamando! ¡¿Te va bien ahora?! ¡¿Dónde

nos vemos?!

—No puedo salir, Cass... A plena luz del día, debería ir...

—De incógnito, es verdad... Me lo contó mamá... —piensa durante unos segundos, hasta que vuelve a la carga con el mismo ímpetu de antes—. En ese caso... podría... ir... yo... Ya sabes... A tu casa... Espera, ¿tienes casa? O sea... me imagino que no dormirás en la calle, pero también podrías dormir en un hotel... Joder... Mierda...

Río a carcajadas escuchándola. De repente, soy consciente de que podría escucharla durante horas, y me maldigo a mí mismo por no haber podido hacerlo antes.

—Me ayudaría que ahora mismo dijeras algo —dice, interrumpiendo mis pensamientos.

—Sí, tengo casa. Sí, me apetece verte ahora. Y no, no pareces tonta.



Camino de un lado a otro de mi ático, nervioso. Me comporto como un auténtico neurótico compulsivo. Compruebo si está todo limpio, que lo está porque alguien se encarga de ello. Me miro al espejo tocándome la cara, comprobando si mi aspecto es menos cadavérico que el de hace unos días. Incluso me planto frente al armario, valorando la posibilidad de cambiarme de ropa.

Cuando desisto de todo ello, salgo a la terraza y, apoyando las manos en la piedra, cierro los ojos e intento que la brisa cumpla su función reparadora. Y parece funcionar, hasta que escucho el timbre y doy un bote.

—¡¿Sí?! —Cuando me doy cuenta de que estoy gritando, repito la palabra con un tono mucho más relajado—. ¿Sí?

—¿Señor Taylor? —Es la voz del portero—. Hay aquí una señorita que pregunta por usted. Dice que han quedado para sus clases de piano y canto...

Vuelvo a reír a carcajadas y son varias veces en lo que va de día, y todo



gracias a ella.

—Sí, sí. Hágala subir.

—Señor Taylor, le recuerdo que siempre que espere visita, debería advertírmelo con un tiempo de antelación... De lo contrario, el resto de inquilinos puede formalizar una queja al respecto...

—Sí, sí. Lo... olvidé —miento, ya que nunca he cumplido esa norma estricta del edificio.

—De acuerdo. Gracias, señor.

Cuelgo el telefonillo y abro la puerta. Escucho el ascensor subir, y mientras lo hace, me descubro ensayando posturas para recibirla. Cuando me doy cuenta de lo patético que resulto, chasqueo la lengua, niego con la cabeza mientras fijo la vista en un punto del suelo de mármol del pasillo del rellano y meto las manos en los bolsillos del pantalón.

—Hola...

En cuanto escucho su voz tan cerca, levanto la vista de golpe. De repente, el bebé que conocí, la niña con la que soñé durante años, la adolescente de las fotos, se ha materializado frente a mis ojos, y es mejor de lo que nunca imaginé.

—Hola... —contesto, sonriendo con timidez.

Abro la boca e intento hablar, pero entonces se abalanza sobre mí y me abraza. Siento sus brazos alrededor de mi torso, apretándome con fuerza mientras hunde la cara en mi camiseta, mojándola con sus lágrimas. Tardo un rato en reaccionar, pero cuando lo hago, rodeo su menudo cuerpo. Al instante, millones de flashes del pasado invaden mi cabeza.

No sé el tiempo que pasamos así, abrazados, pero incluso cuando empiezo a caminar hacia el interior de mi apartamento, ella no me suelta. Cierro la puerta con el pie, y es ese ruido el que la hace separarse un poco de mí. Levanta la cabeza, me mira con los ojos llorosos, sorbiendo por la nariz.

—Hola —repito, sonriendo de oreja a oreja.

—Hola.

Lentamente, afloja su agarre y retrocede un par de pasos. Nos miramos de arriba abajo con la boca abierta, hasta que abro los brazos y me encojo de hombros.

—No estoy en mi mejor forma... —me excuso.

—Yo soy algo bajita para mi edad, y estoy demasiado delgada, tengo poco volumen de pelo, soy intolerante a la lactosa y no me gustan las hamburguesas. Como ves, tampoco soy un derroche de virtudes.

—Eres perfecta —susurro, acercando una mano para acariciar uno de sus mechones azules.

Se sonroja, agachando la vista al suelo, hasta que al rato hace un barrido visual para inspeccionar mi apartamento. Abre mucho los ojos y empieza a deambular con curiosidad.

—Guau... Esto es... enorme...

—Sí... Supongo... —la sigo de cerca, aun admirándola—. Estoy... pensando en mudarme.

—¿En serio? —me pregunta, levantando las cejas.

—Sí... Esto es... demasiado para mí. No... No tengo buenos recuerdos y no lo siento como un hogar...

—Pues las vistas son geniales... —comenta ya en la terraza, perdiendo la mirada en el inmenso Central Park, que se extiende a nuestros pies.

—¿Sabe... alguien que estás aquí? —le pregunto, tragando saliva.

Se da la vuelta y me encara, sonriendo sin despegar los labios.

—Supongo que con ese alguien, te refieres a mamá.

—Supongo...

—Pues sí, lo sabe. —Asiento, haciendo ver que esa respuesta no me afecta

tanto como lo está haciendo en realidad—. Y ha tenido exactamente la misma reacción que tú al saberlo.

## CAPÍTULO 22

*Y así fue como, cuando todo acabó, volví a comer pizza con piña*

No pasa nada... Solo es un rato.

Tranquila... Volverá a casa.

Relájate... No pasará nada.

Como un mantra, repetí esas frases en mi cabeza, una y otra vez, sin parar. Intenté hacer cosas más constructivas y enriquecedoras, como ordenar los tarros de las especias, intentar emparejar los calcetines que llevan como cinco años en el fondo del cajón, o colocar cada CD en su caja correcta, pero no surtieron efecto.

No te preocupes... ella volverá.

No te pongas nerviosa... él no es tan genial.

No lo olvides... dijo que nunca te dejaría sola.

Cuando dejé de engañarme a mí misma, me dejé caer en el sofá. Intenté ojear un par de revistas que Cassey había dejado sobre la mesa de centro, hice algo de zapping en la televisión y luego giré la cabeza hacia la ventana y me limité a torturarme de nuevo.

Y aquí sigo, sin hacer otra cosa que pensar que mi hija ha ido a ver a su padre, que le parecerá la mar de divertido y genial y volverá diciendo que se quiere ir con él a vivir.

Justo en ese momento, escucho una llave haciendo girar la cerradura de la puerta principal, así que me pongo en pie de un salto y me acerco a la ventana. Disimulo haciendo ver que la limpio con la manga de la sudadera.

—¡Hola! —me saluda.

—Hola, cariño. ¿Qué tal? —pregunto, intentando sonar lo más despreocupada posible.

—Bien... ¿Y tú?

—Bien también. Sí. Aquí... limpiando un poco.

—¿Nos... hemos quedado sin trapos...? —me pregunta, frunciendo el ceño, extrañada.

—Eh... No... Es solo que...

Me doy la vuelta para mirarla y sonrío encogiéndome de hombros.

—¿Te encuentras bien...?

—¡Por supuesto! —contesto con entusiasmo, quizá con demasiado, como para no sonar loca perdida. Cambio de táctica, pienso—. ¿Tienes hambre?

Camino con soltura hacia la cocina, pasando por su lado sonriendo. De hecho, sonrío tanto que me duele la mandíbula.

—No... Ya he cenado.

Con él, por supuesto. Lo sabía. Empieza su plan para arrebatarme a mi hija. Alimentarla.

—¡Estupendo! —digo, escondiéndome tras la puerta abierta del frigorífico.

—Mamá, ¿seguro que estás bien...?

—Genial. Sí. De maravilla.

—Vale... —contesta, justo antes de perderse por el pasillo.

Desesperada, suelto la bolsa del pan de molde sobre la encimera y me tapo la cara con las manos. Intento no gritar, pero estoy demasiado enfadada conmigo misma por ser tan patética... No sé por qué me empeño en parecer normal, cuando lo que parezco es idiota. Debería preguntarle qué tal le ha ido, sin más. Me encantaría saber de qué han hablado, sin tapujos. Ojalá tuviera el valor necesario para preguntarle todo eso.

Y lo tengo. Por supuesto que lo tengo. Soy valiente. Y lo he demostrado durante todos estos años. Así pues, camino con decisión hasta su habitación y llamo a su puerta.

—Pasa.

Abro de inmediato. Está sentada en su cama, con el móvil en la mano y una enorme sonrisa en la cara. Al verme se pone seria, pero no dice nada, se limita a esperar a que dé el primer paso.

—¿Cómo ha ido? —pregunto, apoyándome contra el quicio de la puerta.

—¿De verdad quieres saberlo? —Me quedo callada, observándola fijamente—. ¿No tienes cosas mejores que hacer como... sacar brillo a la cubertería con las mangas de tu sudadera?

Resoplo mientras camino hasta su cama y me dejo caer en ella, a su lado. Me miro las manos, que reposan en mi regazo.

—Soy una idiota. Por supuesto que quiero saber cómo te ha ido, pero... me da un poco de miedo.

—¿Miedo...? ¿De qué?

—De que sea genial, de que no lo sea, de que te lo hayas pasado genial, de que haya sido una tortura, de que hayáis hablado mucho, de que no lo hayáis hecho, de que te hayas reído un montón, de que no lo hayas hecho, de que hayáis congeniado, de que no hayáis congeniado... Joder, incluso de si te ha gustado la cena y también de que no te haya gustado.

—¿Mamá?

—Dime...

—Estás loca.

—Supongo que un poco, ¿no? —pregunto, rascándome el cuello—. ¿Y bien?

—La pizza estaba buenísima. Y sin piña, como la comen las personas normales.

—Te digo, como siempre, que si no te gusta, la puedes quitar.

—Pero queda el sabor.

—Eso son tonterías tuyas...

—Lo que tú digas. Paso de discutir siempre por lo mismo. Papá es de los míos, de los normales, no de los... psicópatas de la comida. ¿Sabes qué? Cuando iba a encargarla y me preguntó de qué la quería y le contesté que de lo que fuera menos de piña, me miró sonriendo y me preguntó si habías vuelto a cometer ese crimen... No me digas que hubo un tiempo en el que comías pizzas normales.

—Por obligación —contesto, sin poder evitar una sonrisa recordando aquel momento en el que perdí una apuesta.

*Llego a casa, suelto el bolso y me tiro en el sofá. Me quito los zapatos haciendo palanca con los pies para no tener que moverme, dejándolos caer de cualquier manera sobre la alfombra.*

—¿Qué te pasa?

—Estoy agotada.

—Me parece que debes de ser la única mujer en el mundo que no disfruta yendo de compras.

—Te equivocas. Sí disfruto yendo de compras, cuando sé qué tengo que comprar. Pero como tú no me das ninguna idea...

—Te lo he dicho millones de veces... No quiero nada excepto a ti y un jersey...

—¡Calla! —le amenazo, señalándole con el dedo—. Eso que dices es mentira.

—¿Por qué te voy a mentir?

—Porque los jerséis que teje mi madre son horrorosos. Es imposible que te gusten.

—*¡Eso no es verdad!*

—*Chris, te lo repito. No hay micrófonos en casa, así que mis padres no te escuchan.*

—*Hablo en serio. Me encantan los jerséis que cada año me hace tu madre. Mi favorito hasta ahora fue aquel de Santa Claus... —Le miro frunciendo el ceño—. Me gusta tanto, que soy capaz de salir al escenario con él.*

—*No serías capaz...*

—*¿Qué te apuestas?*

—*Lo que quieras —contesto, riendo mientras estrecho la mano que me tiende.*

—*Está bien. Si gano, dejarás de comer pizza con piña.*

Pocas semanas después de Navidad, Chris actuó en Chicago, frente cerca de 10.000 espectadores, y no solo salió al escenario con el jersey con la cara del reno Rudolph que le regaló mi madre ese año, nariz roja incluida, sino que no se lo quitó en todo el concierto.

Estuve varios meses sin comer pizza con piña. Y la verdad es que me acostumbré a ello, y llegó un momento en el que ya no la echaba de menos. Pero años después, María celebró una pequeña fiesta y pedimos pizzas. Fue entonces cuando, con la carta en la mano, no me pude resistir. Confieso que no lo hice porque me apeteciera, sino porque, de alguna patética manera, me estaba rebelando.

Y así fue como, cuando todo acabó, volví a comer pizza con piña.

—*Estás sonriendo...* —dice Cassey, devolviéndome al presente—. *Algo me dice que ese recuerdo tiene mucho que ver con papá.*

—*Algo —contesto—. ¿Y no me cuentas nada más aparte de lo buena que estaba esa sosa pizza?*

Cassey se muerde el labio inferior y luego empieza a asentir con la cabeza. Los ojos le brillan de emoción, y entonces sé la respuesta a mis miedos y sonrío



yo también.

—Ha sido genial, mamá.

—Me alegro muchísimo, cariño. En serio.

—Hemos hablado un montón. Sin parar.

—Te creo —digo, realmente muy feliz.

—Al principio, él me miraba de arriba abajo, con cara de flipado... Estaba tan nerviosa... Pero cuando hemos superado ese momento de idiotéz mutua, ha sido genial. Me ha hecho muchas preguntas... Quería saber cosas de mí, desde mi color favorito a la música que escucho... Si me gusta leer, si como de todo, la ropa que me gusta, si tengo muchos amigos, lo que me gusta hacer los fines de semana... Era como... si quisiera recuperar todos estos años de golpe, en una tarde.

—Supongo que es normal... —digo, con tono comprensivo.

—Me ha contado muchas cosas que hizo cuando estaba enganchado. Cosas que hizo cuando aún estaba contigo y cosas que hizo cuando ya no estábamos con él... Dice que aún le queda un largo camino por recorrer, y tiene que seguir asistiendo a terapia una vez por semana.

—Ajá...

—Se ha sincerado del todo... Me ha hablado de los excesos, y de la mentira de vida que ha llevado hasta ahora. Pero está dispuesto a cambiar.

—Bueno...

—¿Qué pasa?

—Es que ese discurso ya lo he oído antes...

—Pero yo le creo.

—Yo solo te digo que no te hagas muchas ilusiones.

—Me ha enseñado las cicatrices de las muñecas —afirma de golpe,

dejándome totalmente sin habla.



Llevo un rato despierta y estoy llena de energía. He bajado a la tienda y he comprado chocolate para hacer creps y el periódico para enterarme de los eventos de la ciudad y buscar algo divertido que hacer con Cassey.

Ha visto a su padre unas cuantas veces ya, siempre pidiéndome permiso e informándome a través del móvil de todos sus movimientos. Así, he podido averiguar, por ejemplo, que Chris está buscando mudarse de apartamento.

—Quiere dar un giro completo a su vida —me dijo Cassey—. Vive en un ático delante de Central Park, en uno de esos bloques de apartamentos con toldo sobre la puerta principal, alfombra y portero. El piso es enorme, y tiene una terraza de esas de piedra con vistas al parque. Pero dice que no guarda ningún recuerdo en ese sitio... ¿Quién querría largarse de un apartamento como ese?

También sé que guarda su antigua guitarra como un tesoro, colocada en un pedestal, y que no se atreve a tocarla.

—Dice que no se siente preparado aún —me informó Cassey—. Que no quiere hacerlo hasta no poder hacer nada bueno con ella... Que pasa de tocar mierda con ella... Sí toca el piano que tiene, dice que le cuesta menos, pero nunca canciones nuevas. No se ve capaz de componer ni escribir nada aún.

También sé que han salido a la calle, aunque nunca a sitios concurridos y medio de incógnito. Han ido al cine, a pasear por Central Park, a Coney Island...

Quizá sea por eso que estoy desesperada por hacer algo juntas. Últimamente hago turnos interminables en la cafetería, y no he pasado demasiado tiempo con ella. Casi puedo asegurar que ha pasado más tiempo con Chris que conmigo. Yo cuento con una ventaja, y es que no me tengo que disfrazar para salir a la calle, aunque también cuento con una enorme desventaja, que mi economía no me permite hacer grandes excesos.

En ese momento, Cassey aparece por el pasillo, ya vestida y con el teléfono en la mano.

—Hola, cariño. Estoy haciendo creps —digo, sonriendo orgullosa.

—Eh... Verás... Es que... me ha escrito papá. ¿Te acuerdas que te comenté que iba a mudarse? Pues me escribió anoche para confirmarme que ya ha comprado el apartamento nuevo, y me ha preguntado si quiero ir a verlo con él esta mañana...

—Ah... No pasa nada... —digo, moviendo una mano para intentar quitarle importancia al asunto.

—Puedo ir, ¿verdad?

Me encantaría decirle que no, que llevo varios días queriendo compartir un momento con ella. Tengo la sensación de que yo también tengo que recuperar tiempo perdido, pero parece que parto con desventaja frente a él.

—Claro que sí, cariño —contesto dibujando una sonrisa.

—¿Seguro?

—¡Sí!

—Espera... Estás haciendo desayuno... ¿Acaso no trabajas hoy?

—No.

—No habrías planeado nada especial...¿verdad? —me pregunta, mirando a la sartén, donde el crep que estoy haciendo se está empezando a quemar.

—¡Joder...! —maldigo mientras intento despegarlo.

Contrariada, ayudándome de la espumadera, la lanzo a la basura con fuerza. Luego me llevo una mano al pelo y me lo peino hacia atrás, resoplando. Me doy la vuelta y la descubro mirándome fijamente, alzando las cejas.

—¿Qué? Ah, eso. No. No había pensado en nada...

—Genial. Fantástico. Te llamaré. Lo prometo. Gracias, mamá. ¡Te quiero!

Corre hacia el minúsculo recibidor, donde se frena en seco. Coge una bufanda y una chaqueta y me mira exultante, levantando ambas prendas para

mostrármelas. Sabe que su costumbre de abrigarse poco me pone muy nerviosa y es un continuo motivo de pelea. Esta vez, no quiere darme motivos para enfadarme, supongo. Segundos después, escucho el ruido de la puerta al cerrarse.



Cansada de no hacer nada en casa, salgo a la calle y me tiro una hora deambulando sin rumbo fijo, hasta que descubro que he llegado a Bryant Park. Me siento en una de las sillas que rodean la zona de césped, cerca del carrusel que hace las delicias de niños y turistas.

Miro alrededor, observando a todos los que me rodean. Todos tienen un propósito para estar ahí: muchos de ellos están leyendo, alguno trabaja frente al portátil, otros simplemente hojean el periódico, incluso uno permanece con los ojos cerrados, probablemente echándose una siesta. Todos menos yo, que estoy simplemente sentada, intentando averiguar qué hacer.

En ese momento me suena el móvil. Al ver el nombre de Cassey en la pantalla, me apresuro a descolgar.

—¡Hola, cariño! —contesto, intentando parecer muy contenta y relajada.

—¡Hola, mamá! ¿Qué haces?

—Pues... he salido a... pasear. —Espero que no parezca que me estoy aburriendo, así que me apresuro a añadir—: Hace un día precioso.

Vale, quizá está muy nublado y sopla un viento algo molesto, pero puede ser precioso igual.

—Ajá... Oye, mamá. Se nos ha hecho tarde y voy a comer con papá. No te importa, ¿verdad?

Aprieto los labios con fuerza, reteniendo la mala leche que me acaba de entrar. Cuando deseé que se llevara bien con Chris, no creo que fuera consciente de que se llevarían tan bien. Supongo que, en el fondo, una parte de mí esperaba que no congeniaran tan pronto y que ambos fueran reticentes a pasar tiempo juntos.

—Claro que no. Tranquila.

—Vale. No tardaré en volver.

—Ajá.

—Gracias.

—Adiós, cariño.

Ya no puedo disimular. Ya no puedo sonar eufórica, no puedo simular que todo esto me parece fenomenal. Y creo que, por primera vez, Cassey se ha dado cuenta de ello.



—¡Tiene millones de discos...! ¡Y no exagero! Bueno, quizá un poco, pero tiene muchísimos. He contado como veinte cajas llenas. Y he contado otras tantas llenas de premios... Algunos eran Grammy... ¿Lo puedes creer? ¿Qué digo? Por supuesto que lo crees... Ahora tiene que amueblar todo el apartamento, por eso, porque no se ha llevado ninguno, excepto la cama, porque como es súper pequeño, no le iban a caber. Bueno, en realidad es algo más grande que este, pero como estaba acostumbrado a ese pedazo de ático... Dice que no le importa, porque en realidad no les tenía ningún apego. A la cama tampoco, pero no podía dormir en el suelo. —Se lleva el tenedor a la boca y mastica rápidamente para seguir hablando—. Pero el nuevo apartamento no tiene muebles, así que me ha preguntado si quiero acompañarle a comprar alguno. Livy y Lexy también irían... Ya sabes, por eso de que las mujeres tenemos mejor gusto decorando... Y creíamos que el piano no cabría en el salón... pero al final sí ha cabido, solo que tendrá que elegir entre sofá o mesa para comer... ¿Y tú qué piensas que prefiere? ¡El sofá! ¿Lo puedes creer?

Se calla durante unos segundos, masticando con prisa. Mueve los ojos y las manos, como si intentara hacerse entender ahora que con la boca no puede.

—Lexy dice que debería tirar abajo la pared que separa el salón de la cocina, que ahora se hace mucho, y que así ganaría mucho espacio y podría poner una isla. Pero él dice que quiere que el piso se quede tal y como está, y que, si tiene que comer de pie, lo hará. ¿Estás bien, mamá?

—¿Mmmm...? —pregunto sin despegar los labios, como si no fuera conmigo la cosa.

—Te preguntaba si estás bien...

—Sí...

—Es que... estás muy callada.

—Bueno, es que tú no paras de hablar...

Sonríe durante un par de segundos, justo antes de volver a aseverar el gesto.

—Mamá... ¿Seguro que no te importa que pase tiempo con papá? Y no hace falta que sonrías de forma forzada y me digas que estás fenomenal porque no te creo.

Dejo ir los cubiertos sobre el plato y recuesto la espalda en la silla. No me atrevo a mirarla hasta pasados unos segundos, levantando la cabeza resoplando.

—Estoy bien... Es solo que...

—Que no te gusta que vea tanto a papá.

—No es eso.

—Entonces no te gusta que nos llevemos tan bien.

—Tampoco.

—¿Entonces qué? ¿Por qué te pones así cada vez que me veo con papá? Pensé que estabas de acuerdo en que nos viéramos y tuviéramos relación. De hecho, si tú no hubieras dado tu consentimiento, yo nunca le habría escrito y nada de esto habría ocurrido.

—¡Lo sé...! —Chasqueo la lengua, contrariada—. No te preocupes. Solo estoy algo celosa. No me hagas caso porque hasta yo misma me doy cuenta de que es un comportamiento completamente infantil.

—¿Envidia de papá? ¿En serio? Mamá, no te haces una idea de lo desdichado que es... Está roto... Se ha dado cuenta de que ha desperdiciado su

vida, y ahora quiere recuperar el tiempo perdido a marchas forzadas. Pero yo nunca en la vida le perdonaré lo que te hizo si tú no lo haces. Se lo dije a él y te lo digo a ti también: no concibo mi vida alejada de ti. No viviré con papá si tú no estás allí conmigo.

Me abalanzo sobre ella y la abrazo. Las lágrimas ruedan por mis mejillas sin consuelo, mojando la sudadera de Cassey.

—Y dicho esto... —empieza a decir cuando se separa unos centímetros de mí—, quiero que conozcas mi humilde opinión. Por más que intente recuperar el tiempo perdido, por más que intente curarse, no lo conseguirá del todo si no es contigo.

Agacho la mirada, realmente abrumada, y ella me da otro enorme abrazo.

—Vamos, no te pongas tontina, y déjame acabar... No pretendo hacer campaña en su favor para que vuelvas corriendo a tirarte en sus brazos, ni mucho menos, pero todo lo que ha logrado hasta ahora no es solo mérito mío. Creo que, en el fondo, no pierde la esperanza de volver a...

—¿A qué? ¿Qué espera de mí? ¿Qué espera que haga? —pregunto con un deje de tristeza en la voz.

—Eso es lo increíble... Creo que, ahora mismo, se conforma con saber que estarás ahí...

## CAPÍTULO 23

*Y así fue como, cuando todo acabó, dejé de salir a la escalera de incendios*

—Esa mesa no cabe —le dice Max a Lexy, que hojea el catálogo de una tienda de muebles.

Ajeno al barullo de mi alrededor, guardo con sumo cuidado mis vinilos en la estantería contigua al tocadiscos. Abby está sentada a mis pies, mientras me los va pasando. Cada vez que le cojo uno de las manos, le hago una mueca distinta y ella ríe a carcajadas.

—*Ete e caca.*

—¡Oye! Eso no es verdad. Ella Fitzgerald era una de las reinas del Jazz.

—*No tío Quis, caca* —insiste al pasarme otro disco, esta vez de Miles Davis.

—Vale, lo pillo, no te gusta el Jazz —le digo, sacándole la lengua y provocándole otra carcajada.

—Ahora no, pero cuando tire esta pared de aquí, sí cabrá —vuelve a la carga Lexy.

—No voy a tirar ninguna pared —comento, sin dejar de prestar atención a Abby.

—Pues entonces tendrás que prescindir de eso —afirma, señalando el piano.

—Eso, es mi piano, y se queda, así que tampoco es una opción.

—¿Estamos locos o qué? —pregunta, abriendo los brazos.

—No exageres, que no es para tanto.

—Mamá, dile algo...



—Yo también creo que estarías más ancho, Chris, pero es decisión tuya —interviene Livy, que está atareada limpiando los armarios de la cocina.

—Últimas cajas —dice mi padre, entrando por la puerta seguido de Max—. Joder, lo recordaba más grande...

—¿Lo ves? ¿Será quizá porque no estaba esa monstruosidad? —le pregunta Lexy, señalando al piano.

—No seas tan dura contigo misma, tampoco has engordado tanto... —interviene entonces Max.

Mi padre y yo sonreímos, aunque enseguida cambiamos la expresión al ver la cara de mala leche de Lexy.

—Pues yo creo que queda genial —dice mi padre, guiñándome un ojo. Deja la caja en el suelo y se acerca al piano—. Y aunque es pequeño... creo que te pega mucho más. Aquí sí empiezas a ser tú.

—Gracias... —susurro, asintiendo con la cabeza.

—¿*Quis canta?* —pregunta Abby con los ojos abiertos como platos.

Incapaz de resistirme a ella, la cojo en brazos y me acerco con ella al piano. Me siento en la banqueta y levanto el atril para descubrir las teclas. La siento en mi regazo y enseguida empieza a aporrear las teclas.

—Eso es... Lo haces muy bien, ¿eh? —digo, mientras ella ríe a carcajadas.

—*Ahora Quis.* —Me busca las manos y las coloca sobre las teclas. La miro durante unos segundos, sonriendo sin despegar los labios—. *Ya. Música.*

Pulso algunas teclas y las notas invaden el pequeño salón. Escucho el eco de las mismas durante un rato, en silencio. Levanto la vista y miro alrededor, como si pudiera ver las notas danzando alrededor, rebotando por las paredes, mordiéndome el labio inferior, muy emocionado. Entonces me doy cuenta de que todos me miran igual de ilusionados. Envalentonado, vuelvo a pulsar varias teclas, esta vez, formando una melodía. Giro la cabeza y la miro para comprobar si está satisfecha.

—¿Qué te parece? —le pregunto.

—*Más, quiero más...* —contesta, recostando la espalda contra mi pecho.

De nuevo, no me puedo resistir a sus encantos, y empiezo a tocar una de mis canciones. Aún no me atrevo a cantarla, pero la tarareo sin despegar los labios. Con eso, Abby parece conformarse, porque sigue sonriendo, esta vez con los ojos cerrados, disfrutando de la canción al máximo. Me permito incluso el lujo de cerrar yo también los ojos, mientras dejo que mis dedos sigan paseándose por encima de las teclas sin parar. Apoyo los labios en el pelo de Abby mientras la mezo al compás de la música.

De repente, me doy cuenta que no es la primera vez que hago esto mismo en este mismo apartamento, solo que en lugar de mecer a Abby mientras toco el piano, solía mecer a Cassey mientras cantaba y bailaba con ella, moviéndome por todo el salón.

La canción acaba y me mantengo con los ojos cerrados durante un rato más. Cuando los abro, miro a Abby, que se ha quedado dormida en mis brazos.

—No sabes lo mucho que te lo agradezco... —susurra Max, acercándose para cogerla—. La estiro en tu cama, ¿vale?

Asiento sin abrir la boca, mientras veo cómo se pierden por el pasillo.

—Oye, pues tampoco estás tan oxidado, ¿no? —me pregunta mi padre, golpeando suavemente mi hombro con su puño.

—Aún no soy capaz del todo... —contesto, deslizando los dedos por encima de las teclas, acariciándolas—. No... me sale... Esto se me da bien cuando... soy feliz. Y no es que ahora no lo sea... Es decir, os tengo aquí, no os habéis cansado de mí y... tengo a Cassey...

Lexy se sienta en la banqueta, a mi lado, y apoya la cabeza en mi hombro.

—¿Te cuento un secreto? —me pregunta—. He fardado de ti muy a menudo, mucho. Me he aprovechado de tener un hermano famoso durante años. Gracias a ello, en el instituto fui la más popular. Incluso ya de adulta, en el trabajo, todo el mundo me conoce por ser la hermana de Chris Taylor. Pero creo que ahora eres mejor. De este Chris es del que realmente quiero fardar. Del que reconoce sus

errores, del que es consciente de sus carencias y defectos. Estoy orgullosa de ti, hermanito.

Sonrío sin despegar los labios, agachando la cabeza.

—Todos lo estamos —interviene Max, que vuelve de haber dejado a Abby en mi cama—. Te vemos... bien.

—No es todo mérito mío. Este sitio tiene mucho que ver. Aquí, me siento bien...

—Muchos recuerdos... —añade Livy—. Y la mayoría buenos...

—Aún hay cosas que tengo que... superar. No soy capaz de salir aún ahí fuera —digo, poniéndome en pie y acercándome a la ventana que da a la escalera de incendios. Apoyo las palmas de las manos en el marco de madera y la frente en el frío cristal.

*Después de la pelea que tuvimos anoche, vuelvo a casa dando tumbos. La verdad es que no me acuerdo demasiado de nada de lo que pasó. Sé que nos peleamos, que Jill me confesó que sabía que me había acostado con otras... A partir de ese momento, solo veo fragmentos dispersos. Me veo bebiendo en el bar, cantando borracho con gente que no conozco, esnifando una raya...*

—¡Eh, mira! ¡Ese no es...!

—¡Eh! ¡Eh! —dice un tipo, interponiéndose en mi camino—. ¡Sí, es él!

*Enseguida me veo rodeado por los cuatro tipos.*

—¿Nos hacemos una foto? —le pregunta uno a los demás, pasando un brazo por encima de mis hombros—. Hazte una foto con nosotros.

*Intento deshacerme de su brazo y esquivarles, pero son muy pesados y vuelven a la carga.*

—¡Eh! ¡¿De qué vas?! ¡Hazte una foto con nosotros!

*Me agobian, agarrándome y gritándome al oído.*

—¡Joder, macho! ¡No te vayas! ¡Hazte una foto!

—¡Que me dejéis en paz! ¡Marchaos de aquí! ¡No pienso hacerme una puta foto con vosotros! —les grito.

Al instante, retroceden asustados, enseñándome las palmas de las manos, momento que yo aprovecho para alejarme.

—Menudo gilipollas... —susurra uno de ellos.

—¡Eres un mierda, capullo! —grita otro.

—Hacedle una foto, que luego la publicamos y nos hacemos de oro... Que las fotos de los famosos borrachos y drogados venden mucho...

—¡Dejadme en paz! —grito mientras intento quitarles el teléfono, fallando estrepitosamente y cayendo de boca contra el suelo.

—¡Ahora! ¡Ahora! —se mofan todos.

Rápidamente, me pongo en pie y me alejo lo más rápido que mi estado de embriaguez me permite, escuchando de fondo las risas de esos tipos.

Cuando consigo llegar a casa, me lleva un rato hacer encajar la llave en la cerradura. Cuando lo hago, me sorprende el silencio que reina en todo el apartamento por no ser nada habitual. No es que hubiera preparado ningún discurso de disculpa, pero me había preparado mentalmente para disculparme de todas las maneras posibles, así que no me esperaba encontrarme con esta soledad...

—¿Hola? ¿Jill...? ¿Estás con Cassey...?

Recorro el pasillo, apoyando las manos en las paredes de ambos lados. Cuando entro en el dormitorio de Cassey y lo descubro vacío, arrugo la frente, extrañado. Me acerco a la cuna y me doy cuenta de que faltan sus muñecos, así que abro la cómoda, que está vacía.

Siento unas náuseas repentinas, pero me las aguanto y voy dando tumbos hasta nuestro dormitorio. Esta vez, voy directo al armario y lo abro de par en par.

*—No, no, no, por favor... —repito mientras mis manos tocan las estanterías vacías donde ayer estaba su ropa.*

*Aún no sé cómo llego hasta el salón, donde busco alguna prueba que contradiga mi sospecha. Después de dar varias vueltas sobre mí mismo, me acuerdo del teléfono y lo saco del bolsillo del pantalón. La llamo y me lo acerco al oído con mano temblorosa. Segundos después, la llamada se corta sin haberme emitido un solo tono. Lo vuelvo a intentar un par de veces más, hasta que, preso de la ira, lanzo mi móvil contra una de las paredes, haciéndolo estallar en pedazos. La emprendo con todo lo que encuentro a mi paso: sillas, cojines, algunos libros... Y entonces agarro mi guitarra por el mástil y la levanto en el aire con intención de golpearla contra alguna pared. Me detengo a tiempo, clavando la vista en la ventana que da a la escalera de incendios. Me acerco a ella con paso errático, aún con la guitarra en la mano, salgo y me dejo caer en el suelo metálico. Apoyo la cabeza en la pared de ladrillos y miro al cielo. Logro contener las ganas de vomitar, pero no puedo hacer nada con las lágrimas. Siento que me ahogo, como si algo me apretara el pecho con fuerza, pero no tengo fuerzas para oponer resistencia, así que, simplemente, me limito a quedarme allí sentado.*

Y fue la última vez que lo hice. Nunca más me atreví a sentarme ahí fuera guitarra en mano.

Y así fue como, cuando todo acabó, dejé de salir a la escalera de incendios.

*—Las vistas nunca han sido el punto fuerte de este apartamento... —interviene Max, apareciendo a mi lado y devolviéndome al presente.*

*—El secreto de ese sitio no son las vistas, sino con quién las compartía —susurro abriendo la ventana y agachándome para apoyar los antebrazos y quedarme mirando detenidamente ese sitio sucio y frío que tanto me aportó.*



Vestido con un pantalón de chándal y una camiseta vieja, pinto las paredes del que era y será mi dormitorio. En algún momento desde que me fui hace años, alguien decidió pintarlas de amarillo, haciendo desaparecer el gris claro que Jill eligió. Por alguna extraña razón, necesito volver a ver esas paredes como ella las quiso, como si formara parte de mi extraño y utópico plan para recuperarla. Por

suerte para mí, las paredes del salón y la cocina siguen siendo blancas. En cuanto al color de la otra habitación, la que quiero que sea de Cassey, si algún día me atrevo a preguntárselo, lo dejaré a su elección.

Estoy a punto de abrir el bote de pintura cuando escucho el timbre.

—¿Hola? —contesto a través del telefonillo.

—Brigada de pintores a domicilio. —Se me escapa la risa al escuchar su voz, y enseguida pulso el botón para abrirle la puerta. La espero apoyado en el quicio, hasta que se presenta ante mí “vestida para la ocasión”—. En realidad, la brigada solo la formo yo, pero he pensado que no te vendrían mal un par de manos más.

Me aparto a un lado, aun sonriendo, haciéndole un gesto con el brazo para invitarla a entrar.

—En realidad, no he pintado nunca en mi vida, pero no me dirás que no le pongo empeño... que he traído hasta un pañuelo para cubrirme la cabeza... —dice, poniéndoselo con mucho estilo, justo antes de dar una vuelta sobre sí misma para ver cómo va cobrando forma todo—. ¡Guau...! ¡Me mola cómo está quedando...!

—Gracias... —digo, sonriendo con algo de timidez.

De algún modo, que le guste el apartamento, también forma parte de mi plan. No podría soportar que algo no le gustase, porque quiero que se sienta como en casa, como lo que fue.

—Aunque estoy de acuerdo con Lexy. Si tirases esa pared, ganarías mucho espacio.

—No. No lo haré.

—¿Por qué?

—Porque no quiero cambiar nada. Quiero que esté como estaba.

—Pero hay cambios que son para mejor... Vas a pintar, ¿no? Pues es lo mismo. Quizá harás un poco más de polvo y eso, pero viene a ser lo mismo... Si le echas imaginación, claro está.

—En realidad, pinto para dejarlo como estaba. Pinto para... no cambiarlo. — Cassey me mira frunciendo el ceño, así que antes de que empiece a pensar que he vuelto a beber o a drogarme, me veo obligado a explicárselo—: Verás... Tengo algo que contarte...

—Ay, madre... ¿Me tengo que asustar...?

—¡No! ¡No...! Bueno... supongo que no...

—Compréndelo, la última persona que me dijo esa frase fue mi madre justo antes de confesarme que tú eras mi padre...

—No es nada tan... trascendental. Creo.

—Te escucho... —dice, sentándose en la banqueta del piano.

—Verás... Que haya comprado este sitio, no es casualidad. no es la primera vez que vivo aquí. Ni tú tampoco, de hecho. —Cassey abre los ojos de par en par, mirando alrededor sin comprender nada—. Este fue nuestro primer apartamento. El de tu madre y el mío. Y luego el tuyo también. Aquí pasé los años más felices de mi vida... Este sitio, tan pequeño, tan antiguo, tan... lleno de vida, fue mi inspiración durante años.

Cassey se pone en pie y empieza a pasear por el apartamento. Esta vez, se toma su tiempo en cada rincón, acariciando incluso las paredes.

—Esto fue mi hogar... Estuviera donde estuviera, de gira, concediendo entrevistas... grabando o... —prosigo—. Hiciera lo que hiciese, siempre deseaba volver aquí. Y sé que no era por el apartamento en sí, sino por quién me esperaba dentro. Soy consciente de ello, pero... no sé... Es como si... no pudiera recuperarme del todo sin volver a donde todo empezó.

Me quedo callado, expectante ante su reacción. Por más que lo cuento, no dejo de pensar que parece una locura. Que, sin ellas, puede que este sitio no cobre vida...

—Por eso quiero que se parezca lo máximo posible a como era. Conozco cada rincón de esta casa, lo tengo grabado en mi memoria.

Finalmente, ella sonrío y camina hasta mí. Rodea mi cintura con ambos

brazos y apoya la cabeza en mi pecho.

—No tires nunca esa pared —susurra sin despegar la cara de mi camiseta.

—Hecho.



—¿De qué color estaba pintada esta habitación...?

—De rosa.

—Oh, mierda... Era... ¿la mía?

—Sí.

—¿Por qué no la paraste a tiempo?

—Cualquiera se enfrenta a ella.

—Cierto... ¿Y quieres... pintarla también...?

—Quiero hacer lo que tú quieras hacer con ella. Era tu habitación y lo seguirá siendo. No quiero decir con eso que espere que te vengas a vivir conmigo. Me acuerdo de lo que me dijiste y nunca te lo pediría si con ello me interpusiera entre tú y tu madre.

—Podemos... pintarla también de gris. Como esta —dice, después de pensarlo durante unos segundos.

—Me parece bien.

—¿Y puedo...? ¿Podría...? Poner un escritorio o algo así... Ya sabes, por si vengo algún día y tengo deberes del instituto...

—Vale —contesto, con una enorme sonrisa dibujada en mi cara.

Estoy exultante de felicidad, aunque intento contenerme.

—Ha quedado chula —interviene de nuevo.



—La verdad es que sí... —Miro alrededor, admirando el trabajo.

—Si quieres... podemos pintar ahora mi habitación...

—La verdad es que hemos acabado antes de lo que esperaba. Formamos un buen equipo. ¿Te parece si antes hacemos un descanso y comemos algo?

—Me parece una idea brillante —contesta mientras me sigue hacia el salón.

—¿Coca-Cola y patatas? —le pregunto desde la cocina.

—Genial.

Cuando salgo, la descubro sentada frente al piano. Me acerco a ella y me siento a su lado, poniendo el bol de patatas y las dos latas de refresco sobre la madera del mismo.

—¿Cuándo me vas a dar unas clases? —me pregunta, girando la cabeza hacia mí.

—Cuando sea capaz de enseñarte... Hace mucho que no soy el mismo, que perdí mi... esencia. Necesito sentarme aquí delante y sonreír satisfecho conmigo mismo al acabar de tocar o cantar antes de poderte enseñar nada.

—Pues a mí me encantó cuando me cantaste en mi regalo de cumpleaños...

—Qué va... Estoy lejos del que era...

—¿Y con ella? ¿Te has atrevido ya? —me pregunta, señalando a la guitarra con un movimiento de cabeza.

—Hay aún muchas barreras que tengo que superar —contesto, después de negar con la cabeza.

—¿Y yo te puedo ayudar?

—Ya lo estás haciendo. De hecho, si tú no hubieras... vuelto a mi vida, no creo que hubiera salido de ese pozo de mierda en el que estaba metido.

Se muerde el labio inferior, agachando la cabeza al sentir cómo se sonroja.

—Me refería a con la guitarra... Hay una canción que me gusta mucho... No sé si la conoces... ¿*Undiscovered* de un tal Chris Taylor? Un pajarito llamado Aaron me dijo una vez que fue la primera canción que él te escuchó cantar. ¿Qué te parece si es la primera que me escuchas tú cantar a mí?

La miro durante unos segundos, con las cejas levantadas, sorprendido. Entonces, me levanto y cojo la guitarra. Cuando me vuelvo a sentar a su lado, me la acomodo sobre una pierna y deslizo los dedos por las cuerdas. Respiro profundamente al sentir una especie de cosquilleo recorrerme todo el cuerpo. Pinzo alguna cuerda para hacerla sonar e intentar afinarla. Hace tanto que no toco, que ese proceso me lleva unos minutos.

Cassey cierra los ojos y empieza a cantar con una voz dulce que consigue erizarme el vello de todo el cuerpo. No reacciono durante un buen rato, mirándola embobado, incapaz de moverme. Cuando ya lleva cantadas un par de estrofas, abre los ojos y me mira intrigada.

—No me dejes sola... —me pide, dejando de cantar.

—Perdona... Estaba... Joder... Lo haces muy bien...

—¡Qué va...! Yo no sé cantar... me limito a susurrar bajito. Solo entonces me sale esta voz, así como... dulce. Si subo el tono, empiezan los gallos.

Río a carcajadas, contagiándosela.

—Vamos de nuevo. Te prometo que ahora sí intentaré tocar.

—¿Seguro?

—Prometido. Solo estaba... cogiéndote el ritmo.

Le hago una señal con la cabeza y ella empieza a cantar de nuevo. Esta vez, sí la acompaño a la guitarra, aunque me cuesta horrores concentrarme y no perder el ritmo al mirarla con esa pose tan dulce y concentrada. Para evitarlo, cierro yo también los ojos y me dejo invadir por la música y su voz.

I'm not running.  
I'm not hiding.  
If you dig a little deeper you will find me.

I'm not lost, not lost, just undiscovered.  
And when we're alone we're all the same as each other.

You see the look that's on my face, you might think that I'm out of place.

I'm not lost, no, no, just undiscovered”

No sé el rato que llevo cantando, emocionado, cuando soy consciente de que ya no escucho la voz de Cassey. Entonces abro los ojos y la descubro mirándome embelesada. Dejo la guitarra a un lado, como si me hubieran pillado haciendo algo malo, y aprieto los labios hasta formar una mueca extraña. Aparto la vista al sentir cómo las lágrimas empiezan a rodar por mis mejillas, pero ella enseguida se me tira a los brazos.

Sentada en mi regazo, llora conmigo durante mucho rato, pero, incomprensiblemente, no estoy triste, no me siento mal. Al contrario, me siento aliviado, como si me hubiera quitado un enorme peso que oprimía mi pecho. La estrecho contra mi pecho con fuerza, con manos temblorosas.

—No me dejes... —sollozo—. Por favor, no me dejes...



Llevo cerca de una hora de pie frente a la ventana, agarrando la guitarra por el mástil con una mano. Los momentos compartidos hoy con Cassey me han dado la fuerza necesaria para enfrentarme a la escalera de incendios, o al menos eso es lo que yo creía. Estaba decidido, o al menos eso pensaba cuando abrí la ventana.

—Vamos... No tienes por qué cantar... Paso a paso... Solo... salir.

Y repitiéndome ese mantra en mi cabeza, una y otra vez, consigo pasar una pierna y luego otra. Levanto la vista al cielo y luego cierro los ojos, respirando profundamente. Mantengo la espalda apoyada contra la sucia fachada de ladrillos. Si alguien me viera, seguro imaginaría que intento superar un miedo atroz a las alturas cuando, en realidad, es algo mucho más simple que todo eso: intentar estar aquí fuera sin tener instintos suicidas.

Cuando creo estar preparado, abro los ojos y miro a un lado y a otro sin mover la cabeza. Entonces miro hacia abajo, solo para descartar el vértigo. Hubiera sido una solución fácil: achacar mi comportamiento compulsivo al mal de alturas. Pero no, nunca he padecido de vértigo y no he empezado a hacerlo ahora.

Cabreado conmigo mismo por ser tan capullo, resoplo y me siento en los escalones. Agarro la guitarra y la vuelvo a apoyar sobre una pierna.

—Vaya... Segunda vez en un día, ¿eh? Hoy es tu día de suerte... —susurro, justo antes de empezar a pinzar algunas cuerdas.

—¡Eh! ¡Hola! ¡Eres Chris, ¿no?! ¡El puto desgraciado!

Miro hacia abajo, donde está Ron, saludándome con una mano. Sonrío al verle, así que, comprobando que llevo las llaves en el bolsillo, empiezo a bajar hasta el callejón.

—¡Hola, Ron! —le saludo, dándole un abrazo.

—¡Vaya! ¡Te veo... cambiado...!

—Ya ves —digo, abriendo los brazos.

—Aunque hay cosas que no han cambiado tanto, por lo que veo... la sigues sacando a pasear —dice, señalando la guitarra con un dedo.

—Bueno, tampoco he ido tan lejos... Ahora vivo ahí arriba.

—En... ¿tu antiguo apartamento?

—Ajá.

—¡Joder qué bien!

—Sí... Supongo que... intento recomponer mi vida, poco a poco.

—Creo que ella también —afirma. Le miro frunciendo el ceño, pero entonces se lleva la botella a los labios, y decido no darle mucha importancia a su comentario. Entonces me tiende la botella—. ¿Quieres?

—No, gracias. Estoy limpio.

—¿Del todo?

—Sí. Estuve en un centro de rehabilitación.

—Vaya... ¿De esos en los que te comen la cabeza, todo es amabilidad y ternura y los monitores estornudan confeti?

—De esos —río—, pero con mierda de caballo de por medio.

—Qué asco... No me extraña que quisieras salir...

—Sigo yendo a terapia y eso, pero la cosa pinta bien.

—¿Quiere decir eso que recuperaste a tu ex y a tu hija?

—No... Qué va... Bueno, solo un poco a Cassey, aunque no creo que pueda asegurar al cien por cien que la he recuperado. Digamos que estoy en ello.

—Así que ella se lo acabó por contar...

Le vuelvo a mirar con el ceño fruncido, extrañado de nuevo por su comentario. Es como si... como si él supiera cosas de ella. ¿Se las contaría yo?

—Se... puso en contacto conmigo estando en el centro y... digamos que fue más eficaz que la mierda de caballo —prosigo—. Desde que salí, nos hemos visto varias veces y hablamos constantemente. Me ha ayudado con la mudanza y viene a visitarme a menudo.

—Bueno, pues yo creo que también estás recuperando a su madre. ¿Acaso crees que ella no ha tenido nada que ver en el hecho de que estés viéndote con tu hija? ¿Acaso crees que, si ella no hubiera querido, se habría puesto en contacto contigo? ¿En serio crees que, si ella no estuviera de acuerdo, Cassey te vendría a ver a casa? Amigo, me parece estás consiguiendo más de lo que crees.

## CAPÍTULO 24

### *Y así fue como, cuando todo acabó, se esfumó mi pasión*

—El fin de semana que viene libre. Había pensado que podríamos ir a Miami a ver a María. ¿Qué te parece? Si hace buen tiempo, quizá podríamos aprovechar para tomar un poco el sol...

Miro a Cassey, que permanece muy callada, removiendo los guisantes de un lado a otro en su plato.

—¿Qué me dices?

—Sí... Claro... —contesta de forma distraída.

—Si no te apetece, podemos hacer otra cosa...

—Como quieras.

—Si prefieres pasar tiempo con tu padre en vez de conmigo, solo tienes que decirlo.

Entonces consigo que me mire. Chasqueando la lengua, deja ir el tenedor y, cruzándose de brazos, dice:

—Lo siento, mamá. Es que... me encantaría contarte una cosa... Pero no sé si querrás saberlo...

—Me estás asustando.

—No he hecho nada ilegal, tranquila.

—Vas bien.

—Es que... Sé una cosa que te encantará, pero no estoy segura de que quieras saberlo.

—¿Tan loca crees que estoy? —le pregunto. Ella mueve la cabeza a un lado

y a otro—. De acuerdo, suéltalo. Me atenderé a las consecuencias.

—Mejor te lo enseño —dice sacando el teléfono del bolsillo y plantándomelo frente a los ojos—. ¿Te suena este sitio?

En la foto solo se ve una ventana y una escalera de incendio que se entrevé a través de ella. Podría ser una ventana cualquiera de un edificio cualquiera de un barrio cualquiera, pero no es así. Sé exactamente dónde se encuentra porque, durante años, fue mi lugar favorito en el mundo.

—¿Cómo...? ¿Dónde...? ¿Qué...?

—He estado allí —contesta, simplemente—. Con papá.

—¿En... casa? —me descubro preguntándole.

No sé el motivo por el que me he referido a ese apartamento como casa cuando ninguno de los dos hace años que no vivimos allí. Es como si mi subconsciente y mi corazón se hubieran aliado para jugármela, porque ambos me conocen lo suficiente como para conocer ese gran secreto de mí: que nunca encontré otro hogar.

—Es su casa, mamá.

—¿Cómo? Pero él no... Él vivía en otro sitio...

—Sí, en ese ático del que te hablé. Pero no estaba a gusto allí. Para recuperarse del todo, necesitaba ese antiguo apartamento. Ese sitio en el que fue tan feliz. Ese sitio que le inspira y le trae tantos recuerdos felices. Así que lo compró.

—¿Lo... compró?

—Ajá. Y ha pintado las paredes exactamente del mismo color que cuando vivíais allí. Exceptuando mi habitación, en la que hemos prescindido del rosa por petición expresa mía, quiere conservarlo todo como estaba. Mamá... Él... Está asustado y... muy perdido... No sé cómo explicarlo... Se me abrazaba y me imploraba que no le abandonara, una y otra vez. Y durante unos segundos, creo que no era consciente de que me lo estaba diciendo a mí. Era como sí... tratara de decírtelo a ti. Me dio la impresión de que, durante unos segundos, había

viajado atrás en el tiempo e intentara decir cosas que no se atrevió a decir en su día.

Vuelvo a mirar la fotografía con tanto anhelo como si pudiera traspasar ese cristal y sentir el aire fresco sentada en esa escalera.

—No se atreve a salir aún... —Levanto la vista y la miro. Frunzo el ceño, imaginando su desconcierto. Creo que yo tampoco sería capaz de salir ahí fuera sin perder el aliento—. Hay cosas que le cuestan... No ha vuelto a tocar su guitarra, no ha vuelto a componer, no se atreve a poner un pie ahí fuera... Dice que ese era vuestro sitio especial...

—Lo era... —afirmo, sonriendo de repente, embargada por una enorme sensación melancólica.

—No quiero verle sufrir. Quiero que salga ahí fuera otra vez... ¿Me ayudarás...?

Los ojos se me llenan de lágrimas. Empiezo a negar con la cabeza al tiempo que me pongo en pie. Le devuelvo el teléfono bajo su mirada asustada.

—¿Mamá...? Yo...

—No pasa nada, cariño.

—Lo siento. No quiero que pienses que...

—Necesito... estar sola... —balbuceo mientras camino de espaldas hacia mi dormitorio—. Voy a... echarme un rato...

—Mamá...

—No te preocupes. Tranquila... —digo, justo antes de cerrar la puerta a mi espalda.

Me apoyo en ella y me dejo resbalar. Con los codos apoyados en las rodillas, me agarro la cabeza y me tiro del pelo. Una parte de mí está furiosa con él por, de alguna manera, arrebatarme ese sitio en el que fui tan feliz. Siento como si no tuviera derecho a vivir allí, porque precisamente fue él el que lo... voló en pedazos. Por su culpa, ese lugar dejó de ser nuestro santuario, así que no



entiendo por qué lo valora ahora de repente. Siento como si él no quisiera realmente ese apartamento, así que no quiero que lo tenga.

Pero, por otro lado, que lo haya hecho y que quiera dejarlo como estaba, es como si... realmente se hubiera dado cuenta de que esos fueron nuestros momentos felices. A pesar de tenerlo todo, me doy cuenta de que solo en ese minúsculo apartamento fue feliz.

—¿Mamá...? —me llama Cassey desde el otro lado de la puerta—. ¿Puedo pasar...?

Me pongo en pie y, secándome las lágrimas, abro la puerta. Al verme llorar, se lanza a mis brazos.

—Lo siento mucho. No quería hacerte llorar... No debí contarte nada...

—No pasa nada, cariño...

—Sí pasa. Te ha hecho daño que él viva ahí...

—Bueno... Tengo sentimientos contradictorios... Por un lado, estoy feliz de que se haya dado cuenta de dónde fue feliz realmente, pero... Otra parte de mí está furiosa con él porque siento que no tiene derecho a vivir allí cuando antes no quiso hacerlo. Por su culpa lo perdimos.

Respiro profundamente mirando al techo, intentando tranquilizarme. Cassey me observa algo asustada, sin atreverse a intervenir, así que vuelvo a la carga:

—¿Dices que él está asustado? ¿Puedes hacerte una idea de lo asustada que estaba yo lejos de casa, sola, sin un dólar, y con un bebé que cuidar? —Cassey asiente, y sé que es un gesto sincero. Ella es consciente de lo mucho que tuve que trabajar para sacarnos adelante durante muchos años, casi en la clandestinidad—. Él no tiene ni idea de lo que es sufrir...



—¡Será mamonazo...! —dice Cassey, nada más traspasar la puerta de casa, con la vista fija en la pantalla de su móvil.

Acurrucada en una esquina del sofá, con las piernas encogidas y tapada con

una manta, doblo la página del libro que estoy leyendo, me quito las gafas y la miro.

—¿Estás bien...? —le pregunto.

—No lo estoy, no —contesta, justo antes de llevarse el teléfono a la oreja—. Hola. ¿Dónde estás? No, en casa enfermo no. ¿Qué cómo lo sé? ¡Pues porque Joannie te ha pillado dándote el lote con otra! ¡Y tanto que la creo! ¡Básicamente porque me ha enviado una foto y claramente eres tú! ¡Oh, por favor...! ¡Pero qué patético eres! ¡No te inventes excusas! ¡No, por supuesto que no podemos vernos! ¡No, no quiero escucharte! ¡Ja! ¡Ni de coña! ¡Que te jodan, Leo! ¡Que te jodan!

Cuando cuelga el teléfono, grita de rabia con la mandíbula apretada y tira el teléfono al sofá. Se deja caer a mi lado, haciéndose un ovillo al encoger las piernas, y esconde la cabeza entre sus rodillas. La observo durante unos segundos, apoyando el codo en el respaldo del sofá y la cabeza en la mano, esperando pacientemente a que se desahogue.

—¿Mejor...? —le pregunto cuando desentierra la cara.

—Es un capullo, ¿sabes? —me dice, con la cara llena de lágrimas. Asiento de forma comprensiva—. Y me da rabia, porque no se merece que lllore por él.

—En realidad, ningún hombre se lo merece —digo, alargando el brazo para acogerla bajo él.

—Eso no puede ser verdad... —dice mientras se acurruca en mi costado—. No me creo que todas las lágrimas que has derramado por papá hayan sido en vano. Él ha significado demasiado para ti y solo esos tíos merecen nuestras lágrimas. Igual que tú mereces las suyas.

La observo pensativa durante unos segundos, tragando saliva al imaginar a Chris llorando por mí. Durante un tiempo, deseé que lo hiciera, quise que sufriera. Ahora, puede que no lo tenga tan claro...

—Mamá, ¿cómo sabes quién es el indicado? Quiero decir... Yo creía que Leo era diferente, ¿sabes? Creía que él era el amor de vida...

—Ay, cariño... —resoplo, dándole un beso cariñoso en el pelo, antes de

proseguir—. Solo tienes diecisiete años... Aún te quedan muchos candidatos a amor de tu vida por conocer.

—Pero tú conociste al tuyo con más o menos mi edad... —Aprieto los labios y miro hacia la ventana. Acaricio su espalda con mi mano, pensativa. Entonces ella se incorpora y me mira—. ¿No? Conociste a papá cuando teníais quince, ¿no?

—Algo así, sí...

—Cuéntamelo.

*Camino por el pasillo, agarrando la carpeta contra mi pecho.*

—¡Eh, Jill! ¡Jill!

*Erik se coloca a mi lado y pasa un brazo por encima de mis hombros.*

—¿Dónde estuviste ayer por la tarde? No viniste a verme entrenar...

—Estuve haciendo un trabajo en la biblioteca.

*Y es una verdad a medias. Estuve haciendo un trabajo en la biblioteca. Durante una hora. Lo que tardaron en echarnos por hablar demasiado, pienso, recordando la maravillosa tarde anterior.*

—¿Ves algo interesante? —le pregunté después de llevar más de quince minutos con la cara enterrada en el libro.

—Así me gusta, que seas optimista.

—¿Perdona?

—Me conmueve que sigas creyendo que hay algo interesante en estos tochos —dijo, señalando ambos libros. Me dejó con la boca abierta, mirándole con una ceja levantada—. ¿En serio te gusta esto?

—Shhhh... —Se escuchó a lo lejos, seguramente por parte de la bibliotecaria, a la que ambos miramos de reojo, girando nuestras cabezas.

—No especialmente —contesté susurrando—. Pero seguro que me gustará

*menos la charla de mis padres cuando les lleve la asignatura suspendida.*

*Sopesó mi respuesta durante unos segundos, y cuando yo volví a clavar los ojos en el libro, él volvió a la carga.*

*—¿Qué te gusta?*

*—¿Cómo?*

*—¿Qué te gusta hacer?*

*—Shhhh... Chicos, por favor... —insistió la bibliotecaria, esta vez plantada a nuestro lado.*

*—No sé... —contesté confundida cuando esta se alejó lo suficiente.*

*—Es una pregunta muy fácil... Te echo un cable. A mí me apasiona la música. Tocarla, sentirla, cantarla...*

*—Eh... No sé... ¿Leer...?*

*—No lo dices muy convencida...*

*—Me temo que no soy tan pasional como tú...*

*—Lo dudo.*

*—No me conoces.*

*—Tengo buen ojo para la gente. Hagamos una cosa. Vayámonos de aquí y te lo demuestro.*

*—¡¿Qué dices?! —pregunté, en un tono demasiado alto para el aguante de la bibliotecaria.*

*—Tercer aviso, chicos. Os tengo que pedir que os marchéis.*

*—Lo sentimos... —balbuceé yo.*

*—De acuerdo. Nos vamos —dijo Chris, recogiendo sus cosas y las mías y poniéndose en pie.*

*Y me dejé arrastrar por él, no solo fuera de la biblioteca, sino que le seguí hasta una tienda de discos. Me llevaba de la mano, y no me soltó hasta que estuvimos delante de uno de esos auriculares en los que puedes escuchar un CD.*

*—Toma. Póntelos.*

*Como un autómata, embriagada por su decisión, me los puse y dejé que pulsara el play y subiera el volumen. Él hizo lo mismo y enseguida empezó a mover la cabeza al ritmo de la canción que él estaba escuchando. Se puso a hacer que cantaba, cerrando la mano frente a su boca, como si llevara un micrófono. Yo le miraba embelesada. Enseguida me sacó varias carcajadas, y me descubrí imitándole y saltando mientras hacía ver que cantaba, moviendo la cabeza a uno y otro lado, haciendo oscilar mi pelo. Cuando mi canción acabó y abrí los ojos, él me estaba mirando con una sonrisa de oreja a oreja, achinando sus increíbles ojos azules, haciendo aparecer un par de hoyuelos en ambas mejillas.*

*—¿Has visto como esto te gusta más que las ciencias? —dijo entonces, y fui incapaz de contradecirle.*

*Mientras me acompañaba a casa, hablamos de cosas más personales y descubrí que su madre había muerto hacía pocas semanas, después de una larga enfermedad que la fue consumiendo lentamente. Me contó que tuvo que dejar de ir al instituto para cuidarla y vender todas sus posesiones para poder pagar los medicamentos. Me contó que era plenamente consciente de que lo perdía todo para pagar algo que paliaría sus dolores pero que, en ningún caso, la curarían. Así fue como acabó viviendo en Nueva York, con un padre que no sabía siquiera que Chris existía. Y me lo contaba con un brillo especial en los ojos, mientras yo era incapaz de ponerme en su lugar.*

*Fue entonces cuando supe que sí había algo que me apasionaba: Chris Taylor.*

*—Esta vez te lo perdono, pero al partido de mañana no puedes faltar.*

*Entonces le veo. Está delante de su taquilla, guardando la mochila y cogiendo el almuerzo. Cuando la cierra y se da la vuelta, nuestros ojos se encuentran. Yo sigo caminando, mirándole de reojo mientras él me sigue con la mirada, sonriendo de medio lado, justo antes de cerrar la mano en forma de puño frente a su boca y empezar a bailar. Consigo ahogar una carcajada,*

*cerrando la boca, y me veo obligada a agachar la cabeza para que Erik no se dé cuenta de ello.*

*—¿Quién es ese?*

*—¿Eh?*

*—Ese —insiste, mirando hacia Chris, el cual sigue sonriéndome.*

*—Ah... Un compañero de clase.*

*—¿Te molesta?*

*—¿Qué? ¡No...! No... Él solo... Somos compañeros de pupitre en... ciencias, creo... —contesto de la forma más distraída posible.*

*Disimulo, haciendo ver que no he cruzado con él más de cinco palabras, intentando que Erik no se dé cuenta de que, desde ayer, Chris se ha convertido en el protagonista de todos mis pensamientos.*

*Al salir al patio, nos sentamos en la mesa donde están ya todos los compañeros de equipo de Erik. Un par de chicas se sientan también y empiezan a hablarme, pero yo ya no las escucho. En vez de eso, sigo con la mirada a Chris, que camina hacia una mesa vacía, haciendo oscilar su bolsa marrón hacia delante y hacia atrás, silbando una canción. Sonrío abiertamente, mordiéndome un poco el labio inferior, cuando nuestros ojos se vuelven a encontrar. Me saluda levantando las cejas, gesto que yo imito.*

*—¿Qué haces? —me pregunta entonces Erik.*

*—Nada... —contesto.*

*—¿Y ese capullo qué mira?*

*No me da tiempo a contestarle, que ya le veo en pie, caminando con paso decidido hacia Chris.*

*—¡¿Erik...?! ¡Erik, ¿qué haces?! —le pregunto, pero él no me escucha.*

*—¡Eh, tú! —le grita a Chris—. ¡¿Se puede saber qué haces?! —*

—¿Quién, yo? —pregunta Chris, mirando a un lado y a otro.

—¡Sí, tú! ¡Estás mirando a mi novia!

—¿Perdona...?

—¡Te prohíbo que le sonrías a mi novia! —grita de nuevo, señalándome.

Entonces, cuando Chris me mira frunciendo el ceño, me limito a agachar la cabeza, fijando la vista en mis pies. No quiero meterle en problemas, porque sé cómo se las gasta Erik.

—Aclaremos esto antes de que haya algún otro malentendido... Soy un tipo bastante simpático y tengo la mala costumbre de ser amable con la gente que me cae bien. Así que suelo sonreírles, e incluso hablarles, oye... Y, joder... mira que lo siento, ¿eh? Pero tu novia me cae bien, así que es muy probable que le vuelva a sonreír, a saludarla, e incluso charle con ella.

La cara de Erik va enrojeciendo por segundos, igual que la mía, aunque sospecho que por motivos muy diferentes.

—Y llámame iluso —prosigue—, pero tengo la esperanza de que algún día se dé cuenta de que eres un puto neandertal que no aportará nada de... pasión a su vida, y acepte salir conmigo.

Sin pensárselo dos veces, Erik se abalanza sobre Chris y le asesta un fuerte puñetazo que le tira al suelo. A pesar de ello, Chris consigue revolverse y darle una patada a Erik, que le hace perder el equilibrio. En ese momento, cuando el cerco de gente alrededor de ellos se había hecho muy numeroso, aparecen un par de profesores que, después de un rato haciéndose paso, consiguen acercarse y separarlos. Cuando consigo ver la cara de Chris, tiene sangre en la ceja y el labio, mientras que Erik parece estar ileso, al menos físicamente, porque anímicamente ha recibido una soberana paliza. Le sigo con la mirada mientras se lo llevan, seguramente a la enfermería. Y Erik me mira a mí, con expresión confusa, quizá consciente de que siento lo mismo por Chris que él por mí.

—Es la petición para salir más extraña que he oído en mi vida —interviene Cassey—. ¿Y qué hiciste? ¿Le seguiste? ¿Le dijiste que sí querías salir con él?

Niego con la cabeza, justo antes de explicárselo.

—Sonó el timbre para volver a clase, y es lo que hice. Tocaba ciencias, y mientras el profesor hablaba, yo no hacía otra cosa que mirar el sitio vacío a mi lado. Recuerdo estar muy nerviosa, picando con el bolígrafo sobre el libro abierto frente a mí. Estaba hecha un lío... Mientras que mi cabeza intentaba obligarme a seguir la clase, mi corazón me pedía que corriera hacia la enfermería, latiendo tan fuerte que no me explicaba cómo nadie lo escuchaba.

—Dime que hiciste caso a tu corazón... —interviene Cassey, con las dos manos frente a la boca.

—Me levanté y empecé a caminar hacia la puerta. Todos me miraban, y el profesor me preguntó si me encontraba bien. Negué con la cabeza, por inercia, no porque realmente me encontrara mal, y corrí por el pasillo hacia la enfermería. Cuando entré, le vi sentado en la camilla, mientras la enfermera le ponía un apósito sobre la ceja. El ruido de la puerta al cerrarse le alertó de mi presencia. Nos miramos, nos sonreímos y caminé con decisión hacia él. Agarré su cara entre mis manos y le planté un beso en la boca. Sin más.

A Cassey se le escapa un largo suspiro que provoca mi sonrisa.

—Y desde ese día, no volvimos a separarnos. Logró contagiarme su pasión por la música, por bailar, por cantar a pleno pulmón, por reír a carcajadas, por pasear bajo la lluvia, por acurrucarme en el sofá con un buen libro, por tomarnos unas cervezas con amigos, por llevar a Max al parque, por hacer el amor... Básicamente, por todo lo que pudiera hacer con él.

—¿Cuándo supiste que era el indicado?

Resoplo por la nariz, sonriendo sin despegar los labios. Levanto la vista hacia el techo, pensativa, aunque en realidad no necesito pensar demasiado para recordar ese momento con todo lujo de detalles.

—Tu padre me gustó desde el mismo momento en que le vi, aunque no lo supe ver entonces. Me quedé prendada de sus ojos, por supuesto, de sus hoyuelos, de su manera de achinar los ojos al sonreír... Pero no habíamos hablado prácticamente nada. Salir con Erik era la opción cómoda. Era uno de esos tipos populares que juegan al fútbol. No es que saliéramos de forma oficial, porque el tipo nunca me lo pidió, pero pasábamos mucho tiempo juntos. No me gustaba, en realidad, aunque era guapo. Supongo que me... acostumbré a estar con él.



—Qué horror... Estar con alguien por costumbre.

—Patético, lo sé, pero es la verdad. En fin, que yo salía con ese tipo cuando apareció tu padre. Intercambiamos unas cuantas frases un día, y luego ya nada. Compartíamos algunas asignaturas, pero no teníamos nada más en común. Yo estaba en el grupo de los “populares” y tu padre no se relacionaba con nadie. Era como si... no encajara allí. Pero entonces nos emparejaron para hacer un trabajo juntos, y fue como... ¡boom!

Realmente, no sé cómo explicárselo con otras palabras, porque eso fue lo que pasó exactamente.

—Guau... —susurra Cassey, totalmente concentrada en mi historia, demostrándome que me ha entendido perfectamente.

—Él era diferente a todos los chicos que había conocido. No había tenido una vida fácil, había sufrido demasiado. Seguía sin encajar entre el resto, pero entonces fue cuando me di cuenta que yo estaba más a gusto con alguien como él que como Erik. Él le dio vida a mi rutina y quiero pensar que yo le di estabilidad a su vida. Nos complementábamos.

—Joder... —dice, con la voz tomada por la emoción—. Confirmado. No he encontrado aún al amor de mi vida, pero cuando lo haga, quiero todo eso que acabas de contar.

Pero entonces, años después, me hizo llorar y yo, como Cassey hoy, me di cuenta de que no merecía que derramara ni una lágrima por él, pienso, aunque no me atrevo a decirlo en voz alta.

Y así fue como, cuando todo acabó, se esfumó mi pasión.



—Soy patética... No debería haber venido... Esto es acoso de manual... — me sermoneo.

Llevo un buen rato apostada en la esquina del callejón, a salvo del curioso de Ron y, sobre todo, de la ventana que he venido a observar. Estoy escondida, como ya hice la vez anterior que vine, hace unos meses. Esa vez, porque sabía

que no le vería. Esta vez, porque, aunque sé que es probable que esté, en ningún caso quiero que me vea.

En realidad, no sé por qué he venido, pienso mientras empiezo a dar media vuelta y volver a casa, pero entonces, se abre la ventana. Se me corta la respiración y aprieto la espalda contra la pared de ladrillo del edificio de delante, como si fuera un camaleón y pudiera camuflarme. Me quedo inmóvil durante un buen rato, esperando a verle aparecer, y cuando ya pensaba que eso no sucedería, le veo aparecer poco a poco. Primero una pierna, luego el resto del cuerpo, y por último su mano izquierda agarrando su guitarra. Se queda plantado en mitad del descansillo de la escalera de incendios, inmóvil durante un buen rato, como si tuviera miedo de perder la verticalidad.

Cuando se sienta en las escaleras, dándome la espalda, me relajo un poco e incluso me permito el lujo de sonreír. Pero eso me dura poco, lo que él tarda en dejar la guitarra en el suelo, y agarrarse la cabeza con ambas manos, hundiendo la cara en sus palmas.

—Estás sufriendo... —susurro, como si de repente me diera cuenta de que quizá estaba equivocada.

Incluso a esta distancia soy consciente de su terrible lucha, y siento como si debiera correr a abrazarle, pero tengo que ser fuerte. Yo también pasé muchas noches sola, sentada en esas mismas escaleras, llorando y sufriendo. Yo también necesité un abrazo, y él no vino a dármelo. Así que tengo que ser fuerte, dar media vuelta e irme a casa. Y como si me hubiera escuchado, Chris se levanta de golpe, agarra la guitarra por el mástil y le veo perderse por la ventana, prácticamente tirándose al interior.

Y entonces sé que está pasando por el mismo calvario que yo: sintiendo demasiado, sufriendo en soledad a pesar de estar rodeado de gente, perdido en su propia casa, intentando ser fuerte estando roto por dentro.

—Es su tercer intento que yo haya visto. —Sobresaltada, me doy la vuelta y descubro a Ron, mirándome con timidez desde una cierta distancia—. Lo siento. No pretendía asustarte.

Los dos volvemos a mirar hacia la ventana, ahora ya cerrada. Me coloco algunos mechones de pelo detrás de las orejas y me quedo cruzada de brazos.

—Puede que sea demasiado pronto —digo con la voz tomada por la emoción.

—Puede que lo sea. Pero miraos, ninguno de los dos dejáis de intentarlo...

—Yo no intento nada...

—Y sin embargo aquí estás, ¿no?

## CAPÍTULO 25

*Y así fue como, cuando todo acabó, dejé que el viento me susurrara al oído*

—¿Estarás bien? —me pregunta mi padre.

—Sí, tranquilos.

—En el congelador no te cabe más comida, así que esta noche tendrás que cenar la lasaña y mañana comer las albóndigas. El resto, está todo ahí. Solo tienes que sacarlo y calentar...

—Gracias, Livy —sonrío agradecido—. Pero, ¿no crees que te has pasado un poco? ¿Por cuántos días os vais?

—Tonterías. Así me aseguro que si viene Cassey, tendrás algo comestible para darle.

—Siempre le doy algo comestible...

—De acuerdo. Algo diferente a pizza, entonces.

—No comemos siempre pizza... Ella sabe cocinar bastante bien.

—Explotador —interviene mi padre—. No has cambiado nada. Aún me acuerdo cuando conseguía que la madre de Jill le preparara fiambreras llenas de comida...

—O cuando me pidió que le guardara las sobras de aquella cena de Nochebuena —añade Livy, muerta de la risa.

—Cualquier cosa con tal de librarme de su pasta con tomate —me justifico señalando a mi padre, que me agarra por el cuello y me zarandea de forma cariñosa.

—Volveremos en un par de semanas —me informa cuando me suelta—.

Vamos a ver cómo está la casa antes de poder ir con Cassey, como le prometimos... Seguramente habrá que hacer algún arreglo en el jardín, quizá pintar alguna contraventana... Nos vendrían bien un par de manos extra. ¿Seguro que no quieres venir con nosotros?

—Papá, por favor... —resoplo—. Sé lo que intentas...

—¿Mano de obra gratis? Porque no te pienso pagar...

—Puedo quedarme solo. Estaré bien —insisto.

Ambos me miran sin poder ocultar su preocupación. Entonces Livy se cuelga del brazo de mi padre y se lo acaricia de forma cariñosa.

—Si necesitas cualquier cosa, solo tienes que llamar a tus hermanos... Ya sabes... Max estará pendiente de ti...

—Papá, por favor... —resoplo de nuevo.

—Y nosotros estamos solo a unas horas en coche. Si nos necesitas, podemos volver enseguida... —añade Livy.

—Sé que no os he dado motivos para confiar en mí, sé que he prometido dejarlo millones de veces, sé que os he mentado, sé que os he hecho daño, sé que os he hecho sufrir, pero os aseguro que ya no soy ese Chris. Os prometo que he cambiado y, aunque sé que no lo voy a conseguir de la noche a la mañana, os aseguro que no me voy a rendir. Esta vez no.

Ahora los dos sonrían, asintiendo con la cabeza, satisfechos. En ese momento, me suena el móvil y veo el nombre de Max en la pantalla.

—Bueno... Nosotros nos vamos... —se apresura a decir mi padre, al tiempo que yo descuelgo.

—Hola, Max.

—Hola, colega. ¿Qué haces? He acabado mi turno. ¿Quieres que me pase a verte y...?

—Podrías disimular un poco y esperar al menos a que se hubieran ido, ¿no?

—¿Aún están ahí?

—Ajá... Os estáis tomando al pie de la letra vuestro plan para no dejarme ni un minuto solo, ¿no?

—Solo estamos preocupados, Chris.

—Nos vamos... Ahora sí... —susurra Livy, dándome un abrazo.

—Por si luego te llama Lexy para intentar convencerte para pasar tiempo juntos, yo no tengo nada que ver... Y si luego te llama Jimmy para trasladarse aquí por unos días, tampoco —dice mi padre, señalando a Livy disimuladamente.

Segundos después, escucho el ruido de la puerta al cerrarse, y me dejo caer en la banqueta, dando la espalda al piano.

—Ya me han dicho que serás algo así como mi “perro guardián”.

—Solo si me lo pides, ya lo sabes.

—Siento que te hayas visto obligado a ser responsable de mí... Debería ser al revés, pero, ya ves...

—Lo hago encantado. Siempre me ha gustado pasar tiempo contigo.

—No mientas. No siempre.

—Cuando yo estaba tarado, tú querías pasar todo el tiempo del mundo conmigo. —La descripción de sí mismo me hace reír, como cada vez que la usa. Lo curioso es que no la usa solo consigo mismo, sino también conmigo, y lejos de molestarme, me hace sentir muy cerca de él—. Así que cuando tú lo estabas, por supuesto que quería devolverte el favor. Chris, yo sí quería pasar tiempo contigo, eras tú el que no quería.

Nos quedamos un rato callados. Yo asimilando sus palabras, él sabiendo que lo estoy haciendo. Así ha sido siempre. Esa siempre ha sido nuestra conexión, desde el mismo momento en que nos vimos. Yo sabía que era sordo, pero, en realidad, nunca nos hizo falta hablar para entendernos.

—¿Vas a ver a Cassey estos días? —me pregunta al final.

—Sí —contesto sonriendo—. Ella ya lo sabe todo acerca de este sitio...

—¿En serio? ¿Y qué te dijo?

Abro la boca para contestarle justo en el momento en el que suena el timbre.

—Espera, que llaman a la puerta —digo mientras camino hacia ella. Cuando abro, frunzo el ceño y, como un tonto, descolocado, miro la pantalla de mi móvil—. ¿Qué cojones haces aquí? Pensaba que estabas saliendo del hospital...

—Te mentí. Ya estaba aquí al lado —contesta colgando la llamada y guardando su teléfono en el bolsillo del pantalón—. Pero traigo cerveza para pedirte perdón.

—No bebo alcohol.

—Es sin alcohol. Si esto no es amor de hermano, que baje el de arriba y lo vea.

—Pasa —le pido, apartándome a un lado y dándole una colleja cariñosa cuando pasa por delante de mí.

Le sigo hasta la cocina y espero a que abra las dos botellas. Con ellas ya en la mano, caminamos hasta el salón.

—¿Y bien? —insiste.

Entonces, sin darle mayor importancia, abre la ventana y sale a la escalera de incendios. Le observo durante unos segundos, viéndole sentarse en los peldaños metálicos, levantando la cabeza y dejando que el sol caliente su cara. Cuando abre los ojos y me ve al otro lado, indeciso, levanta las cejas y busca mi mirada.

—¿No vienes? —Me lo pienso durante unos segundos, pero entonces él vuelve al ataque—: Me ha contado un pajarito que aún hay cosas que te cuestan un poco... Pero estoy aquí para ayudarte. No te estoy pidiendo que salgas a cantar. Sé que eso solo lo podrás hacer con Jill. Sal sin la guitarra, solo sal aquí fuera. Sal... al mundo, y demuéstrole que estás mejorando.

Salgo y me siento en el suelo, apoyando la espalda en la fachada.

—Alucinó, ¿sabes? Para bien. Ella... cuando se lo dije, cuando le conté por qué compré este piso, por qué no quiero hacer ninguna reforma, por qué quiero dejarlo todo como estaba, se emocionó y me abrazó y... Joder, Max... Fue como si de repente, nuestro vínculo estuviera ahí, como si nunca nos hubiéramos separado. Y luego quiso que me sentara con ella frente al piano y que le cantara... Lloré, ¿sabes? Me asusté y la abracé.

—¿Te asustaste?

—Sí... Ese momento fue como un tortazo de realidad en la cara. Y entonces supe que no podría soportar que ella se fuera. No puedo perder a Cassey, Max.

—¿Y por qué la ibas a perder?

—¿Y si no consigo salir del todo? ¿Y si me hundo? ¿Y si soy débil? ¿Y si los miedos de papá y tu madre, los de todos vosotros, no son infundados?

—Yo creo en ti, Chris. Y no solo creo en tu fuerza de voluntad, o tus ganas de salir de esa mierda, o en las de volver a los escenarios, sino también creo que, ahora sí, serás capaz de pedir ayuda si la necesitas. Nos desviviremos por ayudarte. Tenlo claro. Incluso Jill.

Asiento pensativo, bastante más animado. Las charlas con Max siempre me han venido bien, incluso cuando lo más elaborado que entonaba era un emocionante “te quiero a tú”.

—Aún te miro y te sigo viendo como ese crío pequeño y curioso que se convirtió en el centro de nuestro universo de la noche a la mañana. Te recuerdo con los ojos muy abiertos, intentando comprender el mundo que giraba a tu alrededor a toda pastilla, ¿y sabes qué? Que me doy cuenta de que lo entendiste antes que nadie. Tardaste en aprender a hablar, pero cada vez que lo haces, consigues que todos se paren a escucharte. Eres mi héroe, desde siempre, y quiero que sepas que estoy orgulloso de ti. Mucho.

—Tú me hiciste así. Si Bono, tú y tu padre no hubierais aparecido en nuestras vidas, no sé qué habría sido de mí...

—Habrías crecido rodeado de mujeres.



—Oh, joder... Sí... —dice, simulando que un escalofrío recorre su cuerpo, justo antes de empezar a reír.

Se acerca a mí y se sienta a mi lado. Me mira de reojo, sonriéndome de medio lado. Aún puedo ver algún resquicio de ese niño rubio, pienso mientras paso un brazo por encima de sus hombros y le atraigo hacia mí.

—Gracias por todo —le digo.

—Pensaba que había quedado claro que el afortunado fui yo.

—Lo dejaremos en un empate, entonces.

—Te echaba de menos, Chris —comenta un rato después—. Echaba de menos a mi hermano mayor...

—Lo siento, ¿sabes? Quiero que sepas que recuerdo algunos momentos... jodidos... Momentos en los que no me comporté demasiado bien contigo...

—No pasa nada. Ese no era mi hermano mayor... —me tranquiliza, encogiéndose de hombros.

Levanto la vista al cielo y me vienen a la memoria algunos de esos momentos. Es curioso cómo la mente te juega esas malas pasadas. Cuanto más te esfuerzas en olvidar todo eso, más vívidos son los recuerdos. Quiero pensar que es para ayudarte a evitar cometer los mismos errores.



—¿Te las apañas bien?

—Sí, tranquila.

—Bien. ¿Tienes comida?

—Puedo montar un restaurante con toda la que me ha dejado tu madre.

—Perfecto. ¿Tienes ropa limpia?

—Lexy, por favor...

—¿Qué? ¿Acaso sabes poner lavadoras?

—Pues sí... Supongo, al menos.

La escucho resoplar antes de volver a la carga:

—¿Algún pensamiento impuro que deba saber?

—¿Cómo? ¿Ahora pretendéis controlar incluso mis sueños húmedos?

—¡No, por Dios! Me refiero a tentaciones que te lleven por el mal camino de nuevo...

—No. Podéis estar tranquilos.

—¿Has tirado ya la dichosa pared? —Abro la boca para contestarle, pero enseguida la escucho reír al otro lado—. Me encanta hacerte rabiar. Sigue siendo igual de fácil que antes.

Como me pasó con Max, nos quedamos en silencio durante un rato, escuchando nuestras respiraciones. De fondo, suena la música de Etta James, sonando en mi tocadiscos.

—¿Qué planes tienes?

—¿Planes... de vida en general, de fin de semana, para un futuro próximo...?

—¡Para esta noche, idiota!

—Me encanta hacerte rabiar —digo, imitando sus palabras de antes—. Voy a desembalar alguna caja que aún queda por aquí, cenar cualquier cosa y luego irme a la cama. Quizá incluso salga a dar una vuelta.

—¿Con el viento que sopla?

—Me gusta el viento.

*La música atronadora hace retumbar las paredes. El volumen está tan alto, que soy incapaz de escuchar sus jadeos aun teniendo su boca pegada a mi oreja. A lo lejos, creo escuchar cómo llaman a la puerta, pero no tengo ninguna*

*intención de ir. Tampoco creo que ella me deje alejarme demasiado.*

*Giro la cabeza para mirarla. Es preciosa, de eso no cabe duda. Y tenemos muchas cosas en común. Es una modelo con fama internacional, ambos tenemos éxito y somos aclamados allá por donde vamos, sabemos pasárnoslo bien, y el sexo es cojonudo. La pareja perfecta, según las revistas del corazón y las redes sociales. Aun así, a pesar de todo, no puedo continuar mirándola. Necesito cerrar los ojos y seguir imaginando que es Jill la que está conmigo. Es algo que se había convertido en costumbre, cerrar los ojos y camuflar la realidad.*

*Cuando acabamos, aun resoplando del esfuerzo, me estiro boca arriba y clavo la mirada en el techo esculpido de la habitación de hotel que compartimos. Estoy de gira y ella se ha acercado a verme y pasar unos días conmigo. No sé si lo ha hecho porque está enamorada de mí o porque nuestra relación le da una publicidad extra que le viene muy bien a su caché como modelo.*

*Apoya la cabeza en mi pecho y lo acaricia con sus uñas de forma distraída.*

*—Podría quedarme así todo el día...*

*Agarra el enorme edredón blanco y, colocándose encima de mí, nos tapa a ambos. El pelo cae a ambos lados de su cara, enmarcando la mía también. Sonríe de oreja a oreja, enseñando sus perfectos dientes blancos. Debería estar feliz. Cualquiera soñaría con estar en mi lugar, pero yo sigo queriendo estar entre los brazos de Jill.*

*De repente, todo me parece demasiado íntimo y abrumador, así que la aparto y, desnudo, me levanto de la cama, me preparo una raya de coca y la esnifo enseguida. Me limpio la nariz, sorbiendo los restos. Luego me acerco al mueble-bar y me sirvo un whisky doble. Me lo bebo de un trago y me sirvo otro. Cuando estoy a punto de llevármelo a los labios, la escucho hablarme:*

*—Chris, ¿no crees que deberías relajarte un poco? Son solo las diez de la mañana.*

*—Deja de darme sermones.*

*—Chris, solo intento decirte que algún día te encontrarán muerto por culpa de una puta sobredosis, ¿y sabes qué?! Eso queda muy mediático y seguro que*

*las ventas de tus discos se dispararían, pero morirse es una putada.*

*Sin dejarla acabar, me pongo un vaquero y una camiseta de manga corta y salgo al enorme balcón de la habitación. Apoyo las palmas de las manos en la balaustrada de piedra y dejo que la brisa acaricie mi cara. A lo lejos, sigo escuchando su voz. Giro la cabeza para mirarla. En ese momento, ya vestida con una camisa que le cubre por debajo del trasero, me señala con un dedo. Me siento algo mareado, pero, por suerte, sé cuál es el remedio para sentirme bien de nuevo. Así que vuelvo a cerrar los ojos e imagino que es ella la que me acaricia, y que es su voz la que me susurra al oído.*

Y así fue como, cuando todo acabó dejé que el viento me susurrara al oído.

Lo que también acabó pronto fue esa relación. Básicamente, lo que tardó en darse cuenta de que lo nuestro no iba a ir mucho más allá. Ella soñaba con tener hijos, yo solo quería dormir caliente por las noches. No quería nada serio con nadie. Durante mucho tiempo, solo le fui fiel al viento. Cada vez que soplaba con fuerza, soñaba que ella me hablaba y me acariciaba.

Entonces, me doy cuenta de que Lexy sigue al otro lado de la línea.

—¿Sigues ahí?

—¿Acaso creíste que te iba a abandonar? —me pregunta—. Solo estaba... dejándote algo de tiempo para echar la vista atrás.

—Supongo que tienes razón... Creo que, durante demasiados años, me obligué a no recordarla porque sabía que dolería demasiado.

—¿Y ahora estás preparado para hacerlo?

—Duele igual, y a eso nadie se acostumbra. Pero necesito ser consciente de lo que hice. La realidad me ayuda a recuperarme, aunque duela.

—Te echaba de menos, ¿sabes?

—¿Tú también? —le pregunto divertido al recordar esas mismas palabras en boca de Max.

—Me encanta cuando te pones trascendental. ¿Te acuerdas de nuestras

charlas en aquellos tiempos en los que ambos nos sentíamos unos completos incomprensidos? ¿Cuándo tú te creías un huérfano abandonado y yo una completa incomprensida? —Se queda callada durante unos segundos, antes de añadir—: Mi adolescencia fue genial gracias a ti.



Al escuchar el timbre, salgo de la ducha a toda prisa, anudándome una toalla a la cintura. Después de dar algún traspies y de llevarme un par de golpes en las espinillas, abro la puerta al repartidor de comida china, el cual me mira de arriba abajo.

—Gracias —le digo, tendiendo la mano para que me dé la bolsa mientras con la otra aguanto un billete de veinte dólares.

—¿Eres...? ¿Tú eres...? —balbucea.

—Eh... Sí, soy, supongo...

—Pero... —Mira alrededor, sin creerse que alguien como yo viva en un edificio como este y pida comida china del restaurante cutre del barrio.

—Puedes quedarte con el cambio, si quieres —le corto para que se dé prisa.

—¿Puedo... hacerme una foto contigo?

—¿Conseguiré que me des la comida con eso?

—Eh... Sí. Perdona —dice, tendiéndome la bolsa. Se coloca a mi lado y alza el móvil. Sonrío, intentando no parecer forzado, y cuando la hace y la mira, añade—: Mi novia va a flipar. Gracias.

—Gracias a ti por la comida.

—Cuando quieras. Llama, pide y te la traigo yo personalmente.

Sonrío mientras cierro la puerta. Dejo la comida sobre la mesa de delante de la tele y me dirijo al dormitorio para ponerme un vaquero y una camiseta cualquiera. Cuando vuelvo al salón, mi móvil empieza a sonar.

—Ya decía yo que hacía dos horas escasas que no llamaban para saber qué hago... —resoplo, hasta que veo el nombre de Cassey en la pantalla—. ¡Eh! ¡Hola!

—¡Papá! ¡Soy Cassey! ¡Ven a casa, por favor! ¡Te necesito! ¡Mamá...! ¡Ella me hablaba mientras cortaba y...! ¡No debí distraerla!

—¡¿Qué?! ¡Cassey, más despacio! —grito, poniéndome en pie y caminando hacia la puerta, cogiendo las llaves del coche de camino.

—¡Ella se ha hecho un corte muy feo con un cuchillo! ¡Y no paraba de sangrar! ¡Y se cayó redonda, desmayada, dándose un golpe en la cabeza al caer...!

—Estoy de camino, Cass. Dime vuestra dirección —digo, intentando sonar lo más calmado posible.

Tarda un poco en responder, consciente de repente de que no tengo ni idea de dónde viven. Mientras corro por la acera hasta donde tengo aparcado el coche y entro en él, trazo el itinerario hasta su casa mentalmente.

—Cassey, ¿sigues ahí?

—Sí.

—El corte. ¿Has taponado la herida?

—Sí... Con un trapo de cocina.

—Bien. Dices que se ha dado un golpe en la cabeza al caer. ¿Se ha hecho herida?

—No... Creo que no...

—Pero, ¿se ha desmayado por la sangre o por el golpe?

—Por la sangre, seguro.

—De acuerdo. Bien. Bien. Estoy de camino. Tranquila, ¿vale?

—No sabía qué hacer. No sabía a quién llamar. Quizá... debería haber

llamado a una ambulancia... Estoy asustada, papá...

—Tranquila. Lo has hecho genial —intento tranquilizarla, sin poder evitar sentirme orgulloso al saber que he sido su primera opción.

Afortunadamente, llegar a su casa no me ha llevado más de quince minutos. Cierto es que me he infringido algunas normas de circulación, como saltarme el límite de velocidad, invadir alguna acera y obviar el color de algún semáforo.

—Cassey, ábreme—digo, aún con el teléfono pegado a la oreja, corriendo hacia el portal.

Subo los pisos como un loco, hasta que veo una puerta abrirse y me cuelo por ella sin esperar a ser invitado. En cuanto llego al salón, seguido de cerca por Cassey, me freno en seco al verla tendida en el suelo.

—He intentado arrastrarla hasta el sofá, pero...

Empieza a decir Cassey, pero enseguida soy incapaz de entender una sola palabra más. Tampoco puedo moverme del sitio, e incluso dudo que pueda respirar con normalidad. Lo único en lo que puedo pensar es en que, después de tantos años, estoy de nuevo frente a ella.

—Papá... —Cassey me zarandea, devolviéndome a la realidad.

Entonces, recorro los escasos pasos que nos separan y me arrodillo frente a ella. Paso mis brazos por debajo de su cuerpo y lo alzo, poniéndome en pie. Su cabeza está apoyada en mi pecho, con su cara a escasos centímetros de la mía. Su respiración es calmada, así como su expresión, relajada y confiada. Por unos segundos, imagino que es porque sabe que estoy a su lado y que no tiene nada que temer. Me gustaría decirle tantas cosas, pero me conformo con sostenerla y mirarla.

—Las llaves de mi coche están en el bolsillo derecho —le informo a Cassey, acercándole mi cadera para que las coja.

En cuanto lo hace, nos damos prisa para salir del apartamento. Bajo las escaleras con cuidado, mirando dónde pongo el pie. De vez en cuando, la miro, intentando grabar su expresión en mi cabeza para recordarla más tarde. Tiene la boca un poco abierta, y los labios algo secos. Está algo pálida, y advierto algunas

arrugas en los ojos y la comisura de la boca. Mi mente vuela y nos imagina en otro lugar, muy lejos de aquí. Ella mirándome fijamente, apoyando la mano en mi pecho y luego subiéndola hasta acariciarme la mejilla...

—No tengo carnet de conducir... —susurra Cassey a mi espalda.

Cuando vuelvo a la realidad, estamos frente a mi coche. Ella ya ha abierto la puerta, y está esperando expectante mi reacción.

—De acuerdo... Ponte atrás con tu madre —le digo.

Cassey entra y se echa a un lado, mientras yo entro con Jill en brazos. Cuando la estiro con sumo cuidado, reconozco que me cuesta separarme de ella, y me quedo un rato mirándola a una corta distancia, tentado de acariciarla o incluso besarla. Cassey se da cuenta de ello, así que, algo avergonzado, me separo y corro para sentarme frente al volante.

Mientras conduzco, no dejo de mirar por el retrovisor interior. Intento no parecer asustado, para no poner más nerviosa a Cassey.

—No pasa nada, Cass. Se va a poner bien. Es solo el golpe. Ya lo verás.

—Sí... —contesta, aunque no demasiado convencida—. Mamá es muy aprensiva y odia la sangre... Es una blanda...

Intenta sonreír, aunque enseguida vuelve a ensombrecer su expresión.

—¿Has llamado a alguien más...? Quizá a tu abuelo...

—No lo pensé. Estaba asustada y solo pensé en ti... Quizá debería haber llamado a una ambulancia, pero... fui egoísta. Estaba asustada y solo pensé en mí. Debería, ¿no? No sé si estará en la ciudad...

—Hiciste bien, Cass. Tranquila. Puedes llamarme siempre que lo necesites. Ya lo sabes. Y tu madre también.

Poco rato después, aparco en el parking de urgencias del hospital y corro para volverla a coger en brazos. Cargando con ella, corremos hacia la puerta. Los gritos de Cassey enseguida alertan a un par de enfermeras que salen a nuestro encuentro.



—¿Qué ha pasado?

—Se cortó y se desmayó. Pero al caer se dio un golpe en la cabeza... Creo... —explica Cassey a una de ellas—. Yo estaba en mi habitación, y escuché solo un golpe...

—De acuerdo. Esperen en esta sala. Cuando sepamos algo, les avisaremos.

Las puertas basculantes se cierran en mis narices. Inmóvil, observo a través de la pequeña ventana cómo se llevan a Jill hacia uno de los boxes de pruebas. Incluso después de perderles de vista, sigo ahí plantado. Me miro los brazos, en los que hasta hace poco la sostenía, sintiéndome abrumadoramente solo de repente.

—Mi abuelo viene para aquí... —escucho que me dice Cassey.

Me doy la vuelta y la veo cabizbaja, apoyando la espalda contra una de las paredes.

—Ven aquí —le digo, tirando de su mano hasta tener su menudo cuerpo entre mis brazos.

Le doy un fuerte abrazo, acariciando su espalda, con los labios apoyados en su pelo, mientras siento sus manos a mi espalda, aferrándose con fuerza de mi camiseta. Entonces la escucho reír, cada vez con más ganas.

—¿De qué te ríes? —le pregunto mientras me separo unos centímetros de ella para mirarla.

—Imagino qué habría pasado si mamá se hubiera despertado en el coche, o en tus brazos. Cuando se entere que te llamé, me matará. —Levanta la vista y me mira a los ojos—. A mí, en cambio, me ha encantado veros juntos. Parecía...

Se queda callada y empieza a caminar hacia una de las sillas, donde se deja caer con pesadez.

—¿Qué parecía? —le pregunto, sentándome a su lado.

—No sé... A ratos parecía como si la fueras a besar...

Me mira de reojo, sonrojada, mordiéndose el labio inferior.

—Verla de nuevo ha sido... abrumador. No te voy a mentir. Y ha despertado millones de recuerdos en mi cabeza. Y sí, he estado tentado de besarla y... — Miro al techo, cogiendo aire antes de seguir abriendo mi corazón de par en par— no soltarla jamás.

—¿Cassey? ¿Cassey, cariño?

Los dos nos ponemos en pie al ver entrar al padre de Jill en la sala, aunque, mientras ella se acerca corriendo a él, yo doy un par de pasos hacia atrás. Le acompaña una mujer que se ha fijado en mí, y me mira sonriendo. Sé que es la nueva pareja de Paul, a la que conoció en unas terapias de duelo para superar la muerte de la madre de Jill. Cassey me lo contó, y lo sentí mucho. Me hubiera gustado saberlo y poder mostrar mis respetos. La quería mucho y sé que ella también a mí. Prueba de ello es que, durante un tiempo, me estuvo alimentando para salvarme de los espaguetis con tomate de mi padre.

Me froto las palmas de las manos contra el pantalón, muy nervioso de repente. Los años no han pasado en balde, pero sigue imponiendo tanto respeto como antes, a pesar de la horrible camisa con motivos florales que lleva puesta.

Cuando se hace el silencio en la sala, siento sus ojos clavados en mí, así que, haciendo acopio de toda la fuerza que puedo, levanto la cabeza y le miro a los ojos. Empieza a caminar hacia mí, y confieso que tengo que hacer verdaderos esfuerzos para no salir corriendo. Se frena cuando tan solo nos separan un par de pasos. Miro fijamente sus manos, cerradas en forma de puño a ambos lados del cuerpo. Lentamente, levanto el brazo y lo extiendo, mostrándole mi intención de estrecharle la mano.

—Hola —le saludo, aún con el brazo alzado.

—Largo de aquí.

—Abuelo, él... —empieza a decir Cassey, pero él levanta la mano y le pide silencio.

—Esto es algo entre él y yo.

—Señor, yo...

Doy un paso al frente, mostrándole las palmas de las manos en señal de rendición. Enseguida me doy cuenta de que he cometido un error. Arma el puño en una fracción de segundo y lo estampa en mi cara con fuerza.

—¡Paul!

—¡Abuelo, por favor!

—¡He dicho que te largues de aquí! —grita totalmente fuera de sí, mirándome amenazador, mientras yo sigo en el suelo, tocándome el mentón—. ¡¿Te piensas que puedes aparecer de nuevo y todos tenemos que hacer ver que no ha pasado nada?! ¡¿Eres consciente del daño que le hiciste a Jill?! ¡¿Del daño que nos hiciste a mí y a su madre, que en paz descanse?! ¡Nos arrebataste a nuestra hija!

—Señores, si me disculpan... —dice un guardia de seguridad que, acompañado por una enfermera, aparece en la sala de espera—, les tengo que pedir que salgan del hospital o me veré obligado a llamar a la policía.

—No, no... Yo... ya me iba... —digo, poniéndome en pie.

—Señor, ¿quiere que le miremos la herida? —me pregunta la enfermera.

Solo entonces me miro la mano y veo que está llena de sangre, seguramente del labio.

—No. No es nada... —contesto, limpiándome la sangre en la camiseta.

Empiezo a caminar hacia fuera, con la cabeza agachada. Por el rabillo del ojo, veo cómo Cassey hace un ademán de acercarse, pero yo giro la cabeza hacia el lado contrario y aprieto el paso para no cabrear más a Paul.

No me apetece conducir, así que me pongo a vagar sin rumbo durante horas, con los ojos llenos de lágrimas y la mandíbula apretada, lleno de rabia por mi ingenuidad. De repente, nada de lo sucedido parece real. Es como si el puñetazo hubiera borrado esa cálida sensación que se había quedado impregnada en mi cuerpo después de haber llevado a Jill en brazos. Durante un rato, mientras la tenía tan cerca, tuve la sensación de que podría recuperarla, pero Paul se ha encargado de devolverme a la realidad de un golpe.

Llevo varias horas caminando por la ciudad, sumido en mis pensamientos, perdido y desorientado. Al pasar por al lado de un pub irlandés, los gritos y las risas procedentes del interior llaman mi atención, atrayéndome como una polilla a la luz. Miro a través de los ventanales. Dentro, la gente parece divertirse. Ríen de forma despreocupada, se abrazan y cantan. Yo también solía ser así, antes de... intentar reconducir mi vida. Puede que no fuera feliz realmente, pero sonreía más, sufría mucho menos y no me sentía tan solo como ahora.

Mi reloj marca las dos de la madrugada cuando mis pies giran hacia la puerta y bajo los escalones que me llevan hasta la puerta pintada de rojo. Agarro el pomo con una mano y lleno mis pulmones de aire, decidido a entrar. Pero entonces, mi teléfono empieza a sonar. Al ver el nombre de Cassey en la pantalla, el corazón me da un vuelvo. Siento como si me hubiera pillado “in fraganti” haciendo algo malo, que es justamente lo que iba a hacer: beber hasta perder el sentido y olvidar todo lo sucedido. Como solía hacer antes...

—Cassey...

—Hola, Chris... No soy Cassey...

—Jill...

## CAPÍTULO 26

### *Y así fue como, cuando todo acabó, la dejé soñar*

—El escáner no muestra nada, así que está usted perfectamente. Esta noche la dejaremos en observación, pero mañana por la mañana le daremos el alta. Venga en una semana para hacerle la cura al corte de la mano. Me ha dicho su hija que es usted camarera...

—Ajá... —respondo mirando a Cassey que, por algún motivo, está como ausente.

—Pues debería tener cuidado con esa mano.

—Y mantenerte alejada de los cuchillos —interviene mi padre.

—Yo le iba a recomendar que se tomara unos días libres.

—Por supuesto que lo hará. Me ocuparé de que así sea.

—¿Hola? Sigo aquí y, que yo sepa, no estoy incapacitada, así que puedo hablar por mí misma.

El médico sonrío afable, justo antes de escribir algo en los papeles de su carpeta y salir por la puerta.

—Espero que te mantengas alejada de los cuchillos durante una temporada. A saber qué estarías pensando... —dice mi padre.

Si se lo dijera, seguro que se enfadaría.

—¿Estás bien, cariño? —le pregunto a Cassey, que responde asintiendo con la cabeza, pero rehuyendo mi mirada.

Estiro el brazo y abro y cierro la mano, pidiéndole que se acerque para cogérmela. Cassey se acerca, aunque su comportamiento sigue siendo extraño. La atraigo hasta mí y le doy un largo abrazo.

—Siento haberte asustado —le digo cuando nos separamos.

—No pasa nada... —contesta distraída.

—La verdad es que no recuerdo nada... Estaba haciendo la cena, me corté, vi la sangre y...

—Y tu hija llamó a ese malnacido en vez de a su abuelo —interviene entonces mi padre.

—¿Cómo...? ¿Qué malnacido...? —pregunto, muy confundida.

Mi padre la mira de reojo, con cara de enfado, pero Cassey no se amedrenta, y enseguida le encara.

—¡Y el abuelo le pegó un puñetazo en la cara a pesar de que él corrió para ayudarnos y nos trajo hasta aquí!

—¡¿Y cómo querías que le recibiera?! ¡¿Haciéndole la ola?! —

—Paul, por favor... —intenta calmarle Jackie, aunque él levanta la mano, pidiéndole con ese gesto que no la interrumpa.

—¡Tú no te acuerdas de lo que os hizo, y parece que tu madre tampoco!

—Perdonadme que os interrumpa, pero, ¿me explica alguien qué está pasando aquí?

—¡Te lo dije! ¡Sabía que no era una buena idea! —vuelve a la carga mi padre, esta vez dirigiéndose a Jackie.

—Paul, por favor. Tranquilízate —le pide ella, acariciándole el brazo.

—No tienen memoria... No se acuerdan... No quieren acordarse de lo mucho que sufrimos... —susurra él, una y otra vez.

—¿Cassey? —la miro a ella, buscando las respuestas que no recibo.

—Estaba asustada y... —carraspea, mirándome de reojo— llamé a papá.

Ella hace una pausa, atenta a mi reacción. Reacción que intento disimular

todo lo que puedo. Las manos me tiemblan, así que las uno, apretando una contra la otra. Mi respiración también empieza a ser errática, y mi corazón empieza a latir a más velocidad de lo habitual.

—No sabía qué hacer, mamá. Estabas en el suelo, sangrando, y no reaccionabas... Sé que tenía que haber llamado a una ambulancia, pero él fue la primera persona en la que pensé. Y vino corriendo. Actuó súper rápido. Te cogió en brazos, te metió en su coche y condujo hasta aquí... Con él me sentí segura, al instante. Sé que fui egoísta, porque debería haber llamado a una ambulancia, pero, en realidad, yo le necesitaba más que tú. Lo siento, mamá.

Se ha formado un nudo enorme en mi garganta, y me cuesta incluso respirar. No estoy enfadada con Cassey por haber llamado a Chris, e incluso lo encuentro algo normal teniendo en cuenta la buena relación que tienen.

De hecho, el único pensamiento que ronda mi cabeza es algo tan superficial que incluso me da vergüenza: ¿cómo mierda iba vestida? No lo recuerdo, pero seguro que, conociéndome, llevaba lo más viejo y poco femenino que encontré en el armario. Un sudor frío empieza a recorrer mi espalda, y me estoy poniendo muy nerviosa. Tengo que reconocer que he pensado muchas veces cómo reaccionar si nos viéramos de nuevo, y nunca, en ninguna de las opciones, me imaginé despatarrada en el suelo, inconsciente.

—¿Estás muy enfadada conmigo? —me pregunta Cassey.

—No, cariño, no...

—En realidad, la culpa no es de ella —vuelve a intervenir mi padre, aún con gesto contrariado—. Es tuya, por acceder a que la volviera a ver.

—Lo que yo decida hacer es cosa mía, ¿no crees? Al fin y al cabo, es su padre. ¿A qué venía ese puñetazo...? —Él se mueve por la habitación, nervioso. Al rato, cuando no me contesta, insisto—: ¿Papá...?

—¿Cómo que a qué venía ese puñetazo? Si te parece, me arrodillo frente a él y le beso la mano en agradecimiento.

—Créeme abuelo, un simple gracias habría bastado —interviene Cassey—. No hacía falta partirle el labio.

—¿Gracias? ¡¿Gracias por qué?! ¡Ese hijo de puta no se merece ni que le dirijamos la palabra!

—¡Papá! —grito, llegándome a incorporar de forma brusca.

Una punzada de dolor recorre mi cabeza y, en un gesto inconsciente, me la agarro con ambas manos.

—¡Mamá...! —dice Cassey, preocupada.

—Estoy bien... No pasa nada... —resoplo.

Cuando me recupero, miro de nuevo a mi padre que, con gesto preocupado, parece que se calma y empieza a hablar.

—No me pude controlar, cariño. Simplemente, le vi ahí tan... con... ahí... ¡Joder! Se me vinieron a la cabeza todos esos malos recuerdos... Te perdimos por su culpa, Jill. Cuando te fuiste, no solo te alejaste de él, también de tu madre y de mí. Y te llevaste a nuestra nieta contigo. ¿Tú sabes lo que significó para nosotros no poder veros todos los días? Fue una pesadilla que él y solo él provocó. Así que perdonadme si no le di ni la mano ni las gracias. No le puedo estar agradecido por nada.

Agotada y muy agobiada, dejando escapar un largo suspiro, me hundo en el duro colchón de la cama.

—Paul, dejémosla descansar... Lo necesita... —dice Jackie, tirando del brazo de mi padre.

Él me mira frunciendo el ceño. Abre y cierra la boca unas cuantas veces, intentando decirme algo, aunque sin encontrar las palabras adecuadas. Así que le pongo las cosas fáciles y asiento con la cabeza. Sé que lo hace por mi bien y entiendo su postura.

—Cassey, cariño, ¿quieres venir a casa a dormir o...?

Jackie deja la frase a medias, esperando respuesta.

—No... Me quedaré por aquí... —contesta ella.



—Está bien... Hasta mañana, cariño. Descansa.

—Adiós. Y gracias.

Ella hace una mueca con la boca antes de salir por la puerta, tirando de mi padre. Cuando nos quedamos solas, Cassey se deja caer en la butaca situada al lado de la ventana y pierde la vista a través de ella. Encoge las piernas y, agarrándolo con ambas manos, empieza a escribir algo en su teléfono. La observo sin atreverme a decir nada, aunque queriéndole hacer decenas de preguntas. No quiero parecer frívola, pero me encantaría saber cómo iba vestida cuando me desmayé para poder ser consciente del ridículo que hice. Tampoco quiero parecer desesperada, pero me gustaría mucho saber qué expresión puso al verme, cómo me miraba o si le temblaban las manos. No me importaría saber si le dijo a Cassey algo acerca de mí, si verme le hizo recordar algún momento especial... Y cuando creo haber encontrado las palabras adecuadas, ella se pone los auriculares en las orejas y se abstrae en su mundo.



Me remuevo en la cama, incómoda. Realmente, desde que me obligué a cerrar los ojos, he sido incapaz de conciliar el sueño durante más de una hora seguida. Entonces escucho un sollozo, y giro la cabeza hacia la butaca, donde aún está sentada Cassey, escribiendo en su teléfono.

—Cariño, ¿estás bien? —le pregunto, susurrando.

Ella me mira y se seca las lágrimas con el dorso de la mano. Deja el teléfono a un lado y gira el cuerpo hacia mí. Encogida en la butaca, con la cabeza apoyada en el respaldo, niega con tristeza.

—Cariño...

—Pensaba que... —Sorbe por la nariz, antes de continuar—: Sé que te hizo mucho daño, y lo tengo muy presente. Sabes que nunca te he pedido que le perdones. Nunca te lo pediría. Pero una parte de mí, en el fondo, creía que sería posible que... os llevarais bien. Pensaba que, por ejemplo, en mi cumpleaños, podría estar con los dos a la vez... No hace falta que le perdones, solo que puedas estar en la misma habitación que él... Pero después de lo de hoy...

—¿Le...? ¿Le hizo mucho...?

—Le partió el labio... Sangraba bastante, pero no quiso que le atendiera ninguna enfermera. Prefirió huir. No le culpo.

—¿Y sabes cómo... está? —me arriesgo a preguntarle.

Seguro que ha hablado con él. Lo que ya no tengo tan seguro es que si yo quiero saber algo acerca de ello.

Cassey vuelve a levantar la vista para mirarme a los ojos.

—Dice que está bien, que no pasa nada. Le quita hierro al asunto —contesta después de pensarlo durante un rato.

—¿Y por qué no le crees? Puede que la herida fuera más escandalosa de lo que realmente fue...

—No es la herida del labio lo que me preocupa. Y seguro que a él no le duele nada comparado con...

—¿Comparado con...? —insisto cuando veo que ella no se atreve a continuar.

—Perderte. Esta vez, para siempre.

Lentamente y con cuidado, me incorporo en la cama, apretando el botón para incorporar el respaldo de la cama. Muevo la cabeza levemente, negando sin entender nada.

—Esta noche, vi algo en sus ojos. Cuando llegó a casa y te vio... —Aguanto la respiración ante la posibilidad de descubrir la respuesta a la gran pregunta que llevo haciéndome desde que desperté—. Cuando se arrodilló frente a ti, mientras te llevaba en brazos...

Se vuelve a quedar callada y esta vez, incluso gira la cabeza hacia la ventana.

—¿Qué viste? —le pregunto, colmada mi paciencia.

—Creo que una parte de él imaginó que nada había pasado. Te miraba con

tanto amor... Sus ojos brillaban, mamá. Te acunaba como si no quisiera soltarte jamás. —Me caen las primeras lágrimas. Por suerte, las luces están apagadas y Cassey no puede verme llorar—. Creo que hubiera dado dinero por traerte hasta aquí en sus brazos. Pero entonces, el puñetazo del abuelo fue como un golpe de realidad, como si se lo hubieras dado tú. Imaginó que su reacción podría ser perfectamente la tuya.

—Yo nunca... Yo no... —balbuceo, sollozando.

—¿Mamá...? —Escucho cómo Cassey se levanta, y sus pasos sobre el suelo de la habitación. Entonces enciende la pequeña luz fluorescente sobre la cama y ve mis lágrimas. Me observa durante un rato, apretando los labios con fuerza, y con los ojos muy abiertos, como si hubiera descubierto algo—. Esa misma mirada.

—Lo siento, cariño. Lo siento mucho. Yo no quería que esto fuera así... Yo no... Yo nunca le haría daño. Y que conste que sé pegar fuerte —río, contagiando a Cassey—, pero nunca querría hacerle daño. Bueno, hubo un tiempo en el que sí quería. De hecho, creo que mi cabeza me está diciendo: ¡que sufra, que sufra! Pero mi corazón no puede odiarle. Y mi cabeza me dice: ¡eres patéticaaaaaa! Pero mi corazón llora e intenta hacer oídos sordos...

—¿Mamá? —me corta.

—¿Qué? —contesto, secándome las lágrimas.

—Estás completamente loca.

—Creo que sí. De hecho, llevo un tiempo sintiendo toda esta... contradicción en mi cuerpo.

—¿Le quieres aún?

—Por supuesto que sí.

—¿Tanto como para... volver con él?

—No lo sé, cariño —confieso en voz alta, seguramente por primera vez, una duda que llevaba negándome a mí misma durante mucho tiempo—. No lo sé.

—Pues llámale —dice, tendiéndome su teléfono.

—¿Llamarle? —pregunto esbozando una sonrisa mientras las lágrimas vuelven a brotar de mis ojos, sintiendo los latidos de mi corazón en los oídos.

—Sí. Quizá, hablando con él soluciones tus dudas. Y si no es así, dile que no estás segura de nada. Confiésale tus miedos, tus inseguridades, tus sentimientos...

La miro durante un rato, sopesando sus palabras. Y entonces, movida por un impulso, en un arrebato de locura, le cojo el teléfono de las manos. Estoy muy nerviosa, y decenas de frases cruzan mi cabeza, valorando qué decir cuando conteste. Imagino decenas de situaciones diferentes que no me sirven de nada, porque cuatro tonos de llamada después, cuando escucho su voz, me quedo completamente en blanco.

—Cassey...

—Hola, Chris... No soy Cassey... —Es lo único que consigo articular, pasados unos segundos.

—Jill...

Cassey me toca la pierna y cuando la miro, sonrío abiertamente, señalándome la puerta para indicarme que sale de la habitación. Cuando la cierra a su espalda, agacho la vista hacia mi regazo. Escucho su respiración, luego el sonido de unos pasos y un largo suspiro. Yo me acurruco en la cama, apago el fluorescente y, tapándome con la sábana, me giro hacia la ventana. La habitación se queda en penumbra, iluminada levemente por la luz que proyecta la luna, mucho más cálida y reconfortante.

Por algún motivo que se me escapa, escuchar su respiración al otro lado de la línea me relaja, así que cierro los ojos y me dejo llevar.

Con cada exhalación, me siento más cerca de él. Su respiración me cuenta cosas. Me habla de la soledad que le rodea, de la tristeza que intenta disimular, de la pena de su corazón, de lo mucho que le reconforta saber que estoy al otro lado de la línea... O puede que sea lo que yo quiero que sienta, porque es un reflejo claro de lo que siento yo.

—Quiero decirte muchas cosas... pero creo que, de momento, me conformaré con este silencio... —me atrevo a susurrar finalmente, con la voz tomada por la emoción.

—Vale.

Y eso hacemos los dos. Permanecemos en silencio durante largo rato, con la única compañía de nuestras respiraciones. Tiempo después, escucho de nuevo sus pasos y cómo el barullo que se oía hace unos minutos, se va apagando poco a poco. Esporádicamente se oye alguna sirena, el sonido de una ráfaga de viento o las voces de gente con la que se debe ir cruzando. Luego, el ruido de una cerradura al girar y sus pasos amortiguados sobre un suelo de madera. De repente, mi imaginación vuela, y le veo en el que fue nuestro apartamento. Si cierro los ojos, aún puedo recrear en mi cabeza cada rincón, cada ruido e incluso el olor.

Entonces, escucho una nota de piano. Una sola resonando por la habitación. Y luego silencio de nuevo. Sin más.

Él sigue con el teléfono pegado a la oreja. Puedo sentirle, puedo escucharle tragar saliva y suspirar.

Segundos después, otra nota.

Y luego otra más.

Al rato, convencido de que no me voy a despegar del teléfono, escucho cómo lo deja a un lado y empieza a tocar una melodía. No se la había escuchado tocar nunca y aunque me encantaría oír su voz, la melodía es tan bonita, tan emotiva, que me cuenta muchas cosas sin necesidad de acompañarlas con la voz, haciéndome saltar las lágrimas.

Se me escapan unos sollozos que no soy capaz de retener, y entonces deja de tocar. La canción parece incompleta, así que escucho atentamente. Intuyo sus lágrimas, la respiración se le ha vuelto pesada y errática, y entonces la llamada se corta.



Escucho las ruedas del carrito de las enfermeras en el pasillo, y algunas voces a lo lejos. También siento el calor de la luz que empieza a entrar por la ventana, así que, aún sin abrir los ojos, me doy la vuelta en la cama.

He dormido relativamente bien. Las enfermeras entraron para ver cómo estaba poco después de que Chris cortara la llamada. Me encontraron llorando, pero no insistieron cuando les dije que estaba bien. Y es que, a pesar de mis lágrimas, me encontraba realmente bien. De algún modo, a pesar del silencio, me sentía acompañada. Era como si caminara a su lado, cogida de su mano, o como si estuviera sentada a su lado en la banqueta, frente al piano.

Entonces, al abrir los ojos, le veo a través de la pequeña ventana de la puerta. Me incorporo de golpe, ahogando un pequeño grito que alerta a Cassey, la cual dormitaba sentada en la butaca.

—¿Mamá, estás bien? —me pregunta, interponiéndose en mi campo de visión.

Cuando giro la cabeza hacia la puerta, él ya no está. Miro a Cassey y luego abro la boca para hablar, pero no me salen las palabras. Vuelvo a fijar la vista en la puerta, por la que aparece una enfermera con la bandeja del desayuno.

—Buenos días —nos saluda—. ¿Cómo te encuentras?

Coloca la bandeja sobre la mesa, que acerca hasta mi cama y me mira afable. Al final, asiento por compromiso, esbozando una sonrisa algo tétrica.

—Ha pasado buena noche —le informa Cassey.

—Eso es genial. Debería comer algo... En un rato pasará el médico a darle el alta, ¿de acuerdo? —dice la enfermera, dirigiéndose a Cassey.

Me mira fijamente justo antes de darse la vuelta para marcharse. Solo entonces, me atrevo a preguntarle:

—¿Había alguien en el pasillo?

Ella mira hacia la puerta, y luego de nuevo a mí, con expresión confusa.

—¿Cuándo? ¿Ahora? Un par de compañeras...

—No. Un hombre...

—Aún es pronto para las visitas —contesta, y luego abre la puerta y nos deja solas.

—¿Estás bien, mamá? ¿A quién has visto?

—A nadie... Estaría soñando.

Nos quedamos un rato quietas, ambas sumidas en nuestros pensamientos, hasta que ella aprieta el botón para incorporar mi cama. Ahueca el cojín, que coloca en mi espalda y luego acerca la butaca y se sienta en ella. Por el rabillo del ojo, mientras me llevo la tostada a la boca, la veo agarrarse las manos, nerviosa. Anoche, cuando entró en la habitación poco después de que se marcharan las enfermeras, me encontró llorando. Se acercó a mí, se agachó hasta que su cara quedó a la altura de la mía y me observó durante un rato. Le tendí su teléfono, la vi comprobar la duración de la llamada y entonces se dejó caer en la butaca. No me preguntó nada, seguramente porque no se atrevería a hacerlo. Estaba confusa, incapaz de interpretar mi reacción. Sabía que habíamos “conversado” durante largo rato, a tenor de la duración de la llamada, así que mis lágrimas podían significar muchas cosas. Demasiadas para una adolescente soñadora.

*La puerta de la cafetería se abre de golpe y Cassey entra como un vendaval. A pesar del calor que hace fuera en Florida en pleno mes de mayo, ella lleva un gorro de lana en la cabeza por el que asoman varios mechones de pelo de color rosa. Lanza la mochila contra uno de los sofás del fondo y, cuando se deja caer en él, apoya los brazos y la frente en la mesa. María me mira de reojo, levantando una ceja, mientras yo resoplo resignada.*

—A ver qué es esta vez... —suspiro, soltando el trapo y saliendo de detrás de la barra para acercarme.

—¿Cómo ha ido el día, cariño? —le pregunto, sentándome frente a ella.

*Me mira por encima de sus gafas de sol, levantando una ceja.*

—Fenomenal —contesta con ironía.

—¿Me lo cuentas y tratamos de solucionarlo?

*Sin abrir la boca, abre su mochila y saca de dentro un papel.*

*—Baile de padres e hijas... —leo cuando me lo tiende.*

*—Cariño... Ya lo sabes...*

*—Ya lo sé —me corta—. Y lo tengo asumido. Más o menos. Pero no me hace falta que las tres brujas de siempre escampen el rumor de que hemos alquilado un padre para ese día.*

*—¿Perdona?*

*—Molly me ha dicho que Suzanne le ha dicho que Summer va diciendo por ahí que has pagado a alguien para que finja ser mi padre esa noche y me lleve al puto baile de los cojones.*

*—Esa boca, Cass.*

*—¿En serio? ¿De todo lo que he dicho, lo que te indigna son las palabras puto y cojones?*

*A lo lejos, escucho la risa de María y la fulmino con la mirada de inmediato. Entonces vuelvo a centrarme en Cassey.*

*—¿Se lo has contado a tu profesora?*

*—Claro... Es lo primero que he hecho... ¿Pero tú estás loca, mamá? ¿Qué quieres que sea? ¿La chivata oficial de clase? Esas perras son populares, mamá. Mueven todo el cotarro, lo que ellas dicen va a misa, lo que hacen es lo más guay y lo que visten se convierte en la última moda.*

*—¿Y...? ¿Te tienes que dejar pisotear por ellas?*

*—Simplemente, no puedo ir a contracorriente.*

*—De acuerdo. Entonces, bajo mi punto de vista, tienes dos opciones: ir a ese puto baile de los cojones o no ir. —Me mira frunciendo el ceño. Le aguanto la mirada con una sonrisa dibujada en mi cara. Al rato, ambas estallamos en carcajadas—. Espera, que se me está ocurriendo una tercera opción... Alquilar a un tipo para hacerse pasar por tu padre esa noche. No, espera. Alquilar a*



*Keanu Reeves para hacerse pasar por tu padre y asistir a ese puto baile de los cojones.*

*Seguimos riendo durante un buen rato, hasta que nos calmamos. Entonces, ella apoya la espalda en el respaldo y mira al techo. Resopla de forma sonora, cruzando los brazos sobre el pecho.*

*—¿Sabes? Ahora ya me da igual que sea astronauta, bombero, espía de la KGB, o el presidente de los Estados Unidos. Me conformo con que sea jugador de baseball, de los Marlins si no es mucho pedir. O podría ser piloto de motociclismo. ¡No, no, no! ¡Mejor aún! ¡Actor! ¡O cantante! ¿Te imaginas? ¿Crees que puede ser que sea algo de eso...?*

*Me encojo de hombros y niego con la cabeza, incapaz de articular palabra. Tengo miedo de decir algo que la haga sospechar. Es la primera vez que, después de tantos años imaginando qué puede ser su padre, se acerca tanto a la verdad.*

*—Lo sé, lo sé... No tienes ni idea de qué ha hecho ese impresentable con su vida. Pero déjame que siga soñando, ¿no?*

Y así fue como, cuando toco acabó, la dejé soñar.

Durante años, hasta que un día, su sueño, se hizo realidad.



—Eso es, cariño...

—Papá, no soy inválida.

—Ten cuidado por dónde pisas...

—Te dije que no hacía falta que vinieras a buscarme. Podría haber cogido el metro.

—Ni hablar. Y menos, teniendo en cuenta que Cassey no podía acompañarte.

—Estoy bien y ella tenía clase —digo, pero él ya no me hace caso.

—Tengo la furgoneta allí. Quédate aquí sentada y voy a buscarla.

Le miro entornando los ojos, demostrando mi hastío, pero él no se da ni cuenta, y camina decidido hacia el parking. Me dejo caer en uno de los bancos de la entrada, resoplando. Meto las manos en los bolsillos de la sudadera que Cassey me trajo para que tuviera algo que ponerme más adecuando que el horrible pijama con el que llegué, cierro los ojos y dejo que el sol caliente mi cara.

Al rato, escucho un motor aproximarse y abro los ojos. No es él, pienso, justo antes de fijarme en alguien que me mira desde la acera opuesta. Está muy quieto, mirándome fijamente. Sin mover la cabeza, miro a un lado y a otro y compruebo que estoy sola, así que no hay duda de que me mira a mí. Va vestido con unas deportivas, un pantalón vaquero azul y una sudadera negra, con la capucha puesta sobre la cabeza, tapándole la cara. Me pongo en pie y doy un par de pasos hacia delante, quedándome al borde de la acera. Por arte de magia, todo se detiene a nuestro alrededor, incluso enmudece hasta el punto de que creo que puedo escuchar su respiración aun estando a una distancia considerable. Justo como anoche, cuando parecía tener su boca echándome el aliento en mi oído. Entonces, él saca una de sus manos del bolsillo del pantalón y levanta el brazo para saludarme. Sonriendo, con el corazón bombeándome a toda leche, imito su gesto.

Y justo entonces, la furgoneta de mi padre se detiene frente a mí, impidiéndome verle de nuevo. Mi padre se baja y corre para abrirme la puerta del copiloto. Me siento y mientras espero que él entre, miro a través de la ventanilla del conductor para intentar volver a verle, pero ya no hay nadie.

De nuevo, como esta mañana, me quedo con una sensación extraña en el cuerpo: la de no saber si mi mente me está jugando una mala pasada y, en realidad, todo ha sido producto de mi imaginación.

—¿Te encuentras bien, cariño?

—Sí... Solo necesito descansar...

## CAPÍTULO 27

### *Y así fue como, cuando todo acabó, echamos de menos reunirnos los cuatro*

Había gente que me envidiaba por la fama. Otros por el dinero. Algunos decían que mi vida era una jodida locura, en el buen sentido de la palabra. Algunos me envidiaban por la cantidad de mujeres que me rodeaban y me pretendían. Otros, por mi capacidad para hacer magia con una guitarra entre las manos o sentado frente a un piano, con un cuaderno y un lápiz reposando a mi lado. Las mujeres me querían por mi aspecto físico, los hombres me envidiaban por lo mismo. Muchos decían que yo lo tenía todo, cuando, en realidad, no tenía nada.

Entonces, hace unos meses, vi mi oportunidad de recuperar algo, de conseguir tener algo que realmente me importaba. Cassey fue un rayo de esperanza dentro de toda la oscuridad que me rodeaba. Y creí que ella sería mi salvación...

Hasta anoche.

Verla de nuevo, cogerla en brazos, abrazarla, poder oler su aroma, sentir su aliento tan cerca... Todo eso me hizo recordar aquello que tuve y dejé escapar. Estaba tan emocionado, tan... lleno de vida de repente... Pero entonces Paul me devolvió a la realidad de un solo golpe. Ese puñetazo obró milagros en mi jodida cabeza, abriéndome los ojos a la cruda realidad: la de que ella nunca jamás me perdonará. Puede que me haya dejado mantener relación con Cassey. Ahora me doy cuenta de que lo hizo porque no me lo podía prohibir, no porque aún sintiera algo por mí.

Si no la hubiera cogido, si no la hubiera sentido tan cerca, viviría aún en un estado de falsa esperanza. Creo que soy tan capullo que habría podido pasarme la vida entera esperando un acercamiento, pero ya no. Ahora sé que nos separa un mundo, un abismo que yo mismo creé.

Y ser plenamente consciente de ello me ha destrozado. Ya nada tiene sentido.

Nada merece la pena. No me apetece salir, no me apetece caminar, no me apetece comer... Tampoco beber ni consumir. Quiero, simplemente, quedarme quieto y apagarme lentamente.

Mi teléfono lleva sonando un buen rato, pero no tengo intención de cogerlo. Como tampoco hice hace una hora, ni esta mañana, cuando volvía del hospital, después de verla irse a casa con su padre.

—¿Chris?! ¡Soy Jimmy! ¡Sé que estás en casa porque te estoy llamando y oigo tu teléfono desde aquí! ¡Ábreme, por favor! ¡Vamos, no vengo a darte “la brasa”! ¡Por favor! ¡Me estoy meando...!

La llamada se corta y él se queda callado, seguro que intentando escuchar si estoy caminando hacia la puerta para abrirla.

Tampoco me apetece hacer eso...

—De acuerdo, lo admito —dice, en un tono mucho más bajo—. Vengo porque mamá y papá me obligaron a hacerte de niñera. Así que ábreme para que pueda cumplir mi palabra y que mamá no me mate.

Se vuelve a quedar callado, aunque esta vez no por mucho tiempo.

—Joder, macho... ¿Max? Hola. Soy yo. Estoy delante de la puerta del apartamento de Chris. Le estoy llamando y escucho el teléfono desde aquí fuera, pero no me abre. No sé... Sí, estoy preocupado... ¿Puedes venir?

Alguien normal se levantaría y abriría la puñetera puerta para así evitarles la preocupación a los demás. A alguien consciente de que lo ha perdido todo, como yo, simplemente le importa una mierda lo que suceda a su alrededor.

—Max sale del hospital y viene para aquí. —No sé si se lo dice a alguien más o me está informando de ello—. Estoy empezando a preocuparme, porque puede que te hayas caído y roto una pierna y no puedas caminar hacia la puerta. Aunque, en ese caso, supongo que intentarías hacérmelo saber gritando, ¿no? A no ser que estés afónico... ¿Puedes gruñir? Ahora estoy pensando que puede que esté haciendo el capullo y que no estés en casa y te hayas dejado el teléfono dentro...

Los ojos se me cierran y escucho retazos de su disertación. A ratos, su voz

me llega como distorsionada, otras con claridad. En ningún momento dejo de escucharla. Jimmy tiene esa capacidad, la de tener siempre algo que decir, algo que comentar, una anécdota que contar. Papá dice que el espíritu del otro Jimmy se coló en su pequeño cuerpo de bebé para hacerle de ese modo.

—¿Chris?! ¡Eh! ¡Somos nosotros! ¡¿Estás en casa?! ¡Joder, Chris!

Al momento, siento cómo me zarandean y me agarran de los hombros para incorporarme. Max me abraza por la espalda, y me mece entre sus brazos.

—Vamos, Chris, vamos. Yo sé que puedes... —me dice, con la voz tomada por la emoción.

—Oh, mierda... Debí echar la puerta abajo... —se lamenta Jimmy—. Está sangrando...

—No. Esta sangre está seca. No es reciente. Seguramente se haya peleado en un bar... —aclara Max, justo antes de darme unas suaves bofetadas en la mejilla—. Joder, Chris... ¡Eh, eh! Me cago en... Tienes que dejar de hacerte esto, o acabarás mal. No puedo estar sacándote de esta mierda cada vez que recaigas...

—¿Crees que... se ha... metido algo?

—Seguramente...

Pero entonces, me abre los ojos y enfoca una luz a mis pupilas. Los mantengo abiertos, mirándole, y al instante, con el ceño fruncido, se relaja. Se sienta en el suelo, aun sosteniéndome en brazos.

—¿Qué pasa, Max? —le pregunta Jimmy, aun visiblemente nervioso.

—Nada. Parece que nada. ¿Qué ha pasado, Chris? ¿Cómo te has hecho eso en el labio? —No le contesto, pero no se rinde—. Jimmy, acércame mi mochila. No tienes pinta de bebido ni tampoco drogado, pero alguien te ha marcado la cara. ¿Nos lo explicas?

Siguiendo las instrucciones de Max, Jimmy se coloca a mi espalda y me sostiene mientras él saca unas gasas y antisépticos para curarme la herida del labio. Le observo mientras se acerca a mí y, quedándose a escasos centímetros de mi cara, con la gasa en la mano, alza la vista hasta mis ojos y, cuando se

encuentran, me sonrío.

—Te han dado bien, ¿eh? Quién lo haya hecho, se ha esmerado a tope. Pero no te preocupes, estás en buenas manos.

Me guiña el ojo y se vuelve a centrar en la tarea. Cuando gira la cabeza para buscar más gasas limpias, veo su implante. De pequeño llevaba el pelo algo más largo para tapárselo. Ahora ya no. Ya no le da vergüenza que se le vea, y todos, él el primero, nos hemos acostumbrado a verlo.

—Eso es... —dice, cogiéndome del mentón para mirar el resultado de su trabajo, satisfecho—. Y ahora, ¿nos sentamos en algún sitio más cómodo...? Venga.

Me tiende la mano y, ayudado por Jimmy, me levantan. Arrastro los pies hasta el sofá, en el que me dejo caer, estirándome y tapando mis ojos con un brazo.

—Me parece que esta situación necesita una quedada Taylor... Llama a Lexy, y que traiga pizza y cervezas sin alcohol.

—¿Sin alcohol? —pregunta Jimmy, con tono contrariado.

—Sí, Jim, sí.

—Papá nos va a desheredar... —susurra, mientras le escucho alejarse y empezar a hablar con Lexy.



Cerca de una hora después, Lexy llama a la puerta y entra con un par de pizzas familiares y una caja de cervezas.

—Mmmm... Pizza... Hola, hermanita —la saluda Jimmy, quitándole las cajas de las manos y poniéndolas sobre la mesa de delante de la tele.

—Gracias —dice entonces Max, quitándole las cervezas.

—¿En serio me habéis llamado porque queríais que compartiera este momento con vosotros o solo me usáis de mera porteadora?

No recibe respuesta por su parte, aunque tampoco la espera. Max y Jimmy tienen un máster en sacarla de quicio, y ella, una vez que fue consciente de ello, aprendió a vivir con ello.

Se acerca hasta mí y se agacha hasta que su cara queda frente a la mía.

—Eh... Hola... —me saluda, acariciando mi mejilla y dándome un beso en la frente—. He traído pizza de pepperoni, tu favorita. ¿Me haces un hueco en el sofá, a tu lado? Los enanos pueden comer en el suelo.

Me incorporo un poco, hasta quedarme sentado, pero, en cuanto ella se sienta, me vuelvo a estirar y apoyo la cabeza en su regazo. Max y Jimmy la miran, y ella, suspirando, hunde los dedos en mi pelo y me acaricia la cabeza.

—¿Nos cuentas qué ha pasado? Chris, somos nosotros... Míranos...

Como un autómatas, le hago caso y les miro uno a uno. Todos me miran intentando sonreír, aunque puedo ver la preocupación en sus ojos. Me siento y encojo las piernas, apoyando la espalda en el respaldo del sofá y mirando el techo.

—La he perdido —resoplo.

—¿A quién? —pregunta Jimmy.

—¿A Cassey? —pregunta a su vez Max.

Niego con la cabeza, antes de contestar:

—A Jill.

Los tres se quedan callados. Se miran, confundidos, hasta que es Lexy la que se atreve a intervenir.

—A lo mejor estoy un poco perdida, pero, ¿cuándo la habías recuperado?

—Nunca... Pero... —Dejo ir un largo suspiro, justo antes de continuar—: hoy he sido plenamente consciente de ello.

—Te ha costado un poco, ¿no? —me pregunta Jimmy, acercándose un

botellín de cerveza—. No te lo tomes a mal, pero a esa conclusión llegamos todos cuando huyó por esa puerta con Cassey, y de eso hace ya diecisiete años.

—A veces, lo más difícil de olvidar a alguien es conseguir que se vaya del todo, aunque ya se haya ido —comenta Max con tono despreocupado. Cuando descubre que todos le miramos, se apresura a aclarar—: Lo leí una vez en un libro de psicología.

—¿Lees libros de psicología? —le pregunta Jimmy.

—Leo mucho. De todo.

Doy un largo sorbo, justo antes de continuar hablando.

—Era consciente de haberla perdido, pero creía que la estaba recuperando, como a Cassey. Ya sé que no habíamos tenido contacto, pero... creía que estaba en el buen camino.

—¿Y qué te ha hecho... darte cuenta de lo contrario? —me pregunta Lexy, usando un tono de voz cariñoso, como si hablara con alguno de sus hijos.

—Espera, espera... No me digas que eso te lo ha hecho ella —interviene Max, señalando mi labio partido.

—No.

—Joder... —resopla, aliviado—. Ya pensaba que te habías plantado frente a ella a...

—Me lo ha hecho su padre —les informo de sopetón, dejándoles de piedra de nuevo.

—Joder... Esto se pone interesante —dice Lexy, cogiendo su segundo trozo de pizza y llevandoselo a la boca. Cuando ve que todos la miramos mientras engulle, se queda quieta—: ¿Qué pasa? Cuando estoy inquieta, como. ¿Tenéis algo que decir?

Los tres levantamos las palmas de las manos, mostrándole rendición, aunque mirándonos de forma cómplice.



Entonces les cuento todo lo sucedido anoche, desde la llamada de Cassey, pasando por lo que sentí al volverla a tener tan cerca, al sostenerla en brazos, hasta llegar al puñetazo de su padre.

—Me pidió que me largara de allí, y cuando intenté acercarme para darle la mano, me asestó un puñetazo que me tiró al suelo. Sin darme tiempo a reaccionar, me empezó a gritar, y fue como si todas y cada una de sus palabras se me clavaran en el corazón. Eran como puñales... Gritándome que me largara de allí, preguntándome si sabía el daño que le había hecho a Jill y a ellos... De repente fui plenamente consciente de todo. Es curioso, porque siempre he sabido que lo que hice fue horroroso y, de hecho, llevo diecisiete años pagándolo, pero hasta anoche no supe realmente que ella nunca me perdonaría. Y la sensación de vacío que siento ahora aquí... —digo, agarrándome la sudadera a la altura del pecho—, es abrumadora...

—Pero tienes que ser valiente y mirar hacia delante —empieza a decir Lexy—. Has empezado a dar un giro a tu vida y, aunque ella no esté presente a partir de ahora, en parte ha sido gracias a ella. Tienes que seguir hacia delante. Lo estás haciendo genial y...

—No tengo fuerzas para seguir —la corto.

—¿Qué? ¿Después de todo el esfuerzo? —me pregunta Max, con gesto contrariado—. Después de todo el sufrimiento, ¿tiras la toalla?

—Max, no puedo más...

—No entiendo... —interviene Jimmy—. ¿Qué quieres decir? Max, ¿qué quiere decir? ¿Lexy...?

Los tres nos miramos, asustados, hasta que Jimmy, cansado de que nadie le haga caso, se pone en pie y, desesperado, grita:

—¡Os estoy hablando, joder! ¡Hacedme caso! ¡¿Qué quiere decir con que te rindes?! ¡¿Pretendes tirar a la basura todo lo que has hecho y empezar a drogarte de nuevo?! ¡Y lo más importante de todo: ¿te piensas que te vamos a dejar?! ¡Pues estás muy equivocado! ¡Que lo sepas! ¡Me niego! ¡Y haré todo lo necesario! ¡Me chivaré a mamá y papá de esta conversación si hace falta! —Se mueve de un lado a otro, caminando frente a nosotros, bajo nuestra atenta mirada, tirándose del pelo, hasta que vuelve a la carga—. ¡¿Insinúas que te

rindes y que prefieres palmarla por culpa de una sobredosis antes que vivir sin Jill?! ¡Pues estás muy equivocado! ¡¿Quién es Jill para controlarte de esa manera?!

—Ella lo es todo... —susurro, asustado.

—¡Pues habértelo pensado mejor antes de joderla! ¡Ahora, si realmente no puedes hacer nada, échale cojones y afronta la realidad! ¡No quiero perderte! ¡No lo voy a permitir! ¡No quiero perderos a ninguno de los tres! ¡¿Os enteráis?!

Con lágrimas en los ojos, se queda quieto, agachando la cabeza, derrotado. Entonces me pongo en pie y le abrazo con fuerza. Segundos después, se me unen Lexy y Max y permanecemos así durante largo rato.

—Mamá estaría tan orgullosa de nosotros si nos viera ahora... —comenta Max, haciéndonos reír a todos, relajando el ambiente al momento—. Separémonos ya. Tengo mis dudas de que no haya puesto cámaras para espiar a Chris.

—Capaz es.



—El mercado es muy amplio, Chris. Te lo digo yo —asegura Jimmy, asintiendo orgulloso—. Podríamos salir una noche los dos...

—Me parece que no me apetece... estar en el mercado.

—¿Y te pasarás al celibato, o qué? —pregunta Max—. ¿Cuánto tiempo puede aguantar un ser humano adulto sin sexo? No mucho, ¿no? Un par de meses a lo sumo, ¿no?

—Lo creáis o no, par de salidos, no todo es sexo en esta vida. Puedes canalizar tu energía con el yoga. Podrías venir conmigo.

—¿Practicas yoga? ¿Tú? —pregunta Jimmy, extrañado.

—Sí. A ver, so listo, ¿por qué te extraña tanto?

—Por nada... Supongo que canalizas energía, no la mala leche. —Lexy le da

un golpe en el brazo—. ¿Lo ves? Chris, en serio, es más efectivo venirte de fiesta conmigo.

—O podrías meterte en una ONG e irte a ayudar a gente que lo necesita realmente. Cuando pasas un tiempo fuera, aprendes a ver las cosas desde otra perspectiva. —Con toda la tranquilidad del mundo, Max obra su magia. Sin levantar la voz de forma excesiva, sin darse importancia, consigue atraer la atención de todos—. De repente, tus problemas parecen nimiedades. Acordaos de lo preocupado que estaba yo siempre por ocultar el implante. Siempre avergonzado de que alguien pudiera ver un signo de debilidad en mí por culpa de eso... En Malí me di cuenta de lo fuerte que era, de lo importante que podía llegar a ser para esa gente por el simple hecho de estar allí, acompañándoles. Y entonces te das cuentas de que no tener el último modelo de móvil no es tan importante como tener una cabra que te dé leche y carne, o que ascender a toda costa en la empresa donde trabajas no es tan importante como sobrevivir al saqueo de una milicia terrorista...

Max levanta la vista y nos descubre a todos mirándole con la boca abierta. Otra vez. Al rato, yo empiezo a sonreír con orgullo, asintiendo con la cabeza.

—Todo es cuestión de perspectiva, supongo —concluye, agachando la cabeza de nuevo, con algo de timidez.

—Tengo que... seguir con mi recuperación hasta que esté... limpio del todo. No sé aun cuando seré capaz de no volver a caer. Mientras, me tomaré las cosas con calma. No quiero estar con nadie, ni enrollarme con nadie ni... nada de eso.

—Dios le da pan a quién no tiene dientes... —suspira Jimmy—. Hay que joderse...

—Pues te voy a decir una cosa, Chris... Ella no sabe lo que tiene. Alguien capaz de plantearse... renunciar a todo al no tenerla... No sé... Me parece precioso. Pocas mujeres pueden decir que alguien les quiere tanto.

—Ya ves tú de qué me sirve...

—Nunca se sabe. El puñetazo te lo dio su padre, no ella.



—Estáis pirados... —susurra Lexy.

—Calla. Es perfecto —dice Jimmy, abriendo la puerta—. Además, no están en casa.

—Me habéis hecho salir a la calle, con el tiempo de perros que hace, solo para volver a estar los cuatro juntos en casa de papá y mamá. A quién se lo cuenta, no se lo creerá.

—Vamos... ¿Cuánto hace que no estábamos los cuatro juntos aquí? —pregunta Max.

—Os recuerdo que yo estuve viviendo aquí hace unas semanas y durante ese tiempo, Livy se empeñó en que cenáramos juntos casi cada noche... —intervengo, levantando un dedo.

—¿Ah, pero que te acuerdas de eso? —me pregunta Max, dándome una colleja—. Me refiero a los cuatro juntos en plenitud de facultades, como en los viejos tiempos.

En cuanto escuchamos el sonido de la puerta al cerrarse, todos nos sumimos en un sentido silencio. No es nada incómodo, y todos y cada uno de nosotros dedicamos ese momento a soñar con ese tiempo que seguro fue mejor para todos, cuando nada nos preocupaba porque estábamos bajo el cobijo de nuestros padres. Plantados cada uno en una parte del salón, nos miramos, sonriendo, de repente convencidos de la brillante idea que ha sido venir.

—¡Chicos! ¡A cenar! —grita Livy desde la cocina.

*Dejo la guitarra sobre la cama y salgo al pasillo. Allí me encuentro a Max, que me mira de reojo, antes de gritar:*

*—¡El primero que llegue se queda con el trozo de tarta de chocolate que queda!*

*Ambos corremos por las escaleras, en mi caso más por competir que por el postre en sí, que sé que acabaré dándole, aunque gane yo.*

*—Os he dicho mil veces que no bajéis las escaleras corriendo —nos riñe Livy cuando llegamos abajo—. Que luego Jimmy os quiere imitar y pasa lo que*

*pasa.*

*—Compréndelo, mamá, hay chocolate en juego. Y he ganado yo —le aclara Max.*

*—¿Te refieres al trozo de tarta que quedaba en el frigorífico? Pues tarde. Me lo he comido yo para merendar —interviene Lexy.*

*—¡Pero serás foca! ¡Era mío!*

*—¡Porque tú lo digas! ¡Y deja de llamarme foca, enano!*

*—¡Pues deja tú de comerte mis postres y de llamarme enano!*

*—¡Uno, no era tuyo! ¡Y dos, es un hecho contrastable que eres muy bajito para tu edad!*

*—¡Mamá...! ¡Dile que pare!*

*—¡Parad los dos! —interviene ella, con gestos evidentes de agotamiento.*

*—Uy, qué buen ambiente se respira por aquí, ¿verdad, Jimmy? —dice mi padre, sentando a Jimmy en su silla, al lado de la de él.*

*—¿Es sarcasmo? —le pregunta Jimmy en voz baja, confundido—. Porque no me apetece mucho sentarme con ellos.*

*—Sí, es sarcasmo, Jimmy —le aclara mi padre, reprimiendo la carcajada.*

*—¿Y bien? ¿Qué tal el colegio hoy? ¿Y el instituto? —pregunta Livy.*

*Jimmy se apresura a contestar.*

*—Yo he pintado con las manos —contesta, muy ilusionado.*

*—Y el jersey que llevabas puesto te ha quedado precioso, ¿verdad, Livy? —interviene mi padre, mientras ella asiente resignada—. Estamos ansiosos por ver el resultado en papel.*

*—¿Y al resto? —Max se encoje de hombros a modo de respuesta, centrado en su plato.*

—Bien —contesta de forma escueta.

—Como siempre —digo yo.

—¿Sabéis qué? Que a mí tampoco me apetece sentarme con vosotros a cenar —dice Livy, levantándose de golpe de la mesa, llevándose su plato y el vaso.

Todos la seguimos con la mirada hasta el jardín, sorprendidos por su reacción. Luego miramos a mi padre, el cual nos mira con una ceja levantada.

—¿Estáis contentos? —nos pregunta, mientras todos le miramos sin entender nada—. Estos momentos que pasamos juntos los seis, son irrepetibles. Vosotros no los valoráis, pero algún día, los echaréis de menos. Echaréis la vista atrás y os arrepentiréis de haber pasado las noches peleándoos y de contestar a vuestra madre con monosílabos. Ella está deseando sentarse cada noche con vosotros y escucharos hablar y veros reír. Algún día, no podréis disfrutar de esto cada noche, y lo echaréis de menos.

Dicho esto, se levanta y, cogiendo su plato y el vaso, se aleja hacia el jardín, sentándose al lado de Livy. Los cuatro nos quedamos callados, muy serios y compungidos, pensando en lo sucedido. Poco a poco, uno a uno, levantamos la cabeza y nos miramos. Lexy le coge la mano a Max, este me mira de reojo sonriendo, y yo miro a Jimmy y le guiño un ojo. Entonces nos vamos levantando y, como ya hicieron mi padre y Livy, salimos al jardín.

—Lo sentimos —dice Lexy.

—¿Podemos sentarnos con vosotros? —pregunta Max.

—Hoy he hecho un examen de literatura. Era acerca del libro “Cumbres borrascosas”. ¿Te acuerdas, que lo comentábamos mientras lo leía? —empiezo a decir yo.

—Pues yo me acabo de manchar el pijama —interviene Jimmy—. No se me da muy bien caminar con el plato de sopa lleno hasta arriba.

Todos estallamos en carcajadas y, sentados en el suelo, disfrutamos de una cena al estilo Taylor, llena de risa, anécdotas y bromas.

Y así fue cómo cuando todo acabó, echamos de menos reunirnos los cuatro.

—Hace mucho —contesto la pregunta de Max—. Demasiado. ¿Sabéis lo que tendríamos que hacer? Hacernos una foto y enviársela a ellos. Les encantará vernos aquí juntos, de nuevo.

—Le gustará tanto que la próxima vez que vengamos, la veremos enmarcada y colgada en esa pared —asegura Lexy, acercándose a las fotos.

Los tres la seguimos y durante un buen rato, observamos los marcos llenos de caras sonrientes, de muecas y de abrazos. Max que, a pesar de lo que aseguraba Lexy acerca de su altura cuando éramos pequeños, es algo más alto que yo, me pasa un brazo por encima de los hombros, y me mira durante un rato, antes de volver a centrar su atención en las fotos.

—Papá tenía razón —interviene entonces Jimmy—. Echo muchísimo de menos esas cenas.

—Incluso aquellas en las que nos peleábamos por el postre —añade Max.

—O esas en las que os metáis conmigo —dice Lexy, que enseguida recibe el beso de Max en la mejilla y mi abrazo por la espalda.

—Tal vez, podríamos repetir de vez en cuando... —susurro, con la vista fija en una fotografía. En ella, se nos ve a Jill y a mí muy jóvenes, poco después de conocernos. A su espalda, yo la abrazo, rodeado su torso con mi brazo mientras ella no mira a cámara, sino que me mira embelesada.

De repente, el mismo sentimiento de pena vuelve a aplastarme el corazón. El mismo sentimiento de pérdida y soledad. Y realmente sé que no estoy solo, que les tengo a todos ellos, que tengo a Cassey... Pero me falta Jill y sin ella, nunca seré feliz del todo.

## CAPÍTULO 28

*Y así fue como, cuando todo acabó, nos limitamos a sobrevivir*

Mientras espero a que la tostadora escupa las rebanadas de pan de molde y que la cafetera empiece a sacar mi tan ansiado café, miro a través de la ventana de la cocina. Anoche empezó a llover y, desde entonces, no ha parado. Las gotas resbalan por el cristal, dibujando formas hipnóticas. Lentamente, acerco la mano hasta sentir el frío en mi palma.

Enseguida, las tostadas salen disparadas, así que las cojo y las pongo en un plato, que llevo a la mesa. También el café está listo, y lo vierto en dos tazas. Y todo ello, por algún motivo que no he descubierto aún, lo hago de forma lenta y pausada, como si mi cuerpo hubiera decidido tomarse las cosas con calma y, simplemente, dejarse llevar.

“God knows what is hiding  
In this world of little consequence  
Behind the tears, inside the lies  
A thousand slowly dying sunsets  
God knows what is hiding  
In those weak and drunken hearts  
Guess the loneliness came knocking  
No one needs to be alone, no singing...”

Escucho la voz de Cassey a lo lejos, procedente de su habitación, cantando con una voz dulce y melódica. Dice que su padre le estuvo enseñando, que como él no se atreve aún a cantar, se limita a tocar y es ella la que pone voz a sus notas. La verdad es que se le da bastante bien.

Aparece en la cocina, vestida con sus inseparables botas militares, unos leggins negros, una camiseta de tirantes y una camisa de cuadros encima. Cuando descubre que la estoy escuchando cantar, atentamente, se calla de golpe y me sonrío con timidez.

—Buenos días, mamá —me saluda, acercándose para darme un abrazo.



—Buenos días, cielo. ¿Quieres una tostada?

—Vale —contesta sonriendo, justo antes de sentarse a la mesa.

—Hace un día horroroso. ¿No crees que pasarás un poco de frío así vestida?

—Por eso he cogido el gorro de lana —contesta, llevándose la taza humeante de café a los labios.

—Ah, es un consuelo —digo con ironía, a la que ella es totalmente inmune.

—¿Qué planes tienes para hoy?

—Aún no lo sé... El tiempo tampoco es que acompañe mucho...

—Recuerda los consejos del médico. Nada de heroicidades, y mantente alejada como unos cien metros de todo objeto afilado. Así que nada de limpiar, ni cocinar, ni poner lavadoras... Simplemente, tómate un tiempo para ti misma. Podrías ir a hacerte la manicura, o una limpieza de cutis, o a la peluquería, o a darte un masaje...

—Sí... Ya veré... —Le doy largas ya que, en realidad, no me apetece hacer nada—. ¿Y qué planes tienes tú?

—Pues hoy tengo el día completo. Después del instituto voy a casa de Mike, que le prometí que le ayudaría con los apuntes de química, así que, como no me dará tiempo de pasar por casa a buscar la ropa para ensayar, me iré desde allí directa a la clase de baile.

—¿Hoy no vas a ir a ver a tu padre...? —le pregunto, intentando hacerlo de la forma más casual posible.

—Esta semana no. Esta semana es solo para ti —contesta sonriendo—. Bueno, menos hoy. Tenemos el ensayo para las pruebas que te comenté para la obra esa... ¿Te acuerdas? Esa que se va a estrenar en un pequeño teatro cerca de Broadway. Es una obra pequeña, pero dicen que puede ser una gran plataforma de lanzamiento y que nos vea algún productor importante.

—Lo harás genial, seguro —digo—. Pero, si no sale bien, recuerda...

—Lo sé, lo sé. Pies en el suelo y cabeza alta.

—Suena a que volverás tarde. ¿Quieres que te vaya a buscar cuando salgas del ensayo?

—No hace falta. Mike se quedará a verlo y luego me acompañará a casa.

—Así que Mike, ¿eh? Es la primera vez que oigo hablar de él y, sin embargo, le has nombrado dos veces en los cinco minutos que llevamos hablando...

—Mamá, no imagines cosas que no son.

—Dame más detalles. ¿Qué hace ese tal Mike con su vida?

Cassey me mira con las cejas levantadas, dispuesta a no soltar prenda, pero es una chica lista, y sabe que tiene todas las de perder.

—No sé qué quieres que te cuente. Es un chico de clase...

—Al que se le da mal la química, según parece, y al cual sus padres le dejan salir hasta tarde para acompañar a las chicas a sus casas. Todo un galán.

—No tiene padre. Bueno, sí lo tiene, pero es un cabrón que se tiró a su madre y luego, “si te he visto no me acuerdo”. Vive con su madre y el nuevo marido de su madre, que se ve que sí mola bastante. Al menos, eso parece. Le está enseñando artes marciales, y eso le ha ayudado a quitarse de encima a algunos capullos que le acosaban en el instituto.

—Bien por Mike.

—Es solo un amigo.

—Si tú lo dices...

—Mamá, búscate un hobby, en serio —dice, apurando su café antes de coger la mochila del instituto y la bolsa del baile y colgarse ambas de los hombros—. Te quiero.

—Y yo a ti, cariño.

—Te llamaré para asegurarme de que no has cogido ningún cuchillo.

—Descuida.

Cuando la puerta se cierra a su espalda, todo el apartamento se queda sumido en un silencio sepulcral, solo roto por el sonido de las gotas de la lluvia golpeando los cristales de las ventanas.



Me despierto sobresalta por culpa de un trueno que hace retumbar las paredes del edificio. Descolocada, miro alrededor. El televisor está apagado, así como las luces, y juraría que no apagué nada de eso cuando me acurruqué en el sofá. Cojo el mando a distancia y pulso algunos botones, sin éxito. Luego me levanto y me acerco al interruptor de la luz. Nada. Se debe haber ido la luz por culpa de la tormenta. Me acerco a la ventana y me asomo para comprobar que tampoco hay luz en los pisos de los edificios de alrededor.

Y entonces, al otro lado de la acera, veo a un tipo que me mira fijamente. Aguanto la respiración, aunque no estoy asustada. Abro la ventana y saco un poco la cabeza, mojándome el pelo. Parpadeo varias veces por culpa de la lluvia, que golpea mi cara. Entonces, una furgoneta de reparto se detiene en mitad de nuestro campo de visión. Contrariada, empiezo a gritarle que se aparte. Cuando lo hace, no debido a mis gritos, sino a que la circulación ha avanzado, él ya no está. Saco medio cuerpo a través de la ventana, mirando a un lado y a otro de la calle, buscándole, pero ha desaparecido.

O quizá nunca haya estado allí. Quizá haya sido producto de mi imaginación, como las otras veces que he creído verle. Puede que incluso imaginara esa llamada telefónica. Ya no estoy segura de nada en la vida. Miento, sí estoy segura de una cosa: que, aun siendo un producto de mi imaginación consigue alterarme.

Llevo años luchando contra su recuerdo, desde que tomé la difícil decisión de marcharme, desde que me rompió el corazón. ¿Cómo entonces ha conseguido que un corazón roto lata a tanta velocidad tan solo intuyéndole cerca?



Una hora más tarde, ataviada con un viejo chubasquero y un paraguas, estoy

en la calle. He decidido que, puesta a no hacer nada en casa, lo hago en la calle. Al menos, conseguiré despejar la mente.

El viento empieza a soplar con fuerza, haciendo de mi paseo una experiencia bastante molesta, y doblando las varillas de mi paraguas. Viendo su lamentable estado, decido deshacerme de él y lo tiro en el primer contenedor de basura que encuentro.

En lugar de dar media vuelta y volver a casa, mis pies siguen caminando sin rumbo. O al menos eso es lo que mi cabeza trata de hacerme creer, porque mi corazón tiene otros planes bien distintos. Sí sigo un rumbo prefijado, aunque no quiero darme cuenta hasta que me planto frente al edificio.

—¿Qué narices hago aquí? —me pregunto a mí misma.

Levanto la vista hacia la fachada, chasqueando la lengua, contrariada.

—¿Qué se supone que tengo que hacer ahora? ¿Llamar a su timbre y qué? Hola. Me preguntaba si has estado espíandome en el hospital y en mi casa... Y si me dice que sí, ¿qué hago? ¿Y si me dice que no? Casi que quedo aún peor...

Empiezo a alejarme del portal, negando con la cabeza. Las gotas de lluvia golpean con violencia la capucha de mi chubasquero. Parecen pequeños clavos, martilleándome la cabeza sin descanso.

—¿En serio no quieres saber si ha ido a verte?

Escucho la pregunta en mi cabeza. Me detengo y vuelvo a chasquear la lengua.

—¿Acaso eso cambiaría las cosas? —replico, esta vez en voz alta.

Giro la cabeza al darme cuenta de que estoy pasando junto al callejón y, sin poder evitarlo, levanto la vista hacia la escalera de incendios. Se me corta la respiración al verle ahí de pie, con la guitarra en la mano. De nuevo, como la vez anterior, permanece inmóvil, como si estuviera haciendo otro intento.

—Como yo —susurro recordando las palabras de Ron, dándome cuenta de que yo también he vuelto al mismo sitio.

Él se empeña en salir, en vencer su miedo a estar ahí fuera sin mí. Yo me empeño en venir y comprobar si soy capaz de contarle todo lo que necesito que sepa. Necesito que me escuche contarle lo mucho que lloré por su culpa. Necesito que sepa lo sola y perdida que me hizo sentir. Quiero hacerle ver que nunca en la vida le perdonaré que permitiera que su hija creciera sin padre. Todo eso que la otra noche fui incapaz de contarle por teléfono.

Entonces, la guitarra se le escurre de la mano y cae sobre el suelo metálico de la escalera. Ni siquiera hace el intento de recogerla. Se mantiene impertérrito, con los brazos caídos a ambos lados del cuerpo y la cabeza agachada.

—¿Por qué haces eso? ¿Por qué parece sufrir tanto como yo? —Mis primeros pasos son dubitativos, pero, conforme me adentro en el callejón, voy ganando en decisión—. No tienes derecho a ello... Fuiste tú el que provocó todo esto...

Cuando llego al pie de la escalera, levanto la cabeza para situarme. Las gotas de lluvia pican en mi rostro, y me veo obligado a cerrar un ojo para poder ver de dónde tengo que agarrarme para hacer bajar el último tramo de escaleras. Después de un par de intentos, consigo hacerla bajar y empiezo a subir. Mientras lo hago, no paro de repetirme que estoy loca, de preguntarme qué se supone que le diré cuando le tenga delante o qué reacción espero por su parte.

Conforme subo el último tramo de escaleras, el que me lleva al tercer piso, mi garganta y mis ojos sufren efectos opuestos. Mientras que mi garganta se seca, dificultándome incluso respirar, mis ojos empiezan a llenarse de lágrimas contenidas que me impiden ver con nitidez. Y la cosa no mejora una vez arriba cuando, con el pecho subiendo y bajando sin descanso, intentando recuperar el aliento, le tengo a escasos centímetros por primera vez en años. Al menos, consciente.

Tengo serias dudas de que se haya dado cuenta de mi presencia. Sigue con la cabeza agachada y los brazos inertes a ambos lados del cuerpo. De su boca sale vaho, producto del frío. Al menos, de esta manera, sé que respira.

—¿Se puede saber qué haces?! —grito, totalmente fuera de control.

Chris no demuestra ninguna reacción, hecho que no sé si me cabrea más que me preocupa.

—¡Mírame al menos cuando te hablo! —grito de nuevo, dándole un empujón que le hace retroceder un par de pasos.

A pesar del ruido de la lluvia y del incesante ritmo de la ciudad, puedo escuchar su respiración con nitidez. Justo como la otra noche, demostrándome que no lo soñé, que, durante un buen rato, estuvimos juntos, y que tocó una preciosa canción solo para mí.

—¿No me quieres mirar?! ¡Pues perfecto, pero me vas a escuchar! —grito con el dedo en alto—. ¡Te odio! ¡Te odio, Chris Taylor! ¡Me hiciste muchísimo daño y nunca en la vida te podré perdonar por ello! ¡Quiero...! ¡Quiero...! ¡Quiero que sepas que me rompiste el corazón! ¡Lo eras todo para mí, todo! ¡Y te lo cargaste! ¡Me hiciste huir! ¡Me hiciste alejarme de todos porque no podía soportar estar un segundo más a tu lado sabiendo en lo que te estabas convirtiendo!

Vuelvo a empujarle y golpeo sus hombros con los puños cerrados. La capucha del chubasquero se ha caído hacia atrás y ahora siento las gotas golpear sobre mi pelo y mi rostro, pero no me importa.

—¡Me obligué a olvidarte! ¡Y casi lo consigo! —Intento peinarme el pelo mojado hacia atrás, pero resulta casi inútil—. ¡Y ahora vuelves y...! ¡¿Qué se supone que tengo que hacer?!

Le vuelvo a empujar, y su espalda choca con fuerza contra la fachada de ladrillos del edificio. A pesar de que sigue sin mirarme, puedo ver cómo se humedece los labios y, al abrir la boca de nuevo, una gran bocanada de vaho vuelve a salir de su boca. Es entonces cuando, al bajar la vista por su cuerpo, me doy cuenta de lo delgado que está. La nuez en el cuello se le marca muchísimo, así como los huesos de los hombros. Lleva una camiseta blanca con las mangas de color azul oscuro arremangadas a la altura de los codos que, al estar mojada por la lluvia, se le ciñe completamente al torso, y a través de la cual se le marcan las costillas. Entonces sigo los dibujos de los tatuajes de sus antebrazos, y me fijo en las cicatrices de ambas muñecas. Sabía de ellas, conocía su historia, pero verlas tan de cerca me impresiona. Frunzo el ceño, preocupada, mientras el cabreo se me va esfumando poco a poco. Doy un par de pasos hacia él y le agarro de las manos para mirar sus muñecas más de cerca. Es cierto que los tatuajes disimulan un poco las cicatrices, pero no creo que pretendiera ocultarlas del todo, ya que, así de cerca, se pueden ver perfectamente. Es como si, de

alguna manera, no quisiera olvidar que eso sucedió, ni quizá tampoco el motivo por el que lo hizo. Acaricio con mis pulgares su piel arrugada, lentamente, con cuidado, y entonces siento sus ojos clavados en mí. Por primera vez en el rato que llevo aquí, reacciona de algún modo. Así que poco a poco, sin soltarle las manos, levanto la vista hasta que nuestros ojos se encuentran. A pesar de las ojeras, de los ojos hundidos, de los pómulos marcados, de su barba descuidada, del labio hinchado, el azul de sus ojos sigue dejándome sin aliento. Unos ojos que se bastan ellos solos para contarme lo arrepentido que está, lo mucho que ha sufrido, lo solo que se encuentra y los consciente que es de que lo nuestro se ha acabado.

Y entonces, sin saber por qué, suelto sus muñecas y acerco mis manos a su cara. Trazo con los pulgares la línea de su mandíbula y el contorno de sus ojos. Lentamente, acerco mi boca a su labio partido y lo beso con delicadeza. Luego, simplemente, poso mis labios sobre los de él. Los siento fríos, casi sin vida, cortados por el frío, aunque su aliento, que se cuele en mi boca, es caliente. Le beso con los ojos cerrados, de repente sacudida por cientos de recuerdos de los miles de besos que nos dimos durante los años que estuvimos juntos, desde ese primero en la enfermería del instituto hasta el último, el día antes de marcharme. Un jadeo se escapa de su boca y entonces abro los ojos y le miro sin separarme de él un solo centímetro. Permanece con los ojos fuertemente cerrados, con una expresión de profundo dolor dibujada en todo su rostro.

—Chris... —susurro, separándome un poco para mirarle, y solo entonces soy consciente—. ¿Te has rendido?

Le suelto, dando otro paso hacia atrás, ampliando la distancia entre ambos. Golpeo su guitarra con el talón, y entonces me detengo. Él, aún sin abrir los ojos, vuelve a agachar la vista hacia el suelo.

—Te has rendido —repito.

Y entonces, muerta de la vergüenza, desolada, y con el corazón roto de nuevo, empiezo a bajar las escaleras lo más rápido que puedo, a riesgo de resbalar y abrirme la cabeza. Una vez en el callejón, sigo corriendo sin mirar atrás. Solo cuando giro la esquina me freno un poco y me permito el lujo de mirar y descubrirle plantado en el mismo sitio que le he dejado, inmóvil.



Cierro la puerta de casa a mi espalda y me apoyo en ella. Todo está oscuro, así que Cassey no ha llegado aún a casa. Me dejo resbalar hasta quedarme en cuclillas, jadeando mientras las lágrimas caen por mis mejillas, sin consuelo.

Esta noche he sido plenamente consciente de que le amo tanto como le odio. He vuelto a experimentar esa extraña sensación contradictoria al darme cuenta de que, sin él, es probable que viva sin vivir realmente.

*Camino por el pasillo del instituto, acompañada por Janice. Aprieto la carpeta contra mi pecho con fuerza, como si la usara de escudo.*

—¿Has hablado con él?

—Claro que no.

—Tara me dijo que le había visto en el parque, paseando al perro. ¿En serio que no te llamó para decirte que volvía?

*La miro de reojo, con las cejas levantadas, mientras abro mi taquilla.*

—¿En serio crees que, después de creer que le había dejado por otro, me avisaría si volviese?

—Era una posibilidad... Lo nuestro fue... como... ¡boom! —dice, moviendo las manos como si le hubiera explotado una bomba entre ellas.

—Precisamente por eso, no estoy preparada para verle aún...

—¿Y por qué crees que ha vuelto? Su padre era algo así como el guardaespaldas del presidente, ¿no? Parece un buen curro.

—Su padre está colado por la que era su jefa. Y ella por él. Se separaron porque la hija de Livy no soportaba a Aaron.

—¿Y ahora ya le soporta?

—Sí... ¿Quién en su sano juicio no soportaría a ese hombre? Recapacité. Así que, salvado ese escollo, ni el mismísimo presidente del país le pudo retener en Washington.



—Oh, mierda.

—¿Qué te pasa?

—¿Te acuerdas cuando me has dicho que no estabas preparada aún? —  
Asiento con la cabeza, frunciendo el ceño—. ¿Lo estás ahora?

—¿Qué? No... Claro que no...

—Ajá. Interesante.

Janice ríe de forma exagerada, posando su mano en mi antebrazo.

—¿Te encuentras bien, Janice?

—¡Hola, Chris! ¡¿Qué tal por Washington?! ¡¿Bien?! ¡Uy, qué tarde es ya!  
¡Me voy!

Con los ojos abiertos como platos, me quedo inmóvil. Siento un sudor frío recorrerme la espalda, pero enseguida tengo que recomponerme, porque él se me planta delante.

—Adiós, Janice —dice sin dejar de mirarme.

Yo sí la miro, y la veo haciéndome señas exageradas mientras se muerde el labio inferior de forma lasciva y luego simula que se da el lote con alguien. Todo muy maduro.

—Hola... —me saluda.

—¡Hola! —le contesto, quizá de forma demasiado efusiva—. ¡Así que has vuelto!

—Eso parece... —contesta.

Le miro nervioso, forzando una sonrisa. Quizá forzándola demasiado, pero no me esperaba que, después de cómo acabamos o, mejor dicho, de cómo le dejé y lo mucho que le dolió, se acercara a mí y se comportara tan normal.

—¡¿Qué tal por Washington?! —Me veo forzada a preguntarle para llenar el silencio entre nosotros.

—Bien. Escucha... —Mierda, mierda, mierda... No tengo el cuerpo para aguantar confesiones ni declaraciones de amor... Necesito hacerme a la idea de que ha vuelto y ordenar mis sentimientos. No estoy preparada para...—. Esa es mi taquilla.

Señala con el dedo en la que estoy apoyada, así que, después de unos segundos de confusión, roja como un tomate, me enderezo y me aparto.

—¡Ah! ¡Perdona! ¡Qué tonta...! ¡Lo siento!

Escupo las palabras sin pensarlas mientras veo cómo él pone la combinación que le han escrito en un papel, abre la puerta y entonces dejo de ver su cara. Saca un libro, el portafolio y un bolígrafo de la mochila y la guarda dentro. Y entonces, cuando estoy a punto de dar media vuelta e irme de forma sigilosa, se queda quieto, agarrando la puerta de la taquilla y deja escapar un largo suspiro.

—¿Sabes qué? —me pregunta, cerrando la taquilla y quedándose a escasos centímetros de mí—. Te he mentado. Lo de Washington estuvo bien hasta que me dejaste. A partir de ese momento, se convirtió en un puto martirio. Y pensaba que volver a Nueva York, y a este mismo instituto, volver a compartir pasillos, recreos y clases, cambiaría las cosas. Pero me equivocaba. Me acabo de dar cuenta que, por más que me lo proponga, por más que lo intente, soy incapaz de vivir sin ti. No se puede llamar vida a lo que hago cuando tú no estás a mi lado. Es como... Contigo vivo, sin ti sobrevivo.

Me quedo con la boca abierta, sin aliento. Ha descrito a la perfección lo que yo he sentido durante este tiempo que hemos estado separados. Cuando se marchó, lloraba cada noche. No tenerle cerca me mataba. Por eso decidí cortar con él. Le dije que había conocido a otro, pero le mentí. Entonces empezó el verdadero infierno. Me di cuenta del error que había cometido, porque todos los días se convirtieron en una carrera de obstáculos para sobrevivir a su ausencia. Dejé de reír, dejé de comer, dejé de ilusionarme por las cosas, dejé de escuchar música, dejé de leer... En definitiva, dejé de vivir.

La carpeta se escurre de entre mis brazos y cae al suelo, y el ruido que hace me devuelve a la realidad. Me mira expectante, esperando que diga algo. Al rato, cansado de esperar, se agacha, recoge mi carpeta, me la tiende y, cuando la cojo, se da media vuelta y se pierde por el pasillo.

Así fue como descubrí que había sufrido tanto como yo. Así me confesó que vivir separados era una tortura para ambos.

Así fue como, cuando todo acabó, nos limitamos a sobrevivir.

Justo lo que tengo que acostumbrarme a hacer a partir de ahora, que sé que se ha rendido. Ahora que me he dado cuenta de que no está dispuesto a luchar por mí... Justo ahora que yo estaba decidida a volver con él...



—¿Cómo te ha ido el día? —me pregunta Cassey.

—Bien. ¿Y el tuyo?

—¡Genial! Creo que tengo muchas posibilidades de que me cojan para la obra que te comenté. El director quiere gente joven y me dijo el otro día que me movía bien... Puede que necesite algunas clases de canto. Se las pediré a papá. ¿Te parece bien? Es muy importante para mí. Es lo que quiero hacer con mi vida y... Sé que no tengo que hacerme muchas ilusiones, y que, aunque me cojan ahora, puede que no pase nada más y...

Habla sin parar, más de lo habitual, desde varios días. Exactamente desde que me encontró estirada en mi cama aquella noche, hecha un mar de lágrimas. Aunque me preguntó, nunca le conté qué había pasado. No hizo falta, porque poco después descubrió que su padre estaba igual de triste que yo, y no le llevó nada de tiempo atar cabos.

—¿Mamá...?

—¿Mmmm...? Dime.

Cassey abre la boca con intención de preguntarme algo de lo cual se arrepiente enseguida y la vuelve a cerrar. Y así, hasta en un par de ocasiones

—Mamá, ¿te apetece que hagamos algo por tu cumpleaños? —me pregunta Cassey.

—No.

—Me refiero a hacer algo las dos juntas... Ya sabes. Podríamos irnos a un spa, o a la peluquería. Luego ir de compras... ¿Qué me dices?

Me encojo de hombros, sonriendo, intentando parecer emocionada.

—Si quieres podemos hacer algo cuando llegue de trabajar.

—¿En serio vas a ir a trabajar? ¿Por qué no te tomas el día libre?

—No quiero hacer nada especial —contesto, encogiéndome de hombros—. Sabes que odio las fiestas de cumpleaños.

—Sé que las odias desde que papa y tú lo dejasteis.

—Puede.

—Pero podemos hacer que te vuelvan a gustar.

—Lo dudo.

Cassey resopla, dándose por vencida.

—Está bien. Como quieras. ¿Cena y cine cuando vuelvas de trabajar?

—Hecho.

## CAPÍTULO 29

### *Y así fue como, cuando todo acabó, dejé de hacer música*

El sonido del teléfono móvil me despierta. Es la tercera vez que suena y quien sea, no parecen rendirse, así que imagino que deben ser Livy o mi padre. Salgo de la cama y, arrastrando los pies, bostezando y rascándome la nuca, llego hasta el recibidor, donde lo dejé, dentro del bolsillo de mi chaqueta. Antes de contestar, leo el nombre de mi padre en la pantalla.

—Supongo que es tu llamada rutinaria para saber si estoy vivo. Te lo confirmo, lo estoy. Hasta luego, papá.

—¡Chris, espera!

—Dime —resoplo.

—¿Quieres ir a correr? ¿O a nadar?

—Papá, por si aún no lo has notado, mi forma física dista mucho de ser la óptima. Y, sinceramente, me apetece bien poco echar el hígado por la boca a propósito...

—De acuerdo... Pues Livy dice que te vengas a comer. Hará pastel de carne...

—Papá...

—O si te apetece otra cosa...

—Papá.

—Dice que, si lo prefieres, podemos salir a comer al nuevo italiano que han abierto en el barrio...

—¡Papá! —le corto, viéndome obligado a gritar para hacerle callar. Cuando lo consigo, añado—: Ya sé que no os fiais de mí, que teméis que cometa una

locura, y que por eso me queréis tener controlado.

—No es eso...

—Sí lo es. A todas horas, papá. A todas horas. Y necesito estar solo. Lo necesito. Sé que no os he dado motivos para confiar en mí, pero no puedo más...

—Solo queremos que estés bien... —susurra—. No queremos perderte, Chris.

—Lo sé, y lo entiendo... Pero os pido que confiéis en mí. Aunque sea una última vez.

—De acuerdo —resopla—. Prométeme que me llamarás si me necesitas.

—Lo prometo.

—De acuerdo... —Escucho de fondo la voz de Livy, hablándole—. No, Liv, no necesita comida. ¿Verdad, Chris?

—Aún tengo el congelador lleno —contesto, sonriendo con cariño.

—Está bien. Te quiero, Chris.

—Y yo.

Cuelgo y camino de vuelta al dormitorio para volverme a echar en la cama, cuando suena el timbre de la puerta.

—Joder... —resoplo, hundiendo los hombros, justo antes de dar media vuelta y dirigirme hacia el recibidor.

Sin molestarme a preguntar, porque imagino que serán Max, Lexy o Jimmy, cumpliendo órdenes de Livy y mi padre, abro la puerta y me apoyo en ella.

—Hola —me saluda Cassey, entrando en mi apartamento sin esperar a que le dé permiso.

—¿Tú también?

—Yo también, ¿qué?

—¿Quién te envía?

—Nadie.

—¿Pretendes hacerme creer que estás aquí simplemente porque quieres?

—¡Sí! —contesta, arqueando las cejas, entre confundida y sorprendida—. ¿Acaso te piensas que vengo obligada? ¿Todas las veces que he venido antes?

Me encojo de hombros y muevo la cabeza. Abro la boca para intentar hablar, pero la cierro poco después, cuando me doy cuenta de que no tengo nada bueno que decir. Frunce el ceño y luego agacha la cabeza.

—No me lo puedo creer... —susurra, con la voz tomada por la emoción—. No...

—Escucha...

Extiendo un brazo e intento tocarla, pero ella se aparta rápidamente, levantando las palmas de las manos. Hace el ademán de darse la vuelta, y entonces consigo agarrarla por el codo.

—Espera, Cassey... Lo siento, ¿vale? Escucha... Todo esto... Mira, a veces me parece como si os turnarais para cuidarme, como si cumplierais a rajatabla con un plan de visitas...

—Yo solo quiero estar contigo... —dice con un hilo de voz, sollozando—. Necesito que confíes en mí, papá. Necesito que creas que quiero estar contigo, y que lo hago porque quiero, no porque alguien me lo diga.

Entonces, la atraigo hasta mí y la estrecho entre mis brazos.

—Lo siento. Lo siento. Lo siento —repito una y otra vez—. Es solo que...

Al rato, desentierro su cara de mi camiseta y seco sus lágrimas con mis pulgares. Luego, aun agarrándola, camino hacia el interior de mi apartamento, cerrando la puerta a nuestra espalda. Nos quedamos de pie al lado de la puerta durante lo que parecen siglos, simplemente abrazados, consolándonos mutuamente.

Cuando nos separamos, deambulo por el salón hasta llegar a la ventana que da a la escalera de incendios. Apoyando la cabeza en el brazo, y este en la pared, sopeso mi respuesta.

—Simplemente, estoy... deshecho. Sí, creo que esa es la palabra...

—¿Deshecho...?

—Me siento exhausto. Me siento apático, triste, desinflado... Es como si... nada me importara ya.

—Pero... Yo pensaba que... Bueno... Yo... pensaba que estabas mejor. Creía que yo... había... no sé... mejorado un poco las cosas para ti.

—Por supuesto, Cassey. Tú has dado sentido a mi vida. Sin ti, no habría salido del pozo —digo, dándome la vuelta para mirarla.

Doy un par de pasos hacia ella, pero retrocede, rehuendo incluso mi mirada, asustada. Así pues, cambio la dirección hacia la banqueta y me dejo caer en ella, dándole la espalda al piano. Apoyo los codos en las rodillas, agarrándome la cabeza, justo antes de continuar.

—Es... complicado... —susurro.

—Mamá... Ella... está como ausente desde hace unos días... También parece... deshecha. —Me mira de reojo, expectante por mi reacción. Resoplo y me rasco el pelo de la nuca—. ¿Tiene algo que ver ella en el cambio en tu estado de ánimo? ¿Y tú en el de ella?

—Ella... vino a verme.

Ahoga un grito, mirándome con los ojos muy abiertos.

—¿Qué? No... me dijo nada...

—Ella... se plantó delante de mí. Ahí fuera. —Señalo con el dedo hacia la escalera de incendios—. Yo estaba...

—Intentándolo de nuevo —dice, antes que yo lo haga.



—Sí... Ella... me gritó, me pegó... Descargó toda su ira contra mí. Luego me vio. Quiero decir, se dio cuenta de mi... patético estado... y entonces... supongo que le di pena. Y me besó. Como si se sintiera culpable e intentara expiar su culpa. Así que, simplemente, me quedé inmóvil. No le devolví el beso... y sabe Dios que no hay nada que quiera más en este mundo que besarla de nuevo. Pero no de esa manera. No así. No por pena.

—No te creo... No... puedo creer que no hicieras nada... No puedo creer que pienses que te besó por pena... —Me mira con expresión triste, con las lágrimas asomando en sus ojos—. No puedo creer que tuviera el valor para hacerte frente, para besarte, y tú, simplemente, no hicieras nada.

La observo mientras se mueve nerviosa por la habitación. Dicho así, sin tapujos, sin rodeos, sí parece que me comporté como un cobarde, pero necesito que entienda mis motivos. Necesito que entienda que yo quiero que me quiera, no que sienta pena por mí. Quiero que me bese con toda su alma. Acepto que acompañe su beso con un toque de reproche, de venganza e incluso de odio, pero no quiero darle pena. Ni una pizca.

Entonces, se frena en seco y deja de dar vueltas. Me mira fijamente. Abre la boca varias veces y la cierra acto seguido. La miro expectante, y tengo que decir que con algo de miedo.

—Ahora mismo —empieza a decir, señalándome con un dedo—. Me arrepiento de haberte conocido, ¿sabes?

Me pongo en pie e intento cogerla para abrazarla. Como antes, retrocede para evitarme, mostrándome las palmas de las manos.

—No... no quiero estar aquí... No... —balbucea de nuevo, girando sobre sí misma, como si estuviera desorientada e intentara encontrar la puerta.

—Cassey... Lo siento... Yo...

—¿Tú qué? ¿Te lo digo yo? Eres un cobarde, papá. Y dices que no quieres darle pena, pero en realidad no haces otra cosa que intentar parecer un mártir... Que todos piensen “pobre, lo que está sufriendo...” y no tienes ni puta idea de lo que es sufrir comparado con mamá.

—¡Cassey, espera! —le pido cuando la veo abrir la puerta. Consigo que se

detenga unos segundos, que aprovecho para suplicarle—: Perdóname, por favor...

—Yo no me acordaba de ti y, gracias a mamá, no te eché nada de menos. Yo fui feliz. No es a mí a quien tienes que pedir perdón.

El sonido de la puerta al cerrarse retumba en mis oídos durante lo que se antojan siglos. De hecho, creo que sigo escuchándolo horas después cuando, tumbado en la cama, soy incapaz de conciliar el sueño.



Arrastro los pies hasta la cocina para prepararme un café cargado y así intentar que la cafeína me levante un poco el ánimo. Desde que Cassey dio ese portazo esta mañana, me he sumido en un letargo extraño. Un letargo que me ha tenido como adormilado, aunque no he sido capaz de conciliar el sueño. He deambulado por el apartamento como un zombi, sin saber qué hacer, y sin ganas de nada.

Mientras espero a que la máquina escupa mi preciado líquido marrón, apoyándome en la pared, me fijo en el calendario colgado en la pared frente a mí. Me lo regaló Cassey, y se encargó de anotar todas las fechas que ella creía relevantes. Su criterio resultó ser muy dispar, así que tengo marcadas fechas como el aniversario de no sé qué victoria de los Marlins, solo para hacerme rabiar, o la fecha del estreno de la obra en la que va a participar.

Hoy, hay otro evento importante marcado. El día está enmarcado dentro de un corazón rojo. Me acerco lentamente, al tiempo que escucho cómo la cafetera empieza a expulsar mi café. Giro la cabeza y compruebo que cae dentro de la taza y, como pretendo tomármelo muy cargado, sigo caminando hasta quedarme a un palmo del calendario. Apoyo las palmas de las manos a ambos lados, respirando profundamente, leyendo esas palabras una y otra vez.

—Cumpleaños de Jill... Cumpleaños de Jill... —repito sin parar.

Chasqueo la lengua y, decidido, apago la cafetera y corro hacia el dormitorio. Me pongo el primer pantalón vaquero que encuentro, una camiseta de manga larga y una sudadera negra con capucha. Me calzo las zapatillas de deporte y salgo corriendo hacia la puerta. Al pasar por el salón, me fijo en mi guitarra, que

reposa sobre su pedestal, en su sitio privilegiado. Producto de un arrebató repentino, sin pensar demasiado por qué, la cojo y me la cuelgo a la espalda.

Una vez en la calle, corro sin descanso, esquivando peatones, cruzando calles sin mirar, e incluso saltando por encima del capó de un taxi. Recibo reproches, bocinazos e incluso insultos, y, aun así, no se me borra la sonrisa de la cara. Cualquiera diría que, hasta hace unos minutos, deambulaba por mi apartamento como un alma en pena. Ahora sonrío porque tengo un propósito. Ahora sonrío porque sé lo que quiero. Ahora sonrío porque quiero estar con ella.

Cuando llego a su calle, aminoro un poco la zancada para poder fijarme en los números de los bloques de apartamentos, hasta que me planto frente al suyo. Me acabo de dar cuenta de que mi plan tiene un pequeño fallo: no sé el piso en el que viven. La anterior vez que vine, Cassey me abrió la puerta de abajo y corrí como un loco hasta que encontré una puerta abierta. Esta vez, estoy solo ante el peligro. Así que aquí estoy, parado frente a la fachada, agarrando la correa de mi guitarra con ambas manos mientras miro hacia arriba, intentando recuperar el aliento a marchas forzadas y, quizá, recibir alguna señal divina que me ayude con mi problema. Cuando bajo la vista, con un leve atisbo de derrota en el ánimo, me doy cuenta de que estoy parado frente al escaparate de la peluquería que ocupa la planta baja del bloque, y que las clientas y peluqueras no me pierden de vista. Las miro a todas, una a una, y entonces se me ocurre una idea.

—Hola... —las saludo en cuanto entro, levantando una mano.

—Hola —contestan unas.

—¿Qué tal...? —dicen otras.

—¿Vienes a deleitarnos con una serenata? —pregunta una de las peluqueras.

—Puede que otro día —contesto, justo antes de añadir—: Antes necesito un favor. ¿Conocen a la gente que vive en el bloque?

—A algunos... —responde una de las peluqueras.

—Una mujer y su hija...

La peluquera asiente, con los brazos cruzados sobre el pecho. Me mira de forma altiva, levantando el mentón, dándome a entender que sí las conoce y que

no me va a poner las cosas fáciles.

—Las conozco —me confirma.

—Genial. Genial. Necesito saber en qué piso viven...

Me mira levantando las cejas.

—¿Y por qué debería decírtelo?

—Porque... necesito verlas.

—Si no sabes donde viven, quizá sea porque no te lo han querido decir... Y si no te lo han querido decir, por algo será, ¿no? ¿Por qué debería decírtelo yo?

—Soy de fiar. Lo juro. He venido antes, pero no me fijé... Cassey me dijo donde vivía, pero no el piso...

—Cassey es muy joven para ti —asevera, frunciendo el ceño.

—¿Qué? ¡No! ¡O sea...! ¡No! ¡Yo no...! ¡Ella y yo, no...! —Les muestro las palmas de las manos, intentando demostrar mi inocencia—. Lo juro. Su madre y yo fuimos... tuvimos algo hace un tiempo. De hecho... Cassey es... mi hija.

—Espera, espera... ¿Tú eres...? No puede ser... ¿Tú...? —balbucea la otra peluquera, más joven y probablemente, debido a su evidente parecido, hija de la otra.

La miro con las cejas levantadas, expectante. No sé lo que Cassey le ha podido contar de mí, o hasta dónde, mejor dicho. Aunque también puede ser que me haya reconocido.

—¿Qué sabes, Tallulah? —le pregunta su madre.

—¿Eres...?

—No sé hasta qué punto sabes quién soy... Estoy algo... perdido —digo.

—Eres realmente su padre. Eres Chris Taylor.

Me encojo de hombros y abro los brazos. Hago una mueca con la boca

mientras las observo a todas.

—¿Ese Chris Taylor? —pregunta una de las clientas, poniéndose en pie con la permanente a medio hacer, acercándose a mí.

Al instante, me veo rodeado por todas ellas, teléfono móvil en mano, queriéndose hacer una foto conmigo. Accedo a todas sus peticiones, intentando esbozar la mejor de mis sonrisas, hasta que Tallulah viene en mi rescate.

—Apartaos todas. Apartaos —dice, empujándolas hasta conseguir plantarse frente a mí—. Habla.

Confundido, niego con la cabeza.

—Yo le hago las mechas a Cassey. Muy a menudo. Tengo la versión de la historia actualizada. Diría que muy actualizada. Hasta el punto de que, ahora mismo, no sé qué pretendes presentándote aquí... Ni Jill ni Cassey quieren saber nada de ti.

—Lo sé, pero... Me comporté como un capullo, de nuevo, y necesito enmendar mi error.

—¿De qué manera? —me pregunta cruzándose de brazos, en una pose muy similar a la de antes de su madre.

—Necesito decirle que la quiero, que siempre la he querido, y que siempre la querré. Quiero demostrarle que tenía razón, que me había rendido... hasta que la vi de nuevo.

Su expresión se empieza a suavizar, aunque sigue mostrándose algo altiva.

—Hoy es el cumpleaños de Jill —prosigo—. Odia su cumpleaños por mi culpa, por culpa de mis... ausencias. Quiero estar aquí para ella hoy. Así que, aunque no quiera verme, quiero que sepa que estoy aquí.

Me mira durante unos segundos más, parpadeando. Finalmente, deja ir los brazos, que caen inertes a ambos lados de su cuerpo.

—Tercer piso, segunda puerta.

—Gracias. Gracias, de verdad —empiezo a decir mientras me alejo.

—¡Vamos! ¡Corre! —Escucho que dice una de las clientas.

—¡Qué bonito es el amor! —dice otra.

—A mí ya no me pasan estas cosas. Si un mozo como ese llamara a mi puerta, dejaría a Alfred sin dudarlo.

—Si un tío como ese llama a tu puerta, será porque se ha equivocado de piso.

El ruido de sus risas aún se escucha en la calle cuando, con un dedo tembloroso, llamo al interfono. Tardan un rato en responder, así que aprovecho para hacerme un pequeño guion en la cabeza.

—¿Diga?

—Eh... —Vale, a la mierda el guion. Me he quedado en blanco—. ¿Jill...?

—Sí. ¿Quién es?

—Soy... yo. Chris.

—¿Qué haces aquí?

—Ábreme, por favor.

—Vete.

Vuelvo a llamar de forma insistente, aunque esta vez nadie contesta. Así que me decido por hacer servir una táctica algo rastrea: llamo a otro piso, concretamente a uno del segundo piso, y pruebo a ver si me abren.

—¿Diga? —responden, con claro acento extranjero.

—Hola. ¿Me puede abrir, por favor?

—¿Quién ser?

—Necesito ir al tercer piso...

—¿Es hombre que trae cartas?

—No. Necesito ir al tercer piso...

—¿Trae carta para segundo piso?

—No, yo... Necesito...

—Estoy esperando carta urgente de mi tía...

—Sí, le traigo una carta.

—¡Ah, bravo! ¡Le abro!

Tiro de la puerta en cuanto escucho que se abre y empiezo a subir los escalones de tres en tres. Al llegar al rellano del segundo piso, veo a la debe de ser la señora con la que he hablado, esperándome. La esquivo y sigo corriendo, disculpándome con la mirada.

—Lo siento...

—Carta es para segundo. Por ahí va a tercero. Segundo aquí.

—No traigo ninguna carta. Lo siento.

—¡Usted miente! —grita, mientras yo empiezo a subir el último tramo de escaleras.

—¡Lo siento!

—¡Sucio americano mentiroso y rastrero! —Escucho, justo antes del ruido de la puerta al cerrarse.

Al llegar al tercer piso, me planto en la segunda puerta y, aun jadeando, pico al timbre de forma insistente. No recibo respuesta, así que insisto pulsándolo varias veces seguidas.

—¡Por favor, Jill...! —Grito, golpeando la puerta con las palmas de las manos—. ¡Necesito hablar contigo! ¡Quiero decirte tantas cosas...! ¡Déjame entrar, por favor! ¡Jill! ¡Escucha, perdóname, ¿vale?! ¡Te lo tuve que decir el otro día, pero, me bloqueé, ¿vale?! ¡No es que no quisiera, es que no pude! ¡No

te esperaba, ¿sabes?! ¡Me pillaste desprevenido! ¡Jill, por favor!

Dejo de golpear la madera para intentar escuchar lo que sucede al otro lado, pero no escucho nada. Entonces, decido usar otra táctica, e intentar ayudarme de la otra persona que vive aquí y que puede que me eche un cable. O no, si tenemos en cuenta lo de esta mañana, pero estoy desesperado, y voy a agotar todas mis opciones.

—¡Cassey! ¡Eh, Cassey! ¡Escúchame! ¡Ábreme para que pueda hablar con tu madre! ¡Por favor! ¡Cassey! ¡Tú sabes lo que siento por ella! ¡Lo sabes! ¡Cassey, te necesito!

Golpeo la puerta con la frente y los ojos cerrados.

—Por favor... —suplico cada vez con menos fuerza.

—No metas a Cassey. Esto es algo entre tú y yo. Te permití conocerla, cuando sabes bien que no te lo merecías, pero no voy a permitir que la utilices entre tú y yo.

—¡Jill! —Me aprieto contra la madera, como si intentara traspasarla—. Jill, no te vayas. Está bien. No meteré a Cassey en esto. Lo prometo. Pero no te vayas.

La escucho suspirar al otro lado de la puerta y me remuevo en el sitio, ansioso. Me gustaría obligarla a quedarse, impedir que se dé la vuelta, y no poder hacerlo, estando al otro lado, no tener ese control, me pone muy nervioso.

—Por favor... —susurro de nuevo.

Entonces, veo su ojo a través de la mirilla de la puerta y me vuelvo a abalanzar contra ella.

—Hola, hola... —repito una y otra vez, acariciando la madera como si la estuviera acariciando a ella, incluso pasando los dedos por encima de la mirilla—. Estás ahí... ¿Me abres la puerta? Por favor...

La mirilla se cierra, y eso me hace enloquecer.

—¡Jill! ¡Jill, por favor...! ¡Por favor...! Por favor... —repito mientras me



voy apagando lentamente.

Me dejo caer de rodillas sobre el felpudo, con las manos y la frente apoyadas en la puerta, como si estuviera rezando.

—No me marcharé... Esta vez, no te dejaré... No me marcharé... No te dejaré sola... —me descubro repitiendo, como un mantra.

Entonces, me siento en el suelo, apoyando la espalda en la barandilla de la escalera, sin perder de vista la puerta, con la guitarra al lado. Resoplo con fuerza, agotado, pero no tengo otro sitio mejor en el que estar, y tampoco parece que me vaya a dar la oportunidad de explicarme cara a cara, así que, me resigno y empiezo a hablar:

—Mi vida era un sinsentido, una sucesión de mentiras, desde el mismo instante en que me dejé arrastrar por la fama y el dinero. Tú eras lo único que me mantenía cuerdo, pero fui un... gilipollas. No te culpo. Entiendo que me dejaras, y también que huyeras lejos de mí. Como me dijo tu padre, fue por mi culpa... —Chasqueo la lengua, intentando encontrar las palabras adecuadas que expresen todo lo que siento—. Mi vida no es la música, Jill. Muchos me han dicho que antepuse la música a mi familia. Y eso no es verdad. Mi vida eres tú. Tú eres la protagonista de todas mis canciones, Jill. Sin ti, no tengo música...

*Apoyando la frente en el piano, dejo que mis dedos pulsen las teclas de forma aleatoria.*

—Necesitamos un bombazo, una joya que nos lleve al número uno de nuevo —dice Jeff, nuestro representante.

*Camina nervioso a un lado y otro del estudio, rascándose la nuca. El resto de chicos del grupo le miran sin saber qué hacer, básicamente porque soy yo el que tengo que hacer algo. Desde siempre, desde nuestros inicios, soy yo el que escribe y compone las canciones. Yo ideo, yo lo creo, ellos tocan lo que yo les digo y yo lo canto. Este es el secreto de nuestro éxito: grandes letras y mejores músicos. Pero si algo de esta ecuación no funciona, todo se va a la mierda.*

—Joder, Chris... ¡Ponte las pilas, macho! —Se queja Jeff, blandiendo en alto los folios de mis intentos de escribir una canción—. ¡Todo esto es una mierda! ¡Pura basura!

*Me lanza los papeles a la cara. Los veo caer lentamente, como las hojas de los árboles en Central Park en otoño. Recuerdo lo mucho que le gusta a Jill esa estación del año: los colores de la naturaleza, empezar a sentir el frío en las mejillas, los paseos agarrados y con el cuello de las chaquetas tapándonos las mejillas, los cafés calientes en los puestos callejeros, el ruido de las hojas al pisarlas, el vaho saliendo de nuestras bocas...*

*—Vamos, Chris... Tienes que sacarte algo de aquí dentro... —insiste Jeff, devolviéndome a mi triste realidad y golpeándome la sien con un dedo—. Tienes que volver a salir ahí fuera, sin camiseta, enseñando tus tatuajes a todas las tías que se desgañitan frente a ti. ¿Qué necesitas? Pídemelo y te lo daré. ¿Más bebida? ¿Más drogas? ¿Tías? Puedo llamar a quién quieras ahora mismo. Sé de muchos modelos internacionales que se abrirían de piernas ante ti con una simple llamada*

*Sin contestarle, me levanto y camino hacia la estantería llena de botellas de alcohol y me sirvo un vaso generoso de whisky. Luego, extendiendo una raya de coca y, tapándome uno de los orificios de la nariz, lo esnifo entero.*

*—Jeff... ¿Y si nos damos un descanso? —Se atreve a insinuar Charlie.*

*—¿Descanso? ¿Vosotros tenéis idea del dinero que cuesta todo esto? ¡Millones! Ahora imaginaos si no tenemos con qué pagarlo.*

*—Chris no está bien desde... Bueno... Desde que...*

*—¡¿Desde qué?! ¡Vamos! ¡Atrévete a decirlo! —le grito, empujándole con violencia.*

*—Chris, tranquilo. Estamos de tu parte... No queremos que...*

*Entonces, sin más, armo el puño e intento darle en la cara. No consigo enfocar bien la vista, y me siento algo mareado, así que todo se queda en un intento patético, y acabo de bruces en el suelo. Los chicos se arremolinan a mi alrededor y se preocupan por mi estado.*

*—Chris... ¿Estás bien?*

*Entonces, sin poder evitarlo, empiezo a llorar de forma desconsolada, consciente de una forma brutalmente abrumadora de que tienen razón.*

*Consciente de que, sin ella, soy incapaz de hacer música.*

—Y así fue como, cuando todo acabó, dejé de hacer música —me descubro diciendo en alto, de vuelta en el rellano del tercer piso de un bloque del barrio de Hell's Kitchen, muy alejado de ese estudio de grabación lleno de excesos al alcance de mi mano, pero muy alejado de la verdadera felicidad—. Y es la pura realidad. Desde entonces, no he sido capaz de tocar más de dos notas seguidas en mi guitarra, ni de escribir nada coherente en un papel. Hace poco que he conseguido tocar el piano de forma más o menos correcta, aunque estoy lejos de ser lo que era. Y no me atrevo a cantar porque sé que la voz se me ha... roto, de alguna manera.

Apoyo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos.

—Soy tremendamente desdichado, Jill —prosigo, aun con los ojos cerrados—. Me despierto por las noches sobresaltado, recordando una y otra vez la sensación de vacío absoluto que sentí cuando descubrí que te habías marchado.

Escucho lo que me parece un leve movimiento al otro lado de la puerta como si alguien se apoyara en ella. Una parte de mí quiere creer que Jill está al otro lado, escuchándome atentamente con el corazón encogido. De alguna manera, si lo creo así, me siento más cerca de ella.

—Me siento como si no solo hubiera arruinado mi vida, sino que también te robé la tuya. Y lo siento. Lo siento muchísimo. De veras. Pero, ¿sabes qué? Quiero devolvértela, y sé que soy el único que puede hacerlo. Sé que soy el único capaz de hacerte sonreír como antes, sé que eso solo pasará cuando me dejes entrar de nuevo en ella. Sé que es así. Estoy convencido de ello. No pretendo sonar engreído, y soy consciente de que estás en todo tu derecho de odiarme, pero, sé que estás tan perdida como yo. Tú y yo... siempre seremos tú y yo. Juntos hacemos cosas tan increíbles como esa adolescente que tienes ahí dentro contigo. Y sé que no tengo derecho a atribuirme ningún mérito en lo que respecta a ella más que sus ojos, su cabezonería y quiero pensar que su sentido del ritmo, pero ella es el resultado de lo que pasa cuando hacemos cosas juntos.

Giro la cabeza a un lado y veo mi guitarra, como si esperara su turno para intervenir. La coloco sobre mi regazo y pinzo con los dedos algunas de las cuerdas al azar, haciéndolas sonar.

—La he traído conmigo —le informo—. Creo que lo he hecho porque solo

contigo a mi lado seré capaz de tocarla de nuevo. Y ya sé que técnicamente no estoy a tu lado, no era así como había planeado que iría... Supongo que, iluso de mí, pensé que conseguiría que abrieras la puerta de buenas a primeras y te lanzaras a mis brazos... Ni siquiera me planteé que todo acabara así...

Se me escapa una tímida risa mientras sigo pinzando las cuerdas, aún sin tocar ninguna melodía concreta.

—¿Te acuerdas de la primera vez que toqué para ti? Yo sí... Fui corriendo hasta tu casa para enseñarte la guitarra que me había regalado mi padre para Navidad. Hasta ese momento, no sabías que supiera tocarla. Nadie sabía que tocaba... Bueno, excepto mi padre, que lo supo poco antes, cuando se lo comenté una tarde, sin darle más importancia... Recuerdo perfectamente tu cara cuando me senté en tu cama y empecé a tocar y a cantar... Supe desde ese mismo instante que nunca dejaría de hacerlo, que nunca dejaría de tocar para ti. Quizá esto que me pasa haya sido un plan orquestado por el mismísimo karma... Ya sabes, eso de no poder tocar ni cantar porque, si no lo podía hacer para ti, ¿para qué intentarlo siquiera?

Y entonces acaricio la caja de mi guitarra, con cariño, encomendándome a ella. La he echado casi tanto de menos como a Jill, como si la hubiera perdido también, a pesar de haber estado siempre a mi lado. Cerrando los ojos, temeroso porque el resultado no sea el esperado, empiezo a tocar. Carraspeo un par de veces, justo antes de empezar a cantar.

“I found a love for me  
Darling just dive right in  
And follow my lead  
Well I found a girl beautiful and sweet  
I never knew you were the someone waiting for me  
'Cause we were just kids when we fell in love  
  
Not knowing what it was  
I will not give you up this time  
But darling, just kiss me slow, your heart is all I own  
And in your eyes you're holding mine”

Poco a poco se me va apagando la voz por culpa de las lágrimas y del nudo que se me ha formado en la garganta.

—Como ves, no me rindo... —consigo decir al final, con la voz tomada por la emoción, agachando la cabeza.

De repente, la puerta se abre y ella aparece frente a mí. Me mira con la cara bañada en lágrimas y la respiración entrecortada. No sé qué se supone que espera que haga, tampoco sé a ciencia cierta lo que yo seré capaz de hacer, así que permanezco sentado, con la boca abierta, observándola.

—Diga lo que diga... Haga lo que haga... —susurra entonces. Lentamente, me pongo en pie. Me quedo muy quieto, esperando quizá a que ella se mueva antes. Pero entonces, ella vuelve a hablar—: Sufra lo que sufra...

—Duela lo que duela, pase lo que pase... —prosigo. Son las mismas palabras que yo dije hace un tiempo, concretamente, ese triste día que todo acabó—. Siempre te amaré.

—Durante todo este tiempo, me he dado cuenta de que esas palabras son tremendamente ciertas, porque las he sufrido. Cada día de mi vida... —dice, abrazándose el cuerpo, muy emocionada.

No sé si estoy malinterpretando las señales, pero no quiero perder mucho tiempo averiguándolo. Ya llevo diecisiete años de desventaja. Así pues, me atrevo a dar los dos pasos que nos separan. Cojo su cara entre mis manos, acerco mi boca a la suya y la beso. Siento sus manos agarrándose a mi sudadera con fuerza, mientras se le escapan varios jadeos.

—Feliz cumpleaños, Jill. —Abre los ojos de par en par, sorprendida. Segundos después, emocionada, deja que una sonrisa se le empiece a dibujar—. Necesito devolverte la ilusión por este día. Sé que yo te la robé, y quiero ser el culpable de que vuelva a hacerte ilusión este día.

Rodeo su cuerpo con mis brazos, apretándola con fuerza, alzándola en el aire, como si me la quisiera llevar lejos para asegurarme de no perderla jamás. Necesito sentir cada poro de su piel, palparla para que mis manos se aseguren de memorizarla de nuevo.

—Te he echado demasiado de menos... —susurro, apoyando mi frente en la suya—. Te necesito... No te decepcionaré. Seré mejor. Para ti y para Cassey. No volveré a... Todo volverá a ser como antes, como al principio... Se acabó todo lo demás... Se...

Entonces ella pone un dedo sobre mis labios, obligándome a callar. Se separa unos centímetros de mí para mirarme a los ojos.

—No más promesas. No más palabras.

—Vale. Sí. De acuerdo —Asiento sin parar a la vez que hablo.

—No te alejes de nosotras —me pide, acariciando mi cara con sus manos, como si quisiera asegurarse de que estoy realmente frente a ella—. Nunca más.

## EPÍLOGO 1

*Y así fue como, cuando todo empezó de nuevo, me senté a tu lado frente al piano*

Cuando salgo del teatro, mamá me está esperando en la puerta. Mientras me despido de mis compañeros, la observo sin que ella me vea. Está mirando el escaparate de una pequeña floristería, y lo hace sonriendo, una expresión muy habitual en ella últimamente, desde que dejó que papá entrara en nuestras vidas de nuevo. Está exultante, llena de vida, segura de sí misma. Es como si la versión que yo conocía de mi madre hubiera sufrido una actualización. Sigue siendo ella, pero mejorada. Mamá 2.0, pienso, riendo. Y no solo sonrío más, sino que también la puedo escuchar canturrear en la ducha, o de repente la descubro bailando una canción que suena en la radio.

La observo entrar en la floristería y salir poco después con un ramo de flores frescas en las manos. Entonces, al levantar la cabeza, me ve y se acerca a mí.

—¿Más flores?

—¿A que son preciosas?

La miro entornando los ojos, sonriendo sin despegar los labios. Ella acerca la nariz al ramo e inspira profundamente el intenso olor, y todo ello lo hace sin perder ese brillo especial en los ojos. Más tarde, cuando entramos en la estación de metro, se detiene a escuchar a un tipo que toca el violín, llegando incluso a cerrar los ojos y a mecerse de un lado y al otro, al compás de la melodía. Consigo tirar de ella cuando escucho que se acerca el metro y la arrastro para meternos. Entonces, se vuelve a quedar ensimismada, mirando a una pareja de ancianos que se hacen carantoñas.

—¿Qué? —me pregunta cuando me descubre mirándola.

—Nada... Es solo que... estás diferente. Pareces...

—Feliz —susurra, acabando la frase por mí.

—Sí —aseguro, muy sonriente—. Me encanta verte así, mamá. Te lo mereces.

—Gracias, cariño —dice, apoyando la cabeza en la pared metálica del vagón—. Estoy como en una nube, ¿sabes? Y a veces intento no parecer tan... así. Intento ser más racional, lanzarme advertencias para no bajar la guardia, porque, al fin y al cabo, no quiero olvidar lo que nos hizo...

—¿Es por eso que le haces dormir en el sofá? —Ella me mira seria, arrugando la boca—. Es un poco incómodo que hayamos... allanado su morada y le hayas echado de su cama, ¿no crees?

—Puede... Pero ya lo habíamos hablado. Le di mis condiciones cuando nos ofreció mudarnos a su casa e intentar... volver a empezar. Le dije que quería ir poco a poco, que no puedo olvidar diecisiete años de la noche a la mañana... Quiero estar con él, abrazarle y besarle... ser como una pareja normal. Pero necesito tiempo.

Mira al techo del vagón, mordiéndose el labio inferior. En ese momento, el convoy se detiene en nuestra estación y nos bajamos, siendo arrastradas hacia el exterior por la marea de gente. Caminamos durante un par de calles, en silencio, ella seguro que soñando con unicornios de pelos de colores.

—Lo entiendes, ¿verdad?

—En realidad, yo no tengo voz ni voto en esto, pero si se me permite opinar, te diré que me parece bien. Demuestras sentido común y... mucha dignidad. Me gusta que no se lo pongas fácil, aunque déjame decirte que, a veces, disimulas fatal esa dignidad.

—¿Perdona?

—Si algún día te pilla mirándole como a veces te he pillado yo, comiéndotelo con los ojos, tus argumentos se vendrán debajo de un plumazo.

—Hay cosas que no se pueden disimular. Accedí a abrirle la puerta, a perdonarle, porque estoy loca y completamente enamorada de él.

Poco antes de llegar a casa, entramos en el pequeño supermercado para comprar un par de cosas para preparar la cena, y dejamos el tema aparcado, hasta



que volvemos a salir.

—¿Alguna vez te preguntaste por qué me había enamorado de alguien que hizo todo lo que hizo, que cometió tantas locuras, que se autodestruyó...?

—Creo que todas las mujeres, en algún momento de nuestras vidas, nos enamoramos de algún impresentable —digo, encogiéndome de hombros—. Simplemente pensé que papá era el tuyo.

—Me alegro entonces que ahora puedas comprobar que no estaba tan loca.



Escucho a papá tocando el piano en el salón, luego habla y poco después, a mamá se le escapa una carcajada. Esa es la tónica habitual. Siempre tienen algo de lo que hablar, unas risas que compartir, abrazos que intercambiar y besos que darse. Y es algo realmente maravilloso, aunque novedoso para mí, que les sigo observando alucinada.

De camino hacia la cocina para ayudar a mi madre a hacer la cena, al pasar por el salón, veo a mi padre sentado frente a su inseparable piano, con un lápiz entre los dientes y una libreta para apuntar. Como atraída por una fuerza magnética irresistible, me acerco a él y le abrazo por detrás, apoyándome en su espalda.

—Eh... Hola... —me saluda, aún con el lápiz entre los dientes—. ¿Te apuntas?

Me siento a su lado mientras él me observa. Me tiende la libreta en la que ha estado escribiendo y, guiñándome un ojo, la señala con un movimiento de cabeza.

—¿Quieres que...? —Él asiente—. ¿Quieres que cante? ¿Yo? No sé cantar... Lo mío es bailar... Yo...

—Shhh... Confía en mí —dice simplemente, empezando a tocar las primeras notas de la canción sin importarle que yo no esté para nada preparada.

Sus dedos se mueven acariciando las teclas, lentamente, hipnotizándome.

Entonces, me hace una señal con la cabeza, y miro el papel. Con timidez, canto la primera frase. Tengo la voz tomada, mezcla de timidez y nerviosismo. Incluso alguna palabra resulta incomprensible porque no consigo que me salga la voz. A pesar de ello, él no deja de asentir sonriendo.

Al final de la segunda estrofa, se marca un espectacular solo de piano. Le escucho murmurar, aunque sin despegar los labios y, a pesar de no decir nada, queda precioso y consigue que se me encoja el corazón.

Cuando empiezo a cantar la última estrofa escrita, reconozco que lo hago con mucha más fuerza. Sé que no tengo la técnica, y que mi voz dista mucho de ser perfecta, pero él ha conseguido infundirme de la confianza necesaria para cantar a pleno pulmón.

Cuando acabo, dejo la libreta sobre mi regazo y le observo mientras toca las últimas notas de la canción, y lo hago con lágrimas en los ojos. Sus dedos se mantienen sobre las teclas hasta que el sonido se apaga, diluyéndose por la habitación.

—¿Te gusta? —me pregunta.

—¿Bromeas? Es preciosa. Lástima que yo la haya estropeado. Cuando cantes tú, será la bomba.

—Esta canción no la he escrito para cantarla yo. La he escrito para hacer exactamente esto: para tocarla escuchando tu voz.

—Pero mi voz no vende discos —digo, sonriendo con la cara roja como un tomate.

—Y no pretendo venderlos. Esta es solo para nosotros.

Entonces escuchamos un sollozo a nuestra espalda y nos giramos para descubrir a mi madre, que nos observa desde el quicio de la puerta, llorando y sonándose los mocos.

—¿Tan mal canto, que te he hecho llorar? —le pregunto.

—Mucho —contesta mamá.

—Joder con la sinceridad... —me quejo.

—Quiero decir que... Me habéis dejado... sin habla. Estoy... totalmente...

—¿Tú la entiendes? —me pregunta mi padre.

—Si no la entiendes tú... Lo que está es totalmente colada por ti... Tanto, que la atontas. —Es un secreto a voces, así que no me importa decirlo en voz alta—. Eres su... impresentable. Mamá, ¿recuerdas cuando antes hablábamos de la técnica del disimulo? Pues ponla en práctica.

Les señalo mientras a las dos se nos escapa la risa.

—Me parece que no me estoy enterando de qué va la película... ¿De qué os reís ahora?

—De los impresentables —intenta aclararle mamá. No surte efecto, porque papá le mira frunciendo el ceño—. Tu hija asegura que todas las mujeres, en algún momento de nuestras vidas, nos enamoramos de algún impresentable.

—¿Estás enamorada? —me pregunta entonces mi padre, fulminándome con la mirada.

—¡No! ¡Para nada! ¡No! —Mira a mi madre y ella, lejos de echarme un cable, asiente con la cabeza—. ¡¿Mamá?! ¡No estoy enamorada de Mike! ¡No la creas, papá!

—¿Y cómo sabes que me refería a Mike? —me pregunta mi madre.

—¿Quién es Mike? —pregunta mi padre a su vez.

—¡Ah! ¡Joder! —Me quejo, intentando alejarme lo antes posible de la emboscada que me han tendido.

—¿Cassey...? No huyas. Hablamos de esto. Te dije que nada de novios hasta los treinta —vuelve a decir mi padre.

Me paro en seco y me giro, señalándole.

—Primero: estás flipando si crees que voy a convertirme en monja hasta los

treinta. Y segundo: ¡Mike no es mi novio!

—Pero estás enamorada de él.

—¡No! ¡Él es solo...!

Al ver que no consigo explicar lo que es Mike para mí, mi padre mira a mamá y, sin necesidad de abrir la boca, parecen entenderse al instante.

—Lo dicho: un impresentable —le informa ella.

—Lo repito: solo somos amigos. No estoy... colada por él. Y no es ningún impresentable.

—Al menos, es algo mejor que el anterior, créeme —dice mamá, inclinándose hacia papá, como si le susurrase.

Chasqueo la lengua y me doy la vuelta de nuevo, dándoles por imposibles.

—Invítale a casa algún día para que pueda juzgar por mí mismo.

—Sí, claro, claro... Eso estaba yo pensando... Tenderle semejante emboscada.

—Prometo ser bueno con él.

—Yo también. De hecho, a mí me cae bien —interviene mi madre.

—Pues menos mal...



—Entonces, ¿va a venir? —Me pregunta Summer—. ¿En serio?

—Eso me dijo... Está pasando por esa fase de querer recuperar el tiempo perdido a marchas forzadas... Quiere que pasemos tiempo juntos, y hoy ha decidido llevarme a merendar —susurro, quizá algo avergonzada.

—¡Qué bien!

—¿Qué bien? Paige, si tu padre insinúa que te quiere recoger en el instituto y te quiere llevar a merendar, le mandarías a paseo.

—Mi padre no es Chris Taylor. ¿Crees que me podré hacer una foto con él? —me pregunta, cambiando rápidamente de tema.

—Supongo...

—Pues a mí también me parece adorable que quiera pasar tiempo contigo —interviene Laura—. Además, puedes fardar un poco de él. Te puedes convertir en la chica más popular del instituto.

—¿En serio piensas que quiero ser la chica más popular del instituto? —le pregunto, poniendo acento de niña pija.

Las cuatro nos miramos, torciendo el gesto, justo antes de echarnos a reír.

—¡No! —aseguramos a la vez, entre carcajadas.

Cuando salimos, hago un barrido visual. Espero encontrarle con su ya habitual uniforme de incógnito: sudadera negra con la capucha puesta sobre la cabeza y gafas de sol, pero me quedo de piedra al verle saludarme con una mano, a cara descubierta. Entonces escucho varios suspiros a mi alrededor.

—La hostia... —susurra Summer.

—Por favor... Qué bueno está... —dice Laura entre dientes, sin dejar de esbozar una enorme sonrisa—. Qué raro suena decir eso de un padre.

—Ya te digo... No os imagino diciendo eso de mi padre...

—Porque tu padre tiene setenta años, calvo y pesa como doscientos kilos —le contesta Paige.

—¡Oye! ¡Un respeto, que es mi padre! Va, preséntanoslo... Tira —insiste, dándome un pequeño empujón por la espalda.

Nadie excepto nosotros parece haberse percatado de su presencia. Tampoco es que sea habitual ver a un cantante famoso en la puerta del instituto. Levanta una mano para saludarme, gesto que yo imito, sonriendo de oreja a oreja, justo

antes de empezar a bajar las escaleras.

—Estoy... alucinada. No llevas... nada —digo, señalando su cabeza con movimientos circulares.

—Bueno, pensé que no sería muy buena idea plantarme en la puerta de un instituto con aspecto de acosador...

—Bien pensado —afirmo riendo, justo antes de mirar a mis amigas, que se han quedado en un segundo plano—. Papá, ellas son mis amigas Summer, Paige y Laura.

—Hola —saluda él de forma muy natural, acercándose para darles un beso en la mejilla.

—Hola... —repiten las tres a la vez con una voz aguda y nerviosa.

Se forma un extraño silencio. Las tres le miran embelesadas, rojas como un tomate, muy nerviosas, mientras él espera a que digan algo. Al rato, me mira levantando las cejas y encogiéndose de hombros.

—Me parece que quieren preguntarte si te harías una foto con ellas —decido echarles un cable.

—Eh... Claro. No hay problema —dice, peinándose el pelo con una mano, un gesto desenfadado para él que, en cambio, hace las delicias de las chicas.

Poco a poco empiezan a llamar la atención de la gente que nos rodea, que se acercan para curiosear. Al reconocerle, se forma un pequeño tumulto a su alrededor, pidiéndole un autógrafo, una foto o incluso un beso.

—Hola —me saluda Mike, plantándose a mi lado. Me mira de reojo, sonriendo de medio lado. Agarra las asas de su mochila, que lleva colgada a los hombros—. La que ha liado, ¿no?

—Ya ves... —contesto, mirándole de reojo.

Como es habitual en él, viste con un vaquero gastado, una camiseta vieja y una camisa de cuadros abierta como única prenda de abrigo, haciendo patente que no debe de pasar más de dos minutos frente al armario.

—A partir de ahora, vas a ser una chica popular a la que invitarán a todas las fiestas de la “jet set” del instituto. —Le miro de reojo, frunciendo el ceño—. No me mires así. Ese es el precio que tienes que pagar por tener un padre guay. El mío era un capullo, debe ser por eso formo parte del club de los marginados.

—Eres idiota perdido —le digo, sin poder evitar sonreír.

—¿Sabes que le conozco? —me pregunta, señalando a mi padre con un movimiento de cabeza.

—Todo el mundo le conoce.

—Ya, pero yo personalmente. El hermano de tu padre es el mejor amigo del marido de mi madre.

Miro al cielo, intentando conectarles mentalmente, hasta que me ilumino.

—¿Max es amigo de Simon?

—Ajá... Compartieron piso durante años.

—Ah, pues, a lo mejor, eso cambia las cosas... —susurro.

—¿Qué cosas?

—Mi padre cree que eres un impresentable —digo, mirándole de reojo.

Él me mira con los ojos muy abiertos y las cejas levantadas, abriendo los brazos, sin entender nada.

—Pero si... En realidad, tampoco nos conocemos tanto como para que piense eso de mí...

—Es una larga historia... —concluyo, justo cuando veo que mi padre se acerca a nosotros—. ¿Has acabado con tus fans?

—Hacía tiempo que no hacía esto, y estoy algo desentrenado...

—Eh... Papá... Él es Mike.

—Hola... —saluda este.

—El impresentable...

—Papá, por favor... —digo, reprochando su comentario.

—No hay nada malo en ser un impresentable, Yo también lo fui una vez, ¿sabes? —le aclara entonces—. ¿Cómo va?

—Bien, señor —contesta este.

—La madre de Mike es la mujer del mejor amigo de Max. —Mi padre frunce el ceño, intentando dibujar un árbol genealógico mental.

Mike agacha la cabeza, con timidez, algo insólito desde que le conozco. Mientras, mi padre sigue pensando.

—Lo cierto es que tu cara me suena de algo... ¿Nos hemos visto alguna vez...? —pregunta finalmente, mientras Mike asiente, dejándome boquiabierta.

—¿En serio? —pregunto.

—En la boda de mi madre y Simon...

—Eh... —Mi padre lo piensa durante un rato, hasta que, de repente, su expresión se ilumina—. ¡Ah...!

—Sí... Ahí... —contesta Mike, titubeante.

Se forma un extraño vínculo entre ambos que no puedo entender. Ambos se miran, entendiéndose sin necesidad de hablar. Yo parezco formar parte del público de un partido de tenis, moviendo la cabeza de uno a otro, intentando averiguar qué se tienen entre manos. Mike agarra las asas de su mochila, moviendo el pie, como si pateara el suelo. Mientras, mi padre asiente de forma repetida, apretando los labios.

—¿Lo ves? Te lo dije —dice finalmente, dirigiéndose a Mike—. Yo también fui un impresentable, y lo fui durante más tiempo del recomendable.

Mike sonrío, de repente mucho más relajado. Mi padre le guiña un ojo y estira el brazo para estrecharle la mano por fin.



—Esto... Siento interrumpir este momento de revelación, pero deberíamos irnos... —digo, señalando hacia el final de la calle con un movimiento de cabeza.

—Sí. Encantado, Mike. Otra vez.

—Igualmente, señor Taylor. Hasta mañana, Cass.

—Nos vemos.

Cuando giramos la esquina, miro a mi padre y, sin poder aguantarme más, le pregunto:

—¿Qué pasó en esa boda?

—Afortunadamente, no recuerdo mucho. Me pilló en una de mis peores épocas... Solo tengo recuerdos fugaces... Nada digno de enorgullecerse ni de contarte siquiera como una anécdota. Así que puedes borrar ese dato de tu cabeza.

—Ya le preguntaré a él.

—Por la cuenta que le trae, mantendrá la boca cerrada. Y ahora, hablemos de cosas verdaderamente importantes: he pensado montarle a montarle a tu madre una fiesta de cumpleaños sorpresa.

—Odia las fiestas de cumpleaños.

—Lo sé. Por mi culpa. Y voy a enmendar mi error.

## EPÍLOGO 2

*Y así fue como, cuando todo empezó de nuevo, volvimos a la escalera de incendios*

—¿Por qué no me lo contaste antes? —me pregunta Janine.

—Porque... este era mi lugar seguro. Aquí estaba a salvo de él. Si te lo hubiera contado, me habrías preguntado por él, o me habrías pedido que te contara algo... ¿Recuerdas cuando criticábamos juntas al “padre de mi hija”? —le pregunto, entrecomillando con los dedos el apodo que siempre usábamos para referirnos a él—. Si te hubiera confesado su identidad, ¿le habrías criticado igual?

—¡Por supuesto que sí!

La miro con una ceja levantada durante unos segundos, justo antes de acercarme a uno de los clientes sentados detrás de la barra para rellenar su taza de café. Luego, voy a tomar la comanda de un par de tipos que se acaban de sentar en una de las mesas de mi zona mientras Janine cobra a otros clientes.

—Te perdono solo si me das más información —me susurra cuando nos cruzamos.

—No sé qué más quieres que te cuente... —le contesto.

Nos mantenemos ocupadas durante un rato más, hasta que, mientras estoy preparando otra jarra de café y colgando varias comandas en el pasaplatos para informar a Frank, ella se coloca a mi lado.

—¿Cómo besa? —me pregunta de sopetón.

La miro de reojo, levantando una ceja y torciendo el labio.

—¿A qué viene esa pregunta?

—Siempre he sentido curiosidad por saber cómo besa un famoso. Vamos,

dímelo —me pide, siguiéndome.

—Como cuando no lo era.

—¡Así no me sacas de dudas!

Le saco la lengua mientras me alejo de ella para llevarle un plato de huevos revueltos a un cliente.

—¿Y qué tal en la cama? ¿Es como lo recordabas? ¿Ha aprendido técnicas nuevas? No te ofendas, pero tiene fama de haber... practicado bastante...

—Janine, te estás pasando.

—¡A ver! ¡No es mi culpa! ¡Eres la primera persona que conozco que se ha tirado a un famoso! —Resoplo de forma sonora, agarrándome la nuca con ambas manos, agachando la cabeza, de repente muy decaída—. De acuerdo... Lo siento... Es que me emociono y a veces no sé mantener la boca cerrada. Perdóname...

—Aún no ha pasado nada.

—¿Qué?

—Que Chris duerme en el sofá.

Me mira muy seria, con los ojos muy abiertos y las cejas levantadas. Empiezo a ponerme algo nerviosa después de tirarnos así un buen rato hasta que por fin parece reaccionar.

—Estás de coña, ¿no?

—No.

—¿Tienes a semejante espécimen durmiendo en un triste sofá?

—Necesito hacerlo así... No puedo hacer ver que no ha pasado nada. No puedo... abrirme de piernas de buenas a primeras. Necesito... volver a pasar por un proceso.

—Ah... —dice, mirándome de reojo.

—Y me está costando horrores, porque le veo y...

—¡Joder, menos mal! —me corta—. ¡Pensé que te habías vuelto majara...!

—No pretendo que lo entiendas, Janine... Pero necesito hacerlo por mí.

—De acuerdo. Vale. Lo entiendo... Bueno, no, no lo entiendo, pero te apoyaré en lo que haga falta.

—Gracias.

—De nada. Está forrado de dinero, ¿verdad? —me pregunta de repente—. ¿Cuántas propiedades tiene? ¿Tiene un avión privado? ¿Cuánto dinero tiene en el banco?

—No lo sé, Janine. Ni quiero saberlo.

—¡Venga ya!

—Tiene un todoterreno enorme y sé que vendió el ático frente a Central Park y compró nuestro antiguo apartamento...

—Con lo que le debieron dar por ese ático, podría haber comprado el bloque entero. Vamos, no fastidies... ¿No habéis planeado ni unas vacaciones en Las Maldivas, por ejemplo?

—No... Janine, yo me enamoré de él cuando llevaba menos de cinco dólares en el bolsillo, así que me da igual el dinero que tenga ahora.

—Bueno, al menos, hay cosas por las que ya no te tienes que preocupar, como del tema de la universidad de Cassey.

—Sí... Supongo.

—¿No lo habéis hablado de ello?

—No. Simplemente, hemos retomado todo donde lo dejamos. Con eso nos basta. No me interesa su dinero, solo me interesa tenerle a mi lado todos los días de mi vida.

—Pero... podríais vivir en un sitio más grande... Podrías dejar de trabajar...

O, al menos, trabajar en algo más cerca de casa... Espera, olvida eso, porque me dejarías sola con el gruñón de Frank. Nada de cambiar de trabajo, así que rebobino. ¡Podríais vivir en un ático frente al parque!

—Vivimos donde queremos vivir.

—¿En serio? —me pregunta, levantando las cejas—. Imagina cómo cambiaría tu vida con una ducha de hidromasaje, o un vestidor igual de grande que todo esto.

—Créeme, mi vida ha sufrido suficientes cambios durante un tiempo y, ahora mismo, está perfecta.

—Si tú lo dices...

—Lo único que necesito ahora mismo es llegar a nuestro pequeño apartamento, ponerme ropa cómoda y acurrucarme junto a él. Y es lo que pienso hacer en un rato empezando a contar desde... ya —afirmo, después de mirar el reloj colgado a mi derecha.

Le doy el cambio a unos clientes y empiezo a alejarme hacia la trastienda, quitándome el mandil. Escucho sus pasos a mi espalda, siguiéndome de cerca.

—¡Hasta luego, Frank! —me despido levantando una mano.

—¿Se puede saber por qué dejas el salón desatendido? —le grita a Janine al verla pasar tras de mí.

—Estamos hablando de algo muy importante.

—¿Más importante que mis clientes esperando a que les sirvan?

—¡Lo tenemos todo controlado!

—¡Janine, tu turno no ha acabado! —vuelve a insistir Frank.

—¡Oh, por Dios! —Se queja de nuevo, mientras yo río—. Tú ya no tienes necesidad de aguantar esto, ¿por qué sigues aguantándole? Aunque, pensándolo mejor, no nos dejes, por favor. No podré aguantarle solo.

—¡Te estoy oyendo, Janine!

—¡Será porque lo estoy diciendo en voz alta para que te enteres!

—¡Algún día pondré un cartel es la puerta y vendrán decenas de camareras mucho más cualificadas que tú!

Janine le saca la lengua, justo antes de agarrarme del brazo cuando ya iba a salir por la puerta trasera.

—¿Y cuándo me lo vas a presentar?

—Algún día —aseguro, dándole un beso en la mejilla—. Si te portas bien.

—¡Recuerda que mañana haces el turno de tarde! —escucho que grita Frank, antes de que la puerta se cierre a mi espalda.



Cuando entro en casa, está todo oscuro y silencioso. Contagiándome de la quietud, cierro la puerta lentamente y con sigilo. Aún con las llaves en una mano, el abrigo puesto y el bolso colgado del hombro, apoyo la espalda contra la madera.

Entonces escucho el sonido de su guitarra. Me quito el abrigo y dejo las llaves y el bolso sobre el sofá, caminando hacia la ventana más alejada del salón. Cuando llego, me siento en el marco y le observo sin que él me vea durante unos segundos. Está sentado en el suelo, agarrando la guitarra, entrelazando algunas notas, susurrando algunas palabras, vestido con un pantalón vaquero y una camiseta de manga corta ceñida al torso. Tan sencillo, tan normal, tan... anónimo como antes.

—Hola... —susurro al cabo de un rato.

—Eh...

Intenta ponerse en pie, pero entonces yo levanto una mano para detenerle. Paso una pierna a través de la ventana y luego otra, hasta salir. Chris me mira, levantando la cabeza al tiempo que entorna los ojos cuando el sol le da de lleno en la cara. Sonriendo, me siento en las escaleras, agarrándome las rodillas.

—¿Tienes algo nuevo? —le pregunto.

—Más o menos...

—¿Lo tocas para mí?

Aprieta los labios y me mira entornando los ojos, justo antes de colocar la guitarra en la posición correcta. Empieza a tocar una melodía preciosa, pero sin cantarla aún. Se limita a cerrar los ojos y mover la cabeza, como si lo estuviera haciendo, pero sin abrir la boca.

Hace mucho que no le escucho cantar, y Cassey me dijo que le contó que no se veía capaz de hacerlo aún. Puede que los excesos que ha cometido durante mucho tiempo, hayan roto de alguna manera su voz. O a lo mejor, no se encuentra anímicamente recuperado para cantar. En cualquier caso, aunque yo no soy la culpable de ello, no puedo evitar sentir que yo le he arrebatado eso con lo que tanto disfrutaba.

Cuando acaba de tocarla, abre los ojos y me mira con timidez.

—¿Tiene letra? —le pregunto.

—Sí. Está aquí —me contesta, tocándose la sien con un dedo.

Entonces, me acerco a él y me siento en el hueco que queda entre sus piernas. Deja la guitarra a un lado y enseguida me rodea con sus brazos mientras yo apoyo la espalda en su pecho. Echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos, respirando profundamente. Siento su aliento rozando mi mejilla y mi cuello, y sé que me está observando. Entonces, posa sus labios sobre mi pelo y le escucho soltar un largo jadeo.

—¿Sabes la de veces que nos imaginé así de nuevo? ¿Aquí mismo? —le pregunto.

—Seguro que no tantas como yo.

Me cubre la cara con una mano, estrechándomela contra su pecho. Siento los dedos de su otra mano clavándose en mi piel. Entonces me giro hasta colocarme de costado, encogiendo las piernas, haciéndome un ovillo entre sus brazos, y le miro. Le acaricio las mejillas, perfilando sus rasgos con las yemas de mis dedos.

—¿Qué quieres hacer esta noche? —le pregunto, sonriendo—. Cassey está con Mike...

—¿Con Mike? ¿Toda la noche?

—Pensaba que te haría más ilusión tener un rato a solas conmigo...

—Y me hace. Claro que sí. Pero... ¿qué va a hacer toda la noche con Mike?

—Van a la biblioteca a estudiar.

—Ya. Claro.

—Están de exámenes finales y... —Me mira arqueando una ceja, incrédulo—. ¡Vamos...! ¿Por qué no confías en ellos?

—Porque tú y yo hemos tenido su edad y también hemos quedado para “estudiar” —dice, entrecomillando la última palabra con los dedos.

—Pero...

—Y dime cuánto aprendiste en todas esas sesiones de estudio. —Después de mirarnos a los ojos durante un rato, levanto la vista al cielo y se me escapa la risa—. Con eso me lo dices todo.

—No es lo mismo... A Cassey no le gusta Mike...

—Puede que aún no. Pero créeme, ese chico está loco por tu hija. Y sé lo que un chico de su edad puede llegar a hacer por la chica que le gusta...

—¿En serio? ¿Lo sabes? —le pregunto, dándole varios besos cortos en la boca.

—Sí... —contesta mirándome.

Al rato, apoyo la cabeza en su hombro y respiro profundamente. De repente, percibo una multitud de cosas a la vez: su olor, su tacto, el ruido de su respiración, los latidos de su corazón... Cierro los ojos y me cojo fuerte de su camiseta.

—Jill... Quiero pasar el resto de mi vida contigo. Siempre he querido.



Incluso cuando todo se me fue de las manos, incluso entonces sabía que te quería con toda mi alma.

—Chris...

—No. Espera. Necesito que lo sepas. Quiero hablar de ello. Quiero... contártelo. Desde que... abriste esa puerta, no hemos tenido prácticamente tiempo de hablar con calma y siento que tenemos que hacerlo. Tenemos que hablar, enfrentarnos a ello —dice, cogiéndome la cara con ambas manos para obligarme a mirarle—. Hace diecisiete años cometí el error más grave de mi vida. Hace diecisiete años... morí. Y lo hice en el mismo instante en el que crucé esa puerta y descubrí que os habíais marchado. En ese momento fui plenamente consciente de la cagada que había cometido. El silencio del apartamento fue aplastante, fue como una bofetada de realidad. Y me hundí. En lugar de salir ahí fuera e intentar recuperarte, opté por emborracharme y drogarme para que doliera menos. ¿Y sabes qué? Funcionó, al menos mientras estaba borracho y hasta arriba de coca. Luego volvía a decaer... así que seguí drogándome y bebiendo sin parar.

—¿Y conseguiste olvidarme? —le pregunto, agachando la cabeza y alzando los ojos.

—Ni por asomo. Incluso estando hasta arriba de mierda, cerraba los ojos y te veía sonriendo, o concentrada leyendo, en la bañera relajada, agobiada cuando estabas en la recta final de tu embarazo, jadeando bajo mi cuerpo...

Sonrío satisfecha, asintiendo con la cabeza.

—Me alegro.

—Me lo merezco.

—No me alegro por saber que sufriste, sino porque yo sentí exactamente lo mismo. Me fui para huir de ti, pero nunca lo conseguí. Tu... sombra siempre me sobrevolaba. A pesar del dolor que me causaste, si cerraba los ojos podía escucharte cantar. Soñaba contigo...

—Creo que ambos intentamos seguir con nuestras vidas, pero ninguno lo consiguió.

—La vida sigue, dicen, pero no siempre es verdad. A veces, solo pasan los días. —Me mira fijamente y sé que comparte ese sentimiento—. Leí esa frase cuando estaba en Florida, y recuerdo que fue como una revelación para mí. Fue como si alguien me apoyara, como si me comprendiera, como si me dijera que lo que estaba sintiendo era normal.

—Como si nuestras vidas hubieran estado pausadas durante diecisiete años.

—Algo así. Aunque mis arrugas son una prueba evidente del paso del tiempo —digo sonriendo, mientras me muerdo el labio inferior.

Chris me acaricia los pómulos con el pulgar, y luego traza una línea imaginaria por toda mi cara. La yema de sus dedos hace cosquillas sobre mi piel, y luego sobre mis labios. Cierro los ojos y abro la boca, dejando escapar un largo jadeo. Enseguida siento la calidez de sus labios sobre los míos. La palma de su mano quema mi piel, mientras que sus dedos en mi nuca me impiden echarme atrás. Me trata con esa mezcla de ternura y fuerza, de timidez y decisión, de inocencia y bravuconería con las que me conquistó desde el primer día.

—Detenme... —susurra, apoyando la frente en la mía.

—Por favor...

—¿Por favor para o por favor sigue? —me pregunta, tragando saliva con dificultad.

—Por favor... —Valoro la respuesta durante unos segundos hasta que, acariciando sus mejillas con ambas manos, me separo unos centímetros—. Para... Necesito algo más de...

—Shhh... No me tienes que dar explicaciones. Cuando tú quieras, cuando tú creas...



—¿Tienes hambre? —le pregunto

—No... Quizá más tarde. Necesito un rato más...

Entonces, al mirar hacia abajo, me doy cuenta que los cartones de Ron han

desaparecido. Me incorporo con curiosidad, despegándome de Chris.

—¿Qué pasa? —me pregunta. Me giro mientras señalo el lugar. Él mira y entonces sonrío—. Se mudó.

—¿Se... mudó?

—Bueno, quizá le ayudé a encontrar un apartamento... Es que salir aquí fuera con espectadores, como que perdía su gracia, ¿no?

—¿Y cómo lo va a pagar? No tenía pinta de tener cientos de dólares ahorrados...

—Le he pagado unos meses de alquiler en un apartamento pequeño...

—¿En serio?

—Y también moví unos hilos para encontrarle un trabajo...

—Chris... —Me tapo la cara con ambas, realmente emocionada.

—Él nos ayudó a ambos cuando más lo necesitábamos —dice, encogiéndose de hombros—. No podía permitir que viviera allí abajo.

—Eres... increíble —susurro mientras me acurruco de nuevo entre sus piernas, apoyando la espalda en su pecho.

Me rodea con sus brazos, apoyando los labios en mi pelo. Y nos sumimos en un silencio nada incómodo. Un silencio que dice mucho de nosotros, un silencio lleno de amor y de promesas. Como en los viejos tiempos, cuando él era prácticamente un desconocido, cuando tocaba en pequeños locales donde no cabían más de cincuenta personas. Cuando yo era todo su mundo.

Entonces me descubro rascando suavemente sus antebrazos con mis uñas. Las yemas de mis dedos pasan sobre la piel rugosa de las cicatrices de sus muñecas, acariciando a la vez los dos cordones morados. Entonces alzo sus brazos a la altura de mis ojos y los observo atentamente.

—¿Te asustan? —me pregunta.

Entonces, acerco sus muñecas a mis labios y beso las cicatrices.

—No. Ya no. Además, sigues llevando esto —digo, acariciando los cordones morados con los dedos.

—Eran como un recordatorio de que estabais ahí, ¿sabes? Era como... No sé... Una completa gilipollez, la verdad. Me aferré a ellos y, al no verlos en mis muñecas, enloquecí. Culpé a los médicos por haberlos cortado, porque, de algún modo, me habían hecho perderos. Qué idiotez... Intentar culpar a los demás de algo que había provocado yo solito... En fin...

—Y ahora que estamos aquí, ¿te los vas a quitar?

—Pues no lo había pensado... No sé... El tiempo lo dirá.

—Me parece que estamos dejando muchas cosas en el aire...

—No te entiendo...

—Hoy Janine me ha preguntado por nuestros planes de futuro... —comento, apretando sus brazos alrededor de mi cuerpo.

—¿Y qué le has contestado?

—Que no habíamos hablado aún de ello.

—Es que... yo no me he planteado mi futuro más allá de pasarlo a vuestro lado.

—¿Y no crees que deberíamos hacerlo?

—Ya no tenemos veinte años como para ponernos a pensar en el nombre que les vamos a poner a nuestros hijos, ¿no? —dice, con una sonrisa en los labios que se le congela pocos segundos después—. Espera, porque... ¿Es esto una pregunta trampa? O sea... ¿quieres tener más hijos...? Porque, en ese caso...

—Respira hondo antes de que te dé un colapso. No me refiero a tener más hijos. Me refiero a... tu trabajo... por ejemplo...

—¿Mi trabajo?

—Sí... Es que...

Carraspeo para aclararme la voz, intentando disimular lo nerviosa que me pone este tema, principal causante de nuestra ruptura. No creo ser capaz de aguantar de nuevo las largas ausencias, los rumores acerca de sus relaciones con multitud de mujeres, el tener que esconderme para preservar mi intimidad y la de mi hija. Ni siquiera creo que pueda soportar verle frotarse contra otra mujer en algún video musical, aunque sepa a ciencia cierta que es todo falso...

—Eso se acabó —dice él entonces.

Me doy la vuelta hasta quedar de cara a él. Le miro frunciendo el ceño, mientras él lo hace sonriendo.

—No. No quiero que dejes de hacer lo que más te gusta...

—Me gusta hacer música. Me gusta cantar. Me gusta tocar la guitarra. Y para ello, no me hace falta subirme a un escenario en la otra punta del mundo delante de miles de personas. Me basta con salir aquí, y cantar para ti.

—Pero... Eso era tu vida... Yo no quiero que la cambies por mí.

—Sería un cambio pequeño... Sería, como volver a donde empecé, a ese tiempo en el que era realmente feliz. Podría... no sé... quizá volver a componer por mi cuenta, sin discográfica. Alquilar un pequeño estudio, nada pretencioso... Tocar en locales pequeños. Nada de grandes estadios ni giras multitudinarias...

—¿A eso le llamas un pequeño cambio? Les vas a dar un giro completo, y me siento muy culpable. Y no quiero sentirme así.

—Tarde. Porque lo eres. Eres culpable. Muy culpable, además. Eres algo así como... una titiritera que maneja los hilos que me hacen moverme. Tú decides lo que hago, cómo lo hago, dónde lo hago e incluso cuándo lo hago. Y si rompes esos hilos, me caigo muerto... Así me siento y así quiero sentirme. Quiero estar en tus manos, porque solo ahí me siento seguro y feliz.

Siento algunas lágrimas rodar por mis mejillas y me apresuro a secarlas con ambas manos, tapándome la cara, avergonzada. Chris me aparta las manos y me mira ladeando la cabeza. Se arrodilla frente a mí, enseñándome las muñecas.

—Jill, ¿sabes por qué no quise hacer desaparecer estas cicatrices? ¿Sabes por qué les di un protagonismo destacado en mis brazos? Porque no quiero olvidar que esto pasó. Necesito tenerlas presentes, saber lo bajo que llegué a caer, lo desdichado y desesperado que me llegué a sentir sin ti, lo perdido que estaba, lo gilipollas que fui al perderte... Así que me da igual lo que me pidas, no me importa, lo haré con tal de hacerte feliz y compensarte por todo lo que hice... — Hace una larga pausa, aun agarrándome las manos, sonriendo, justo antes de preguntarme—: ¿Ha quedado claro?

Se me escapa la risa y empiezo a asentir. Chris se acerca y me abraza, volviéndome a sentar en su regazo. Me besa repetidas veces durante un buen rato, incansable, hasta que me apoyo en su torso, dejando ir un largo suspiro.

—Ya tenemos claro mi futuro laboral. ¿Qué tal si aclaramos el tuyo? Ya no tienes que... esconderte de mí. ¿Es necesario que te marches tan lejos cada día?

—Supongo que no...

—Y ya puestos a quedarte cerca, podrías quedarte conmigo. —Le miro arqueando las cejas, intentando averiguar sus intenciones—. Podrías trabajar conmigo. Podrías... no sé... ser algo así como... mi representante...

—¿Tu representante?

—Sí, ya sabes. Cuando grabe una maqueta, aunque sea algo modesto, quizá dé algún concierto íntimo, o conceda alguna entrevista... Podríamos decidir esas cosas juntos... ¿Qué me dices?

—¿Me estás ofreciendo un trabajo?

—Sí. Muy bien remunerado, además.

—¿En serio?

—Totalmente. Yo soy el pago.

—Puede que escuche otras ofertas —contesto, mirándole con los ojos entornados, justo antes de estallar en carcajadas.

—Perfecto. Está siendo una tarde productiva. ¿Algún futuro más que aclarar?

—Bueno, dentro de poco tendremos que sentarnos con Cassey para ver universidades...

Chris me mira levantando las cejas.

—¿Universidades? ¿En plural? ¿Qué de malo tiene Columbia?

—Nada, supongo. Pero es su decisión.

—¿Crees que...? ¿Crees que se querrá marchar de Nueva York? ¿Justo ahora que...?

—Chris...

—¿Qué va a hacer Mike? —me corta—. ¿Y si hablamos con él para saber sus intenciones e intentar que juegue en nuestro bando?

—Chris.

—Es perfecto. Si ellos se enamoran y él se queda en Nueva York, es probable que ella también se quede...

—Chris. Calla. No confabulemos. Dejemos que Cassey decida qué hacer.

—¿Y si elige una universidad de otro estado? O peor, ¿y si quiere estudiar en el extranjero?

—¿Y si os digo que no quiero ir a la universidad?

Los dos nos giramos de golpe al escuchar su voz a nuestra espalda. Apoyada en el marco de la ventana, asomada hacia fuera, nos observa con una sonrisa en la cara. Entonces, sale y se sienta en las escaleras. Resopla con fuerza, hundiendo los dedos de ambas manos en su pelo.

—En realidad, me alegra que hayas sacado el tema... aunque fuera sin mi presencia. No sabía cómo deciros esto... porque, en realidad... no quiero ir a la universidad. Quiero ir a una academia de artes escénicas... Quizá probar suerte en algunos *castings*... Sé que no es lo que querríais...

—¿Y te quedarías en Nueva York? —le corta Chris.

—Sí. Esa sería la idea...

—¡Oh, joder! ¡Qué bien! —Se abalanza sobre Cassey, estrechándola con fuerza entre sus brazos. Ella me mira por encima de su hombro, sorprendida, aunque enseguida le devuelve el gesto—. ¡Me parece una idea estupenda!

—Y ya que te veo tan interesado, Mike sí tiene intención de ir a la universidad y...

—En realidad, tampoco me interesa tanto ya —la corta—. Aunque, en realidad, sí quiero saber qué habéis estado haciendo hasta ahora.

—Chris... —intento reprocharle su actitud.

—Estudiar —contesta Cassey.

—Tu madre y yo también hemos tenido tu edad y hemos quedado para estudiar y, entre tú y yo, ¿tengo pinta de haber querido quedar con tu madre para estudiar?

—Eh... No voy a contestar a eso. Es una emboscada.

—¿Te gusta Mike?

—¡Papá! ¡Córtate un poco!

—Porque a él sí le gustas.

—Vale. Se acabó. Hasta aquí —dice ella, poniéndose en pie y dando vueltas sobre sí mismo, de repente desubicada y muy nerviosa, intentando encontrar una salida.

—Te has puesto roja.

—Mamá, di algo —me pide.

—Roja y nerviosa —añado.

—No moláis nada. Que lo sepáis —dice, metiéndose dentro mientras la escuchamos quejarse.



—Se nos da de puta madre avergonzar a nuestra hija —asegura Chris, recostando la espalda en la fachada—. Somos unos padres cojonudos.

## EPÍLOGO 3

*Y así fue como, cuando todo empezó de nuevo, volví a cantar para ti*

—No. A las cinco no. A las cuatro. Cuando ella llegue, tenéis que estar ahí ya.

—Pero es que Jared tiene...

—Me la suda. A las cuatro en la cafetería.

—Está bien. Pero Jared llegará más tarde.

—Por mí, como si no aparece.

—De vez en cuando, podrías disimular y hacer ver que te cae bien.

—Ya lo hago. Cada vez que me habla, disimulo mis ganas de bostezar de aburrimiento.

—Paso de ti, Chris. Mándame ubicación del sitio y allí estaremos Freddy y yo.

—Perfecto.

—Nos vemos sobre las cuatro.

—Sobre, no. A las cuatro.

—Joder, qué quisquilloso... —dice, justo antes de colgar.

Resoplo agotado, pasándome una mano por la cara, justo antes de ponerme a contestar las decenas de mensajes que tengo pendientes.

**“¿Tenemos que llevar algo de comida?”**

**“¿Crees que Jill prefiere los lirios a las violetas?”**

**“El vuelo sale con algo de retraso, pero llegaré a tiempo”**

**“¿Sabes si en la cafetería tienen leche desnatada?”**

—¡Y yo qué cojones sé! Joder... —me quejo, justo en el momento en el que me suena el móvil—. ¡Sí!

—Eh... Hola... ¿Chris...? Soy... Janine...

—Ah, hola. Perdona... Estoy algo... agobiado. Todo el mundo me acribilla a preguntas, cuando yo lo único que les pido es que estén a las cuatro en la cafetería y griten sorpresa cuando ella aparezca.

—Lo entiendo... Pues me temo que yo te llamo para hacerte más preguntas...

—No pasa nada —contesto, riendo.

—Frank me pregunta si quieres que despejemos un poquito el salón... Podemos apartar algunas mesas a los lados y así dejar algo de sitio...

—Sí. Eso sería genial... Gracias, Janine. No sé qué habría hecho sin ti.

Escucho su risa al otro lado de la línea.

—Ya... Bueno... En realidad, debería estar cabreada contigo por apartarla de mi lado. Y voy yo, y te ayudo a montarle una fiesta... Así que puede que sí me merezca algún tipo de compensación. ¿No tendrás algún otro trabajo para mí? Necesitas una camarera particular en casa?

—Me parece que no.

—Tenía que intentarlo. Pero ahí acaban mis habilidades, así que me parece que me quedaré por aquí, sirviendo a camioneros malolientes y soportando el mal humor de Frank. —Escucho una voz de hombre de fondo, a la que ella le responde—. ¡Soy consciente de que me has oído! ¡No lo he susurrado en voz baja, precisamente!

—No te subestimes —río, ahora ya sí, a carcajada limpia—. Eres fantástica, Janine.

—Ay... ¿En serio...? Repítelo, por favor, que te grabaré mientras lo dices...

En ese momento, escucho unos pasos a mi espalda. Por el rabillo del ojo veo que es Jill, que entra en el salón bostezando y desperezándose.

—De acuerdo. Sí. Me paso luego a verlo —digo, justo antes de colgar y levantarme para acogerla entre mis brazos—. Buenos días.

—Hola... ¿Cuánto hace que estás despierto?

—Un par de horas.

—Ese sofá no te deja dormir, ¿no?

—No te preocupes. No podrá conmigo. ¿Café?

Ella asiente con la cabeza, arrastrando los pies hasta la cocina.

—¿Y Cassey?

—Se marchó hace un rato. Había quedado con... ¿Summer, se llama? —miento. Ella asiente con la cabeza—. Me ha dicho que no la esperemos para comer...

Se deja caer en una de las sillas y apoya ambos codos sobre la mesa, aguantándose la barbilla, pensativa.

—¿Estás bien? —le pregunto, sentándome frente a ella, después de colocarle delante una taza de café.

—Es una sensación extraña... Ya sabes... He pasado muchos años allí y, en cierto modo, eso me ayudó a... sobrevivir sin... ti. Ser consciente de que ya no voy a... servir más cafés, me deja como un extraño vacío.

—Si eso es lo que te preocupa, puedes preparar el café cada mañana —digo, agarrando ambas tazas de café.

Ella me detiene, poniendo su mano sobre la mía. La miro durante unos segundos, totalmente hipnotizado.

—Hasta ahora estaba ocupada... Temo pasar tiempo sola...

—¿Sola? ¿Te piensas que se me pasa por la cabeza dejarte sola? Oye, ahora en serio, si no quieres dejarlo... Quiero decir, estoy dispuesto a aceptar cualquiera de tus condiciones. Que tú seas feliz es mi prioridad, decidas lo que decidas. Es evidente que quiero pasar contigo el máximo de horas al día, pero si tú prefieres seguir en la cafetería...

—Quiero hacerlo. Lo tengo claro. Pero... estoy algo chafada... Tranquilo, se me pasará. ¿Y tú? ¿Qué planes tienes para hoy?

—Eh... Pues tengo un día atareado... He quedado con un tipo que me va a enseñar un par de estudios pequeños... Estoy planteándome comprarlo, no alquilarlo... Ya sabes, para producir mis propios discos, sin depender de nadie... Sé que debería habértelo consultado antes, y si no te parece bien, volveré a la idea del alquiler...

—Chris, no me importa. De verdad. Es tu dinero y...

—Nuestro dinero.

Respira profundamente, asintiendo con la cabeza.

—Aun así, es tu decisión. Entonces... ¿estarás todo el día ocupado...?

—Eso me temo.

—Es que, había pensado que, al ser el último día, podrías venir a verme a la cafetería... A Janine le haría mucha ilusión conocerte, y te podría presentar a todos...

—Pues... Me temo que lo tengo complicado...

—No pasa nada. Era algo que se me había ocurrido así de repente...

—De hecho, debería ir marchándome en pocos minutos...

—Vale —dice sonriendo—. Tranquilo. ¿Nos vemos esta noche?

—Claro —asiento, incapaz de dejar de mirarla—. A partir de mañana serás toda mía...

—Eso parece —contesta mordiéndose el labio inferior mientras frota sus manos una contra otra por encima de la mesa—. Aunque aún no hemos acabado de discutir algunos pormenores de mi contrato...

—No te preocupes, te dejaré que me prepares el café siempre, si es lo que te preocupa.

Me levanto de mi silla y me acerco a ella. Agachándome a su lado, la miro ladeando la cabeza.

—¿Seguro que no te importa? —le pregunto.

—Seguro —contesta, revolviéndome el pelo de forma cariñosa.

Acercó mi boca a la suya y, agarrando su cara, la beso muy lentamente. Me he acostumbrado rápidamente a hacerlo cada día, siempre que puedo, intentando recuperar el tiempo perdido. Soy plenamente consciente de la fragilidad de la vida, de las consecuencias de nuestros actos, y no temo confesar que vivo con miedo.

Tengo miedo de cometer alguna otra locura.

Temo no ser lo que ella esperaba de mí.

Me aterra perderla de nuevo.

Así que, por un momento, estoy tentado de confesarle todo mi plan. Contarle que en realidad no tengo intención de visitar estudios de grabación, que Cassey no se ha marchado a clase, que no va a estar sola en la cafetería... Todo por no verla triste. Por no dar un paso en falso, por corto que sea.

—Corre. Vete —me pide, apoyando las manos en mis hombros y obligándome a separarme de ella.

Nos quedamos muy quietos, frente contra frente, ambos con los ojos cerrados, respirando con fuerza por la boca. La beso una última vez antes de separarme de ella casi con brusquedad. Ya en pie, camino hacia el salón y cojo la guitarra de su pedestal.

—¿La sacas a pasear? —me pregunta.

—Quiero probar la acústica de los estudios...

Nos quedamos mirando fijamente durante unos segundos más mientras ella asiente con la cabeza.

Camino con decisión hacia la puerta, pensando que, aunque detesto dejarla sola y algo triste, todo merecerá la pena cuando vea lo que le tengo montado en la cafetería.



Llego a la cafetería cerca de una hora y media después, ayudado por el GPS y la ubicación que me mandó Janine. Siguiendo sus instrucciones, aparco detrás de un garaje mecánico cercano para que, cuando llegue Jill, no reconozca mi coche. Al llegar a la puerta, que encuentro cerrada, llamo con los nudillos y enseguida una chica se apresura a abrirme. Me mira de arriba abajo con una enorme sonrisa dibujada en los labios.

—¡Hola...!

—Hola. ¿Janine?

—¡Sí! ¡Joder, qué pasada que sepas mi nombre!

—Bueno... después de todo lo que hemos hablado estos días, sería extraño que no lo supiera, ¿no crees?

—Sí, sí... Ya... Es que... eres el primer famoso que sabe mi nombre.

—Me siento halagado.

Janine sonrío sonrojada mientras se aparta para dejarme entrar. Cuando lo hago, miro alrededor. El local no es demasiado grande, pero servirá. Además, tal y como me ha dicho esta mañana, han apartado las mesas que normalmente están situadas en mitad del salón, dejando mucho espacio libre.

—¿Qué te parece ese espacio de allí?? —me pregunta, señalando con el dedo a un lateral del local—. He pensado que esa pequeña tarima daba un poco la sensación de escenario, así que hemos retirado las mesas...

—Es fantástico. Gracias.

En ese momento, aparece un hombre bajito y muy corpulento. Lleva una chaquetilla de cocinero, así que doy por hecho que es Frank, el dueño. Le sigue de cerca otro tipo, más alto y joven.

—¡Hola! —les saludo afable, acercándome a ellos, tendiéndoles la mano—. Usted debe de ser Frank.

—El mismo, pero ni se te ocurra tratarnos de usted.

—Vale... Gracias por dejarme hacer todo esto.

—¿Bromeas? Me parece una idea genial. Además, si me dejas que nos hagamos alguna foto juntos y me firmas un par de posters, los colgaré por las paredes y serán como un reclamo para conseguir más clientes.

—Trato hecho —contesto sonriendo.

—Me voy para empezar a preparar algo de comida.

—De acuerdo. Gracias de nuevo.

—Walter —me saluda entonces el otro tipo—. Un... cliente habitual.

—Encantado. —Me estrecha la mano con mucha fuerza, haciéndome un repaso visual exhaustivo, fijándose sobre todo en mis tatuajes—. Bueno... Yo venía a echaros una mano, pero veo que lo tenéis todo controlado...

—Sí. Supusimos que no estarías en las condiciones físicas necesarias para mover todo esto. Esperamos que esté a tu gusto.

Saca un paquete de tabaco del bolsillo trasero del pantalón y se aleja hacia la puerta delantera, metiéndose uno de los cigarrillos en la boca.

—Ni caso. Está enamorado de Jill desde hace años. Ella nunca le ha dado una oportunidad y ahora acaba de conocer al causante de ello. Valoré la posibilidad de no invitarle, pero es un cliente fijo... y, al fin y al cabo, amigo de Jill.



—Lo comprendo. No hay problema. Vigilaré mis espaldas.

—Harás bien.

—¿Algún otro pretendiente al que tener en cuenta?

—No. Y si lo hubiera, no tienen nada que hacer a tu lado. Nunca dejó de quererte, ni siquiera cuando tenía motivos suficientes para odiarte. No supe tu identidad hasta hace poco, e incluso cuando eras una persona totalmente anónima para mí, sabía que el padre de su hija sería el amor de su vida para siempre... Así que no, no tienes nada que temer.

Sonríe y se da la vuelta, resuelta y confiada, sin imaginarse lo mucho que significa esa revelación para mí. Conocer de primera mano por alguien que estuvo a su lado día a día, que incluso en los peores momentos, ella no dejó de quererme. Igual que yo.

Con la guitarra colgada en la espalda, me acerco a la pequeña tarima. Me subo en ella y miro alrededor.

—Perfecto —susurro, justo antes de acercarme a la barra—. ¡Frank, ¿te puedo coger uno de los taburetes?!

—¡Todo tuyo! —me responde desde la cocina.

Justo en ese momento, Max entra en el restaurante, seguido de Ashley, que lleva a la pequeña Abby en brazos. A mí se me ilumina la cara al verla.

—¡Tito *Quis!* ¡Tito *Quis!* —Se remueve en los brazos de su madre hasta conseguir que la deje en el suelo, y se acerca todo lo rápido que sus patosos pasos le dejan.

—¡Hola, mi chica...! ¿Cómo estás? —Me siento en el escalón, poniéndola sobre mi regazo, mientras ella palmea mis mejillas.

—¡*Felis* cumple, Jill! —dice con cara de orgullo.

—¡Eh! ¡Muy bien!

—Lo nuestro nos ha costado. Para ella, solo existe su cumpleaños. Espera a

que vea que todos los regalos son para alguien que no es ella —interviene Ashley, dándome un beso en la mejilla—. ¿Dónde dejamos el regalo?

—Eh... por ahí mismo... —contesto de forma distraída, cerrando un ojo para evitar que Abby me lo saque de la cuenca a golpes.

—¿Me has *compado* un regalo, *Quis*?

Max resopla agotado, agachando la cabeza.

—Ni caso.

—Te prometo que la próxima vez que nos veamos, te llevo un pony de esos que te gustan —le digo, guiñándole un ojo.

—¿Todo controlado? —me pregunta Max, sentándose a mi lado, haciéndole cosquillas a su hija, que se retuerce en mi regazo.

—Eso creo... De hecho, no lo sé...

—¿Vendrá su padre?

—Le llamé. Me colgó. Le volví a llamar. Me volvió a colgar. Le envié un mensaje explicándoselo. No me contestó. Le envié un segundo con el mismo nefasto resultado... —Me encojo de hombros, resoplando—. Espero que Cassey le haya podido convencer.

—Has hecho lo que has podido —dice él, revolviéndome el pelo de forma cariñosa.

—Ya, pero, aun así, él no puede faltar. No puedo permitir que él se aleje de ella por mi culpa... No puedo.

—Vendrá. Seguro. ¿Y... el resto? —me pregunta, señalando con el dedo hacia atrás, hacia el escenario improvisado.

Muevo la cabeza a un lado y a otro, titubeante.

—Eso espero. Creo que estoy más nervioso que la primera vez que me subí a un escenario.

—¿En serio lo vas a hacer? —susurra, acercándose a mí para que nadie nos oiga. Asiento muy serio, cogiendo aire hasta llenar mis pulmones al máximo—. ¿Lo tienes?

—Aquí —digo, tocando el bolsillo de mi pantalón.

—¿Lo sabe alguien más?

Niego con la cabeza.

—Tú tienes la exclusiva.

En ese momento, Cassey entra por la puerta. Al vernos, a pesar de ir cargada, se acerca a nosotros y nos da un beso en la mejilla.

—¡Cassey! —grita Abby.

—¡Princesa! ¿Sabes qué? Te he traído un pony de los que te gustan.

—¿Sí? ¿Regalo?

—Sí. ¿Vienes conmigo? —le pregunta, alejándose hacia la cocina.

—¡Espera a yo! —le grita Abby, intentando seguirla.

Max y yo la miramos con una sonrisa melancólica en la cara.

—De tal palo, tal astilla —digo.

—Podría decir lo mismo... —añade él—. Y en cuanto a lo de los nervios... ¿Recuerdas cuando me dijiste que querías que todo volviera a ser como antes? Cierra los ojos y piensa en aquellas veces en las que cantabas solo para ella. Olvídate de escenarios, de micrófonos y de luces... Yo me acuerdo de esos momentos, ¿sabes? Recuerdo estar en el jardín de papá y mamá con Lexy, contigo, y con Jill... Me cuidabais mientras ellos trabajaban, ¿te acuerdas? Y tú cantabas con la guitarra colgada del cuello, y la mirabas. Y ella te miraba a ti. ¿Lo recuerdas? No creo que las drogas hayan podido arrebatarte ese recuerdo. Tú no lo permitirías.

En ese momento, la puerta de la cafetería se abre, y aparece una mujer

hispana. Me pongo en pie, sonriendo mientras me acerco a ellos.

—¿María? —pregunto, llevándome una mano al pecho—. Soy Chris.

Ella me mira de arriba abajo, pensando qué decir. Abre la boca varias veces, abriendo los brazos a su vez. Ella la conoció en el peor momento de su vida, nada más dejarme, así que supongo que tiene que estar valorando qué hacer: pegarme o abrazarme.

—¡María! —grita entonces Cassey, apareciendo desde la cocina como un vendaval.

—¡Mi niña! —grita ella a su vez, estrechándola entre sus rechonchos brazos con fuerza—. ¡Cuánto has crecido! ¡Estás preciosa!

—Tú también.

—Ni hablar. Estoy vieja y arrugada.

—Gracias por venir. Verás cuando te vea mamá... Le va a dar un patatús.

—Bueno, gracias por invitarme y por pagarme el billete... Y el hotel... Son las primeras vacaciones que me tomo en la vida.

—Fue idea suya —dice Cassey, mirándome—. ¿Conoces a papá? ¿Os habéis presentado?

—Estábamos en ello —digo con tiento.

María me mira. Su expresión se ha suavizado, gracias principalmente a la intervención de Cassey. Entonces, se acerca a mí y me da un largo abrazo.

—Si le vuelves a hacer daño, te corto los huevos y te los meto por el trasero —susurra en mi oído mientras me aprieta el cuello, cortándome un poco la respiración.

—¡Hemos llegado! —Escucho la voz de mi padre a nuestra espalda, salvándome de nuevo, sin saberlo, de un momento complicado.

—¡Aaron! María, ven. Te quiero presentar a alguien...

—A usted sí le conozco —dice ella, sonriendo de oreja a oreja y abrazándole con mucho más sentimiento del que demostró conmigo, mientras Livy me abraza a mí.

Lexy entra poco después. Abre la puerta y se queda parada, mirando a un lado y a otro. Tiene la cara roja por el esfuerzo, y parece algo agobiada.

—¡Hola, Chris! ¡Hola, abuelo! ¡Abuelaaaaaaa! —grita Freddy, pasando entre nosotros como un vendaval para abrazar a Livy.

—Siento llegar tarde —se excusa Lexy.

—No te preocupes. No eres la última —digo, agachando la cabeza.

La puerta vuelve a abrirse. Aguanto la respiración durante unos segundos, pero entonces aparece Mike. Se sorprende al ser el centro de atención de todos.

—¿Mike? ¿Qué haces aquí? —le pregunta Cassey.

—Le he invitado yo —susurro sonriéndole.

—Tu padre me invitó —repite él, señalándome con un dedo tímidamente.

Espero su reacción con el corazón en un puño. Cuando le llamé para invitarle, se quedó perplejo.

—¿En serio? —me preguntó cuándo le llamé y se lo propuse.

—Si quieres...

—Estaría genial, pero... No sé si ella... O sea...

—A ella le encantará verte allí.

Así que, aquí estamos. Ambos mirando la cara de Cassey fijamente, casi conteniendo la respiración. Y entonces, su expresión se ilumina, sonriendo de oreja a oreja. Luego, el color de su piel se vuelve de un color rojo tirando a morado, pero sus ojos brillan de emoción. Reconozco esa sensación, la de estar exultante de felicidad por ver a esa persona que te gusta, intentar disimularlo, pero, simplemente, ser incapaz de ello. Corre hacia él y se cuelga de su cuello.

—¿Ese crío no es...? —empieza a preguntarme mi padre, mientras yo asiento con la cabeza—. ¿Y ellos dos son...?

—No lo digas. Aún estoy intentando asimilarlo —le corto.

—Si aprende algo de su “casi padre”, tienes motivos para estar asustado —interviene Max—. ¿A qué hora llega la homenajeadá?

—Cree que su turno empieza a las seis, así que estará al caer...

—Será mejor que nos escondamos, ¿no? —pregunta Livy.

Hago un mohín con la boca, y miro hacia la puerta de forma instintiva. Entonces, como si me leyera la mente, se abre lentamente y veo entrar al padre de Jill. Nada de esto ha sucedido a cámara lenta, sino que es mi cabeza que lo ha recreado así. Se queda plantado, mirándonos a todos, junto a su mujer, que le coge de la mano. Todos sonríen satisfechos, conocedores de lo que este gesto significa para ambos. Después de que todos le saluden, muchos de ellos presentándose al ser la primera vez que se ven, yo me mantengo al margen. Emocionado y con el corazón latiendo a mil por hora, agacho la cabeza e intento respirar de forma acompasada. Cogiendo aire con fuerza para luego dejarlo ir de forma lenta y constante. Cuando levanto la cabeza, segundos después, le descubro a escasos centímetros de mí. Los demás se han alejado un poco para darnos algo de intimidad.

—Gracias por venir —susurro.

—Gracias por insistir en que viniera —responde él.

—Esto significa mucho para mí, aunque estoy seguro que más para Jill. Vernos juntos, después de... lo que hice... Lo siento mucho, señor. Le juro que estoy intentando hacer las cosas bien. No... pretendo que olvide nada. Créame, yo tampoco lo quiero olvidar. Eso siempre formará parte de mi vida, y por desgracia, de la de Jill y de la suya. Pero vuelvo a ser Chris, el... impresentable al que su mujer daba de cenar casi cada noche, aquel con el que discutía de los Yankees, aquel que tiraba piedras a la ventana de su hija a altas horas de la noche.

—Me caía bien ese Chris —dice él, finalmente, con las comisuras de los labios torciéndose hacia arriba de forma tímida.

—¿Se puede?

Cuando levanto la cabeza y miro por encima del hombro de Paul, veo a Jay. Nadie le reconoce excepto yo, que sonrío mientras me acerco. Nos damos un sentido abrazo, él incluso me da unas cuantas collejas en la nuca.

—Te veo genial —susurra.

—Se hace lo que se puede... —contesto.

—¿Todo en orden?

—Sí —contesto con orgullo, antes de darme la vuelta hacia los demás, para presentarles—. Chicos... Él es Jay, mi... consejero orientador. Estuvo a mi lado en el centro y está ahí, a mi lado, por si le necesito.

Todos le miran con evidente gratitud, aunque quien más me interesa que le conozca es Cassey. Alargo un brazo hacia ella para que me coja la mano. Cuando lo hace, la atraigo hacia nosotros.

—Ella es Cassey —le informo—. Cassey, él es Jay.

—Por fin conozco a la culpable de su recuperación —dice, abrazándola.

—Me parece que me confundes con mi madre.

—Créeme, tú tienes tanta culpa como ella.

—A mamá le va a encantar conocerte.

—Eso me han dicho... —dice, mirándome de reojo.

—Chicos, Jill acaba de aparcar el coche ahí detrás —interviene Janine, que entra en el salón corriendo para avisarnos.



El local está en penumbra, y todos han salido por la puerta delantera para esconderse. Yo estoy sentado en el taburete que he colocado sobre la pequeña tarima, con la guitarra entre las manos. El silencio sepulcral solo está roto por el

zumbido de las neveras y congeladores y los latidos de mi corazón, que escucho martillear en mis oídos.

—¿Hola? ¿Qué pasa aquí? ¿Frank...?

Al oír su voz, las manos me empiezan a temblar, y de repente me veo incapaz de hacerlo. ¿Qué pasa si abro la boca y la voz no me sale? ¿Qué pasa si ya no soy capaz de cantar como antes? ¿Qué pasa si hago el mayor de los ridículos?

—¿No hay nadie? —insiste ella.

No me da tiempo de echarme atrás, porque enciende la luz y nada más girar la cabeza, me ve. Abre los ojos y la boca de par en par, mirando alrededor, confundida.

—¿Qué...? No entiendo...

Respiro profundamente otra vez, justo antes de empezar a hablar.

—Hola —digo, muy nervioso. La voz se me traba, un sudor frío recorre mi cuerpo, las manos me tiemblan y creo que estoy a punto de desmayarme.

—Hola... ¿Qué...? ¿Qué pasa aquí...? ¿Tienes... algo que ver con esto...?

—Yo... quería... —Carraspeo, nervioso, justo antes de continuar—. Mira, Jill... Te robé demasiadas cosas, y me he propuesto devolvértelas una a una... Te he devuelto nuestro apartamento, te he devuelto a mi familia, te he devuelto parte de tu anterior vida... Ahora te quiero devolver tus cumpleaños. O sea... sé que por mi culpa odias tu cumpleaños, y necesito devolverte eso también.

Ella me mira emocionada, llevándose una mano a la boca. En ese momento, me siento en el taburete, cogiendo la guitarra entre mis manos. Intento afinar las cuerdas, aunque ya sé a ciencia cierta que lo están. Entonces, sin mirarla, vuelvo a hablar:

—También quiero devolverte... esto. —Carraspeo de nuevo para intentar aclararme la voz, abriendo los brazos para abarcar el pequeño escenario que tengo montado—. Recuerdo cuando hacíamos esto, ¿sabes? Cuando... lo único que... necesitaba para ser feliz era mi guitarra y tú. Es... la primera vez que...



desde que... Joder...

Me doy por imposible, y me centro en lo que sé hacer, o al menos sabía: cantar solo para ella. Empiezo a tocar con la vista fija en las cuerdas, acariciándolas y pinzándolas con los dedos. Llegado el momento de la verdad, abro la boca y suelto mi voz. Me da igual afinar, solo quiero demostrarme a mí mismo que puedo hacerlo.

“There goes my heart beating  
'Cause you are the reason  
I'm losing my sleep  
Please come back now

There goes my mind racing  
And you are the reason  
That I'm still breathing  
I'm hopeless now”

Quiero mirarla, pero no me atrevo a hacerlo, así que, cuando levanto la cabeza, cierro los ojos con fuerza.

“I'd climb every mountain  
And swim every ocean  
Just to be with you  
And fix what I've broken  
Oh, cause I need you to see  
That you are the reason”

La escucho sollozar, y entonces, aunque tema hacerlo, abro los ojos para asegurarme de que está bien. Porque eso es lo único que necesito saber. Porque sé que, en realidad, hay algo que no me hace falta que sea como antes. Ya no necesito la guitarra entre mis manos para ser feliz, solo la necesito a ella.

Intenta secarse las lágrimas, que ruedan por sus mejillas sin control, mientras sonrío mordiéndose el labio inferior. Sus manos tiemblan tanto como las mías, y su pecho sube y baja a la misma velocidad.

La miro fijamente sin dejar de cantar, moviendo la cara para negar y enfatizar mis palabras, encogiendo los hombros, como si tratara de enmarcarlas.

“If I could turn back the clock  
I'd make sure the light defeated the dark  
I'd spend every hour, of every day  
Keeping you safe”

Entonces, dejo la guitarra a un lado y, sin dejar de cantar, bajo el pequeño peldaño y me acerco a ella. Canto las últimas estrofas mirándola, disfrutando por fin al verla sonreír, al saber que la estoy haciendo feliz. Solo entonces empiezo a pensar que quizá sí fue buena idea montar todo esto.

Ella me mira embelesada, exultante de felicidad, con la cara aún húmeda por culpa de mis lágrimas. Yo me siento igual, capaz de cantar durante horas para expresar todo lo que siento, lo mucho que la necesito y lo que ansío volver a estar como antes.

Cuando agarro una de sus manos, la puerta de la calle se abre y empiezan a entrar los invitados a la fiesta, precedidos por Cassey, que tampoco puede retener las lágrimas. Jill gira la cabeza levemente y, alucinada por toda la gente que se está congregando a su espalda, algunas de las cuales, personas que no veía desde hacía años, vuelve a mirarme.

—No me lo puedo creer... —susurra.

Entonces, decidido que ha llegado el momento de hacerlo. Meto la mano que tengo libre en el bolsillo, saco la pequeña caja e hincó la rodilla en el suelo.

Jill levanta las cejas, sorprendida, y ahoga un grito llevándose las manos a la boca. Detrás de ella, escucho algún que otro suspiro y expresiones de sorpresa.

—Ya ves... Aquí estoy... Haciendo algunas cosas para que todo vuelva a ser como antes, y esto... —digo, moviendo el anillo—. Jill, te amo desde esa primera mirada en el pasillo del instituto, cuando mi vida era un puñetero caos. Estaba en una ciudad nueva, con un padre al que no conocía y al que había jurado odiar el resto de mi vida, escasas semanas después de la muerte de mi madre. Estaba dispuesto a largarme a la primera oportunidad, pero entonces te vi, y solo esa mirada y esa sonrisa fue suficiente para retenerme en Nueva York. Fíjate, estaba dispuesto a pasar por todo eso por una sola mirada...

Agacho la cabeza durante unos segundos, intentando encontrar las palabras que no he preparado, pero llevan en mi cabeza durante mucho tiempo. Cuando lo

hacen, soy consciente de que, producto de los nervios, la voz me sale ronca.

—Luego, hiciste de mí alguien de provecho. Sin ti, los discos, los premios, los conciertos... no hubieran sido posibles. Y la jodí, pero cuando estaba hundido en la mierda, aquella noche que llamaste a la puerta de casa de mis padres, de nuevo, con solo una mirada, me salvaste. Así que puedes pensar que lo hago por egoísmo, por querer tenerte siempre a mi lado y asegurarme todas esas miradas salvavidas, pero, en realidad, lo hago porque quiero que sepas que yo siempre estaré ahí para ti y para Cassey. Para siempre. Eternamente. Así que, Jill, amor de mi vida, madre de mi pequeño ángel de la guarda, ¿quieres casarte conmigo?

Los segundos después de quedarme callado, se me antojan una eternidad. Todo se ha sumido en un silencio sepulcral, tan denso que parece cobrar forma a nuestro alrededor. Entonces, ella se agacha un poco y me coge de la camiseta para obligarme a levantarme. Cuando lo hago, quedándome a escasos centímetros de su cuerpo, se cuelga de mi cuello y me besa. Los demás, a nuestro alrededor, estallan en vítores, aplausos y silbidos.

—Puede que esté un poco espeso, pero, ¿ese beso quiere decir que sí?

Ella se milita a sonreír y, sin despegar su frente de la mía, asiente, exultante de felicidad.



—Ha sido genial que hayas venido, María.

—No podía perderme esto por nada en el mundo. Cuando Chris me llamó, no podía saltar de la alegría. Por un lado, tendría la oportunidad de “jalarle” de los huevos y retorcérselos, y por otro, de ver a mis dos chicas de nuevo.

—Menos mal que al final no has cumplido tu amenaza —digo yo.

—No cantes victoria. La noche es muy larga.

Jill ríe mientras me mira, apoyando la palma de su mano en mi pecho, mano en cuyo dedo ya luce el anillo que Max me ayudó a elegir.

—Ahora en serio —vuelvo a decir—. Gracias por cuidar de ella.

—De nada. Lo hice encantada. En el fondo, siempre supe que sería un trabajo temporal, que, cuando recobraras el sentido, volverías a por ella. ¿Quién en su sano juicio dejaría escapar a una mujer como esta? ¿Y tu hija? Por favor, ¿qué me dices de ella?

Los tres desviamos la vista hacia ella. Está acompañada de Mike y mis hermanos, y ríe a carcajadas mientras Jimmy la rodea con un brazo y señala al resto.

—Lo cierto es que, ahora que os conozco en persona, entiendo la fuerza que sacó Chris para salir de todo eso. Ese correo electrónico fue un revulsivo para él. Créeme —interviene entonces Jay.

Jill rodea mi cintura con sus brazos, mirándome orgullosa, cuando escuchamos un carraspeo a nuestra espalda.

—Eh... Mamá... Papá... —Cassey y Mike nos miran. Cassey sonrío mientras que Mike aprieta los labios. Entorno los ojos, sospechando que va a suceder algo que no nos va a gustar—. Unos amigos van a salir y... nos han invitado y... quería preguntaros si os parece bien que vaya... Os adelanto desde ya que si voy no tendría hora de llegada, porque es una fiesta privada... Pero no os preocupéis, porque Mike se ha comprometido a llevarme de vuelta a casa cuando acabe y...

—¿Y cómo se supone que te va a llevar Mike a casa sana y salvo? ¿A caballo sobre su espalda?

—No... En coche... —contesta Cassey que, al verme levantar las cejas, se apresura a contestar con tono entusiasta—. ¡Mike se ha sacado el carnet hace un par de semanas y Simon le ha dejado el coche!

—¡Qué generoso por su parte! ¡Este Simon...! —digo yo, simulando el mismo entusiasmo que ella.

—¿A que sí?!

—No —contesto entonces, con sequedad—. Ni por asomo. No pienso dejar que te subas en el coche con Mike y su extensa y dilatada experiencia de dos

semanas al volante, que pretende llevarte a una fiesta que no tiene hora fijada de finalización y luego a casa.

—Pero...

—Ni hablar.

En ese momento, mis ojos se encuentran con la mirada satisfecha del padre de Jill y con la mirada divertida de mi padre. Ambos disfrutando del espectáculo, cada uno a su manera.

—Soy un conductor muy precavido, Chris. Y no pienso beber ni una gota de alcohol.

—Señor Taylor para ti —digo, señalándole mientras él, descolocado por mi cambio radical de actitud respecto a él.

—Chris, espera... Tranquilízate... —me pide Jill.

—¿Que me tranquilice? Hemos tenido la misma edad que ellos y ambos sabemos lo que harán si les dejamos solos... —susurro.

—Y tienes toda la razón, pero si Mike se lleva a Cassey, tenemos la casa para nosotros solos. Tooooooda la noche.

Abro la boca para decir algo, pero Jill me guiña el ojo de forma pícara y me deja sin habla. Al instante, valoro las opciones, en silencio y mirando a Jill a los ojos.

—De acuerdo, colega —digo de nuevo, señalando a Mike—. Soy capaz de hacerte una prueba de alcoholemia mañana por la mañana, así que más te vale no beber ni consumir nada. Lo sabré. Te lo aseguro. Tengo experiencia.

—Sí, señor Taylor.

—Lo de antes era simple intimidación. Puedes seguir llamándome Chris.

—Gracias. Gracias. Gracias —dice Cassey, dándole besos a su madre en la mejilla y luego colgándose de mi cuello.

Entonces, mis ojos se vuelven a encontrar con los del padre de Jill, y parece bastante menos satisfecho que antes. Me limito a encogerme de hombros, agarrando a Jill por la cintura.

—Déjame ver ese anillo —le pide Livy—. Tu hijo se los gasta mucho más que tú, ¿eh, Taylor?

—Mi hijo tiene bastante más pasta que yo.

—¿Y para cuándo el feliz acontecimiento? Para ir mirando vestidos, y esas cosas...

—Cuando ella quiera. Yo he hecho mi parte, a partir de aquí, me convierto en un mero espectador. Con que me digan dónde y cuándo tengo que estar, me basta.

—Mirad de concretar una fecha lo suficientemente lejana como para que a Lexy le dé tiempo de adelgazar los kilos que le sobran —interviene entonces Max, recibiendo una sonora colleja por parte de la aludida—. Ahora en serio, cuanto antes lo sepáis mejor, que así programo las guardias con tiempo.

—A mí me gustaría más que fuera en primavera o verano. Los vestidos lucen más... —añade Ashley.

—Eso es verdad —interviene Lexy—. Y sé de muchos sitios geniales donde podríais celebrar la ceremonia. Ya sabes, sitios diferentes y...

—Si os empezáis a poner así de pesados, nos casaremos en secreto —les amenaza.

—Y dicho esto, me parece que nosotros también nos vamos a marchar —les corta Jill.

—¿Ya? —pregunta Max—. Pero si la noche justo acaba de empezar. Cualquiera diría que os queréis escaquear de aquí...

Jill ríe mientras yo fulmino a Max con la mirada.

—¡Pero, ¿qué insinúas, Max?! —interviene Jimmy—. ¡¿Insinúas que Chris quiere irse a casa con Jill, aprovechando que van a estar solos?!

—¿En serio creéis que nos dejarán aquí tirados?! ¿A todos los invitados a su fiesta?! —empieza a decir Lexy, sonriendo con malicia.

—Pues, ¿sabéis qué? —les pregunta Jill a todos—. Que sí. Que vamos a escaquearnos. Que vamos a aprovechar que estamos solos. Y que os vamos a dejar aquí tirados. Pero sois mayorcitos, y Chris seguro que ha pagado por todo lo que queráis beber esta noche. Así que, yo de vosotros, no desperdiciaba la oportunidad.



Nada más traspasar la puerta de casa, me apoyo en la madera. Respiro profundamente varias veces, repasando los acontecimientos de las últimas horas. Jill se da cuenta de que no la sigo, y se da la vuelta para mirarme. Camina lentamente hacia mí, mirándome con la cabeza ladeada y una sonrisa de medio lado dibujada en sus labios.

—¿Qué te pasa? —me pregunta.

Niego con la cabeza, intentando no demostrarle lo que realmente siento. Pero se me olvida que ella me conoce mejor que nadie.

—Tranquilo. Somos solo tú y yo. Contigo siento que no tengo nada que temer, y me gustaría que tú sintieras lo mismo.

—¿Estás... segura de querer... ir un paso más allá? ¿Ya?

—Bueno, quizá deberías habértelo pensado un poco antes de pedirme matrimonio...

Se agarra de mi camiseta con ambas manos y se acerca a mí. Besa mi pecho y luego se pone de puntillas para besar mi cuello y luego mis labios.

—Nunca en la vida he estado más segura de algo... —susurra.

Me vuelve a besar hasta que, cuando ya llevamos un rato enganchados, ella empieza a tararear una de mis canciones. Se mueve levemente, como si bailara, sonriendo sin despegar los labios de los míos. Entonces, la cojo en volandas y empiezo a cantar yo también. Ella enrosca las piernas alrededor de mi cintura y





'Cause you're so fine  
You're so fine”

Acabo la canción pegado a ella, besándola mientras nos desnudamos. Nuestras manos se mueven con ansia, demostrando lo mucho que nos hemos echado de menos. Cuando me quita la camiseta, sé que mi aspecto casi cadavérico puede impactarla, así que me quedo quieto, esperando su reacción con el corazón encogido, reteniendo el aliento.

—Te quiero —me dice finalmente—. No lo olvides, ¿vale?

Asiento apretando los labios con fuerza hasta convertirlos en una fina línea.

—Ahora todo va a ir bien, ¿vale? Todo volverá a ser como antes...

—Lo sé.

—Y cuando digo todo, es todo... —asegura, justo antes de cogerme de las manos y tirar de mí hacia el dormitorio, caminando de espaldas, sin dejar de mirarme.

Una vez dentro, me acerco a ella y le quito la camiseta con cuidado. Luego, cogiéndola por la cintura, camino hasta la cama, tumbándola de espaldas sobre el colchón. Me coloco encima de ella, apoyando el peso de mi cuerpo en mis brazos, mientras ella me acaricia mi cara y peina mi pelo con sus manos. Sonrío, lleno de felicidad, sintiéndome de nuevo en casa.

—Esta es una de las imágenes que veía cuando me estiraba en la cama. Tú. Solo tú. Así. Encima de mí —susurra, justo antes de rodear mi cuello con sus brazos y atraerme hacia ella.

A pocos centímetros de su cara, con su aliento haciendo cosquillas en mis labios, me detengo y paseo la vista por todo su rostro, mirándole embelesado.

—Y así es como todo vuelve a empezar.



Llevo cerca de una hora observándola dormir. Supongo que, a pesar de estar totalmente exhausto, una parte de mí me obligó a despertarme para aprovechar

todo el tiempo posible a su lado.

Durante todo ese rato me he limitado a mirarla. Como mucho, me he atrevido a apartar un mechón de pelo que le cae una y otra vez sobre los ojos. Pero nada más.

Quiero grabar este momento en mi cabeza, al lado de tantos otros que me ayudaron a tirar adelante en los momentos difíciles. Todas esas imágenes viéndola reír a carcajadas, hablar gesticulando con las manos, caminar emocionada por el apartamento decidiendo dónde poner los muebles, mecer a Cassey en brazos bailando por la habitación, chuparse los dedos después de comerse una de esas golosinas llenas de azúcar que tanto le gustan, lanzarme un beso desde cierta distancia... A todas esas cosas, ahora le sumo algo tan simple como verla dormir.

Giro la cabeza hacia la ventana, por donde ya entra mucha claridad a través de las cortinas. El sol ha hecho acto de presencia con todo su esplendor, haciendo entrever que hoy será un maravilloso día soleado. Y, al contrario de lo que hacíamos antes, me apetece salir ahí fuera con ella, cogidos de la mano, y pasear por Central Park, o incluso cruzar el puente de Brooklyn.

Con esa idea en la cabeza, salgo de la cama para preparar el desayuno. Cuando llego al salón, la puerta principal se abre y entra Cassey, con mucho sigilo, caminando de puntillas. Ella no me ha visto aún, así que puedo disfrutar del divertido espectáculo apoyado en la pared. La veo cerrar la puerta lentamente para no hacer ruido, encogiendo los hombros y apretando los dientes, y luego sobresaltarse al verme.

—¡Joder...! —dice, con una mano en el pecho—. ¿Qué haces despierto tan temprano?

—¿En serio? ¿Lo extraño es que yo esté despierto a estas horas y no tú? —le pregunto.

Aún de brazos cruzados, ella agacha levemente la cabeza, algo avergonzada, con la cara roja. Entonces, a mí se me empieza a formar una sonrisa en los labios que la tranquiliza.

—Parece que te lo has pasado muy bien... —digo—. Espero que Mike también...

—Eso creo —responde—. No le he escuchado quejarse.

Camino hacia la cocina y enciendo la cafetera. Luego meto un par de rebanadas de pan de molde en la tostadora y, mientras espero, me apoyo contra la encimera de la cocina.

—¿Quieres desayunar antes de acostarte? ¿O ya vienes acostada?

—No pienso contestar a eso —me replica con agilidad—. Pero sí te aceptaré una tostada con mantequilla.

Asiento con la cabeza, mirándola de reojo, mientras me sirvo una taza generosa de café.

—Por lo que parece, a ti también se te ha dado bien la noche. Espero que a mamá también... —dice, imitando mis palabras de antes.

—No la he escuchado quejarse.

Cassey sonrío, mirándome a los ojos. Se muerde el labio inferior durante un rato, justo antes de volver a hablar.

—Me gusta esto... Todo esto... —dice, señalándonos a ambos con un dedo—. Así es como siempre soñé que sería tenerte en mi vida.

—¿Soñaste que desayunábamos juntos mientras tú intentabas disimular la resaca?

—¡Oye...! —se queja, dándome un suave golpe en el brazo—. Eso no es verdad...

—Es broma, es broma —digo, mostrando las palmas de las manos.

—¿Tú también... soñaste con esto...?

—Todos los días de mi vida. Pero, ¿sabes qué? Eres mucho mejor que en mis sueños.

—Buenos días... —Escuchamos entonces a Jill—. ¿Por qué no me has despertado?

—Trataba de encubrir a tu hija...

—Mamá, ni caso. Estoy perfectamente. Estuvimos en la fiesta y me bebí solo un par copas en toda la noche. Mike solo bebió Coca-Cola, y me trajo a casa perfectamente, como prometió.

—Qué majo es Mike, ¿verdad? —pregunto, mirando a Jill.

—Ajá... ¿Y bailasteis muy juntos o...?

—Vale. Ya lo habéis conseguido. Me voy a dormir —dice, dejando sobre el plato el trozo de tostada que le quedaba.

Ambos la seguimos con la mirada, intentando contener la risa. Jill se sienta en la silla que ha dejado libre Jill y coge el trozo de tostada que ella ha dejado.

—¿Café? —le pregunto.

—Por favor.

—Había pensado que podríamos salir a dar un paseo... Hace un día genial.

—¿A plena luz del día?

—Sí... No me quiero esconder más.

—Me parece genial...

—Además, hay un estudio que quiero enseñarte.

—¿Un estudio? Pensaba que era una excusa...

—En parte. Pero, en realidad, sí hay un estudio que quiero enseñarte. El nuestro.

—¿Nuestro?

—Lo he comprado, Jill. Es pequeño y... necesitará alguna actualización, pero es justo lo que quería. Un lugar para poder grabar mis propios discos y, quizá, con el tiempo, poder producir a otros artistas que estén empezando... Algo íntimo y... nuestro. Tuyo y mío. ¿Te parece bien?

—Solo si prometes cantarme todos los días.

—Hecho.

## EPÍLOGO “DE REGALO”

*Y así fue como, cuando todo empezó de nuevo, fui completamente feliz*

Estoy sentado frente a un piano, con los ojos cerrados y la boca pegada al micrófono, cantando con toda mi alma, vaciándome, como hacía mucho que no hacía. Y soy completamente feliz.

Es la primera vez que me subo a un escenario desde que todo empezó de nuevo. Y lo estoy haciendo para presentar mi último trabajo, un disco que he escrito, compuesto, grabado y producido yo mismo en mi pequeño estudio. Unas canciones que son completamente mías, de principio a fin. Unas canciones sencillas y sin adornos, en las que no muestro nada más aparte de mi voz, el sonido de mi guitarra y el de mi piano. Y soy completamente feliz.

El sonido de mi voz y el piano llenan la pequeña sala, en la que no hay más de cincuenta personas, todas ellas sentadas alrededor de pequeñas mesas sobre las que reposan diferentes bebidas. Y soy completamente feliz.

Nadie me grita, nadie corea mis canciones, nadie se desmaya, nadie me lanza su ropa interior. Unos sonrían, otros mueven la cabeza al compás de la canción, otros me miran satisfechos. Y soy completamente feliz.

Visto tal cual salí de casa esta mañana, con unas zapatillas de deporte sucias, un viejo vaquero y una camisa con las mangas arremangadas a la altura de los codos. Los únicos “adornos” que llevo son mis gafas de pasta negras y mis tatuajes. Y soy completamente feliz.

Separo mi boca del micrófono, echando la espalda hacia atrás, y deslizo los dedos por las teclas. Miro de reojo hacia el público, orgulloso por cómo está saliendo todo. Estoy disfrutando muchísimo, y eso se transmite. Una vez, Max me dijo que yo tenía el don de contagiar a la gente mi estado de ánimo sobre un escenario. Espero que sea cierto, porque entonces toda esta gente se marchará hoy a casa jodidamente satisfecha y exultantes de felicidad.

Cuando la canción acaba, el entregado público estalla en aplausos y vítores.

Me pongo en pie con la botella de agua en la mano. Doy un largo trago, y luego miro alrededor, sonriendo alucinado.

Ashley sostiene en su regazo a la pequeña Abby, que levanta sus pequeños brazos en mi dirección. Me mira embelesada, e incluso parece cantar a coro conmigo alguna de mis canciones.

Max tiene la cara llena de orgullo. Se lleva la botella de cerveza a los labios y, tras dar un trago, la levanta como si brindara conmigo. Entonces, me hace una especie de teatral reverencia mientras asiente con la cabeza. En sus labios puedo leer como me dice: “eso es...”. Sé lo que siente, porque es el mismo sentimiento que tengo yo hacia él. Sería capaz de gritar a los cuatro vientos que ese tipo de ahí es mi hermano: alguien capaz de dar la vida por un desconocido, la clase de persona que mira por el bienestar de los demás por encima del suyo.

Cerca de ellos, Jimmy y Lexy sonrían de oreja mientras me vitorean alguna obscenidad. Para que no las eche de menos, me han dicho antes... Freddy y Jared están con ellos, riendo y disfrutando de lo lindo.

Papá y... mamá están de pie en un discreto lateral. Ella me mira con orgullo, con las manos frente a la boca. Él la abraza por la espalda, apoyando la barbilla en el hombro de ella, meciéndola a un lado y a otro. Entonces ella, al acariciarle la mejilla, frunce el ceño y se gira hacia él. Le coge la cara entre las manos y parece secarle algunas lágrimas que se le han escapado. Él agacha la cabeza, asintiendo algo avergonzado, pero ella le besa con cariño.

Simon, el mejor amigo de Max, ha venido acompañado de Chloe. Esta, a su vez, ha invitado a unas amigas, las cuales, según Max, me tienen que resultar familiares. Por más que las mire, no caigo por qué.

Mike está sentado con Cassey, pasando un brazo por encima de sus hombros mientras la mira embelesado. Supongo que sus sentimientos son un secreto a voces, y, la verdad, estoy contento por ello. Sentada en su silla, con las piernas encogidas, abrazándose las rodillas, Cassey me mira muy emocionada. Se muerde el labio inferior mientras Mike acerca la boca a su oreja y le dice algo que la hace sonreír.

Durante todos estos meses, no he podido evitar que los medios de comunicación se hicieran eco de mi recuperación. Mi antiguo manager se puso en contacto conmigo para ofrecerme otro contrato, varias discográficas quisieron

ficharme, pero en todos los casos, rechacé su proposición. No necesito volver a esa vida, no necesito la fama, ni vender millones de discos. No quiero embarcarme en giras interminables y pasar varios meses fuera de casa. Ellos son todo lo que necesito. Ellos son todo mi mundo.

Acerco el taburete alto hacia el frente, colocando el micrófono delante. Camino hacia mi guitarra, que reposa en su pedestal, la cojo y me siento, acomodándola entre mis manos. Regulo la altura del micro, sonriendo y saludando a mi Cassey, que aplaude emocionada y muy orgullosa, con gesto cómplice.

—Te quiero —leo en sus labios.

—Y yo —contesto.

Y entonces fijo la vista en ella. A pesar de los años que hace que nos conocemos, mi corazón sigue dando un vuelvo cuando nuestros ojos se encuentran. Sigo emocionándome como cuando, al salir de clase, caminaba a mi lado y hacía chocar su hombro con el mío mientras me sonreía de medio lado. Sigo sonriendo como un bobo cuando hace alguna mueca divertida con la boca. Sigo preguntándome qué vio en mi para dejarme que la convirtiera en la protagonista de todos mis sueños, en la dueña de mi vida, en la inspiración para todas mis canciones.

Sonriendo sin despegar los labios, agacho la cabeza para comprobar que estoy afinando bien las cuerdas. Cuando creo tenerlo todo listo, mientras la sala se sume de nuevo en un respetuoso silencio, levanto la vista y clavo los ojos de nuevo en ella.

“It's a sad song that has no end  
It's a bleeding heart that never mends  
A minor miracle we can still pretend  
After so long”

No aparto los ojos de ella, como si no hubiera nadie más en la sala, y pego los labios al micrófono, como si estuviera susurrándole al oído.

Me mira con la boca abierta, frunciendo el ceño, consciente de repente de que es la primera vez que me oye cantar esta canción. La he escrito en secreto, a



escondidas. Necesito contarle al mundo el daño que nos hicimos, que todo parecía perdido. Pero quiero explicarles que nuestro amor superó todo eso. Que nunca nos rendimos.

“Too late for lullabies  
Too soon for it alright  
Love takes its toll sometimes  
Let's start a clean slate,  
mistakes are moments in time  
For every time you ever raised up your hand  
I'll give you mine to show you I understand  
You taught me to fly by learning to fall”

Se tapa la boca con las manos, muy emocionada, mientras los ojos se le humedecen. Niego con la cabeza a la vez que sonrío, intentando decirle que no pretendo hacerla llorar. Ella se encoge de hombros, contestándome que no lo puede evitar.

“We built a brick wall  
but it's all for nothing  
Only bridges will cross this divide  
We both know this road leads to nowhere  
There is nothing left for you to hide”

Y entonces, al verme incapaz de consolarla, dejo de tocar la guitarra y la dejo a un lado. Saco el micrófono de su pie y, sin dejar de cantar, me bajo del escenario y camino lentamente hacia ella. Todo, siempre bajo la atenta mirada de todos. Entonces, cuando llego a su lado, me agacho y cojo su mano. Las lágrimas siguen rodando por sus mejillas, a pesar de que intenta sonreír. Sé que es feliz, así que no me importa que lllore de emoción. Entonces, extendiendo un brazo y le muestro la mano, con la palma hacia arriba, para que me la coja. Cuando lo hace, la ayudo a ponerse en pie. Con cuidado, dejo el micrófono sobre su mesa, y atraigo su cuerpo hacia el mío. Rodeo su cintura con mis brazos y, cuando ella pasa los brazos alrededor de mi cuello, agacho la cabeza para acercar mi boca a su oreja y sigo cantándole muy bajito, casi susurrándole.

Soy consciente de que nadie puede oírme cantar, pero solo quiero hacerlo para ella. Como hacía antes, como cuando solo nos teníamos el uno al otro. Y todo el mundo parece entenderlo, y mantiene un silencio sepulcral, como si no quisieron romper la magia, como si quisieran “dejarnos solos”.

Y así fue como, cuando todo empezó de nuevo, fui completamente feliz...

**Fin**

## AGRADECIMIENTOS

Cada vez que le doy a la tecla, conforme escribo cada palabra y cada capítulo, se va uniendo más gente para hacerme compañía en esta maravillosa aventura. Es por eso que me siento con la obligación de daros a todos las gracias, y no olvidarme a nadie. Así que, allá voy...

A todas las que me leéis, ya sea de forma asídúa o eventual. Incluso si es la primera vez que uno de mis libros ha caído en tus manos. Gracias.

A mis queridas zapatillas, por tanto... por todo... No dejo de pensar en lo bonito que está siendo todo esto, y lo es gracias a vosotras. Vuestro aliento, cariño y la cantidad de risas que nos pegamos juntas, son impagables. Gracias.

A mis lectoras 0, por obrar su magia. Por tantas horas dedicadas, tantos mails y mensajes intercambiados... Por los consejos, los ánimos, las correcciones, las lecciones... Ana, Carmen, Gaby y Sara, nunca en la vida podré agradeceréoslo lo suficiente. Gracias.

A Bea y Susan, porque sois mi apoyo, más que nunca. Si algún día monto una librería-cafetería, contaré con vosotras para echarme un cable con la repostería y la máquina registradora. Gracias.

A mis chicas, Conchi, Laura, Mery, Milena y Neli, por los grandes ratos que pasamos juntas. Son tantos y tan buenos, que ya no puedo imaginarme la vida sin vosotras. Gracias.

A mi madre, mi lectora fiel. Desde bien pequeña la recuerdo con un libro en las manos, así que le debo mucho. Gracias.

A Dani y Nico, por tantos besos, tantos abrazos, tantas risas, tantas alegrías, por ser una fuente constante de inspiración, por vuestro entusiasmo por la vida, por dejarme ser vuestra madre. Gracias.

A mi friky, por ponerme las cosas tan fáciles. Por dejar que me encierre en mi rincón a escribir sin parar y ocuparte de todo. Como diría, Chris y Jill, "lo nuestro fue como... ¡boom!", y aquí seguimos. ¡Ah! Y gracias por las geniales portadas (si no se lo digo, se cabrea).